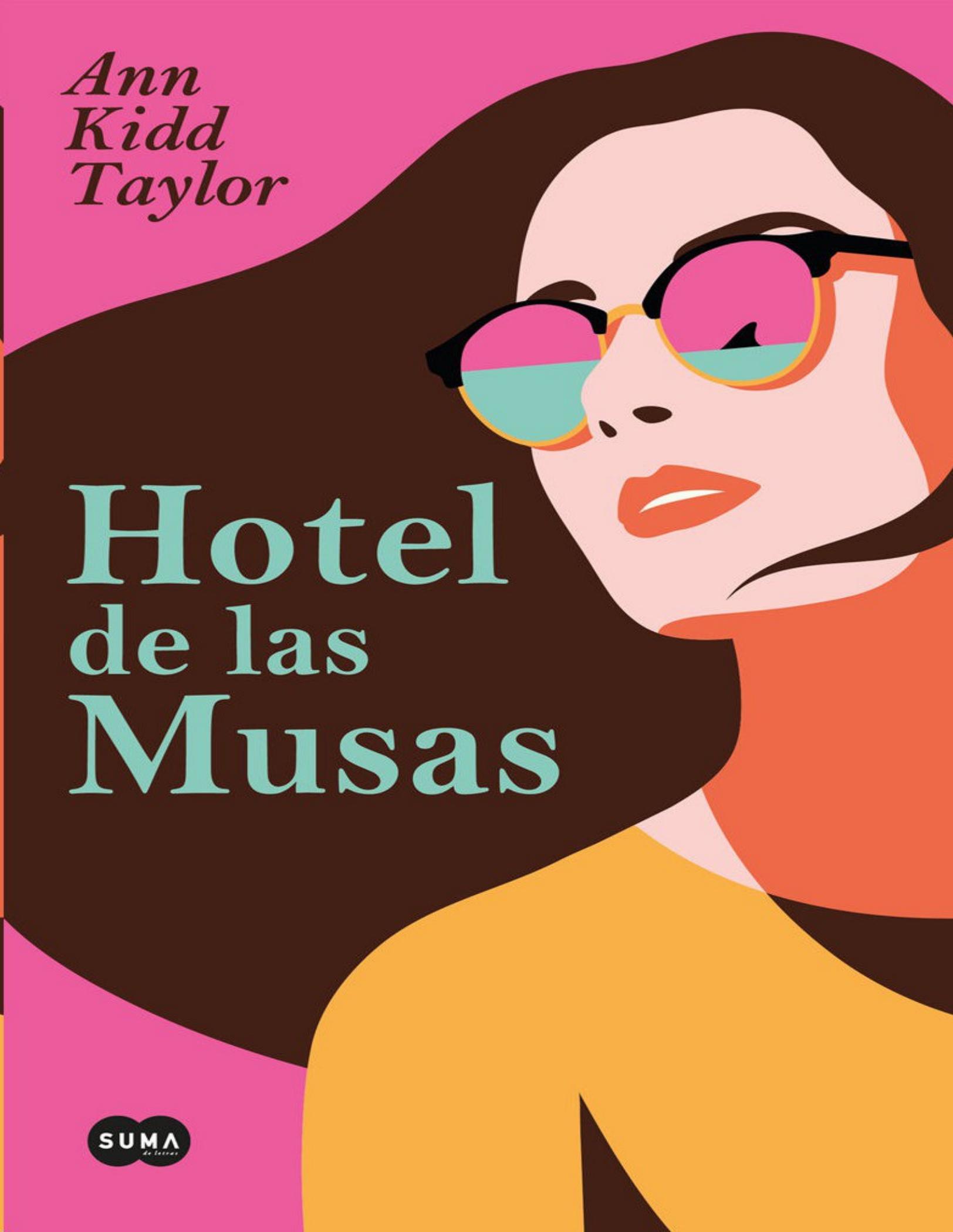


*Ann  
Kidd  
Taylor*

# Hotel de las Musas

**SUMA**  
de Letras



# Hotel de las Musas



*Ann Kidd Taylor*

Traducción de  
Isabel Murillo



SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



[@megustaleerebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para mis padres, Sue y Sanford, que son también mis amigos,  
con todo mi amor y gratitud*

«Hay no se sabe qué, un dulce misterio en este mar, cuyos movimientos suaves y aterradores parecen hablar de alguna alma oculta en sus profundidades...».

HERMAN MELVILLE

Me aparté un mechón de pelo que flotaba delante de la máscara y seguí buceando por las aguas azul turquesa de Bimini. Era el último día de mi estancia de investigación y vigilaba constantemente la posible aparición de Sylvia, un tiburón limón hembra de cuatro años de edad y metro y medio de longitud al que había dado ese nombre en honor a la oceanógrafa Sylvia Earle. Las esquirlas de luz que hasta hacía poco perforaban el agua habían empezado a menguar, dejando la superficie pincelada de sombras. Miré con nerviosismo a Nicholas, mi compañero de buceo, y a continuación verifiqué el reloj. A esas alturas ya tendríamos que haberla avistado. Sylvia acababa de superar la infancia y había empezado a aventurarse lejos de la seguridad de los manglares donde había nacido, una costumbre que me preocupaba, pero que también admiraba.

En la pequeña isla situada frente a la costa sudoeste de Florida donde vivía y trabajaba como bióloga marina, me llamaban Maeve, la que susurra a los tiburones. Lo que implicaba que podía acercarme a esos superdepredadores y domesticarlos incluso, lo cual era, claro está, una locura que podía tener consecuencias mortales. Mi apodo había llegado también hasta aquí, el Marine Field Lab de Bimini, donde había pasado los últimos seis meses marcando tiburones limón con transpondedores pasivos integrados, realizando su seguimiento, recogiendo muestras de ADN, fotografiando y catalogándolos mañana, tarde y noche. Tenía controlados cerca de un centenar, pero del ejemplar del que más orgullosa me sentía era de Sylvia.

Sylvia tenía la graciosa costumbre de recoger los pequeños fragmentos de peces que dejaba a su paso después de atrapar con los dientes y engullir a sus presas, como si no soportara desperdiciar ni una migaja. Su frugalidad no solo me hacía gracia, sino que además era uno de esos detalles por los que se

había ganado mi cariño. Me gustaba cómo se quedaba reposando en el fondo después de que los demás tiburones limón prosiguieran su camino, como si reclamara un tiempo adicional de descanso. Era una chica perezosa. Solía identificarla incluso antes de localizar la cicatriz que lucía en su segunda dorsal, en forma de signo de verificación invertido. A menudo, Sylvia nadaba junto a mí más cerca de lo aconsejable, aunque sabía que, en teoría, los tiburones limón no solían ser agresivos, y probablemente era mi imaginación, más que mis conocimientos científicos, la que me hacía tener la extraña sensación de que ella también me reconocía.

«Es una cuestión de simpatía mutua», había comentado en una ocasión Nicholas, solo medio en broma.

Era el 12 de junio de 2006, el día de mi treinta cumpleaños. Debería haber estado en mi pequeña habitación, haciendo las maletas, o en la cocina comunitaria, preparando alguno de mis espantosos pasteles para compartir con los demás científicos después de cenar y de este modo reconocer al menos el acontecimiento, pero no había querido abandonar Bimini sin una sesión de buceo de despedida. Al día siguiente por la mañana, Nicholas y yo emprenderíamos el breve vuelo chárter rumbo a Miami. Desde allí, él regresaría a Sarasota y a sus rayas. Originario de Twickenham, Inglaterra, Nicholas había llegado a Estados Unidos como estudiante hacía ya quince años, después de pasar una temporada en Londres, y había terminado en el prestigioso Southwest Florida Aquarium de Sarasota. Con solo treinta y cinco años, había sido nombrado el director más joven del departamento de Investigación de Rayas de la institución. Luego, había decidido disfrutar de un periodo sabático de diez meses en el Field Lab, una estancia más larga que la de cualquiera de nosotros, y me imaginaba que en el acuario estarían ansiosos por tenerlo de vuelta. Yo regresaría a mi trabajo en el Gulf Marine Conservancy de Palermo y al hotel de mi abuela Perri, a orillas del golfo de México.

El Hotel de las Musas, donde me había criado y donde seguía viviendo, no era el típico hotel de Palermo. Mientras que el resto de establecimientos tenía un carácter predeciblemente náutico —paisajes marinos en la cabecera de las camas, ruedas de timón en los restaurantes, acuarios en los vestíbulos—, el hotel intelectual de mi abuela estaba lleno a rebosar de libros. En el salón se celebraban lecturas y charlas y disponía de un sistema de préstamo bibliotecario, con un carrito que iba de habitación en habitación

acompañando el carrito de la limpieza. Cada una de sus ochenta y dos habitaciones estaba dedicada a un autor admirado por Perri: Charlotte Brontë, Jane Austen, Gwendolyn Brooks, Octavio Paz, Edna St. Vincent Millay, Henry David Thoreau... El *Tampa Bay Times* lo había calificado como «el auténtico tesoro escondido de la costa del Golfo, un hotel biblioteca instalado en el Éxtasis». A finales de verano abandonaría una vez más todo aquel «éxtasis» para iniciar una investigación sobre el tiburón ballena en Mozambique.

Siempre que terminaba una estancia de investigación, volvía inevitablemente a mí, como la marea que cubre de nuevo la orilla, todo aquello que había dejado de lado e ignorado, y muy en especial Daniel. Empezaba a notar ya la crecida del pasado: la última y terca imagen de Daniel el día que nos despedimos, su espalda enmarcada por el resplandor del sol de Miami que entraba por la ventana, y todo el silencio que había seguido a aquello. El recuerdo regresaba esta vez con mayor crueldad. Treinta. ¿Qué pasaba con esa edad? Era como si todos los relojes marcaran el paso del tiempo con más fuerza.

Alejándonos más aún del fondo azul cobalto de la barca, Nicholas y yo nos tropezamos con un banco de pececillos plateados que brillaban como monedas al huir corriendo al unísono. Poco antes, un mero rojo, atraído por las burbujas de las botellas, se había quedado fascinado con Nicholas y conmigo y se había acercado tanto que había podido observar incluso el interior anaranjado de su boca. Entre los peces, igual que entre los humanos, había dos escuelas de conducta básicas: la de los aventureros y la de los cautos.

Nicholas señaló una pareja de rayas que pasaba por nuestro lado, con su movimiento ondulante como una escena de *El lago de los cisnes*. Llegó hasta mí la vibración de las aletas, reverberando como lo hacen todos los sonidos bajo el mar, de un modo confuso y difuso, una extraña percusión a cámara lenta. Nicholas sentía por las rayas, y muy en especial por la raya águila moteada y las mantas gigantes, lo mismo que yo siento por los tiburones, y les hizo una foto antes de que desaparecieran.

Levantó la mano, mostrándome la palma, para indicarme que me parara, y por un momento pensé que había avistado los tiburones limón, pero a continuación hizo un gesto de negación con la cabeza y se encogió de hombros, lo que quería decir: «Los tiburones no llegan, nos estamos

quedando sin oxígeno». Después de seis meses trabajando juntos, éramos ya unos expertos en nuestro lenguaje corporal. Ladeé la cabeza y abrí la mano, mostrándole los cinco dedos. «¿Unos minutos más?».

Nicholas levantó el pulgar y a continuación señaló un plantel de abanicos de mar que se extendía sobre el fondo oceánico. «De acuerdo, pero esperemos aquí».

Asentí. Lo echaría de menos, lo cual me sorprendía. Siempre era una sorpresa la posibilidad de echar de menos a alguien que no fuese Daniel.

Mientras nadaba por encima del ondulante jardín de abanicos fucsia y rosa, vi que una morena de color verde salía parcialmente de su refugio rocoso y un diligente camarón limpiador se apresuraba a ejercer su magia sobre su cabeza. La morena parecía muy mayor; se la veía arrugada, la piel marcada, extrañamente serena. Posiblemente tuviéramos la misma edad. Abrió la boca, la cerró luego, lo repitió una y otra vez. «Ommms» que solo las criaturas marinas podían oír.

Antes, cuando imaginaba cómo sería mi vida a los treinta años, me visualizaba haciendo justo lo que estoy haciendo ahora: estudiar los tiburones. Pero me imaginaba también como madre, enseñando a mi hijo a nadar en el Golfo. Enfundado hasta la barbilla en un chaleco salvavidas, mi pequeño nadaba como un perrito en aguas cristalinas del color de la menta. A veces, mi hijo era una niña y los rizos de cabello oscuro y mojado se le pegaban a las mejillas. Después de nadar, me imaginaba que regresábamos a una casita que tenía enfrente un naranjo con ramas cargadas de fruta madura. Me detenía un momento para sacudir las ramas del árbol e introducía el pulgar en la parte superior de una naranja, como solía hacer mi padre. A veces, mi padre me la cortaba con una navaja, no sin antes grabar en el lateral una M, de Maeve. Siempre pensaba que yo haría lo mismo para mi niña. Y que ella bebería de la naranja como si bebiera de una taza. Daniel nos estaría esperando en la cocina, removiendo la sartén donde sofreía unas setas.

Hasta el momento, el futuro soñado no había llegado. Pero a lo mejor acabaría haciéndolo; haber cumplido los treinta no me excluía de la carrera de ser madre. Aunque llegaría un momento, si seguíamos solo los tiburones y yo (y suerte que estaban los tiburones), en que tal vez tendría que olvidarme para siempre de lo de formar una familia. Me convertiría en la tía Maeve de los niños que mi hermano gemelo, Robin, pudiera tener algún día y me casaría con el mar. Mucha gente, Robin incluido, decían que ya lo había hecho.

Si Sylvia rondaba por las cercanías, ya sabía que Nicholas y yo estábamos aquí. Con la disminución de la luz, su visión se hacía más potente y su sentido del olfato era diez mil veces mejor que el nuestro. Las hileras de células sensoriales que recorrían ambos lados de su cuerpo habrían detectado ya los cambios en la presión del agua y enviado un mensaje a su cerebro. A medida que se aproximase a nosotros, utilizaría los receptores situados en su cabeza y en su hocico para captar el campo eléctrico que emitía el latido de nuestro corazón y nuestra actividad cerebral, una especie de GPS que permitía a los tiburones cruzar los océanos siguiendo el campo magnético de la Tierra. Mientras que Nicholas y yo teníamos que contentarnos con comunicarnos mediante señales y respirar con botellas de oxígeno, Sylvia estaba estupendamente equipada.

De pronto, la morena se refugió en su escondite, sacudiéndose con la rapidez de una goma elástica. Me puse tensa, alertada por los pececitos que nadaban a toda velocidad hacia arriba. Me giré con una pirueta lenta y vi que Nicholas hacía lo mismo, conscientes de lo pequeños que parecíamos en la inmensidad del Atlántico. Respirando de forma contenida, presté atención al sonido de mi regulador y fijé la vista a lo lejos, allí donde el agua adoptaba un trío de tonalidades, como una pintura de Rothko: índigo, violeta y, cerca de la superficie, verde claro.

El tiburón emergió entre las pinceladas de color, con su cola agitándose con la oscilación hipnótica de un reloj. Coloqué una mano en sentido vertical encima de mi cabeza, la señal de presencia de tiburones, un gesto que resultó casi simultáneo al de Nicholas.

Cuando el tiburón se acercó, vi la cicatriz en la segunda aleta dorsal, las marcas del hocico. Sylvia.

No estaba sola. Tras ella aparecieron un segundo y luego un tercer tiburón: Capitán y Jacques, dos tiburones limón que había estado también investigando.

Nicholas y yo los observamos sin movernos. ¿Cuántas veces me habría quedado inmóvil en el agua de aquella manera al ver que se aproximaba un tiburón? Pero siempre era como la primera vez. Sylvia nadaba hacia mí, en parte como una bailarina, en parte como un sigiloso misil. Se me disparó la adrenalina y me sorprendí conteniendo la respiración. Solo fue un segundo, pero incluso los novatos sabían que alejarse del ritmo regular de inhalar y exhalar era mala idea y podía provocar una expansión peligrosa de la presión

del oxígeno en los pulmones durante la ascensión. Deshice el nudo de aire que se me había formado en la garganta, exhalé lentamente y empecé a fotografiar su cuerpo largo y elegante, su piel del color del papel de lija. Pero cuando Sylvia pasó junto a mí, la mano con la que sujetaba la cámara cayó hacia mi costado e hice algo que nunca había hecho. Nadé a su lado.

Situada a una distancia respetuosa de sus aletas pectorales, empecé a sentir la brutalidad de la fuerza que ejercía en el agua. El sonido de sus movimientos era similar al de los truenos a lo lejos, aunque lo notaba estremeciéndose contra mí. Nadé por instinto, sin pensar, flotando en un lugar de ensueño, y me vino a la cabeza la cita que decoraba la pared de la habitación 202 del hotel de mi abuela, la Habitación Keats: «El amor es mi religión. Podría morir por eso». El mar, sus criaturas, sus tiburones..., eso era mi religión. Podría morir por eso.

Sylvia se giró y dio la impresión de que me miraba con interés. Observar su repentina conciencia de mi presencia fue como despertarme. A pesar de mi afinidad con ella, no tenía que olvidar ni por un segundo que la más mínima provocación podía desencadenar su agresividad. Nadé hacia arriba, dejando que se marchara, y me posé una mano plana sobre el esternón cuando vi que la penumbra azul grisácea la engullía.

Electrificada, agité con fuerza las aletas.

Cuando me volví hacia Nicholas, vi que estaba sujetando la cámara y que su expresión era un reflejo de la mía. El modo en que sus labios se extendían para formar una sonrisa en torno al regulador era la viva imagen de mi euforia.

Cuando la gente me pregunta por qué amo a los tiburones, respondo que es porque me mordió uno cuando tenía doce años. Desde un punto de vista estadístico, las palmeras cocoteras que rodean el hotel suponían un peligro mayor que los tiburones que nadan por el Golfo. Los cocos por allí caían como torpedos, por eso era de lo más extraño que un coco no me hubiera dejado nunca sin sentido y que, en cambio, me hubiera mordido un tiburón, una especie de cuatrocientos millones de años de antigüedad, más antigua incluso que el hombre, los dinosaurios y los árboles. Fue un tiburón de puntas negras, un *Carcharhinus limbatus*, el tiburón famoso por saltar fuera del agua y girar varias veces alrededor de su eje cuando se alimenta de peces próximos a la superficie. La mordedura dio como resultado una cicatriz de treinta y tres centímetros, treinta y tres puntos y mi obsesión por los tiburones.

Robin, respondiendo como un auténtico gemelo, se convirtió en el contrapeso de mi mórbida fascinación y desarrolló un miedo a los tiburones que se acercaba casi al desprecio. No le guardé rencor a Perri por enviarme al doctor Marion, un psicólogo infantil de Naples, y sigo sin guardárselo, pero recuerdo que me preguntaba cómo era posible que el odio de Robin hacia los tiburones se considerara como algo perfectamente normal mientras que mi amor hacia ellos era visto como negativo.

«¿Te harías mecánico si te atropellara un coche? —me preguntaba a veces Robin—. ¿Te harías geólogo si te diera una piedra en la cabeza? ¿Y si te cayeras de un tejado? ¿Te harías techador? ¿Y te harías jinete si te pisoteara un caballo?». Su lista de catástrofes y oficios se convirtió en un chiste sin fin, aunque en realidad no eran chistes. Nunca había superado el haber estado a punto de perderme, aunque era comprensible después de lo sucedido con nuestros padres.

A menudo fantaseaba diciéndome que, de haber estado vivos nuestros padres, habrían minimizado la preocupación de Perri y Robin al verme convertida en una fanática de los tiburones.

Mi padre, profesor de Lengua y Literatura e hijo de Perri de la cabeza a los pies, amaba los libros más que ella, de ser eso posible, y había publicado dos libritos de poesía. Era el polo opuesto de nuestra madre ingeniera, obsesionada con el cielo y con la cabeza firmemente instalada entre las nubes, mientras que él vivía con la suya eternamente inclinada sobre los libros de Keats, Shelley y Byron.

Hacía dos años que mi madre había obtenido su licencia de piloto privado cuando sucedió el accidente. Para regalarle a mi padre un fin de semana sorpresa en Key West con motivo de su cumpleaños, había alquilado una Piper de 1980, había preparado un plan de vuelo y lo había dispuesto todo para que Perri nos recogiera a Robin y a mí, que por aquel entonces teníamos seis años, en nuestra casa de Jupiter, Florida. La avioneta se estrelló en los Everglades antes incluso de que llegáramos al hotel, antes de que cruzáramos corriendo el vestíbulo y subiéramos las escaleras, antes de que discutiéramos por a quién le tocaba la cama junto a la ventana, antes incluso de que nos pusiéramos el bañador, bajáramos a la playa y nos volviéramos locos con los centenares de caracolas que la marea había depositado en la arena durante la noche y gritáramos cuando aparecía la parte viscosa del animal que contenían en su interior y empezaba a arrastrarse por la palma de la mano.

Para recuperar los cuerpos fue necesario un hidrodreslizador. El National Transportation Safety Board informó de que mi madre se había encontrado con una cizalladura del viento provocada por una tormenta. Durante un tiempo, el simple hecho de ver una avioneta, o incluso la mención de un hidrodreslizador, me traía a la cabeza la escena de mis padres sujetos con el cinturón a los asientos, muertos, hundidos en el fango en compañía de los aligátores. Poco a poco, aquella imagen dejó de obsesionarme. Ahora los visualizo tal y como eran antes del accidente: a mi padre, leyéndonos en la cocina poemas que nos parecían incomprensibles; y a mi madre, que nos hacía salir rutinariamente de casa las noches despejadas en un casi fracasado intento de enseñarnos las constelaciones y se tumbaba a nuestro lado en el pequeño porche cubierto que había junto a la piscina y nos hablaba de la Osa Mayor, la Osa Menor y el cinturón de Orión.

Después del funeral, Perri vendió la casa de Jupiter, con aquel porche

donde repetíamos con mi madre los nombres de las estrellas y la cocina donde escuchábamos la poesía de mi padre, y nos llevó a Palermo a vivir con ella en el Hotel de las Musas. Perri reservó cuatro habitaciones de la segunda planta, hizo derribar las paredes y reconstruyó el espacio para convertirlo en un apartamento para los tres. «Será una aventura. Como la familia Robinson suiza», nos dijo, alentándose a sí misma por el bien de dos niños tristes. Noche tras noche, nos metíamos en su cama y nos leía la historia de Johann David Wyss, *Peter Pan*, *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*, *El jardín secreto* y un montón de clásicos más.

La pérdida de nuestros padres nos dejó devastados, pero llevamos nuestro dolor de forma muy distinta. El dolor de Robin era silencioso y oculto, y solo gritaba inconscientemente en sueños, mientras que el mío era abierto y expresivo. Superada por los acontecimientos y desesperada por ayudarnos, Perri nos puso en las expertas manos del doctor Marion. Fue mi primer encuentro con la terapia psicológica; años más tarde, cuando volví a entrar en su consulta después del ataque del tiburón, ya conocía la rutina.

Robin y yo pasamos horas sentados el uno junto al otro en el sofá verde del doctor Marion, Robin en silencio, negándose a hacer los dibujos que supuestamente tenían que ayudarnos a expresar los sentimientos. Cuanto más se retraía él, más hablaba yo de los aligátos rodeando la avioneta de nuestros padres, de sus féretros herméticamente cerrados. Y más sofisticados se volvían mis dibujos. A veces, tenía la impresión de que todo lo que fue mal con Robin empezó con aquellos dibujos. Hubo uno en particular que surgió desde un rincón oscuro de mi interior. Con Robin observándome, saqué los lápices de colores de la caja y empecé a crear la escena de horror habitual: una selva verde laberíntica, un cielo negro, aguas marrones con manchas rojas, una avioneta gris medio sumergida y, debajo del agua, dos figuras de palo rotas.

—¿Seguro que no quieres dibujar? —le preguntó el doctor Marion a Robin, ofreciéndole un lápiz de color azul—. Puedes dibujar lo que te apetezca. ¿Qué te parece si dibujas tu habitación? ¿Cómo es?

Robin lo fulminó con la mirada, los brazos cruzados sobre su pecho de seis años de edad, y al final aceptó el lápiz. Aquel día debió de dibujar algo —la rana de peluche que tenía sobre la cama, el póster de *El Imperio contraataca* que tenía colgado en la pared, los cromos de béisbol pegados con chinchetas al corcho—, pero se distrajo con la sorprendente incorporación de una

minúscula figura de palo que yo estaba dibujando al lado de las otras dos.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

Cubrí de rayones rojos el cuerpecito.

—¿Quién es? —insistió Robin, y, a pesar de que noté que se ponía nervioso, seguí sin responderle.

—¿Quieres contárnoslo? —me preguntó el doctor Marion—. No tienes por qué hacerlo, pero tu hermano... parece interesado.

—Soy yo —respondí y las lágrimas empezaron a distorsionar la imagen—. No quiero estar aquí si ellos no están.

—¿Quieres morirte también?

La voz de Robin sonó tenue y muy remota, y entonces rompió a llorar, un llanto entrecortado y espantoso, las primeras lágrimas que derramaba desde la muerte de nuestros padres. Empezó a temblar todo él y, al ver lo que había provocado, me eché también a llorar. Ya entonces comprendí que no lo había dicho en serio. Que en realidad no deseaba haber estado en aquella avioneta, pero pensé que desearlo era la única forma de transmitir la fuerza de mi angustia, de comunicar lo mucho que echaba de menos a mis padres.

El doctor Marion nos dijo que no pasaba nada por llorar, pero dio un poco la sensación de que le había salido el tiro por la culata con aquello, puesto que las lágrimas y los sollozos continuaron. Al final, salió a llamar a Perri, que aguardaba en la sala de espera. Perri se apretujó en el sofá entre nosotros dos y nos acogió entre sus brazos. Cuando el llanto cesó por fin, el doctor Marion intentó ayudar a Robin a comprender lo que yo había querido decir con mi dibujo, pero no creo que Robin llegara nunca a entenderlo. Mi confesión había caído sobre él como una traición, como un rechazo brutal. Después de aquello, visitamos al doctor Marion por separado. Nunca supe qué sucedió en las sesiones de Robin. En mi caso, revelar mi terrible deseo fue el principio de mi curación. El dolor se metamorfoseó y pasó de una tristeza atroz a una especie de resignación y, finalmente, a la paz. Perri se convirtió en mi mayor consuelo y en mi confidente. Pero las pesadillas de Robin siguieron plagadas de accidentes de avionetas, aunque nuestros padres ya no viajaban en ellas; ahora, era solo yo. Se despertaba de pronto gritando mi nombre y en una ocasión gritó tan fuerte que un huésped del hotel llamó a recepción. Aterrada por aquellos alaridos, yo solía meterme en su cama para darle la mano bajo las sábanas. «Pensaba que también te habías muerto», sollozaba.

Al año siguiente, sus terrores nocturnos tocaron a su fin y dieron paso a todo tipo de malas conductas: mordiscos y empujones a los compañeros de clase, responder mal al maestro y, un día, intentar incluso pegar a Perri cuando ella le mandó ordenar su habitación, gritándole: «No me digas lo que tengo que hacer. Tú no eres mi madre».

Con el tiempo, regresó a algo similar a la normalidad. Daniel, él y yo formamos una alianza y pasábamos el día en la playa o en el hotel. Recuerdo a Robin haciendo su imitación de Rocky Balboa para los huéspedes, uno de sus muchos carismas en ciernes, pero su dolor nunca acabó curándose del todo y nunca se sintió cómodo hablando sobre nuestros padres, como si su mente simplemente fuera incapaz de hacerle frente.

Meterse en problemas se convirtió en su método para expresar el dolor y creo que escribir debe de haber sido también para él una válvula de escape. Y practicó ambas cosas, alternándolas, con grandes aptitudes.

Nunca he dejado de sentirme mal por lo de aquel dibujo, nunca he dejado de sentirme responsable.

A Perri le gustaba decir que había niños que tenían columpios en el jardín, pero que nosotros teníamos el golfo de México. La isla y todo ser viviente que nadara en aguas del Golfo se convirtieron en mi Edén. Y Daniel se convirtió también en mi Edén.

La madre de Daniel, Van, trabajaba en la recepción del hotel cuando no impartía clases de ballet. Daniel pasaba mucho tiempo en el hotel, dando vueltas con su monopatín y deslizándose de vez en cuando por los suelos de mármol del vestíbulo. Casi un año mayor que Robin y yo, Daniel fue el primer amigo que hicimos en Palermo. En poco tiempo, nos volvimos inseparables. Su padre había sido entrenador de béisbol en el instituto de la isla y, a todas luces, era un buen padre. Hasta que un día se marchó y desapareció de repente de la vida de Daniel, un cataclismo del que él rara vez hablaba. Robin, Daniel y yo compartíamos la ausencia de un padre —fuera por abandono o por muerte— como si se tratara de un pegamento trágico que cimentaba nuestra unión de un modo que ninguno de nosotros comprendía realmente. Confundido constantemente por los demás con nuestro hermano mayor, Daniel tenía el pelo oscuro y alborotado como nosotros, con reflejos dorados como consecuencia de la exposición al sol. A Robin le gustaba que lo tomaran por hermano de Daniel, pero yo nunca quise ser su hermana.

El tiburón me atacó el 30 de julio de 1988, a primera hora de la mañana, cuando el ambiente estaba turbio por la neblina y la playa desierta. Daniel y yo nos habíamos acercado a la orilla para investigar un cangrejo herradura arrastrado hasta allí por la marea, cuando vislumbré una pluma marrón y blanca de águila pescadora de casi medio metro de longitud que flotaba entre las olas, a unos diez metros de distancia. Tal vez por mi deseo de impresionar a Daniel y demostrarle lo audaz e intrépida que podía llegar a ser, tal vez porque simplemente deseaba hacerme con aquella magnífica pluma, el caso fue que me adentré en el mar en pantalón corto y camiseta hasta que el agua formó un frío círculo alrededor de mi cintura.

—¿Qué haces? —preguntó Daniel, mirándome boquiabierto desde la orilla.

—¿Tanto te preocupa mojarte un poco el pantalón? —repliqué en broma y saqué la pluma del agua para agitarla en dirección a él.

Sonriendo, Daniel vadeó hasta donde yo estaba, levantando los brazos y los hombros desnudos para eludir el frío. Me arrancó la pluma de la mano para ponérmela en el coiletero a modo de adorno.

—Así —dijo.

Levanté la mano para tocarla, consciente de lo cerca que estaba Daniel de mí, de sus hombros salpicados con pecas, de su piel de un tono tostado caramelizado, de sus ojos del color del pez cirujano azul. Me erguí y lo besé, y me sorprendió que me devolviera el beso, el sabor de la sal en sus labios. Por un instante, me sentí mareada, como si el mundo en el que me había despertado hubiera desaparecido y me hubiera convertido en otra persona. Me excitó y me asustó a la vez.

—Creo que te amaré siempre —declaré.

Daniel miró hacia la playa, donde Robin y Perri estaban empezando a instalar las tumbonas bajo las palapas con techo de paja que tacionaban la arena delante del hotel.

—Yo también —contestó.

De pronto se dobló hacia delante, como si le hubieran dado un golpe justo detrás de las rodillas.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó.

Creí que estaba intentando asustarme, pero fuera lo que fuese lo que había golpeado a Daniel chocó entonces contra mí. Perdí el equilibrio y caí bajo el

agua mientras una fuerza increíble me sujetaba la pierna. Contuve la respiración y agité los brazos, tratando de salir volando como hacían las aves marinas cuando emergían del agua después de zambullirse en ella. Lo vi con total claridad: la parte superior de la cabeza gris del tiburón, sus dientes aferrados a mi pierna, la punta negra de la aleta, la cola moviéndose como un timón.

Bajo el agua había ruido, sonidos y vibraciones que provocaban nuestros cuerpos. La sangre empezó a manar de mi pierna como una lata de gas lacrimógeno cuando se abre. Mi cabeza estaba vacía, dominada únicamente por un instinto primitivo y feroz de supervivencia.

Estiré el cuello hacia la superficie y vi de refilón uno de los ojos del tiburón, una noche pequeña, negra, sin parpadeo. Tenía la seguridad de que el tiburón se arrepentía de haberme hincado los dientes, ¿o fue más tarde cuando lo pensé? El ojo desapareció bajo un párpado que se cerró desde abajo y entonces, tan repentinamente como había empezado, se acabó todo.

El tiburón me soltó la pierna y se marchó. No entendí por qué. Ahora sé que estaba haciendo gala de la clásica conducta de ataque y huida: un golpe, un único mordisco, y una retirada al percatarse de que la presa no es una pieza de comida y se ha producido una confusión de identidad. La mordedura resultó curiosamente indolora de entrada, pero enseguida empecé a notar una sensación abrasadora en la pierna. Quería aire. Necesitaba aire. Emergí a la superficie, aspiré una bocanada e intenté mantenerme en pie, pero la pierna derecha no respondía. Me quedé entonces flotando sobre la espalda, sirviéndome del pie izquierdo para impulsarme empujando contra el suelo marino.

Jadeé frenéticamente, incapaz de sacar un solo sonido de la garganta. El agua me taponaba los oídos. Oí que alguien gritaba: «¡Maeve! ¡Maeve!». Daniel me agarró por las axilas y, corriendo hacia atrás, empezó a tirar de mí hacia la orilla.

—Me ha mordido un tiburón y se ha ido —dije con calma, como si me hubiera picado una medusa.

Daniel, con la voz ronca por el terror, llamó a gritos a Perri. Me entraba agua por la nariz, llenándomela con un escozor salado que me atragantaba. Entretanto, el dolor de la pierna se había reducido a una extraña sensación de quemazón que se extendía desde la cadera hasta los dedos de los pies.

Daniel me depositó en la arena. Me quedé mirándolo, estaba inclinado

sobre mí con las manos apoyadas en las rodillas, sus ojos vidriosos.

—Me ha mordido un tiburón y se ha ido —repetí.

Con esfuerzo, me recosté sobre los codos y observé la pierna. En la parte posterior de la pantorrilla tenía un corte abierto, ensangrentado y con perfiles irregulares, como una pésima disección en clase de ciencias. Me dejé caer de nuevo en la arena y Perri llegó en aquel momento, transformada en una de esas mujeres de las que oyes contar que en momentos de crisis se vuelven fuertes como superhéroes y mantienen la cabeza resueltamente clara, que son capaces de levantar a pulso un coche bajo el cual ha quedado aplastado un niño y gritar órdenes como si fueran el general Patton.

—¡Robin, vete corriendo al hotel! Llama a urgencias. ¡Daniel, trae toallas!

Un perfil oscuro empezó a enmarcarlo todo. Cerré los ojos para ahuyentarlo. Perri me retiró el pelo que me caía en la cara.

—Maeve, cariño, abre los ojos.

Me concentré en una «V» de pelicanos que cruzaba el cielo azul, en sus alas inmóviles, en su disposición a girar todos a una en cuanto el líder cambiara el rumbo.

Daniel dejó un montón de toallas en la arena y Perri retorció una de ellas y me la ató con fuerza en el muslo. Su media melena se balanceaba frente a su cara como una mancha borrosa.

—Hay que detener esta hemorragia —dijo y su voz empezó a adoptar un tono más urgente.

Cuando Perri aplicó presión sobre la herida, la sensación amortiguada de quemazón de la pierna estalló en una llamarada de dolor perfecto. Eché la cabeza hacia un lado cuando el terrible sonido de un lamento me llenó la garganta. Empecé a sacudirme.

Robin se arrodilló a mi lado, blanco y aterrado. Me acercó la boca al oído.

—Te pondrás bien. —Y siguió repitiéndolo—: Te pondrás bien. Te pondrás bien.

Perri se cernió sobre mí, bloqueando la luz del sol. Gritó entonces a la multitud que empezaba a congregarse:

—¡Que alguien me dé un cinturón! —Lo sujetó por encima de mi rodilla—. Todo irá bien —dijo—. Respira hondo. Vamos. —Movié la cabeza en un gesto de asentimiento y aspiré aire como si estuviera ahogándome—. Eso es. Suéltalo lentamente. Muy bien.

Perri posó una mano en mi pecho y noté que me relajaba por dentro. Que

me sentía segura.

—Hay que mantenerla en calor —dijo y al instante un toldo de color coral con el emblema del hotel, una ostra bordada en azul marino con un librito con aspecto de perla en su interior, se desplegó y se posó sobre mí.

Buscando con la mirada a Daniel, apreté la mejilla contra la arena y comprobé que seguía a escasa distancia de mí.

—El tiburón la empujó hacia abajo —le estaba explicando a Perri—. Intenté cogerla. Pero fue todo tan rápido que... que no pude llegar.

—¿Cuánto tiempo pasó bajo el agua? —preguntó Perri.

—No lo sé. ¿Cinco segundos? ¿Diez?

A mí me había parecido mucho más.

Más adelante, Daniel y yo hablaríamos de lo que aquel día había representado para él, de que el Golfo nunca le había parecido tan profundo o tan eterno como cuando desaparecí bajo sus aguas, de cómo había buceado en mi busca, temeroso de lo que pudiera encontrarse en un agua enturbiada por una tormenta de sangre y arena removida.

En los segundos previos a perder el conocimiento, Daniel se giró y me miró, y vi que tenía en la mano la pluma de águila pescadora que se había soltado de mi cabello.

Creo que Perri temía que me hubiera obsesionado con mi atacante, el tiburón de puntas negras, pero el doctor Marion le garantizó que, a pesar de que lo que yo estaba experimentando no era habitual, era completamente inocuo. Recuerdo un día que yo estaba sentada en su despacho junto a ella, cabizbaja, y que levanté la vista y vi que Perri me observaba con compasión. Sé que en aquel momento decidió dejar de preocuparse por los botes llenos de agua de mar que acumulaba bajo la cama, por los frascos de medicamentos que llenaba con dientes de tiburón, por las imágenes de ojos de tiburón que dibujaba y colgaba en la pared. Aquella misma tarde, oí que le explicaba a Robin que el doctor Marion no estaba preocupado por mi caso y que tampoco él debería preocuparse. Lo intentó y al final consiguió aventurarse de nuevo en las aguas del Golfo conmigo, pero se inventaba continuamente excusas para que el baño fuese corto. Nunca llegó a perder el miedo a que algo dentro del agua pudiera llevarse lo que quedaba de su familia.

Perri siguió llevándome al doctor Marion. Con doce años de edad, tenía un

millón de pensamientos que se desplegaban y se contraían. Imágenes recurrentes de la avioneta estrellada de mis padres. Sentimientos ambivalentes acerca de vivir con Robin en un hotel, algo que realmente era como ser la familia Robinson suiza y que resultaba chocante para mis amigos; y cuánto deseaba a veces poder vivir en una casa normal. Le confesé que odiaba la cicatriz dentada que recorría mi pantorrilla, pero que perdonaba al tiburón, porque simplemente había actuado como un tiburón. Le hablé de Daniel, que me había salvado. De Daniel, a quien amaba.

Tenía catorce años cuando visité al doctor Marion por última vez. Estábamos viviendo una de esas tormentas tropicales de agosto que se forman con rapidez en Palermo. La lluvia golpeaba las ventanas de la consulta y se veían destellos de relámpagos a lo lejos. Al ver que me sobresaltaba con el estruendo repentino de un trueno, el doctor me preguntó si me daban miedo las tormentas.

—No, las tormentas no —le respondí.

El doctor Marion dejó el bolígrafo en la mesa.

—Y, entonces, ¿qué te da miedo? —quiso saber.

—Todo el mundo cree que estoy loca. No quiero que usted también lo piense.

—No voy a pensar que estás loca por lo que puedas decirme, Maeve. Nunca he creído que estuvieras loca.

Transcurrieron unos instantes y guardé silencio, aterrada ante la idea de explicarlo. Las palabras me abrasaban la garganta y, por primera vez en mi vida, tuve la sensación de que guardarlas podía ser peor que dejarlas salir.

—Es que... —empecé a decir—. Es que me gustaría saberlo todo sobre los tiburones. Cuando sea mayor, quiero estudiarlos, entenderlos de verdad. Saber cómo son. Me paso el día leyendo libros sobre Jacques Cousteau y sobre cómo convertirme en bióloga marina. Eso es lo que quiero, pero me temo que mi abuela me dirá que no puede ser. Me da miedo que esto pueda interponerse entre Robin y yo. Que Daniel y mis amigos piensen que... que soy rara, o cosas por el estilo.

Me interrumpí, pensando que iba a romper a llorar. Permanecí sentada, escuchando la lluvia, a la espera de que el doctor Marion dijese algo, pero él también esperaba.

—No soy tonta —continué—. Sé muy bien lo que me podría haber hecho el tiburón aquel día, pero no lo hizo. Me soltó. Podría haberme hecho

pedazos, pero me soltó. Este año interpreté una obra en el colegio, y con la clase fuimos al Museo Edison, y he leído el *Diario de Ana Frank...*, y todo eso me encantó. Pero nada que ver con lo que siento con los tiburones.

—¿Y qué sientes con los tiburones?

Mi deseo de responder aquella pregunta, de expresarlo en voz alta, era tan intenso que la oleada de sentimientos me superó y las lágrimas que estaba conteniendo se soltaron por fin.

—Ya sé que es raro —dije, secándome las mejillas—. Pero me siento feliz. Cuando pienso en tiburones, me siento feliz.

El doctor Marion se recostó en su asiento y sonrió.

—Jacques Cousteau tiene pinta de ser un tipo feliz. Y estoy seguro de que Eugenie Clark es feliz. ¿Has oído hablar de Eugenie Clark, de Sarasota?

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—La llaman la Dama de los Tiburones por la investigación que lleva a cabo con ellos. Ha llegado a entrenarlos. Incluso a enseñarles a que toquen una campana. ¿Verdad que es increíble? Y luego está Sylvia Earle, que también es de Florida. ¿Has oído hablar de ella?

—No.

—Posee el récord de inmersión en solitario. Cuatrocientos metros. Es conocida como la Reina de las Profundidades. Tendrías que leer sobre ellas.

—Lo haré —dije.

Y tuve la sensación de que mi pecho se abría. Como una concha.

—Sobre oceanógrafos, la verdad, no sé mucho más. Pero sí sé lo siguiente: tendrías que prestar atención a aquello que te haga sentir viva. Y si eso te hace feliz, vale la pena que vayas a por ello.

Nicholas y yo emergimos simultáneamente a la superficie. El sol estaba más bajo de lo que esperaba y se había levantado viento. Nuestro Twin Vee de diecinueve pies de eslora se columpiaba sobre las olas, que rompían con pequeñas crestas contra los laterales. Mientras nadábamos, y entre el murmullo creciente del agua, oí una canción de Midnight Oil que sonaba en la radio de a bordo. Subimos, nos quitamos el equipo y compartimos un abrazo espontáneo de celebración, neopreno contra neopreno.

Simon, el capitán local que se había encargado de pilotar el barco durante los últimos seis meses, esbozó una sonrisa por debajo de un gran sombrero de paja que mantenía en su lugar mediante un cordón que le pasaba por debajo de la barbilla.

—Has visto a los limones, ¿verdad? —dijo.

—A Sylvia, a Capitán y también a Jacques —contesté.

Simon asintió, encendió el motor y puso rumbo a puerto, hacia el laboratorio de investigación. Nicholas y yo permanecemos en popa y nos quedamos en bañador, sin perder el equilibrio a pesar de que la embarcación cobraba velocidad y el ruido del motor ahogaba cualquier otro sonido.

Me envolví el bañador negro con una toalla, me senté sobre una nevera, me escurrí el agua del pelo y lo dejé caer sobre los hombros. Contemplé la inmensidad de océano que se extendía a nuestras espaldas y sentí una pequeña punzada de tristeza. Odiaba los finales.

Levanté la vista. Nicholas me estaba observando.

—Feliz cumpleaños —dijo, moviendo los labios sin pronunciarlo en voz alta.

—Gracias —le respondí de la misma manera.

Esperaba que apartase la vista, pero no lo hizo. No fue hasta que Simon le

pidió que lo relevara al timón cuando volcó la atención hacia otro lado.

La mayor tristeza de mi vida fue perder a Daniel. Los recuerdos tenían un tono beligerante, se retiraban durante largos espacios de tiempo y regresaban, como si hubieran disfrutado de un agradable y vigorizante descanso. En Nochebuena de 1998 me había pedido en matrimonio en el puerto, detrás de la casa de Palermo donde había pasado su infancia. En la terraza de un vecino sonaba *Let It Snow*, una melodía completamente incongruente estando como estábamos a veinte grados. Le dije que sí. Por supuesto que le dije que sí. De regreso en Miami, mientras yo estudiaba en la universidad y Daniel, en la escuela de cocina, alquilamos una casa con revestimiento de estuco pintada de un espantoso tono azul celeste y empezamos a planificar una boda en la playa, junto al hotel de Perri. Acordamos la fecha: 5 de junio de 1999.

Durante unas semanas, la convivencia pareció perfecta e inexpugnable. Pero las diferencias empezaron a hacerse patentes cuando llevábamos tan solo un breve tiempo prometidos. Un día de enero, al salir de clase y llegar a casa, me encontré a Daniel en la cocina, taciturno y distraído, vaciando de su pulpa verde media docena de aguacates.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Le restó importancia. «No pasa nada». Pero sí pasaba: había rechazado la oportunidad de una estancia de estudios de ocho semanas en Italia en primavera. Dijo que no quería estar tanto tiempo fuera, sobre todo teniendo en cuenta que no regresaría hasta justo antes de la boda.

—Pero si es Italia —le dije—. Tendrías que ir. Puedo encargarme sola de los planes de la boda. Perri me ayudará.

—No, de verdad, ya está cerrado. No pasa nada.

Me sonrió, pero percibí la desilusión cruzando la estancia y abofeteándome en la cara.

Ninguno de los dos volvió a pronunciar la palabra «Italia» hasta unas semanas más tarde, cuando, por un vuelco de la situación totalmente irónico, fui una de las dos estudiantes elegidas para disfrutar de un programa académico de diez semanas en la prestigiosa Shark Behavior and Conservation Reserve de Fiyi. El curso tendría lugar entre el 18 de mayo y el 27 de julio y me resultaría muy útil para mi tesis. Aquella noche, entré corriendo en casa loca de euforia, segura de que lograría que lo entendiera.

Permaneció sentado en el maltrecho sofá de piel que habíamos comprado en una venta de objetos de segunda mano, con las manos entre las rodillas, mientras yo me esforzaba por explicarme y justificarme. Al final, acabé arrodillándome delante de él.

—Tendremos que posponer la boda hasta agosto. Son solo dos meses, Daniel. No es tan grave.

Me miró, casi inexpresivo, y entonces se levantó y caminó hasta el centro de la estancia, dejándome a mí allí en el suelo.

—Yo rechacé lo de Italia —dijo, sus palabras empapadas de dolor e incredulidad.

Me acerqué a él. Intenté enlazarlo por la cintura, pero Daniel se apartó.

—Me habría encantado aprovechar una oportunidad como lo de Italia, pero la rechacé porque...

—¿Por qué, Daniel? ¿Estás diciéndome que rechazaste lo de Italia por mí?

—No por ti. Sino por nosotros.

—Pero si fui yo la que te dijo que fueras —repliqué.

Su rostro se encendió de rabia.

—Por el amor de Dios, Maeve, ¿quieres posponer nuestra boda para poder marcharte diez semanas a Fiyi! Yo antepuse nuestra relación a todo. Antepuse nuestra boda a todo. ¿Tanto te costaría hacer lo mismo?

—Te comportas como si fuera a irme de vacaciones. Pero esto es para mi tesis. Es una de esas oportunidades que solo se presentan una vez en la vida.

—De acuerdo.

Se acercó a grandes zancadas a la puerta.

—Nunca quise ser un lastre para ti, Daniel —le dije—. No me hagas esto, por favor.

Daniel se dejó convencer y pospusimos la boda a agosto, pero después de aquella noche se abrió entre nosotros una extraña grieta, un distanciamiento difuso que brotaba cuando los asuntos prácticos y las exigencias desaparecían y quedábamos solo nosotros dos. La semana antes de que marchara a Fiyi, empezó a pasar más horas en su escuela. Me dije que estaba protegiéndose del dolor de verme partir. Sé lo herido que debía de sentirse. Sé que creía que para mí él no era tan importante como los tiburones de Fiyi o mi tesis. Tal vez tuviera la sensación de que lo abandonaba, como había hecho su padre. Pero mi marcha jamás justificaría lo que él hizo durante mi ausencia.

Regresé de aquel trascendental viaje a finales de julio, diez días antes de la

fecha de nuestra boda. Él me recibió en el aeropuerto con un abrazo que se prolongó muchísimo rato. Al final, me eché a reír y le dije:

—Veo que me has echado de menos, ¿eh?

Me soltó y esbozó una débil sonrisa. Durante el trayecto de vuelta a casa, se mostró extrañamente callado.

Preparó café mientras yo daba vueltas por la cocina. Me fijé en que había ordenado las cosas de otra manera. Estaba grogui por el *jet lag*, grogui de felicidad por volver a verlo. Salimos con las tazas al pequeño porche acristalado y me dejé caer en su regazo.

—No sabes cuánto te he echado de menos —comenté.

Me dio unos golpecitos en la pierna, indicándome con ello que me levantara. Me puse en pie y vi que dejaba el café en la mesita, que se incorporaba y caminaba unos pasos hasta situarse en el umbral de la puerta, con su rostro serio. El estómago me dio un vuelco.

—Mientras no estabas... —dijo—. Mientras no estabas, he cometido un error.

Pensé enseguida en recibos del alquiler pendientes. En un pago en señal a la florista que hubiese caído en el olvido. Tal vez al final hubiera decidido ir a Italia, en cuyo caso tendríamos que posponer la boda hasta diciembre.

—¿Qué tipo de error? —pregunté. Apartó la vista, hacia la ventana, hacia los nubarrones cada vez más negros—. ¿Qué ha pasado, Daniel?

—Lo siento —contestó—. No es fácil explicártelo. —De repente vi que tenía los ojos brillantes, llenos de lágrimas—. Voy a ser padre.

Me quedé paralizada y confusa.

—Ella estudia en la escuela de cocina —continuó—. No era mi intención que pasase. Nada de todo esto. Acabo de enterarme hace tan solo dos días.

«Daniel, padre. Con otra mujer».

Durante un prolongado momento de conmoción no sentí nada, y, de pronto, fue como si me aplastaran, no podía respirar. Daniel dio un paso hacia mí, pero lo detuve levantando la mano. «No».

—Lo siento. Por Dios, Maeve, lo siento muchísimo.

Me arrastré hasta una silla y me senté. Él seguía hablando, suplicándome que lo perdonara, pero yo casi no oía qué me decía.

No estaba enfadada —eso llegaría luego—, sentía únicamente una angustia desgarradora, la sensación de haber tocado completamente fondo. Intenté serenarme formulándole preguntas sosegadas y racionales.

—¿Estás seguro de lo del bebé? —dije—. ¿De que realmente es tuyo?

Asintió.

—Es mío.

—¿Cómo se llama ella?

—Eso no importa —contestó.

—A mí sí que me importa.

—Holly.

«Holly».

—¿Cuántas veces lo has hecho? —pregunté.

—Maeve...

—¿Cuántas veces? —repetí—. ¿Estuviste con ella durante todo el tiempo que he estado fuera?

—No —respondió, acercándose de nuevo a mí.

Cogí su taza de café y la lancé al otro lado de la habitación. La porcelana se hizo añicos y el aroma de café nos envolvió.

—Pero lo bastante como para dejarla preñada —dije—. Bien hecho.

Caminé hacia la puerta de entrada, donde seguían mis maletas aún por deshacer. Cogí las llaves de mi coche del cuenco de madera de la mesita y dejé allí mi anillo de compromiso.

El engaño es algo frívolo hasta que te pasa a ti. Entonces, es como si fuera la primera vez que se produce un engaño.

La misma semana que recibí la noticia, envié una tarjeta a todos los invitados informándoles de que, lamentablemente, no habría boda. Retiré el depósito que habíamos dejado a la pequeña orquesta que habíamos contratado para la recepción, un trío especializado en calipsos; anulé la reserva del bloque de habitaciones que Perri había preparado para los invitados de fuera; informé al oficiante de la ceremonia, y di por cancelada la lista de bodas. Luego, me sumergí bajo el agua, y no solo en sentido literal.

Daniel huyó al norte de Italia, y a pesar de que seguía vivo y bien, practicando la técnica del braseado de ciruelas y espárragos, degustando polentas al parmesano y curando carnes, yo experimenté su pérdida como una muerte. Un día existía. Al día siguiente había dejado de existir.

Y no solo lo dejé marchar, sino que dejé marchar también todo lo que habíamos planeado. Ya no nos casaríamos en la playa del hotel, bajo una palapa con techo de paja. Ya no tendríamos un hijo que heredaría el puente plano de su nariz. Ya no educaríamos un cachorrito ni hablaríamos sobre mi

trabajo con los tiburones o el de él con el *risotto*.

Me concentré en terminar mi tesis y encontrar un trabajo en el Conservancy que me permitiera estar en el agua con tiburones, y los tiburones me salvaron la vida. Durante el día, estaba tan ocupada que no me quedaba tiempo para lamentaciones; pero las noches eran una tortura. Me imaginaba un momento en el futuro en el que Daniel estaría montando una cuna o examinando la imagen de una ecografía. En el que leería *Qué esperar cuando estás esperando* y diría cosas como: «¿Ha empezado a dar patadas el bebé? Suelen empezar a los cinco meses, ¿no?». Pero la peor agonía no era saber que Daniel iba a criar a su hijo con otra mujer, sino comprender que había perdido toda la confianza en la persona que conocía y amaba desde mi infancia.

A pesar de que cuando lo decía Keats sonaba como algo bueno y noble, tal vez acabaría muriendo por amor; aquello realmente sería mi muerte.

Tardé dos años enteros, pero, por el interés de salvar una vida —mi vida—, seguí adelante lo mejor que pude. Hay lugares en el mar que son más profundos que la altura que alcanza el Everest, lugares donde no llega nunca la luz. Y fue allí donde coloqué a Daniel.

Después de que Simon amarrara la barca y Nicholas y yo descargáramos el equipo de inmersión, las neveras y las cámaras y lo transportáramos todo al cobertizo del centro de buceo, nos quedamos en el lavadero exterior para limpiar las máscaras con agua dulce y ponerlas a disposición de la siguiente tanda de científicos, a los que sin duda se les dibujaría una sonrisa tan estrambótica como la nuestra al avistar una criatura magnífica tras otra, una langosta espinosa, un caballito de mar con su cola envolviendo en espiral la hoja de una pradera marina.

Colgamos los trajes de neopreno para que se secaran. Me puse un pantalón corto encima del bañador y me calcé unas chancletas. Nicholas continuó descalzo, siempre descalzo; no estaba segura de haberle visto alguna vez calzado. Cogió un cubo grande de color blanco que contenía una red de pescar enfangada que Simon y él habían lanzado en las aguas poco profundas próximas a los manglares. Mientras extendía la red sobre el suelo de hormigón y sacudía los pesos de plomo de los bordes, se puso en marcha una bomba en la desalinizadora y empezó a emitir su grave zumbido.

—No debemos dejar huella. Ni redes de pescar sucias —dijo, proyectando el agua de la manguera contra ella.

Me quedé a su lado, viendo cómo el fango iba desapareciendo. Cuando la red estuvo limpia, Nicholas me dio un empujón con la cadera.

—En el barco me ha dado la impresión de que estabas un poco deprimida —dijo—. Vamos, ámate, es tu cumpleaños.

—Estoy bien. Echaré de menos a Sylvia. A todos, de hecho. Es simplemente eso.

—¿Así que te marchas a África? —comentó Nicholas.

Tenía la nariz rosada por el sol y su cabello, corto y oscuro, brillaba con los restos de arena y las primeras canas plateadas. Justo encima de la rodilla derecha, tenía la piel todavía inflamada de la picadura de medusa que había sufrido hacía unos días.

—A Mozambique, pasando por Palermo —le expliqué—. Antes, tengo que regresar al Conservancy para intentar compilar todos los datos que he reunido aquí y convertirlos en algo publicable. ¿Y tú? —le pregunté—. Supongo que tendrás ganas de volver con tus colegas las rayas.

Nicholas se echó a reír.

—Sí. Tengo intención de enseñarles algunos trucos nuevos. Sentada. Quieta. De espaldas.

La mezcla de sol y agua provocó la aparición del espectro del arcoíris, que se evaporó de forma abrupta en cuanto Nicholas cerró la manguera y se arrodilló para estudiar el estado de la red con más detalle.

—Mira eso. Un cangrejo moro pequeño. Aún está vivo.

Me agaché a su lado.

—¿Dónde?

—Ahí —dijo Nicholas, señalándolo.

—Dios mío, es...

—Pequeñísimo.

Era más pequeño que el hueso de una ciruela y estaba agarrado al hilo de nailon con sus diminutas pinzas.

—Y de color morado —añadí.

Se puso una camiseta gris.

—Llevémoslo a la playa para soltarlo.

Recogió con cuidado la red y la volvió a meter en el cubo. Nos cargamos las mochilas a la espalda, como habíamos hecho todas las semanas durante

los últimos seis meses, y enfilamos el camino que conducía a la playa, pasando de largo nuestra vivienda y el laboratorio, Nicholas llevando el cubo con el minúsculo cangrejo en su interior. Las lámparas solares iluminaban ya el camino, tiñendo de luz amarilla nuestros tobillos mientras los cangrejos violinistas y los diminutos gecos correteaban por delante de nosotros.

En la playa, el cielo tenía un aspecto descolorido y el sol se cernía sobre el horizonte, hinchado, preparado para derramar sus colores. Nicholas sacó la red del cubo y la extendió en la arena. Nos pusimos a cuatro patas y buscamos el microscópico cangrejo, recorriendo con la yema de los dedos la red como si acabáramos de descubrir un arpa enterrada.

Transcurridos unos minutos, vislumbré el caparazón morado salpicado con puntitos blancos.

—Aquí estás.

Con ternura, Nicholas lo liberó y lo sujetó entre el pulgar y el índice.

—El pequeño príncipe —dijo y me hizo sonreír.

Sus ojos eran de un extraño tono híbrido entre castaño claro y verde oscuro. Por debajo de la barbilla, una mancha de barro en la que no me había fijado antes en el lavadero le marcaba el cuello. El viento le había alborotado el pelo y lo tenía ahora de punta.

Durante aquellos seis meses, nuestra relación había sido profesional. Amistosa, tal vez con algo de coqueteo. Pero profesional, definitivamente. Nicholas era mi pareja de buceo y entre científicos teníamos normas de conducta en este sentido, razón por la cual no me había permitido considerar nada más. Nicholas estaba separado de su mujer y finalizando los trámites de divorcio. Habían estado casados cuatro años y llevaban uno separados. No tenían hijos. Todo esto me lo había revelado un día mientras preparábamos cebo, poco después de que empezáramos a trabajar juntos. Ahora no recuerdo cómo la conversación adquirió aquel tono personal, solo que fue él quien sacó el tema a relucir. Tuve la sensación de que quería que lo supiera. Había habido un único momento, al poco de mi llegada —en Nochevieja, con la euforia del champán—, en el que habíamos estado a punto de romper esa regla.

—Mejor que sueltes a este pequeñajo antes de que se asuste y te pegue un zarpazo —dije.

—Eso ya me pasó en Curazao —respondió Nicholas—. Recogí un cangrejo ermitaño en una playa y se autoamputó una pinza clavándomela en

la mano. El muy cabrón.

Se adentró en el agua y se giró hacia mí.

—¿Quieres hacer el honor?

—Todo tuyo.

Cuando liberó el cangrejo en las olas, pensé en Daniel, y me enfadé conmigo misma por permitir que se colara en el momento. En aquel momento. Durante un tiempo, después de la ruptura, Robin estuvo tan furioso con él que pensé que acabaría subiendo a un avión para ir a Italia y pegarle una paliza. Al final, restablecieron la relación, pero Daniel y yo no habíamos hablado desde el día en que rompí nuestro compromiso. De vez en cuando, Robin y Perri iban informándome. La madre de su hijo vivía en Florida. Daniel la visitaba con regularidad, pero la opinión dominante era que no había querido mantener una relación romántica con ella. Daniel trabajaba como chef en un restaurante de Miami del que habría preferido no saber el nombre. Ya sabía demasiado. Antes de marcharme a Bimini, les pedí a Robin y Perri que dejaran de mantenerme informada. Aunque quitármelo para siempre de la cabeza ya era otra historia.

Después de pasar unos segundos observando el lugar donde había desaparecido el cangrejo, Nicholas salió del agua y vino directo hacia mí. Sin decir nada, estudió mi cara igual que yo antes había estudiado el cangrejo.

Aparté la vista para dirigirla hacia las manchas melocotón que el sol había dejado en el cielo.

—Nos hemos perdido la puesta de sol.

—Sentémonos —dijo Nicholas, y nos acomodamos en la arena, con la marea deteniéndose justo en nuestros pies, depositando flotillas de espuma.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos? —preguntó.

—Sí, fue en el vestíbulo de la residencia, el día que llegué. Dijiste: «Eres la de los tiburones», y mediste a ojo mi cicatriz para utilizarla a modo de escala para calcular la fuerza de la mordedura del tiburón.

—Así es. Calculé que el tiburón que te mordió lo hizo muy muy fuerte.

Reí.

Siguió hablando.

—Después de aquello, fui a mi habitación y pensé: «La mordió el objeto de su obsesión, literalmente». Lo cual te convirtió en la persona más fascinante que he conocido nunca.

—O en la más loca.

—Además, vives en un hotel. ¿Dime tú quién vive en un hotel?

—¿Y quién no vive en un hotel con una abuela obsesionada por los libros y un hermano gemelo que no da pie con bola?

—¿Y compartís esa conexión paranormal que dicen que existe entre los gemelos? ¿Anda metido también en lo de los tiburones?

—Qué va. Robin gestiona el hotel, aunque lleva un tiempo trabajando en una novela —le expliqué.

—Ah, ¿sí? Pues eso no se corresponde mucho con alguien que no da pie con bola.

—Lo digo porque durante años Robin fue incapaz de conservar un puesto de trabajo, tuvo muchos problemas y adopté la costumbre de rescatarlo de ellos. Tal vez lo de la conexión paranormal sea eso.

Cuando le confiscaron el coche, yo me encargué de pagar las multas. Cuando se pasaba el día de fiesta y corría el riesgo de suspender alguna asignatura, yo le hacía los deberes. Cuando se despertaba resacoso en un sofá de alguna residencia universitaria, yo lo llevaba en coche a casa y lo metía en la cama.

—Me llevo bien con los tiburones —le expliqué a Nicholas—, pero con mi hermano gemelo no siempre me he llevado bien.

Me interrumpí unos segundos, pensando que estaba siendo demasiado dura con Robin.

—Tal vez estés llegando a la conclusión de que es un mal tipo —añadí—, pero no lo es. Ha hecho un buen trabajo llevando el hotel. En los últimos años se ha asentado. Ya no aspira a ser el alma de la fiesta, pero sigue siendo el chico más magnético de la sala. Reconozco que puede llegar a ser muy egocéntrico, pero es mi hermano y lo quiero.

Me quedé mirando a Nicholas, cohibida por haber divulgado tantos detalles familiares.

—Y bien, después de todo esto, ¿sigues pensando que soy la persona más fascinante que has conocido en tu vida?

—La verdad es que estoy replanteándome lo que he dicho antes —respondió en broma.

—El día que nos conocimos te pregunté cuál era tu especialidad, ¿lo recuerdas? Y me dijiste que eran las rayas, aunque nunca me explicaste por qué.

—Pues ahí va, de forma muy breve y simple. De pequeño, supongo que

tendría unos ocho años de edad, mi madre me llevó un día al acuario. Había un tanque donde podías tocar los ejemplares y estaba lleno de rayas. No paraban de dar vueltas. Introduje la mano en el agua, un poco nervioso porque no sabía si me picarían, y entonces toqué una. Tenía la piel como el terciopelo. Nada que ver con lo que me imaginaba.

Me gustaba escucharlo, me gustaba verlo contar su historia, su manera de mirar al frente como si le estuviese hablando al agua.

—Había una raya que se apartaba continuamente del resto para colocarse bajo mi mano. Era como un cocker spaniel que quiere que lo rasquen. Me buscaba expresamente, y comprendí que aquellos animales escondían mucho más de lo que podía imaginar. Y eso fue todo. Me volví loco por las rayas.

—Suenas como una auténtica experiencia religiosa.

—Y lo fue, más o menos. Mi padre era religioso. Nos llevaba a mi hermano y a mí a la iglesia. La iglesia anglicana de toda la vida. La verdad es que no me importaba; no me disgustaba. Y entonces, un domingo, el rector se levanta y lee un fragmento de las Escrituras que habla sobre que el hombre tiene el dominio sobre los peces del mar y todas las criaturas de la tierra, y me dije: «Vaya, ahí es donde todo se echó a perder». No es que quiera poner en entredicho a Dios ni nada de eso, pero luego te enteras de que el océano está lleno de porquería, que practicamos la pesca de arrastre, que pescamos con jábega, que hay vertidos petroleros, que especies enteras están desapareciendo y que la mitad de los arrecifes de coral se han esfumado.

El zumbido de las olas aumentaba en intensidad, disminuía, volvía a aumentar. Imperceptiblemente, el cielo se había oscurecido y, al girarme, vislumbré una tenue cuña de luna que se alzaba ya sobre nosotros. Extendí la mano para tocar el punto, debajo de su barbilla, donde el barro que le había salpicado se había secado y, a continuación, deslicé el pulgar a lo largo de su cuello.

Se formó una arruga en forma de gancho junto a su ceja izquierda.

—Sarasota está solo a dos horas de Palermo —señaló.

—¿Pretendes decirme con esto que vas a echarme de menos?

Y entonces me besó. Olía a agua salada y a protección solar. A peces, a barro y a cangrejos.

—Deseaba hacer esto desde... —comentó.

—¿Desde que llegué?

—Como mínimo, desde la segunda semana.

—Podrías venir a Mozambique —sugerí, y entonces, intuyendo la seriedad y lo que implicaba lo que yo acababa de decir para un hombre separado, pero no divorciado aún, añadí—: El océano Índico es un territorio excelente para las mantas. Podrías pensártelo.

—No necesito pensármelo —replicó.

El frío ártico que me golpeó la cara transportaba los olores del hotel, que tan familiares me resultaban. Lirios, granos de café, piña, bronceador con aroma a coco. La luz se filtraba por los ventanales de la parte posterior del vestíbulo, que dejaban entrever la línea curva de una piscina y, más allá, una pradera de arena y las aguas infinitas y verdes del Golfo.

Dejé la maleta en el suelo y me quedé en el centro del vestíbulo, enfrente de una enroscada escultura de vidrio soplado de algo más de un metro de altura instalada sobre un pedestal que brillaba con reflejos azules por el mosaico de lapislázuli del techo. Era nueva, siguiendo el estilo de Chihuly, una nueva incorporación de Perri durante mi ausencia. Parecía un alga radiactiva.

Sonreí. No podía irme ni un momento sin que en el Hotel de las Musas hubiera un nuevo espectáculo. Un par de años atrás, cuando regresé de una temporada en Australia, me encontré con que Perri había redecorado la parte del vestíbulo conocida como «la Biblioteca» con sofás de dos plazas dispuestos alrededor de otomanas del tamaño de pozas de marea, complementados con cojines de color mandarina y azul metalizado. En aquel momento, los sofás estaban libres, pero había varios huéspedes examinando las estanterías de libros que abarcaban la totalidad de la pared. Dos mujeres vestidas con pareos se habían detenido a leer un cartel que había sobre un caballete de latón.

13 de junio

Feliz cumpleaños, William Butler Yeats  
Reúnete con nosotros a las 19:00 en la Biblioteca  
para disfrutar de una velada con Yeats.  
Habrá pastel, vino y poesía.

Las fiestas para celebrar el cumpleaños de los escritores se habían puesto en marcha cuando yo era pequeña. Perri tuvo el capricho de homenajear a Virginia Woolf durante todo el mes de su nacimiento. Aprovechó el expositor del menú de Botticelli, el restaurante del hotel, para exponer *La señora Dalloway*, *Al faro* y *Una habitación propia* y convenció a una actriz de la ciudad para que, ataviada con un vestido de época, realizara una lectura dramatizada de todas esas obras. Así fue como nació una tradición y, con los años, empezaron a llegar al hotel cada vez más clubes de lectura para celebrar a sus autores favoritos.

Busqué a Perri con la mirada y vi a Robin detrás del mostrador de recepción, ocupado atendiendo a un huésped. Cuando detectó mi presencia, delegó la atención del huésped a un miembro del personal que, me di cuenta, llevaba una camisa del mismo tono mandarina que los cojines. Otra innovación durante mi ausencia. No había visto a Robin desde Navidad y no habíamos mantenido mucho contacto durante mi estancia en Bimini. Mientras salía de detrás del mostrador, pensé que tendría que haber intercambiado más mensajes de correo electrónico con él.

—¡Si tenemos aquí nada más y nada menos que a la doctora Donnelly, que vuelve del mar!

Me estrechó entre sus brazos y lo apretujé antes de retroceder un poco para mirarle la cara. Llevaba el cabello más largo y se le rizaba a la altura del cuello, la parte delantera echada hacia un lado, como cuando estaba en la universidad. Cada vez se parecía más a nuestro padre: las patillas, la barbilla, los ojos castaño claro. Con treinta años, Robin y yo habíamos vivido casi tanto como nuestro padre, que tenía treinta y dos años cuando sucedió el accidente. La idea me vino a la cabeza envuelta por una pequeña aureola de dolor y volví a abrazar a Robin, prolongando el gesto.

—Te has afeitado la barba —observé.

—La verdad es que barba, lo que es barba, no puede decirse que tuviera mucha. —Se pasó el dorso de la mano por la mejilla—. Además, me daba calor.

—Me gusta poder verte la cara.

—Pues te basta con mirarte al espejo —replicó.

Y era cierto. Nuestras facciones eran casi idénticas y lo único que nos distinguía era la tonalidad de mi piel, que, a diferencia de la de él, era clara

como la de mi madre. No me parecía justo que Robin, que apenas se exponía al sol, se bronceara como un dios griego mientras que yo, que vivía prácticamente bajo el sol, me pusiera roja y me llenara de pecas.

—Los treinta te sientan bien —le dije.

—También a ti.

Nos sentamos en uno de los sofás y recogí las piernas debajo del cuerpo, desarmando con la postura la disposición de los cojines.

—Así que Yeats, ¿eh? —comenté.

—Sí. Solo espero que no tengamos la repetición de abril. La gente de Shakespeare se pone hasta arriba de vino. —Esbozó su famosa sonrisa. Nadie podía resistirse a Robin cuando desplegaba aquella sonrisa—. Espero que no traigas cicatrices nuevas de Bimini.

—Estoy ilesa —contesté, extendiendo los brazos a modo de prueba—. ¿Dónde está Perri?

—¿No la has visto?

—Aún no, acabo de cruzar la puerta.

—No habla de otra cosa que de tu vuelta a casa.

—¿Qué hiciste por nuestro cumpleaños? —le pregunté.

—Beber demasiado. ¿Y tú?

—Nadar con tiburones. Hacer la maleta. —Me reservé para mí la tarde con Nicholas. Señalé la escultura de vidrio—. ¿De dónde ha salido eso?

—¿A que es horripilante?

—No sé. La verdad es que no me disgusta.

Robin se quedó mirando unos instantes la escultura con expresión seria y luego se deslizó hacia el extremo del sofá.

—Tengo que contarte una cosa.

Lo miré fijamente. Adoptó un aire de preocupación, juntó las manos y luego descansó los codos sobre las rodillas.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Perdona. Supongo que del modo en que lo he dicho te ha parecido que iba a contarte algo malo. Pero no, de hecho es bueno. Un editor me ha aceptado el libro.

Me llevé las manos a la cabeza.

—¿Dios mío, Robin! Eso es estupendo. ¿Cuándo ha sido?

—Esta misma semana.

Le zarandé la rodilla, sinceramente encantada. En ningún momento había

dudado de que Robin había heredado los genes creativos y el talento para la escritura de nuestro padre. En el instituto, después de quedar primero en el concurso de relatos cortos que se celebraba anualmente, Robin consiguió una beca para trabajar a tiempo parcial en el periódico de Naples. Luego, en la universidad, se graduó en Lengua y Literatura y anunció sus aspiraciones a convertirse en novelista, dando por sentado que su elección le autorizaba a representar el papel de escritor bebedor y de espíritu libre. Pero se llevó una gran sorpresa cuando la revista literaria de la universidad, *The Lyceum*, empezó a rechazar sus relatos, uno tras otro. Aquello le dolió, pero no hizo mella alguna en su confianza. Se propuso escribir la Gran Novela Americana. A pesar de que su principal motivación parecía ser la necesidad de demostrar que los de *The Lyceum* se habían equivocado, se consagró a la escritura, saltándose clases, cateando un par de cursos y trabajando los veranos. Y aquello se convirtió en una obsesión: un libro sobre un chico cuyos padres morían en un accidente de aviación.

Poco después de graduarse, dejó que su profesor de Lengua y Literatura le echara un vistazo. Creo que esperaba una coronación. Pero el profesor le respondió con una larga lista de puntos débiles de la novela, calificándola como no apta para su publicación, aunque animó a Robin a seguir trabajando en ella. Devastado, Robin cogió de mala gana el manuscrito que le devolvía el profesor y se largó del despacho. Consiguió el título de Lengua y Literatura, por los pelos, y regresó al hotel, donde lo vi transformarse en el Ernest Hemingway de Palermo, no por sus escritos, sino en su vertiente de escandaloso y juerguista; se dedicó a pescar, a ir de fiesta, a apostar en las carreras de galgos y, en términos generales, a repartir sus encantos por toda la isla. Se convirtió en un producto extraño: un escritor que no escribía. Pero jamás abandonó sus aspiraciones. Inició entonces el doloroso y repetitivo ritual de enviar la novela a un editor y recibir, cada vez, un rechazo. Cuando llegó al decimosexto, decidí no seguir contándolos.

Fue durante aquella época cuando Robin empezó a ir de trabajo en trabajo. Empleado en una tienda de material de buceo, guía turístico de la isla, vendedor inmobiliario, conductor de limusina. Le costaba menos encontrar trabajos que conservarlos. Después de una avalancha de despidos y de dimisiones preventivas, le conseguí un puesto en el Conservancy como redactor de material de marketing para los folletos, pero lo dejó un mes más tarde. Dijo que era un trabajo de poca categoría y aburrido.

A continuación le tocó el turno a Perri. Lo formó con el fin de que se convirtiera en el director del hotel. Poco después, Robin empezó a escribir de nuevo. Llevaba los últimos tres años trabajando en su novela, haciéndolo con determinación, escribiendo por las noches, llevándose incluso el portátil al Spoonbills Bar y dejando a deber la cuenta. En un momento dado, se olvidó del libro, pero lo retomó un mes más tarde, incapaz de abandonar algo que lo consumía, pero sobre lo que nunca hablaba. ¿Habría regresado al viejo manuscrito de la universidad y estaría finalmente reescribiéndolo? Siempre que le preguntaba al respecto, la respuesta era vaga: o era demasiado pronto para hablar del tema o demasiado complicado; necesitaba incubar la idea en silencio; deseaba contener toda su energía. Lo único que me reveló un día era que se desarrollaba en un hotel exactamente igual que el nuestro.

—¿Es autobiográfico, entonces? —quise saber.

—Un poco —me respondió.

Me pregunté entonces si versaría sobre la moderadamente famosa Rachel Gregory. Tres años atrás, en la cúspide del éxito de su segunda novela, Rachel se había instalado en el hotel para pasar el verano como autora residente, un nuevo programa creado por Perri que consistía en que un escritor famoso se hospedara gratuitamente en el hotel y escribiera sin distracciones, a cambio de ofrecer conferencias y firmas de libros. Robin, que por aquel entonces estaba empezando a trabajar en el hotel, se enamoró locamente de ella desde el instante en que fue a recogerla al aeropuerto.

La primera vez que me di cuenta de que entre ellos sucedía algo raro fue el día que entré en el ascensor del hotel y me los encontré a los dos excepcionalmente cerca el uno del otro, sus brazos rozándose, y con una sensación de turbación flotando en el ambiente.

Dos noches después, mientras estaba leyendo en la cama, oí el inequívoco sonido de una risa femenina en la habitación de Robin. Asomé la nariz a la sala de estar y desde allí vi de refilón el bolso rojo de piel que le había visto siempre a Rachel desde su llegada.

Empecé a sentir curiosidad por ella. Cuando llegó la fecha de su siguiente conferencia en el hotel, me senté en la última fila. Estaban todas las sillas ocupadas, no solo por huéspedes del hotel, sino también por residentes en la isla. Según la solapa de su libro, el relato exploraba la resiliencia de una familia en momentos de crisis. Apuntaba asimismo que la autora vivía en Vermont con su marido y un san bernardo.

Posteriormente, Robin calificaría aquel encuentro de sísmico, y la verdad es que fue como si el mundo se abriera para él, puesto que se enamoró por primera vez en su vida. Me preocupaba, sin embargo, que el enamoramiento fuera solo por su parte. Y me preocupaba que acabase herido por ello. A él no parecía importarle que aquella escritora de treinta y ocho años de edad tuviese marido. La pareja se volvió inseparable. Eran discretos, y se instalaron en el apartamento de la familia que Robin y yo compartíamos en la segunda planta del hotel, donde pasaban horas leyendo sus escritos. De vez en cuando, desaparecían el día entero, y en una ocasión regresaron del Museo Dalí luciendo bigotes falsos de Salvador Dalí que habían comprado en la tienda de recuerdos y riendo como locos.

Miré a Robin, sentado ahora a mi lado, y recordé todo el daño que ella le había causado.

—Vaya, mi hermano, el escritor. Perri debe de estar eufórica.

Pero Robin se quedó mirándome como si lo que hubiera escrito fuera su elegía.

—¿Por qué no estás feliz? —le pregunté.

—Estoy feliz —respondió con una sonrisa, carente, sin embargo, de vida.

—Tienes que dejarme leerlo —dije.

—Quiero que lo leas, pero no quiero que cuentes nada al respecto.

—No puedo creer que te andes aún con tanto secretismo. Imagino que eres consciente de que estará en las librerías, ¿no?

Se echó a reír.

—Sí, lo sé. Pero para mí es importante que lo leas tú más que ninguna otra persona, eso es todo.

—Supongo que Perri ya estará pensando en la fiesta. Una Velada con Robin Donnelly.

—Le dije que no planificara nada hasta que yo hablase contigo —repuso.

Eso tendría que haber sido una primera pista, pero la dejé pasar.

—¿Ha leído Perri el manuscrito? —pregunté.

—Sí. Y Daniel también lo ha leído.

La mención de Daniel me pilló desprevenida y me encogí mínimamente cuando un reflejo de dolor y añoranza me recorrió el cuerpo entero.

Al ver mi reacción, Robin añadió:

—Somos amigos, Maeve.

Asentí.

—Sí. Lo sé.

—Esta noche te pasaré una copia del manuscrito.

—Me muero de impaciencia —dije, esforzándome por dar la impresión de estar encantada, orgullosa y radiante, por mucho que la forma de comportarse de mi hermano escondiera algo raro.

Cuando subí con la maleta al ascensor, percibí la inquietud de mi latido en el pecho.

Giré la llave, entré en el apartamento y me detuve un momento, para asimilarlo. Perri, que necesitaba sus propias dependencias, se había mudado cuando Robin y yo terminamos el instituto, dejándonos el conjunto de habitaciones para nosotros. Robin se había quedado con el amplio dormitorio de Perri, que contaba con su propia sala de estar, mientras que yo había conservado mi cuarto de la infancia, con entrada separada, y heredado la antigua habitación de Robin. Lo habíamos convenido así. Transformé la habitación de Robin en mi espacio de trabajo, o en la «Habitación de las *Veinte mil leguas de viaje submarino*», como la llamaba mi hermano. Había llenado las paredes de fotografías, imágenes de los tiburones que había catalogado y estudiado.

El apartamento estaba más limpio de lo esperado. Robin había recogido el salón. No había ni un solo plato con comida perdido por ningún rincón. No había tampoco montañas de correo por abrir, papeles o ropa. Las revistas estaban pulcramente apiladas en la mesita de centro. En la pequeña cocina, los platos se habían secado en un escurreplatos que había junto al fregadero. Abrí la nevera. Mostaza de grano, salsa de soja, queso en lonchas, varias botellas de cerveza artesanal de Ybor City, y poca cosa más. Asomé la cabeza en la habitación de Robin y vi un montón de toallas dobladas a los pies de la cama. Empezaba a pensar que Robin había hecho un esfuerzo con motivo de mi llegada cuando vi un par de zapatos planos de color turquesa junto a la puerta de la terraza. ¿Quién sería la chica?

Entré en mi habitación y me dio la bienvenida la gigantesca fotografía de un tiburón azul que coronaba el cabecero de ratán. Había encontrado aquella reina migratoria en las profundas aguas abiertas del mar Caribe, en los inicios de su viaje, un periplo que la llevaría hasta la lejana Europa. Seguía siendo el avistamiento de tiburones más excepcional que había tenido en mi vida, y

probablemente también el más peligroso. Había hecho la foto con rapidez, pero había salido perfecta, pues había logrado capturar la enorme pupila negra y la sensacional boca abierta que esbozaba una media sonrisa. Le puse por nombre Mona Lisa.

Todo estaba tal y como lo había dejado. Mi albornoz de tejido de rizo extendido sobre la cama. En el suelo, fotografías de Navidad que había olvidado meter en la maleta. Un cuenco en la mesita de noche lleno a rebosar de conchas —ostras perleras, caracoles tulipán rayados, taladros de mar, conchas doradas semitransparentes—, todas ellas cubiertas con una capa de polvo. La pluma de águila pescadora que me había llevado a meterme en el agua el día que me mordió el tiburón seguía en un florero en mi tocador, solitaria y patética. Tendría que haberla tirado hacía ya mucho tiempo, pero nunca me había armado del valor suficiente para hacerlo. En su día, había pensado incorporarla a mi ramo de novia.

Abrí la maleta en la cama y estaba empezando a apilar un montón de ropa sucia en el suelo cuando una llamada en la puerta me llevó a saltar por encima de ella, imaginando que sería Perri. Pero era Marco. Vestía su habitual uniforme de guía de pesca y lucía una barba gris recortada. Le gustaba bromear diciendo que compartíamos un guardarropa similar: pantalones con cremallera en las rodillas, camisetas con protección solar y gafas Costa Del Mar polarizadas.

Me estrechó en un abrazo de oso que me levantó del suelo. Tenía el cogote pegajoso por la crema solar y la camiseta empapada de sudor.

—¡Por fin un consuelo para un alma doliente! —dijo.

—¿Un alma doliente? ¿Acaso no pican los peces?

—Llevo atrapado en la barca desde el amanecer con un ricachón pedante de Nueva Inglaterra y el mocoso de su hijo.

—Por eso trabajo con tiburones —repliqué—. Son mucho más agradables.

Abrí el grifo del fregadero de la cocina y le ofrecí un vaso de agua. Su nuez de Adán subió y bajó mientras bebía.

—Si no me equivoco, creo que tú en su día fuiste también un ricachón pedante de Nueva Inglaterra.

—Cierto —dijo Marco—. Razón por la cual soy un experto en detectarlos.

Con cincuenta y ocho años de edad, divorciado e infeliz, Marco había dejado atrás una carrera profesional como banquero de inversión en Boston para trabajar como guía de pesca en Palermo.

Marco y yo nunca habíamos hablado de forma clara de nuestra relación, pero, como yo no tenía ni padre ni abuelo, creo que ambos considerábamos que él cumplía ese papel, al menos parcialmente. Nos había enseñado a Robin y a mí a hacer un nudo de pescador doble, a lanzar una caña de pescar, a manejar una embarcación, y nos había convertido, además, en fans de los Red Sox.

Tomó asiento en un taburete alto, ocupando por completo la pequeña cocina.

—Perri me tiene haciéndole un tercer crucero de puesta de sol —me explicó.

Dos días por semana, desde que yo alcanzaba a recordar, Marco cargaba grupos de huéspedes a bordo del pontón del hotel para ir a ver la puesta de sol. La embarcación partía del muelle de delante del hotel, donde Perri la tenía atracada, y el crucero surcaba las aguas del Golfo justo en el momento en el que el cielo se volvía psicodélico.

—De modo que al final has acabado cediendo.

—Sí, da igual que tenga mi propio negocio con la barca. Por Perri haría cualquier cosa.

Se habían conocido el verano de la mordedura del tiburón y se habían convertido en algo más que amigos. Un año más tarde, el día del sesenta cumpleaños de Perri, Marco le había pedido en matrimonio. Para sorpresa de todos, ella rechazó la propuesta. Todo el mundo veía que lo quería mucho, pero ella insistió en que no deseaba volver a ser la esposa de nadie. Mi abuelo había muerto antes de que Robin y yo nacióéramos y, al final, Perri se había enamorado de vivir sola. Había comprado el hotel. Había empezado a pintar. Había comenzado a organizar fiestas de cumpleaños en honor a autores ya fallecidos. A pesar de que Marco se lo tomó mal de entrada, aceptó la decisión de Perri excepcionalmente bien y nunca la presionó. Como me contó en una ocasión, amaba a Perri más de lo que habría amado a una esposa. Perri había cumplido ya los setenta y ocho y su relación con Marco se acercaba a su dieciocho aniversario.

Marco se quedó en silencio, jugando con el vaso de agua vacío.

—Veamos... Mira, tengo noticias. No me apetece en absoluto darte la bienvenida a casa con esto, pero creo que deberías saberlo. Por si no te has enterado todavía.

Era la segunda vez en media hora que me decían que había una novedad

que tendría que conocer. Vi que Marco dudaba. Dejó el vaso en la mesa, tosió para aclararse la garganta y fijó por un momento la vista en las puertas de cristal que daban acceso a la terraza. La impaciencia por conocer la noticia, fuera la que fuese, se apoderó de mí. Los regresos a casa nunca salían como te imaginabas. Me pregunté por qué Robin le habría dejado leer su misterioso libro a Daniel. ¿Y dónde se había metido Perri?

—Han pillado a un tipo en Bonnethead Key con cerca de un centenar de aletas de tiburón puestas a secar en el jardín. La gente de Pesca y Medioambiente dice que es muy posible que se haya instalado en la zona algún tipo de negocio raro relacionado con las aletas.

Me dejé caer en otro taburete, a su lado. Empecé a notar una aguda sensación de náuseas. Cerré los ojos y me imaginé el cementerio de aletas...

—¿Cien? ¿Todas a la vez? —dije—. Dios mío.

En una ocasión, en una conferencia, había visto un vídeo sobre el negocio de las aletas de tiburón que habían filmado secretamente en Costa Rica a bordo de un barco. Capturaban un tiburón martillo tras otro, les cortaban de un hachazo las aletas y los lanzaban de nuevo por la borda al agua, donde morían como consecuencia de la hemorragia, una lenta tortura. No estaba preparada para ver algo como aquello. Horrorizada, me tapé la boca y el público que llenaba el oscuro auditorio empezó a sofocar gritos y gruñidos de desaprobación. Aquel día, experimenté la misma oleada de náuseas que estaba sintiendo ahora.

Me rodeé la cintura con los brazos.

—En el fondo del Golfo hay un centenar de tiburones muertos, y esa es solo la cantidad de la que tenemos constancia.

Hablé más para mí misma que para Marco, como si decirlo en voz alta hiciera más posible creerlo.

—Seguro que algunos forman parte de mi investigación en el Conservancy.

Me ardían los ojos, que no tardaron en llenarse de lágrimas.

Marco me apretó el hombro con cariño.

—Malditos cazadores de aletas —contestó.

Lo dijo de tal manera, arrastrando las palabras, que mis lágrimas se detuvieron de repente y se encendió mi rabia.

—Están dejando el océano sin tiburones. Hay estimaciones que calculan que, solo el año pasado, mataron cerca de ochenta millones de ejemplares.

Ochenta millones, Marco, ¿y para qué? ¡Para hacer sopa de aleta de tiburón! ¡Por Dios! Esa sopa no contiene más que un mejunje gelatinoso, pero se considera una exquisitez. —Empecé a deambular de un lado a otro del salón, demasiado rabiosa como para poder permanecer sentada—. ¿Y sabes qué es lo peor del caso? ¡Que a nadie le importa!

—Lo sé —dijo Marco, siguiendo mis pasos—. Lo sé, la gente los ve como monstruos.

—¡Son cosas que me vuelven loca! Sigo el informe oficial de ataques de tiburón como si fuese una biblia. ¿Sabes cuántas personas fueron mordidas por un tiburón el año pasado?

—¿Doscientas? —aventuró.

—Cincuenta y ocho, cuatro víctimas mortales en total. Probablemente, casos de confusión de identidad todos ellos.

Marco ya me había visto en otras ocasiones hablar furiosa sobre el peligro de extinción de los tiburones. Siguió a mi lado, asintiendo, esperando a que expulsara toda la rabia de mi cuerpo.

—Lo siento —dije y respiré hondo—. ¿Cuándo fue eso?

—Hace dos semanas. Salió en las noticias locales, pero ya no he oído nada más.

Me sorprendía que Russell, mi jefe en el Conservancy, no me hubiera enviado ningún mensaje de correo informándome del tema.

—¿Recuerdas a Troy Fuller? —preguntó Marco.

Por supuesto que me acordaba de él. Era guía de pesca en la zona de las Diez Mil Islas, como Marco. De vez en cuando, cuando lo veía por el Spoonbills, lo saludaba.

—Troy lleva tiempo en Bonnethead Key —continuó Marco—. Conocía al tipo que han pillado con las aletas. Según Troy, no era más que un subalterno de toda la operación, un simple intermediario. Y no ha delatado a los cabecillas.

Las puertas de la terraza estaban abiertas y se oían las olas, su ritmo eterno. Ansiaba desaparecer bajo ellas.

—Habrán arrestado al hombre, ¿no? Como mínimo, es evidente que estaba violando la Ley Lacey.

—Sí, lo arrestaron —respondió Marco—. Ahora está en libertad bajo fianza.

Se levantó.

—No me apetece en absoluto salir corriendo, pero tengo un cliente y la marea está en el punto perfecto para zarpar. Si tengo más noticias de Troy sobre todo esto de las aletas, te lo haré saber —dijo.

Me dio un besito en la mejilla.

—Y déjate ver más por aquí.

—Lo haré.

Cerré la puerta tras él. El silencio inundó el apartamento, un silencio de esos que duele casi en los oídos. Regresé a mi habitación, recogí mecánicamente el montón de ropa sucia y la solté de nuevo. ¿Para qué servía mi trabajo? ¿Qué cambiaba con él? Ochenta millones de tiburones muertos. Nunca conseguiría salvarlos. Lo que yo estaba haciendo no era más que una gota en un vasto océano.

Abrumada por la tristeza, me senté en la cama, incapaz de mirar la fotografía que decoraba la cabecera. Aquel ojo negro que había visto muchas más profundidades de las que yo llegaría a ver en mi vida. La sonrisa de Mona Lisa.

Pasé de largo la piscina, avancé entre las sombrillas de color coral del Courtyard Café y bajé las escaleras que llevaban a la playa de delante del hotel con la esperanza de nadar un poco antes de que apareciese Perri. Hacía viento en el extremo sur y mi pelo se alzaba en mechones como las serpientes en la cabeza de Medusa. Incluso la bandada de gaviotas que descansaba cerca de la costa había caído víctima del viento y sus plumas blancas se levantaban como la cresta de un mohicano. Con la excepción de los pocos turistas que estaban recogiendo conchas o pescando en el espigón, los bañistas permanecían tumbados leyendo un libro bajo los cobertizos de paja del hotel, protegidos del intenso sol de primera hora de la tarde. El pontón se balanceaba en el agua, vacío.

Cuando saqué los aparejos de buceo de la bolsa y me coloqué la máscara sobre la nariz y los ojos, vi a una niña de seis o siete años de edad, con un vestidito de tirantes de color amarillo, que corría a toda velocidad hacia las gaviotas y las obligaba a levantar el vuelo. Parecían pequeños fantasmas huyendo de un exorcismo, y sus gritos se diseminaron por la playa hasta que dieron media vuelta y recuperaron su posición de descanso.

Me giré para mirar a la niña que había provocado aquella vorágine. Estaba contemplando las aguas del Golfo, las manos en las caderas, los codos doblados, un conquistador que apenas levantaba dos palmos del suelo.

¿Cuántas veces le habría dicho a Perri que colocara un letrero alertando a la gente de que no asustara a las gaviotas? «Las aves se cansan, Perri. Vuelan distancias inmensas. Tienen que recuperarse», le explicaba.

Perri me recordaba entonces que yo lo hacía de pequeña. «Eso era antes de estar informada», le decía y ella me calificaba entonces de aguafiestas.

Consciente de lo seria que podía llegar a ponerme en todo lo referente a

salvar el mundo y de que de repente podía perder mi buen humor, Perri se esforzaba por mantener mi equilibrio y bromeaba conmigo con una exageración de la que solo ella era capaz de salir airosa.

Tras adentrarme en el oleaje, moví los pies cerca del fondo para ahuyentar a las rayas que pudiera haber enterradas y pensé en Nicholas, en su regreso a una casa impersonal para sacar de la maleta sus pantalones cortos y sus camisetas antes de poner rumbo al acuario para ver a sus rayas.

—Tendríamos que pasar más tiempo juntos fuera del agua —me había dicho cuando nos despedimos en el aeropuerto.

—¿Te refieres a que quieres hablar más conmigo en vez de hacernos solamente gestos con las manos bajo el agua? —había replicado yo.

Me habría gustado poder contarle que a mi regreso a casa me había encontrado con aquella calamidad de los tiburones con las aletas cortadas. Nicholas habría entendido mejor que la mayoría la ruina y la desgracia que aquello implicaba. Mis colegas sentían pasión por su trabajo y estaban consagrados a él, pero para Nicholas, igual que para mí, el mar era una religión. Él jamás dejaría de luchar por las rayas, igual que no había dejado de luchar por aquel cangrejo atrapado en la red. Me dije que lo llamaría. En aquel momento, lo único que deseaba era oír su voz.

Me puse el tubo en la boca y empecé a nadar. Al instante, los oídos se me llenaron de agua y los sonidos del viento, las gaviotas y los motores de las embarcaciones se transformaron en notas amortiguadas. Presté atención al borboteo de la respiración a través del tubo. Observé el fondo, en busca de todo y de nada, temerosa de que muchos de los tiburones que había marcado y fotografiado en aquellas aguas hubiesen perdido sus aletas y muerto.

La sensación de náuseas había desaparecido casi por completo. Me giré para nadar de espaldas y cerré los ojos para protegerlos del sol; empecé a ver manchas fluorescentes en el interior de los párpados y me obligué a pensar en otra cosa que no fueran tiburones ahogados. Aquellas palabras no encajaban. Intenté imaginarme Mozambique, un lugar que solo conocía por fotografías. Flotaron en mi cabeza instantáneas de los tiburones ballena que habitaban allí, *Rhincodon typus*, de los pies descalzos de Nicholas, la primera persona desde Daniel que me había hecho sentir algo.

Floté así durante un rato, mirando de vez en cuando por encima de los dedos de los pies para controlar el techo de tejas del hotel y asegurarme de que no me iba hacia Cuba. A treinta metros de la costa, a medio camino de la

señalización del canal, di media vuelta para regresar a la playa, donde saqué el teléfono móvil de la bolsa. La voz del contestador automático de Perri me respondió al cabo de unos cuantos timbres de llamada.

—¡Hola, ya estoy en casa! —dije, mucho más alegre de lo que en realidad me sentía—. Me he dado un chapuzón y ahora entro para ver si te encuentro.

Una caravana de Jet Skis desfiló por el agua a toda velocidad, levantando el oleaje hacia el espigón, y durante un momento me quedé observando cómo se balanceaban los pelícanos en el agua como patitos de goma, pensando en lo melancólico de su aspecto, y entonces, de pronto, apareció de nuevo la niña que había asustado a las gaviotas. La miniconquistadora de amarillo.

Estaba en la orilla, con una botella de cristal. Esperé a ver qué nuevo desastre tenía en mente. Hundió dos veces la botella en el agua, pero las dos veces salió de nuevo a flote a sus pies. La tercera vez intentó lanzarla, catapultándola en un arco alto e inútil. La marea se la devolvió enseguida como si fuese un bumerán. Hubo varios intentos más, hasta que empecé a sentir lástima por la pequeña. ¿Por qué no se acercaba la madre a ayudarla? O, mejor aún, ¿a decirle que no tirara basura al mar?

Mientras me ponía el pareo y me lo anudaba a la cintura, la niña vino corriendo hacia mí y se detuvo a escasos centímetros de mis pies.

—¿Podrías lanzarme esto?

Me mostró la botella y entonces me di cuenta de que contenía un papel enrollado en su interior.

Antes de que me diera tiempo a responderle, la niña señaló con la botella la cicatriz de mi pierna.

—¿Cómo te hiciste eso?

—Me mordió un tiburón —respondí, pensando que tal vez tendría que haberle mentido y haberle contado que había sido en un accidente con la bicicleta para no darle motivos para que cogiese miedo al agua.

—¿Era grande?

—No mucho. Que te muerda un tiburón es poco habitual.

—Un megalodón se habría llevado toda la pierna. O todo el cuerpo.

Dejé de preocuparme por asustar a la niña.

—No creo que hubiera muchas posibilidades de tropezarme con un megalodón —objeté.

—O un plesiosaurio. Tienen algo así como cuatrocientos dientes. Vi los dientes en un museo.

—Eso está muy bien. Veo que sabes mucho de prehistoria.

—De criaturas marinas sí sé —dijo la niña, colocándose mechones de cabello rubio detrás de las orejas. Me recordaba a alguien. Me pregunte si sería a mí misma de niña.

—¿Y los plesiosaurios son tu animal prehistórico favorito? —le pregunté.

—Sí, y los liopleurodones. ¿Has visto *Nadando con monstruos marinos*?

—Esa no la he visto. —Me encantó la pregunta y le dije—: Lo que de verdad me vuelve loca son los tiburones.

Se quedó boquiabierta.

—¡Pero si te mordió uno!

—Lo sé, pero solo estaba probándome. Intentando averiguar si yo era comida o no.

La niña rio.

—¡Tú no eres comida!

—Tengo un diente del tiburón que me mordió.

Estiró el cuello y abrió los ojos de par en par.

—El médico lo encontró adherido a la pierna. Lo conservo en mi joyero. Por aquí siempre encuentro dientes de tiburón.

—¿Me ayudas a buscar uno?

—Otro día te ayudo, ¿vale? —contesté, preocupada de repente al pensar dónde me estaba metiendo.

—¿Me lo prometes?

—De acuerdo, te lo prometo. —Era muy probable que no la volviera a ver nunca más—. ¿De dónde eres? —le pregunté.

—Vivía en San Petersburgo. Salía en *La Bella y la Bestia*.

—¿Y eras la Bella?

—Era una cuchara —respondió—. Los niños pequeños teníamos que ser tenedores y cucharas.

—Seguro que lo hiciste muy bien.

—Sí, ¿me lanzas la botella al agua?

Desde un punto de vista técnico, aquello era muy mala idea. El mar no necesitaba más basura, pero la botella contenía un mensaje y era una niña, y no me apetecía ser una aguafiestas.

—Vale —le dije.

Pensé en Perri. Se sentiría orgullosa de mí.

Nos acercamos al agua y cogí la botella, le di la vuelta y se me pegaron a

los dedos fragmentos de la etiqueta arrugada de «Aceite de oliva Giacomo, virgen extra». El papel del interior estaba manchado con aceite amarillo oscuro. Eché el brazo hacia atrás y lancé la botella lo más lejos posible.

Cuando me volví, la niña estaba estudiando las ondulaciones del punto donde había caído la botella.

—¡Mira, no vuelve!

Soltó un chillido, un grito de guerra de exuberancia y victoria, y, a pesar de que yo no sabía nada sobre niños, sentí que aquella pequeña tenía algo que parecía especial.

Nos quedamos mirando la botella, que milagrosamente empezó a deslizarse en dirección sur a merced de la corriente.

—Mi papá me ha dado la idea de tirarla al mar —me explicó—. Contiene un mensaje. Y ha dicho mi papá que me ayudaría.

Me miró entrecerrando los ojos, esperando a ver si yo le preguntaba: «¿Te ayudaría en qué?». Tenía los ojos castaños con unas motitas doradas que me hicieron pensar en las gotas de aceite de oliva del interior de la botella.

Mordí el anzuelo.

—¿Te ayudaría en qué?

—Mi mamá murió.

—Oh, lo siento mucho.

Me sentí desbordada. Examiné con la mirada la playa en busca de aquel padre tan creativo que la niña acababa de mencionar. Los buscadores de conchas se habían ido y había un par de hombres que seguían pescando, pero no vi absolutamente a nadie que pareciera estar buscando a una niña extraviada. Se la veía pequeña y confiada y me preocupaba que estuviera sola en la playa.

—¿Dónde crees que irá la botella? —me preguntó.

Seguramente tocaría tierra en la primera isla que actúa de barrera para Palermo, Shell Point Key, un islote conocido por la abundante variedad de conchas que acaban allí, y también por la basura. En el instituto, en vez de «adoptar» un trozo de autopista para mantenerlo libre de desperdicios, como hacían en otros centros, habíamos adoptado Shell Point.

—Creo que llegará hasta Mozambique —contesté.

Mis palabras le hicieron sonreír. Fue como si reflexionara sobre aquel lugar con un nombre tan raro y quedara satisfecha con mi exótica respuesta. O tal vez, simplemente, estuviera tolerándome.

—¿Te sientes mejor? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—¿Dónde está tu mamá?

Tardé unos instantes en responder.

—También murió. Hace mucho tiempo, cuando era pequeña como tú.

—Oh —dijo la niña e hizo un mohín que quería sugerir que ambas estábamos cortadas por el mismo patrón.

—¿Estás aquí con algún adulto? —le pregunté.

—Mi papá me espera dentro. Me ha dicho que podía salir a arrojar la botella al agua, pero que tenía que regresar enseguida.

—Entonces supongo que tendrías que ir volviendo. Encantada de conocerte. Me llamo Maeve. ¿Y tú?

—Hazel.

—Eres la primera Hazel que conozco —dije.

Y entonces fue como si el aire se me hubiese quedado atrapado en las costillas. En menos de un segundo caí en la cuenta de que conocía a la niña. La había imaginado innumerables veces.

Se oyó una voz gritando desde el otro extremo de la playa.

—¡Hazel! ¡Hazel!

Nos giramos las dos hacia allí. El propietario de la voz estaba al final del camino de acceso al hotel.

«Daniel».

—Tienes que ayudarme a buscar dientes de tiburón —dijo la niña—. ¿Lo recuerdas? Me lo has prometido.

Asentí a duras penas y la vi marcharse corriendo. Las marcas blancas del bañador le cruzaban la espalda. Daniel la cogió en brazos y hablaron, nariz con nariz. Cuando Hazel señaló hacia donde yo me encontraba, ya estaba desapareciendo bajo el agua.

Dejé un rastro de huellas con arena que terminaba en la puerta de la habitación de Perri. Llamé con fuerza y esperé su respuesta observando mi imagen reflejada en el espejo del final del pasillo. Mojada, boquiabierta y medio aturdida, parecía un gobio de ojos saltones.

Perri abrió la puerta. Su pelo fino estaba más corto de lo que recordaba; le llegaba justo a la altura de la barbilla.

—¡Ya estás aquí! —dijo—. Y veo que estás empapada.

En cuanto Daniel y Hazel se hubieron marchado de la playa, había salido corriendo del agua y había vuelto al hotel después de secarme solo por encima con la toalla. Perri, con el característico tintineo de sus pulseras de plata, me abrazó igualmente y me hizo pasar a su suite, donde me quedé descalza y temblando en la alfombra turca con tonos rojo cereza. Perri fue al cuarto de baño a buscar una toalla y yo seguí allí, frotándome los brazos y mirando a mi alrededor. Siempre me había encantado aquella estancia: un santuario de libros de pared a pared. Había estanterías del suelo hasta el techo llenas a rebosar de ejemplares, los había amontonados en la mesita redonda de delante de la ventana y también dispuestos en pequeñas pilas en el suelo, junto a su comfortable butaca. Si no fuera por el bloc de dibujo que había en la mesita de centro y el caballete del rincón, cualquiera habría pensado que la lectura era toda su vida.

Pensé en el mural que Perri había pintado en un pequeño nicho al otro lado del vestíbulo. Había sido en su día un armario ropero, pero ella lo había transformado en un lugar tranquilo donde los huéspedes podían leer o simplemente sentarse y contemplar el mural. Había pintado a Charlotte Brontë de pie sobre una concha, el bajo de su vestido azul mojado por olas de color esmeralda. A su alrededor, torbellinos de viento creaban una tempestad

que hacía que páginas, libros, plumas y tinteros volasen por los aires.

—He pasado antes por tu habitación y acabo de llamarte al móvil —dijo Perri a su regreso.

Me ofreció una esponjosa toalla blanca. Perri solo utilizaba algodón egipcio. Me sequé la cara, los brazos y el pelo antes de envolverme por los hombros con la toalla y tomar asiento en una silla.

—Estaba en la playa —contesté.

Sonaba de fondo uno de sus CD con música polinesia. Perri se instaló en la butaca y se quitó las gafas de montura fina de color negro.

—Me alegro mucho de que estés por fin de vuelta. Cuando no estás aquí... te echo de menos, la verdad.

—Yo también te he echado de menos. Y no es que pretenda que durante mi ausencia no vaya a cambiar nada, la vida continúa, lo sé, pero regreso y de repente resulta que a Robin le van a publicar el libro, que están destruyendo mis tiburones y que...

Me interrumpí y mi rostro se contorsionó por el esfuerzo de no llorar.

—Daniel está aquí —dijo Perri, rematando mi frase—. En cuanto te he visto la cara, he sabido que estabas al corriente.

—Acabo de conocer a la hija de Daniel.

—Así que has conocido a Hazel.

—No solo eso. Sino que además le he arrojado una botella a las aguas del golfo de México con un mensaje en su interior para su madre muerta. —Cogí aire. Y entonces, más tranquila, añadí—: Se parece a él.

Más que eso: era la personificación de la traición de Daniel. Miré el techo porque noté que mis ojos empezaban a llenarse de lágrimas y que Perri estaba examinándome con detenimiento. Cuando por fin volví a mirarla, lucía la sonrisa que suele verse en los funerales, no de lástima, sino una mezcla de compasión y tristeza.

—Parece una niña estupenda —dije—. Habla con desconocidos pero... estupenda, la verdad.

Perri se adelantó en su asiento, de tal modo que nuestras rodillas quedaron casi rozándose.

—Estoy bien —le aseguré.

—No me lo parece.

Me tapé los ojos con las manos un instante, comprendiendo que fingir era inútil y que no quería fingir. En la pausa que siguió, los tambores del Pacífico

Sur se volvieron ensordecedores y Perri se levantó para apagar la música. Volvió a sentarse y descansó las manos en mis rodillas.

—Me siento como si volviera a tener veintitrés años —le dije—. Igual que el día que Daniel me contó lo de...

—Holly —apuntó Perri.

«Holly». Creo que la había odiado hasta el momento en que supe que estaba muerta. Nunca llegué a conocerla, nunca la vi, pero me la había imaginado como alguien de gran belleza, como alguien con cualidades que yo no poseía. Seguramente no apretaba los dientes de noche y no necesitaba una férula de descarga. Ella comprendía la necesidad de adornar un plato con minúsculas flores comestibles y *coulis* de frutos rojos. Ella había sido hasta entonces la responsable de la educación de aquella niña adorable que había conocido en la playa y de pronto empecé a verla como el mejor tipo de madre posible; una madre que había querido que ambas tuvieran nombres relacionados con plantas —Holly y Hazel<sup>[1]</sup>— y con la misma inicial; una madre que disfrazaba a su hija de cuchara para *La Bella y la Bestia*; una madre que le compraba libros sobre criaturas marinas prehistóricas y vestidos de tirantes del color de las caléndulas.

—¿Qué le pasó? —pregunté.

—Tuvo un ataque de asma —respondió Perri.

—¿De asma? No sabía que uno podía morir de eso.

—Por lo visto, era un asma tremendamente aguda.

—Es horrible —dije, aliviada al notar que mis lágrimas estaban volviendo al lugar oscuro y absurdo de donde habían salido.

—Hazel fue quien la encontró —me explicó Perri—. Estaba inconsciente en su casa. Tenía el inhalador en la mano. La niña llamó personalmente a urgencias. Pero ya era demasiado tarde para hacer algo. Murió antes de que llegaran para atenderla.

—Dios mío. Pobre Hazel —susurré.

Debía de tener unos seis años, lo sabía sin tener que calcularlo mentalmente. La misma edad que tenía yo cuando perdí a mis padres.

—¿Y cuándo pasó todo esto? —pregunté.

—Hace cinco meses, poco después de que te marcharas a Bimini. Creo que ha sido muy duro para ella, pero ahora me parece que lo lleva bastante bien. Daniel se ha portado estupendamente. Justo después del suceso, pidió la baja del restaurante de Miami donde estaba trabajando y se instaló en San

Petersburgo con ella. Al cabo de unas semanas, regresó con la niña a Miami.

Hazel y Daniel juntos en Miami. Intenté asimilarlo, sin llegar a comprender cómo encajaba aquello con su jornada de trabajo como chef.

Perri hizo una pausa, se acomodó en su asiento y se pasó la mano por el pequeño remolino que se le formaba en el nacimiento del cabello. Dio la impresión de que se callaba algo.

—¿Qué es lo que no me cuentas?

—Ahora están aquí. Daniel y Hazel.

—Lo sé. Visitando a tía Van.

Para mí, la madre de Daniel siempre había sido tía Van.

Cuando Perri tomó de nuevo la palabra, lo hizo con una especie de susurro.

—No, no están de visita. Ahora viven aquí. Se instalaron con Van hace tres semanas. —Cerró los ojos y volvió a abrirlos—. Es culpa mía, Maeve. Le ofrecí un trabajo, es el nuevo jefe del Botticelli.

—¿Estás diciéndome que trabaja aquí?

—El restaurante donde trabajaba Daniel cerró poco después de que se llevara a Hazel a Miami. El dueño decidió cerrarlo de un día para otro. Daniel sabía que no podían vivir en Miami sin tener ayuda. Necesitaba a su madre y Hazel la necesitaba también. Y en cuanto a mí, yo necesitaba un chef.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunté, sin intención de que mis palabras sonaran tan enojadas.

Perri volvió a ponerse las gafas.

—Odio tener que dar excusas —respondió—. Ante todo, me dije que tú habías puesto una moratoria en cuanto a hablar sobre Daniel y yo estaba cumpliéndola, y luego me dije que el regreso de Daniel no era una cosa que se pudiese soltar en un e-mail. Tal vez es lo que tendría que haber hecho. Pero me convencí de que sería mejor comunicártelo personalmente y, la verdad, me preocupaba que no quisieses volver a casa de haberlo sabido.

Con respecto a la última parte, tenía razón. De haber sabido que Daniel estaba viviendo con su hija en Palermo, seguiría todavía en Bimini, intentando negociar una extensión de estancia para poder permanecer allí y no volver a casa.

—Robin tampoco me comentó nada —señalé.

—Y la culpa de eso también es mía. Le dije que te lo explicaría en cuanto volvieses. Pero no ha salido como me esperaba. Lo siento. Siento que la situación te haya pillado por sorpresa en la playa.

Me habría gustado decirle que no pasaba nada, pero no pude.

—Supongo que no tendría que haberle ofrecido ese puesto, pero estaba desesperado. Y tenerlo con nosotros no está nada mal. El nombre de Daniel Wakefield es muy conocido entre los gourmets de Florida.

—Lo entiendo —contesté con tono cortante, sin ganas de escuchar más justificaciones.

Me costaba mantener aquella conversación sobre él —«Daniel hizo esto», «Daniel decidió aquello»—, cuando se había vuelto un desconocido para mí. ¿Por qué me preocupaba tanto? Daniel era una herida que nunca cicatrizaría.

Miré el dibujo a lápiz que Perri había hecho de mi abuelo. Estaba colgado en la pared, detrás de ella, algo torcido. Mi abuelo me miraba con ojos de grafito. No llegaba a entender cómo mi abuela había podido superar su muerte y, después, la de mi padre. Era demasiado, pero Perri lo había sobrellevado con la ayuda de los libros. Los libros la habían salvado igual que a mí me habían salvado los tiburones.

Y a Daniel lo había salvado la cocina. Una vez al año, su padre preparaba salsa para espaguetis: *marinara*, *puttanesca*, boloñesa. Era la única tarea doméstica de la que se había hecho cargo en toda su vida, y solo con motivo del cumpleaños de Van; se había convertido en toda una tradición, al nivel del pavo del día de Acción de Gracias. Cuando llegó el primer cumpleaños de su madre después de la marcha de su padre, Daniel, a sus doce años de edad, encontró una receta en un libro de cocina de Van y preparó una salsa para ella. Su intención era consolarla y seguir con la tradición, claro está, y tal vez fuera allí donde empezó a rellenar el hueco que su padre había dejado, un trabajo que desempeñó con ahínco. Aquel mismo año, abandonó el equipo de béisbol del colegio. Decía que lo había hecho para poder pasar más rato en casa y ayudar, pero imagino que fue también como rechazo a su padre, que había sido entrenador. Empezó a preparar la cena casi cada noche y la cocina se convirtió en una válvula de escape, un lugar donde poder desaparecer, un lugar donde el dolor no lograba encontrarlo. La sorpresa llegó al descubrir lo mucho que le gustaba el misterio de trocear, medir y remover, de crear a partir de cero. Cuando estaba en el instituto, Perri le ofreció un puesto en la cocina del hotel y Daniel trabajó desde lavaplatos hasta chico de los recados, pasando por camarero. Regresar al lugar donde había empezado todo debía de significar mucho para él.

—Lo entiendo —repetí con tono suave—. No estoy enfadada contigo. Es

solo que volver y encontrármelo aquí... Aún pienso en él. No quiero, pero lo hago.

Me cogió la mano y me llegó el característico aroma a flor de cerezo de su crema de manos. Me vino entonces a la memoria el día que pasamos juntos antes de marchar yo a Bimini, cuando Perri nos obsequió a Robin y a mí con el crucero de puesta de sol del hotel. Recordé que cuando nos inclinamos por encima de la borda del barco para ver los delfines que saltaban entre las olas, el aroma a cerezas se mezcló con el viento y la espuma levantada por la embarcación.

La habitación de Perri daba directamente al salón y, mirando al otro lado de la puerta, vislumbré la primera parte de la cita pintada en la pared de la cabecera de la cama. Todas las habitaciones, excepto la mía, tenían una cita literaria. Nunca conseguí encontrar un conjunto de palabras que me definiera realmente. La cita de Perri era de Charlotte Brontë, y era muy Perri: «Siempre he preferido ser feliz que mantenerme digna».

—No solo he visto a Hazel —dije—. He visto también a Daniel. Estaba en las escaleras que bajan a la playa, esperándola. No quería que me viese, así que me metí corriendo en el agua. —Reí, un sonido amargo—. Soy ridícula.

—No eres ridícula. No eres la primera persona que evita que la vea un exnovio.

Perri estaba siendo amable conmigo. Yo sabía huir. Incluso en aquel momento, una parte de mí estaba planeando cómo largarme a otra parte. A un lugar como África. Tal vez lograra convencer al centro de investigación de Mozambique de que me dejara empezar mi trabajo antes de agosto.

—Es evidente que no esperabas encontrarte con Daniel —estaba diciendo Perri—. Ni conocer a Hazel.

El invierno pasado, mientras esperaba en la consulta del dentista, leí un artículo titulado «La ciencia del amor». Lo había leído despacio, como si contuviera el secreto de mi felicidad o, como mínimo, una respuesta. Había arrancado las hojas y me las había guardado en el bolso, confiando en que lo que sentía por Daniel fuera esencialmente cuestión de un par de neurotransmisores averiados o de un exceso de producción de oxitocina. ¿Le pasaría algo a mi cerebro? ¿Estaría mi tegumento fallando constantemente en la emisión de dopamina? ¿Se habría quedado mi núcleo caudado, conocido también como el centro del placer, atascado en el año 1999?

Pero seguía queriendo una forma de explicar lo de Daniel.

—Por eso declararé la moratoria en cuanto a mencionar a Daniel. No quiero quedarme atascada.

—¿Estás «atascada»? —preguntó Perri.

—He conocido a alguien en Bimini, lo cual ya es mucho.

Vi que los ojos de Perri se abrían de par en par detrás de las gafas, me dio la impresión de que se levantaba incluso un poco de su asiento.

—¿A alguien? —inquirió.

—Es biólogo. Nicholas. Es inglés.

—¿Y tuvisteis algo en Bimini?

Ojalá Perri no se hubiera quedado tan perpleja. Aunque, la verdad, ¿por qué no habría debido estarlo? Los chicos con los que había salido en los últimos siete años podían contarse con los dedos de una mano y salir con ellos no había dado como resultado nada serio.

—Fuimos simplemente pareja de buceo hasta la última noche..., en la que dejamos de serlo.

Perri cerró la boca para contener su sonrisa.

—Técnicamente, está casado —le expliqué—. Está divorciándose. En Inglaterra, estos trámites son mucho más rápidos.

—Pero aun así —dijo Perri—, no suena muy prometedor.

—Tal vez. Ayer le pedí que viniera conmigo a Mozambique. Hoy aparece Daniel y..., y ya vuelvo a estar atascada.

—¿Puedo decirte lo que pienso, Maeve?

Antes de que me diera tiempo a asentir, empezó a hablar.

—Es evidente que entre tú y Daniel la cosa no está clara del todo. Llevas evitando esto durante años y, sí, a lo mejor podríais pareceros algo menos a Cathy y Heathcliff, de *Cumbres borrascosas*, pero el hecho de que él esté ahora aquí en la isla podría ser positivo. Ya no podrás evitarlo por más tiempo. Ya no podrás esconderte de él, ni esconderte de ti misma.

Aborrecí al instante la odiosa verdad que entrañaban sus palabras, aunque me proporcionaron una sensación de alivio extraña, un primer suspiro de aceptación de la realidad. No había donde esconderse. No podía sumergirme en otro mundo. No podía hacer desaparecer a Daniel. No podía hacer desaparecer a su hija. Había salido a coger aire y aquí estábamos. Daniel y yo en la misma isla. Eso era todo.

Perri se levantó y se cepilló con la mano el pantalón negro.

—Vamos —dijo y me hizo levantar de mi asiento para llevarme a la mesa

que había al lado de la ventana—. Tengo algo para ti, un regalo de cumpleaños.

Me dio un paquetito envuelto en papel marrón. En el interior, encontré un retrato mío. Perri me había pintado en las aguas del Golfo, de pie sobre un caparazón de tortuga boba, vestida con el uniforme de mi empresa, un bañador negro. Mi cuerpo estaba colocado de lado, la inclinación suficiente para dejar ver la aleta plateada de un tiburón que sobresalía de mi espalda. Lucía una cicatriz de color rojo lava en la pantorrilla. El cabello agitado por el aire hacia un lado. Las olas chocaban contra el caparazón y salpicaban mi pierna con espuma blanca. En la arena, delante de mí, había conchas de caracol rojo, de caracol toro y una rara junonia. Detrás de mí, el agua se expandía hasta un horizonte del color del topacio. Por encima de mi cabeza, un águila pescadora extendía las alas como si fueran dos brazos.

Me quedé mirándolo, sin habla. Perri tenía una benigna obsesión con *El nacimiento de Venus*, de Botticelli, la curvilínea diosa del amor de pie sobre una concha, aproximándose a la orilla. A lo largo de los años, había ido pintando distintas versiones, como la composición de Charlotte Brontë de la entrada, junto con numerosos retratos de sí misma en la concha con un libro abierto en la mano, o a veces un pincel, pero a mí nunca me había pintado.

—Es increíble —dije, deslizando el dedo por encima de la aleta de tiburón.

—Espero que te guste.

—¡Me encanta! Me has pintado medio tiburón.

—¿Acaso no lo eres? —observó—. Dale la vuelta.

«El nacimiento de Maeve (en su treinta cumpleaños)», había escrito Perri detrás.

—Gracias —susurré, abrazándola, y la toalla que me cubría los hombros cayó al suelo.

—Anda, ve a cambiarte —dijo Perri.

Salí al pasillo, pulsé el botón del ascensor y, viendo que las puertas no se abrían de inmediato, volví a pulsarlo y luego otra vez. Tal vez fuera ver la aleta de tiburón en mi espalda, el águila sobrevolándome la cabeza..., la imagen de Botticelli de Maeve llegando lentamente sobre el caparazón de una tortuga, apareciendo por fin después de siete años de exilio voluntario. «Ya no podrás esconderte de él, ni esconderte de ti misma».

Tomé una decisión. No esperaré a que Daniel diera conmigo. Me cambiaría y bajaría enseguida a la cocina. Y ya pensaré qué decirle.

Al llegar al segundo piso, empecé a caminar más rápido, hasta que me di cuenta de que estaba andando a grandes zancadas. Doblé una esquina del pasillo y lo vi, junto a mi puerta.

Me detuve en seco. Mi pecho se llenó de un sonido potente, un ruido sordo y furioso.

Se volvió hacia mí y me pareció ver que inspiraba hondo.

**D**iscúlpame por presentarme así —dijo Daniel.

—Me has ahorrado un viaje. Justo ahora iba a buscarte —le contesté, intentando mostrarme impasible.

No sabía si mostrarme amistosa o fría e imperturbable. ¿Existiría algún estatuto que contuviera las normas sobre cómo sentirse cuando te han traicionado? ¿Cómo era posible que sintiera aún esa atracción hacia él después de tanto tiempo?

Daniel se pasó una mano por las ondas rubio oscuro de su cabello, como si intentara desprenderse también de la incertidumbre de sus sentimientos, y a continuación hundió ambas manos en los bolsillos de su pantalón de trabajo. Llevaba una chaquetilla de chef de manga corta con el pequeño anagrama de BOTTICELLI bordado en azul marino en la parte delantera, parcialmente abotonada y dejando entrever el cuello redondo de la camiseta gris de debajo. Olía a gambas primavera con pasta y a parmesano, a horno de hacer pan.

Se le veía más viejo, claro. Las facciones infantiles de Daniel habían desaparecido. Tenía la mandíbula más angulosa. Alrededor de los ojos empezaban a aparecer patas de gallo. Pero el puente plano de la nariz seguía allí, y los ojos seguían como siempre los había recordado, del color del pez cirujano azul.

—¿Podrías...?

Le pasé a Daniel el cuadro mientras buscaba las llaves en la bolsa. Tenía lunas de arena bajo las uñas, los ojos enrojecidos y desprendía olor a calor y agua de mar. En la habitación de Perri, me había recogido el pelo en una coleta que resaltaba más todavía mis pecas. Me habría gustado encontrarme por primera vez con él después de siete años con un aspecto algo menos zarrapastroso.

La sensación de temblor de las costillas se había trasladado a las manos. Temblaban visiblemente e intenté introducir torpemente la llave en la cerradura. Acabó cayendo en la moqueta con estampado azul y marrón. Mierda.

Me agaché rápidamente para recogerla antes que él y abrí la puerta.

Me siguió hacia el interior, y al instante deseé poder volver sobre mis pasos e ir por la puerta principal que daba acceso al salón y no por la entrada privada que daba directamente a mi dormitorio, lo cual parecía sugerir que la vieja intimidad entre los dos permanecía inalterable. ¿Cuántas veces habríamos entrado por allí? Centenares de veces. Me ruboricé, regañándome por lo que había hecho.

Tenía la maleta abierta en la cama y la ropa sucia en el suelo, separada en tres montañas distintas. Blanco, color y bañadores. Daniel rodeó las pilas y contuve la necesidad de disculparme por el caos reinante.

Apoyó el cuadrito contra el espejo del tocador, se cruzó de brazos por encima de la chaquetilla blanca y se quedó mirándolo.

—Cosas de Perri —dije.

—Perri es única —replicó él—. Pero aquí hay algo más... Maeve, el Tiburón.

—Es un regalo de cumpleaños.

Al instante quise también retirar lo dicho: no mencionar mi cumpleaños, retirar el recordatorio de que los cumpleaños eran cosas que solíamos celebrar juntos. Lo hacíamos con un pastel helado de Baskin-Robbins. Había muchos pequeños detalles de mi relación con Daniel que no había olvidado. Que consideraba *Ring of Fire* la mejor canción de amor que se había escrito jamás; que podía convertir en una realidad perfecta cualquier receta que cayera en sus manos pero que no era capaz de preparar un pastel ni aunque le fuera la vida en ello. Era posible que ya no fuera así. ¿Odiaría aún la *fondue*? ¿Habría superado su aversión al circo? ¿Habría hecho aquel viaje a Francia que siempre quiso hacer?

—Feliz cumpleaños —dijo—. Treinta, ¿no?

—Sí, todos nos hacemos mayores.

Se alejó del tocador para acercarse a la mesita de noche, luego a las puertas acristaladas que daban paso a la terraza, como si estuviese recordando el lugar donde estaba colocada su fotografía, la tumbona donde nos acurrucábamos hasta quedarnos dormidos. Me imaginé el ojo negro de Mona

Lisa, el tiburón azul, siguiendo su recorrido. Al final, tiró de la silla de despacho y se sentó. Tomé asiento en la cama.

—¿No te parece increíble que Robin haya terminado el libro? —dije, desesperada.

—Lo leí en una noche.

Sonrió y tuve que apartar la vista. Durante un tiempo tan largo que me pareció un eón, pero que con toda probabilidad no fueron más que unos segundos, nos quedamos los dos sin decir nada.

—Creo que has conocido a Hazel —empezó, lanzándose a la piscina, y tuve la sensación de estar cayendo por un agujero espaciotemporal hacia un lugar donde estaban sucediendo cosas, donde se pronunciaban palabras, pero del que yo permanecía alejada, bajo el agua, observándolo a través de mi máscara.

—Es muy guapa —conseguí responder. «Se parece a ti».

—Sí que lo es, ¿verdad? Y muy precoz.

—Cierto. Sabe más de criaturas marinas prehistóricas que una persona de treinta años.

—La has dejado impresionada.

Podría haber hecho un chiste. Algo relacionado con lo tremendamente impresionada que estaba yo, algo relacionado con la llave que se me había caído antes. Intuí que sería muy fácil volver a como hablábamos antes, cuando estar con Daniel no me costaba el más mínimo esfuerzo. ¿Pero cómo volver atrás? Decidí superarlo con desapego, ignorando lo poco natural que me resultaba aquella actitud.

—Sé que debe de haber sido una auténtica sorpresa encontrártela aquí —dijo.

«Y a ti. Ha sido una auténtica sorpresa encontrarte aquí».

—Podría decirse que sí. No sabía que estabais de vuelta.

Daniel volvió a respirar hondo y comprendí que aquello también estaba siendo una tortura para él.

—Supongo que venía a decirte que estoy aquí, que Hazel y yo estamos aquí. —Se obligó a reír—. Lo cual me parece inútil porque creo que es bastante evidente. Estoy aquí sentado en tu habitación y Hazel y tú habéis estado jugando en la playa.

—¿Jugando? No, no exactamente. Hemos estado hablando. Le he lanzado una botella al agua.

—No ha dejado de hablar de «la señora del tiburón que tiene una cicatriz». He sabido que se trataba de ti antes incluso de que me mencionara tu nombre. Tendrías que haber visto la cara que ha puesto cuando le he dicho que te conocía.

«Es una forma de expresarlo, sí».

—Me ha contado lo de su madre. Lo siento mucho —repuse.

La mención de Holly llevó a Daniel a deslizar la vista por la moqueta marrón y dirigirla a las pilas de ropa, como si estuviera reflexionando sobre lo que iba a decir.

—Fue horroroso para Hazel al principio. Ahora, supongo que es... menos horroroso. Mi madre está ayudándonos mucho.

—Estoy segura de que Van está loca por ella.

—La locura es mutua. Le encantará verte, ya lo sabes.

—Sí, a mí también.

Al otro lado de la ventana, las barcas de pesca desfilaban por el horizonte, intentando todas ellas sacarle ventaja al sol poniente. La luz rosada se adhería a la parte inferior de las nubes y a la cresta de las olas.

Daniel se levantó de repente y yo lo imité. Al parecer, había dicho todo lo que tenía que decir.

Pero no. Siguió allí de pie, observándome, trasladando la mirada hacia la ventana y observándome otra vez. Resultaba extraño e incómodo estar en la misma estancia con él, verlo allí con su chaquetilla de chef con sus dos pulcras hileras de botones.

—Ya que ahora trabajo aquí, nos veremos mucho, y tal y como dejamos las cosas...

—Lo sé.

No tenía muy claro si quería seguir por aquel camino. Por el camino del «nosotros».

—Intenté ponerme en contacto contigo varias veces después de... —Se interrumpió—. Al final, le pedí a Robin que me ayudara, aunque seguramente ya lo sabes.

«No, eso no lo sabía».

—No podía verte —dije.

Se acercó al tocador y se quedó delante del cuadrado: Maeve, el Tiburón. Lo miré, confiando en que se marchara, y de dentro de aquel silencio llegó una riada de recuerdos más personales que los cumpleaños.

De pronto, me vi asaltada por sentimientos antiguos. Por la dulzura y la intensidad del primer amor.

Con doce años de edad, y mientras me recuperaba de la mordedura del tiburón, el médico me prohibió bañarme en el mar durante seis semanas, una eternidad para mí. Daniel, sabiendo que aquello debía de resultarme como una condena a muerte, vino a verme con un frasco con agua de mar. Se sentó en la cama a mi lado y pronto empezamos a bromear, como siempre. Creo que ambos estábamos un poco turbados con respecto al beso y las declaraciones de amor que habíamos intercambiado en el agua antes de que me mordiera el tiburón. Éramos niños. Hicimos como si nunca hubiera pasado.

Seguí amándolo en silencio, guardando para mí mis sentimientos y segura de que él lo había olvidado o, peor aún, que había decidido ignorar lo sucedido, considerándolo como un simple momento de inmadurez. Pero en el instituto, a veces hacía cosas que me llevaban a cuestionar su actitud. Como cuando ingeniaba maneras para que fuéramos solos los dos a buscar las pizzas del viernes por la noche, o cuando se sentaba a mi lado en el sofá a ver películas y nuestras piernas se rozaban. En una ocasión, cuando Robin salió de la habitación, entretejió los dedos entre el cabello de mi coleta y no los apartó cuando me giré para mirarlo, sino solo cuando Robin volvió a entrar. Después de aquel episodio, me pasé las manos por el pelo infinidad de veces y nunca logré reproducir aquella sensación que sus dedos me habían provocado en la boca del estómago. A pesar de todo esto, él siempre acudía al baile de final de curso acompañado por las chicas más guapas y yo con algún chico del equipo de béisbol. De cara al exterior, éramos colegas, amigos, compañeros. De cara al interior, estábamos repletos de compartimentos ocultos de confusión, turbación, deseo y miedo.

La primera vez que pasamos la noche juntos, yo tenía dieciocho años y estaba a punto de empezar mis estudios en la Universidad de Miami. Él estaba en casa para pasar el verano y regresaría a la misma universidad que yo para cursar su segundo año. Una noche, cuando pasó por el hotel para ver a Robin, coincidimos en el ascensor y, sorprendentemente, sacó el tema a relucir.

—Lo que dijiste aquel día en el mar cuando éramos pequeños, lo de que

me querías, ¿sigue siendo cierto?

Por un momento pensé que me estaba tomando el pelo, pero su expresión era desesperadamente espontánea y seria, completamente indefensa.

—Siempre ha sido cierto —le respondí.

Y corrió a mi lado sin darme ni tiempo a continuar. Me besó de una manera que quise que no terminara nunca.

Birlamos la llave de la Habitación E. M. Forster. De haber estado nerviosa ante mi primera vez, habría encontrado consuelo en las palabras de Forster que Perri había pintado en la pared —«Los poetas tienen razón: el amor es eterno»—, pero no estaba nerviosa. Cuando Daniel me besó la cicatriz, la frase se asentó en mi cabeza de forma permanente. Dejamos el cuarto exactamente igual a como lo habíamos encontrado, excepto el ejemplar de *Una habitación con vistas*, que me llevé para leer.

Hicimos todo lo posible por ocultar nuestra relación a Robin. Daniel insistió en ello, pensando que Robin me sobreprotegería, que aquello cambiaría las cosas entre ellos dos, pero acabó convirtiéndose en un secreto imposible de mantener. Antes de las vacaciones de Acción de Gracias, cuando quedó claro de forma irrevocable que lo mío con Daniel iba a durar, me senté con Robin y le conté toda la historia, toda, empezando por cuando éramos pequeños. Omití lo relativo a la Habitación Forster. Había cosas que no tenía ganas de divulgar, ni siquiera ante Robin.

—Le quiero. Y me gustaría que estuvieses de acuerdo con la relación —le dije.

La expresión confusa de la cara de Robin duró muy poco.

—Creo que ya lo sabía —contestó.

Lo achaqué a lo de ser gemelos.

Ahora, en mi habitación, vi que Daniel estaba examinando con mucha atención algún objeto de mi tocador. Imaginé que sería el cuadro, pero entonces vi que sacaba del florero verde la pluma marrón y blanca de águila pescadora. La pluma que me había cambiado la vida.

La sujetó por el cálamo, la depositó en la palma de la mano y la inspeccionó como inspeccionaría la calidad de un tomate. No podía estar seguro de que se tratase de la misma pluma y yo no tenía ni idea de qué iba a decirle si se le ocurría preguntarme, aunque él sabía —¿o no?— que la había

guardado. No, sabía que la tenía en exposición. Cuando tenía doce años, la pluma había sido más reveladora que cualquier diario. Contenía el recuerdo de mi primer beso y mi primer amor, de la mordedura del tiburón y del inicio de mi inexplicable fascinación por aquellas criaturas. Había conservado la pluma porque tenía que hacerlo, por lo mucho que había significado en mi vida, porque gran parte de quien era ahora giraba en torno a ella.

¿Sugeriría, además, que nunca había acabado de olvidar a Daniel? Devolvió la pluma al florero y observé su imagen reflejada en el espejo, pero no me reveló nada.

—Tengo que volver a la cocina —dijo.

Cuando abrí la puerta, Daniel se detuvo en el umbral.

—Hazel me ha dicho que le has prometido llevarla a buscar dientes de tiburón. Si prefieres no hacerlo, lo entendería.

Se lo había prometido a Hazel sin pensarlo, pero no tenía intención de echarme atrás. En algún rincón del hotel, escondido en algún armario, debía de estar mi vestido de novia amarilleándose como un viejo papel de periódico.

—La llevaré —aseguré—. Una promesa es una promesa.

U nos días más tarde, me senté en la repisa de la fuente del Courtyard Café para esperar la llegada de Hazel la Conquistadora. Estaba prácticamente segura de que pasar un rato con la hija de Daniel me haría sentirme incómoda. La escultura que ocupaba la parte central de la fuente era una figura compuesta por la mitad superior de un caballo y la mitad inferior de un delfín, un «caba-fín», lo llamábamos en su día Daniel, Robin y yo. Proyectaba un surtidor, y eché la cabeza hacia atrás para intentar absorber el sonido relajante del agua.

Cuando Daniel me había llamado para organizar la expedición de los dientes de tiburón, había bromeado diciendo que había superado con éxito mi prueba de antecedentes penales. «Vaya, ahora resulta que hacemos chistes», pensé.

—Hazel está emocionadísima —dijo.

—Estupendo —contesté, decidida a cumplir mi promesa—. Dile que quedamos en el «caba-fín» cuando baje la marea.

Pensándolo en retrospectiva, cumplir mi promesa fue como echarle cebo al agua. Estaba enfadada conmigo misma por haberme metido en una situación tan complicada. Cuando Perri se enteró de lo de la salida, dijo que había conseguido enfrentarme a la realidad, pero que tal vez era una dosis demasiado exagerada.

—¿Pero tú sabes lo que haces? —me preguntó.

—En absoluto —le respondí.

El Courtyard Café era como una selva. Las sombrillas de color coral colocadas junto a mesas negras de hierro forjado estaban flanqueadas por una profusión de macetas con arecas, palmeras datileras, buganvillas y limoneros que creaban un excelente terreno de juego para las lagartijas que

deambulaban por allí en cantidades alarmantes. A aquella hora, la gente que había comido en el local ya había abandonado las mesas para cambiarlas por las tumbonas de la piscina, y muchos aporreaban los teclados en miniatura de sus Blackberry, leían informes empresariales y preparaban listas de cosas que hacer, creyendo firmemente que, cuando se hubieran puesto al corriente de todo, podrían por fin relajarse.

El agua nebulizada de la fuente me había mojado la parte posterior de la camiseta, pero no me moví. Crucé y descrucé las piernas, sin dejar de mirar las puertas acristaladas de acceso a Botticelli.

Cuando Daniel salió al jardín, se detuvo un instante para ponerse las gafas de sol, mientras que Hazel entrecerró los ojos para combatir el resplandor y echó a correr por delante de él. Llevaba unos bermudas de color blanco por encima de un bañador rosa fluorescente. Una bandolera de color caqui con un dinosaurio dibujado en la solapa le cruzaba el cuerpo. Se paró delante de mí al llegar a la fuente y me sonrió sin abrir la boca. El bañador estaba estampado con puntitos negros.

—Hola —saludé.

Descansó la mano sobre su bandolera.

—Tenemos una cita para ir a jugar.

—Sí.

Daniel llegó entonces, vestido con una camiseta con motivos de surf y pantalón vaquero.

—Hola —dijo.

—Hola, papá —respondió Hazel riendo, sabiendo que el saludo iba dirigido a mí.

—Eres un monito de imitación —replicó Daniel.

Hazel se inclinó sobre la fuente y la miró como el gato que mira la pecera, a continuación la rodeó, extendiendo la mano detrás de ella, una estampa que me recordó a las mujeres con mallas que guían a los caballos en el circo.

Daniel me indicó que me acercara a una de las mesas.

—Hoy ha pasado mala noche.

Hazel metió las manos en el agua.

—¡Está fría! —gritó.

—Oh, vaya. ¿Y ahora está bien? —pregunté.

Fueran cuales fuesen los sucesos de anoche, no le habían dejado, aparentemente, ninguna huella. Hazel se secó las manos en el pantalón y vi

que tenía una moneda plateada en la mano. Murmuró alguna cosa —¿un deseo?— y lanzó de espaldas la moneda.

—Por las noches es cuando más echa de menos a Holly —dijo Daniel.

Solo había pronunciado su nombre delante de mí en otra ocasión.

—Cuando Hazel está mal, se queda callada —me explicó—. Anoche, cuando llegué a casa, mi madre llevaba horas sentada con ella. No quería dormir, no quería comer, no quería hablar. Incluso se negó a ver la tele, y eso que la tele le encanta. —Miró a Hazel mientras hablaba, su voz apagada y llena de tristeza—. Conseguí que comiera un perrito caliente e intenté contarle un cuento. Normalmente funciona, pero hacia medianoche acabamos cargándonos una caja entera de huevos por pura diversión, poniéndoles colorante alimentario. Tiré platos y platos a la basura. Huevos azules, huevos de color rosa, huevos verdes. Un desperdicio, pero al menos se rio, y después de eso nos quedamos dormidos en el sofá viendo un episodio de *Parque prehistórico*.

—¿Se pone así muy a menudo?

—De vez en cuando. Pero va mejorando.

Imaginar a Daniel cocinando huevos de color rosa para animar a Hazel me provocó una punzada de dolor irracional. Recordé a Robin durante las atroces semanas posteriores al fallecimiento de nuestros padres, las pesadillas que lo obsesionaban, el terror que tenía a perderme, recordé que a veces me despertaba y lo encontraba dormido en el suelo, junto a mi cama. Mi duelo fue menos complicado, pero no por ello menos profundo. Cuando el dolor me superaba, corría a ver a Perri y me pegaba a ella, no quería perderla de vista.

Daniel se quitó las gafas de sol y se frotó los ojos. Los tenía cansados. La piel de debajo tenía un tono morado.

—Le he explicado a Hazel que hace mucho tiempo que somos amigos. Eso es todo. He pensado que era mejor que no conociese toda la historia.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Si necesitas abreviar la excursión, llámame —dijo, pasándome un papelito con su número.

Lo metí en el bolsillo del pareo.

—No te preocupes. Todo irá bien.

Daniel llamó a Hazel, se agachó sobre una sola rodilla y la sujetó con ternura por las muñecas.

—Escucha bien todo lo que te dice Maeve, ¿entendido? —Hazel empezó a

contonearse—. Te traerá de vuelta a la cocina en una hora.

Me miró de reojo como todo buen padre haría, buscando la confirmación de que yo había entendido cuándo tenía que devolverla. Mi primer impulso fue responderle con un saludo militar. Nuestra historia estaba llena de notas a pie de página como aquella. Pero me limité a asentir con la cabeza.

—¿Puedo llamarla Maeve o tengo que llamarla señorita Maeve? —preguntó Hazel.

—¿Por qué no se lo preguntas? —respondió Daniel.

Hazel me miró y esperó mi respuesta.

—Maeve está bien.

Daniel nos dijo adiós con la mano cuando llegó a la puerta. Y no pude evitar preguntarme si le parecería increíble vernos juntas a Hazel y a mí.

En cuanto su padre desapareció, Hazel me miró como si yo estuviera armada con una pistola para dar inicio a la carrera.

—Supongo que podemos irnos —dije.

Y se puso en marcha, caminando a paso rápido entre las mesitas de la cafetería, los brazos balanceándose con fuerza, las manos cerradas en puños. Sus pies se levantaron del suelo cuando pasó por delante de ella una lagartija con una patata frita en la boca. En cuanto llegamos a la playa, echó a correr y salí tras ella.

Se agachó cuando llegó a la zona de arena blanda y seca y extrajo una pala de plástico de la bandolera.

—Sujeta esto —me pidió, pasándomela, y a continuación empezó a rebuscar en el interior de la bandolera, de la que extrajo una cinta ancha para la cabeza color morado, unas gafas protectoras rojas y varias bolsas de plástico con cierre hermético en las que había escrito «DIENTES» con grandes letras de palo. Había pensado en todo.

Se pasó la cinta por la cabeza y se la colocó en la frente. Su rostro estaba enmarcado por rizos, mucho más claros y finos que los de Daniel.

—En las excavaciones hay que ponerse esto —explicó, colocándose las gafas protectoras. Asentadas sobre sus mofletes, le tapaban media cara—. Pero solo tengo un par.

Esperó a que le dijera si había algún problema. Y le garanticé que iría con cuidado.

—Esto aún no lo necesitamos —comentó, devolviendo las bolsas a la bandolera y extrayendo a continuación dos papeles en forma de círculo. Me

pasó uno—. Los he hecho utilizando un vaso como plantilla. Son la insignia del tiburón —declaró, y lo hizo con tanta sinceridad que la poca oposición que pudiera quedarme con respecto a estar en compañía de la hija de Daniel se esfumó por completo.

Hazel había dibujado un tiburón en cada círculo. Un cuerpo negro, un triángulo a modo de aleta y un punto para el ojo. El vientre descansaba sobre tres garabatos multicolores. El tiburón debía de estar nadando en un océano de colores o saltando por encima de un arcoíris. Con Hazel, podía ser cualquiera de las dos cosas.

—Me encantan —exclamé y me di cuenta de que estaba siendo completamente sincera.

Sacó entonces dos clips y me dijo que, si me apetecía, podía ponerme la insignia.

—Por supuesto que sí —contesté.

Me la puse en la camiseta y ayudé a Hazel a ponerse la suya.

Cuando se incorporó era todo un espectáculo. Las gafas enormes, el cabello rubio flotando como hilillos, la bandolera con el dinosaurio y la insignia del tiburón sujeta con un clip al bañador rosa fluorescente. Una Margaret Mead en miniatura, convencida de que en el mundo había cosas que merecía la pena descubrir y que ella sería la encargada de descubrirlas. De haber sido mi hija, pensé, movería cielo y tierra para asegurarme de que siguiera siendo como era ahora. ¿De dónde habría sacado aquella naturalidad? Daniel nunca había sido así. ¿La habría heredado de Holly? A lo mejor era algo exclusivo de Hazel. No lo sabía, pero su franqueza me tenía ganada.

—Supongo que ahora somos un club.

—Eso pensaba yo —replicó Hazel—. El Club del Tiburón.

La guie hacia el agua, allí donde la arena estaba húmeda y era más probable que aparecieran dientes. Nos sentamos donde rompían las olas.

—Tú mantén los ojos bien abiertos y busca triángulos negros pequeñitos —dije.

—O grandes. Nunca se sabe.

—Tienes razón —reconocí.

«Por favor. Lo único que necesitamos es un diente de tiburón».

En cuanto se puso a cavar con la pala, empezó a volar arena, que impactó contra las gafas. Satisfecha, golpeteó con un dedo los cristales de plástico.

Extraje un puñado de cieno repleto de trocitos de conchas y quién sabe qué más: partículas de moluscos, vainas de mangle, madera de deriva, caracolillos vacíos, galletas de mar. Cribé la arena, prácticamente granito a granito.

Hazel anunció diez o quince veces que había encontrado un diente, solo para comprobar después que no lo era. Lo intentamos en distintos lugares, siguiendo la costa como ibis hambrientos. Me empezaban a quemar los hombros por el sol.

—¿Llevas protección solar? —le pregunté, deseosa de proteger su piel.

—Mi papá no me deja ir a la playa si no me la pongo.

«Por supuesto que no».

A nuestras espaldas, los pelícanos se lanzaban en picado al agua y engullían sus presas. Las olas seguían con su música soñolienta y Hazel excavando con determinación, dejando a su paso una hilera de agujeros.

De pronto, se detuvo y miró hacia el agua.

—¿Crees que mi botella seguirá por ahí?

—Seguro que sí —respondí.

Tenía que estar varada en Shell Point Key o atrapada en la Corriente del Golfo, rumbo sur en dirección a los Cayos. Sentía curiosidad por lo que había escrito en el mensaje de la botella, pero no le pregunté. No quería correr el riesgo de que se cerrara. No llevaba encima ninguna bolsa de caramelos. Ni huevos, ni colorante alimentario.

—No sabía que mi papá y tú sois amigos —dijo.

—Era mi mejor amigo cuando éramos pequeños. Y también el de mi hermano. —Le conté que lo había conocido cuando teníamos siete años y que aquella playa había sido nuestro campo de juegos—. ¿Has conocido a mi hermano Robin? —le pregunté.

—Oh, tío Robin. ¿Es tu hermano? Tenemos una forma especial de estrecharnos la mano.

«Tío Robin». Intenté asimilarlo.

—¿Y eras también amiga de mi mamá?

Me quedé mirándole las manos, ocupadas con la tarea de excavación y cribado.

—A tu mamá nunca llegué a conocerla.

—¿Estás casada?

—No.

—Mis padres tampoco estaban casados —dijo—. ¿Con quién vives?

—Tu tío Robin es mi compañero de piso. Vivimos aquí, en el hotel, donde trabaja tu papá.

Hazel rio.

—Es extraño.

—¿Verdad que sí que es extraño?

—Papá y yo vivimos con mi abuela, pero papá quiere buscar una casa para él y para mí —me explicó.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Dijo que entonces podré tener un gato.

—Me gusta mucho tu abuela —comenté.

—Es bailarina.

—Lo sé —repuse—. Me daba clases de ballet.

Hazel se quitó las gafas.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta. Y tú, ¿cuántos años tienes?

—Seis.

Se arrodilló e hizo una torre con la arena, luego excavó un foso. Confiaba en que no estuviese decepcionada por el fracaso hasta el momento de nuestra misión. Habíamos hecho descubrimientos, pero todos habían sido míos, todos inesperados y nada que ver con dientes de tiburón. Me sorprendía sentir aquel cariño hacia la niña. Tenía la personalidad más tremenda con la que me había tropezado en mi vida, era brillante, curiosa y divertida, y podría haber seguido hablando con ella mucho más tiempo que la hora que se nos había concedido.

—¿Y mi papá ya cocinaba entonces? —preguntó.

—¿Te refieres a cuando era pequeño?

Hazel asintió con la cabeza.

—No, pero comía mucho —dije.

Volvió a reír.

—Aún come mucho. —Abrió los ojos de par en par en un gesto de incredulidad—. Y cocina cosas que no me gustan.

—¿Como qué?

—Huevos.

—¿No te gustan los huevos?

—Me gusta romperlos —contestó, alisando las paredes de la torre—. Y a papá le gusta colorearlos.

—¿Cuál es tu comida favorita?

—Los *nuggets* de pollo. Dice papá que acabaré convirtiéndome en *nugget*. Y los pasteles.

—Perfecto, te prepararé un pastel de chocolate —dije.

Abandonó la construcción del castillo y se quedó mirando cómo yo daba forma a un pastel de arena y lo adornaba con conchas nacaradas y coquinas.

—Ya está. Listo —anuncié.

—No parece un pastel. Parece una tortuga enjorada —comentó, levantando las manos.

Se puso a canturrear las palabras «tortuga elegante», repitiéndolas tres veces. No se equivocaba, y me gustó que lo dijera.

—¿Sabes? Con los dientes que encontraba me hacía collares —le expliqué, aplastando la tortuga elegante.

Hazel hundió las manos en la figura destruida. Cogió otro puñado de arena y lo cribó entre los dedos hasta que solo quedó una esquirla negra y brillante.

—¿Qué es? —preguntó.

El diente tendría un centímetro de longitud y la forma de una chuleta en miniatura. La protuberancia de la parte superior apenas alcanzaba el ancho de la uña de mi dedo meñique.

—¡Lo has encontrado!

Hazel dio un brinco y sus pies aplastaron la torre. Se llevó el diente a las encías, sus codos sobresaliendo como alas.

—¿Qué parezco?

—Mmm..., un tiburón tigre.

Me pasó el diente.

—¿Es de un tiburón tigre?

Lo examiné.

—Creo que es de un tiburón limón —contesté, devolviéndoselo—. Aunque también podría tener millones de años de antigüedad. Prácticamente todos los dientes de tiburón que hay por aquí son fósiles.

De pronto, parecía superada por su descubrimiento. Contuvo la respiración y parpadeó, acunando el diente en las manos como si fuera un pájaro que ha caído del nido, y por un momento pensé que iba a romper a llorar de la impresión. Recordé el día que nos conocimos, cómo hablaba sobre megalodontes y plesiosaurios, y que me preguntó si había visto un DVD que... ¿Cómo se titulaba? *Nadando con monstruos marinos*. Eso era lo que le

gustaba, no tanto los dinosaurios como el de la bandolera, sino los disparatados moradores de los antiguos océanos.

—A lo mejor es un diente de una especie de tiburón extinguida, como los de tu DVD.

—Tendré que volver a verlo —dijo con determinación y guardó con cuidado el diente en una de sus bolsas etiquetadas y lo inspeccionó a través del plástico.

—Primer punto para el Club del Tiburón —anuncié.

Hazel me miró con expresión divertida y tuve la impresión de estar saboreando mi primera dosis de ser una adulta que está poco al corriente de las expresiones vigentes, pero entonces echó a correr hacia las olas y empezó a patear dentro del agua, gritando: «¡El Club del Tiburón!».

Antes de llegar a la cocina, un potente olor a ajo llevó a Hazel a arrugar la nariz. Abrí la puerta basculante y le cedí el paso. Daniel estaba en los fogones, de espaldas a nosotras, salteando el contenido de una sartén. El ajo culpable. Hazel se acercó a él de puntillas, sujetando el diente de tiburón entre los dedos, y yo me quedé rezagada, con su bandolera, para observar cómo tiraba de la chaquetilla blanca.

Se giró y la vio, sonrió, y entonces, al ver el minúsculo colmillo, le dio exactamente lo que ella quería: sorpresa y asombro.

—Madre mía, bichito, ¿has encontrado esto?

Hazel asintió con la cabeza al menos cuatro veces y Daniel me miró.

—Ha sido un buen día, ¿no?

—Muy bueno. Aunque ha esperado hasta el último momento para encontrarlo. Nos hemos puesto de los nervios.

Daniel retiró la sartén del fuego y le pidió a una mujer joven con delantal que se ocupara ella, le dio instrucciones y señaló un cuenco con *prosciutto* cortado muy fino.

—Estamos en un club, papá —le explicó Hazel.

—¿Un club?

—Sí, el Club del Tiburón. Quiero que estés tú también. Maeve está.

Lo cogió de la mano y lo condujo hacia mí. Abrió entonces la bandolera y extrajo una tercera insignia. Daniel miró de refilón el círculo que yo llevaba sujeto a la camiseta con un clip y me miró acto seguido a los ojos, como

queriendo disculparse y decir: «No tenía ni idea de esto». En cuanto le hubo colocado la insignia en la chaquetilla, Hazel se retiró un poco, como el director que desea capturar la escena que acaba de crear, claramente satisfecha con sus logros: había encontrado un diente fosilizado de tiburón y formado un club, cuyo número de miembros iba en aumento.

Me quité la insignia e hice ademán de devolvérsela.

—Quédatela —dijo—. Para la próxima vez.

No me había imaginado una próxima vez.

De haber estado solo Daniel, yo y nuestra historia llenando aquella estancia, habría habido poco que decir, pero la presencia de Hazel nos exigía mostrarnos alegres y hablar de cosas como el Club del Tiburón, además de hacer gala de empatía y compadecer el dolor de la niña. No se me ocurría otra explicación para aquella repentina alianza con Daniel.

Hazel se quedó mirándolo.

—¿Puede subir Maeve a ver mi vídeo?

En el fondo de la cocina, sonó el ruido de platos que indicaba la cercanía de la hora de la comida. Daniel esquivó el tema.

—Ya hablaremos, ¿vale?

—Vale, pero será por el club —contestó ella.

—Tengo un libro que podría prestarte, si quieres —intervine—. Tiene muchas fotografías. Recuerdo una de un tiburón prehistórico con una protuberancia en el lomo que parece una pequeña tabla de planchar.

—¡Sí, por favor! —exclamó Hazel.

—Eso está muy bien, ¿verdad? —le dijo Daniel a su hija, que asintió mientras el sonido de platos cedía paso a un «chop, chop, chop». De la sartén del ajo salían llamas que se transformaron en una nube de humo y el olor a *prosciutto* chamuscado flotó en el ambiente. Hazel aplastó la nariz contra el cuerpo de su padre, que añadió—: ¿Por qué no vas a lavarte las manos y te preparo un plato de queso a la plancha?

Viendo que se iba tranquilamente, Daniel la detuvo.

—Espera un momento. ¿Qué se dice?

—Oh, lo había olvidado.

Me enlazó por la cintura. Su cuerpecito estaba empapado de sol y olía a viento marino. Intenté devolverle el abrazo, pero dada la diferencia de altura, mi gesto se limitó a cubrir sus brazos con los míos. Hazel se soltó y se abrió paso entre las superficies de acero inoxidable arrugando la nariz.

—Mi madre y yo tenemos un dicho: si quieres saber la verdad, pregunta a Hazel.

«Sí, tortuga elegante. Ya lo he notado».

—Luego traeré el libro —le dije.

En cuanto llegué a mi cuarto, miré en las estanterías —sin suerte— y luego bajé al almacén del sótano del hotel, donde Perri guardaba la decoración de Navidad. Había destinado una parte a mis pertenencias, básicamente un montón de cajas de cartón donde había de todo, desde muñecas y joyeros decorados con macarrones hasta álbumes del instituto y trabajos de la universidad.

No había ni rastro de la caja que contenía mi vestido de novia. Perri seguramente la había guardado con sus cosas para que nunca volviera a encontrármela. Pero sí estaba la pequeña sombrerera de color blanco donde guardaba las cosas de Daniel. Dudé un momento, pero acabé levantando la tapa. Los guantes de novia, varios CD, las entradas de un concierto de REM, una montaña de fotos antiguas: yo en el jardín del acuario, nuestra fotografía de compromiso, la de la graduación del instituto, Daniel con diez años de edad y su padre en la fiesta del 4 de julio de Perri, asando perritos calientes en la playa. En el fondo encontré unas cuantas cartas sujetas con una goma elástica. Cuando las cogí, la goma se partió. Elegí el primer sobre y saqué la carta.

Maeve:

Han pasado seis semanas desde que cometí el mayor error de mi vida. El arrepentimiento y el dolor que siento por lo que hice me acompañan cada día. Fui un estúpido y lo siento muchísimo. Haberte dejado marchar me resulta incomprensible. Un amor como el nuestro no desaparece así como así.

Sigues siendo la primera persona que amé, y sigo amándote.

Hablemos, por favor.

Daniel.

Me atravesó una pequeña punzada de dolor. Guardé de nuevo la carta en el sobre, la puse en cuarentena dentro de la sombrerera y me obligué a buscar una caja que estuviera etiquetada como «ESCUELA SECUNDARIA».

Cuando encontré el libro para Hazel, me senté en el suelo de hormigón y lo hojeé hasta que localicé la imagen del tiburón extinto que le había

comentado, el *Stethacanthus*, el tiburón tabla de planchar. Allí sentada, con el libro abierto sobre el regazo, me di cuenta de que tenía el pelo impregnado de aroma a ajo y a *prosciutto*. Me acerqué un rizo a la nariz y aspiré hondo.

Regresé a mi apartamento y abrí el ordenador portátil con la idea de clasificar las notas que había tomado en Bimini y empezar un catálogo de perfiles de aletas dorsales de los tiburones que habíamos marcado, pero no podía dejar de pensar en Hazel, con su bañador rosa fluorescente y aquellas gafas protectoras gigantescas..., en Daniel sujetando la pluma de águila pescadora, en Daniel removiendo huevos de color rosa, en los ojos de Daniel cuando se encontraron con los míos en la cocina.

Levanté la vista del ordenador para fijarla en la insignia con un tiburón dibujado que me había dado Hazel y experimenté un pánico repentino en el pecho, la sensación que se tiene cuando te sumerges en aguas demasiado profundas o te alejas nadando en exceso de la costa. «El Club del Tiburón». ¿Cómo había podido permitir que las cosas llegaran hasta aquel punto? Yo me había convertido en una especie de isla y estar con ellos dos había trastornado un lugar en mi interior que era fijo e incuestionable; por aterrador que resultara, la idea de que todo volviese a ser tal y como era antes de mi regreso a casa me asustaba. Me dije que Daniel y yo podíamos compartir un club con su hija, que podíamos cruzarnos en los pasillos del hotel y coincidir casualmente en Spoonbills, nuestro antiguo lugar de encuentro, y que no pasaría nada. Que todo aquello se convertiría en una rutina, en una nueva normalidad. Por el momento me sentía como si navegase a la deriva, eso era todo, pero, con el tiempo, tropezarme con Daniel y Hazel no serviría para desenterrar recuerdos y sentimientos turbadores.

Me quedé escuchando el zumbido del aire acondicionado a través de los conductos de ventilación, las risas de gente que pasaba por el pasillo, pero luego llegó un silencio pesado y no pude soportar seguir allí sentada. Me dirigí al salón dispuesta a poner la tele, pero me detuve en seco cuando mis

ojos se posaron en una caja que había en la mesita de centro con una nota adhesiva de color verde claro donde aparecía mi nombre. La caja estaba atada con una cuerda y había vivido épocas mejores. Estaba segura de que antes no estaba allí.

Supe de pronto qué contenía y me fui con ella a la cama, me quité las sandalias y abrí la tapa.

El Hotel de las Musas  
Robin Donnelly

Saqué las hojas manuscritas. Trescientas veintiuna en total. La novela de Robin. Giré la página y encontré la dedicatoria.

Para Maeve y Daniel

Sugería que éramos pareja. ¿En qué estaría pensando Robin? ¿No podía haber puesto nuestros nombres en dos líneas distintas? ¿O con una pequeña aclaración?

¿Tanto costaba?

Cualquier otra hermana se habría sentido orgullosa de su hermano y reconocido que de entre toda la gente del mundo a la que podría haber dedicado el libro —nuestra madre, nuestro padre, Perri—, me había elegido a mí, su hermana gemela, y a Daniel, su mejor amigo. «Deja ya de ser tan quisquillosa», me dije.

Me embargó un mal presentimiento que me hizo desear volver a cerrar la caja. Pero, pese a ello, me senté con las piernas cruzadas en la cama y empecé a leer.

## CAPÍTULO UNO

Momentos antes de que Margaret fuera arrastrada hasta la orilla, sangrando y a un suspiro de perder el conocimiento, Derek y ella estaban en el mar, con el agua hasta la cintura, y Margaret acababa de rescatar una pluma de la superficie. Con trece años de edad, llevaba media vida enamorada de Derek, que, pese a ser solo algo mayor que ella, no dejaba de restregarle los seis meses que la sacaba.

—Es de águila pescadora —dijo ella, examinando la pluma.

Lo hacía siempre. Identificar como una experta las plumas de las aves, las conchas, los peces.

Derek le quitó la pluma de la mano y se la colocó en la coleta a modo de adorno. Sobresalía de tal manera por detrás de la coronilla de Margaret, que la transformó en un ave exótica. Y entonces la besó. Ella contó el tiempo. Un beso de dos segundos.

—Te quiero —dijo de repente Margaret.

Y entonces, abochornada, se sumergió bajo las resplandecientes aguas turquesas y emergió de nuevo con el cabello oscuro echado hacia atrás y pequeñas lentejuelas de agua en la punta de las pestañas. Intentó no mirarlo cuando él empezó a nadar hacia ella, separando con los brazos el agua que se extendía entre ambos, provocando con el movimiento amplios semicírculos.

—Yo también te quiero —estaba diciendo Derek cuando de repente se le doblaron las rodillas y se vio proyectado hacia delante, como si lo hubieran empujado.

Margaret sintió una terrible punzada de dolor en la pierna y, acto seguido, se vio arrastrada con violencia hacia el fondo del mar y zarandeada de un lado a otro. El agua le entraba con potencia por la nariz y vislumbró entonces la forma negra y monstruosa que tenía adherida a la pantorrilla. Un tiburón de puntas negras.

Derek intentó sujetarla y movió con frenesí los brazos bajo el agua. Brotó un penacho de sangre, una flor espeluznante.

—¡Margaret! —gritó Derek, una y otra vez.

Segundos más tarde, la cara de ella emergió a la superficie y cuando tosió y boqueó en busca de aire, el agua le goteó por las mejillas.

—¡Un tiburón! —gritó con voz entrecortada.

Derek la arrastró hacia la orilla, dejando un afluyente rojo entre las olas...

Levanté la vista y miré hacia el lado opuesto del dormitorio. Mi mirada recayó en *El nacimiento de Maeve*, que seguía en el tocador. Observé fijamente el cuadro mientras la presión empezaba a aumentar en mi garganta. Quería gritar. Aquello era inconcebible. Robin había dedicado los últimos años a escribir en secreto mi historia con Daniel.

Una parte de mí deseaba tirar el manuscrito a la basura, pero era como cuando te encuentras un accidente en la cuneta y no puedes evitar bajar la velocidad para mirar qué ha pasado. Leí hasta el final del capítulo, hasta su última y estremecedora línea.

Los dos grandes amores de la vida de Margaret se encontraron el día que la mordió aquel tiburón de puntas negras, se cruzaron como líneas de latitud y longitud en ese lugar donde el amor te salva y te destroza.

Dejé caer el pliego sobre la cama y cayó con un ruido sordo y desagradable sobre la colcha blanca. ¿Era eso lo que pensaba Robin? ¿Que estaba destrozada?

Irrumpí en su habitación sin llamar y, al encontrarla vacía, cogí el teléfono para hablar con él, aunque enseguida lo dejé.

Me había robado la vida.

Mi primer beso, el reconocimiento de que estaba enamorada, la mordedura del tiburón..., todos aquellos momentos me pertenecían en el sentido más

íntimo posible. Se los había confiado a Robin, pero jamás había imaginado que los usurparía. Daniel nunca se había sentido cómodo divulgándole a Robin detalles sobre nuestra relación, al menos cuando estábamos juntos, aunque era posible que hubiese revelado más cosas de las que yo sospechaba y que Robin hubiera sido más observador de lo que me imaginaba. Y había sido astuto. Me había pasado el manuscrito cuando ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Volví a mi habitación y el ruido blanco que transportaba el silencio reinante en el apartamento se transformó en un intenso dolor de cabeza. Me llevé la mano a la frente y sentí náuseas al comprender que Daniel ya había leído todo aquello. Lo había leído en una sola noche. Me lo imaginé en la cocina de Van, las hojas esparcidas por la encimera. Dios mío.

Recogí las páginas, me dejé caer en el suelo y apoyé la espalda en los pies de la cama, donde seguí leyendo hasta pasada la medianoche.

Robin había escrito una historia de amor. El tiburón que había mordido a Margaret prendió en ella la llama de un estrambótico amor hacia los tiburones, lo que la llevó a estudiar biología marina. Derek era un chef de cocina que la había traicionado en vísperas de su boda. Su traición, su «error», como lo denominaba Robin, no alteró el amor que sentía por Margaret, pero ella, la pobre y destrozada Margaret, rechazó todos los intentos arrepentidos que hizo él de hablar con ella y solventar la situación. Hecha polvo, testaruda e inflexible, construyó un muro a su alrededor. Se quedó completamente sola.

Hacia la una de la mañana, leí una frase que me obligó a detenerme en mitad de la página. Llevaba horas leyendo con un estupor y una incredulidad que me habían dejado prácticamente entumecida, pero aquella frase contenía algo distinto que la hacía llamativa, una autenticidad especial, una verdad que me dejaba indefensa. La leí varias veces, hasta que los ojos se me llenaron de lágrimas.

Margaret era una mujer atormentada por el rencor. Una mujer que podría haber tenido todo lo que siempre había querido de haber sido capaz de perdonar.

Aquello me hizo añicos igual que el magma hace añicos las rocas. ¿Tendría razón Robin? ¿De haber cogido el teléfono todas las veces que Daniel me había llamado, de haber estado dispuesta a responder sus cartas, a

verlo, a escucharlo, podría haber seguido adelante y aprendido a confiar de nuevo en él? Por aquel entonces, no le debía ningún tipo de perdón a Daniel, pero tal vez sí me lo debía a mí misma. Tal vez ahora estaríamos juntos, casados, con un hijo de los dos. Y con Hazel. En cierto sentido, sería también mi hija. ¿Había sido yo quien se había interpuesto en mi propio camino? «Una mujer que podría haber tenido todo lo que siempre había querido de haber sido capaz de perdonar».

Aquella frase me obsesionaría durante el resto de la noche. Quizás durante el resto de mi vida.

Guardé el manuscrito bajo la cama, cogí las llaves del coche y, sin pensar muy bien qué estaba haciendo, salí por la puerta, incapaz de soportar el peso de tantos años de rencor, de pensar en Daniel leyendo aquella frase. Corrí por el pasillo, pasé por delante de todos los carteles de «NO MOLESTAR», embargada por la necesidad de verlo, de mirarlo a la cara y de saber si podía perdonar. «Demasiadas cosas silenciadas durante demasiado tiempo». Yo, que siempre había sido tan condenadamente racional, tan prudente, tan controlada..., ¿qué pasaría si ahora llamaba simplemente a su puerta?

Me detuve en seco en el vestíbulo, en penumbra y desierto. Por un momento había olvidado dónde tenía aparcado el coche, pero al instante recordé que estaba estacionado en el aparcamiento de empleados desde Navidad.

Cuando introduje la llave en el contacto, se escuchó una sacudida debajo del capó. Fijé la vista más allá del velo de suciedad que cubría el parabrisas y volví a intentarlo, confiando en que el motor cobrara vida antes de que la batería muriera sin remedio. Lo intenté otra vez, y otra, presionando con más fuerza el pedal. «Clic, clic, clic». Las luces del salpicadero se apagaron.

De nuevo en el vestíbulo del hotel, temblorosa y agitada, me dirigí al nicho decorado con el mural de Charlotte Brontë pintado por Perri. Superada por el agotamiento, con la desesperación y la impulsividad empezando a evaporarse, me dejé caer en el banco de madera y descansé la cabeza en el hueco del codo, sin saber muy bien si el hecho de que el coche no hubiera arrancado era o no un consuelo. ¿Era realmente, tal y como Robin decía, una mujer atormentada por el rencor? La traición de Daniel nos había separado, pero la causa de que nos hubiéramos mantenido separados había sido yo. En el fondo, había querido perdonarlo, pero me habían dominado el orgullo, los principios y la implacabilidad.

Fue un alivio sentir que el sueño me vencía.

Cuando abrí los ojos, el techo del nicho estaba iluminado por el sol matutino. Bajé las piernas del banco y recordé la locura de la noche anterior, la idea de irrumpir en casa de Daniel en plena noche.

Y recordé entonces otra cosa, mi enfado con Robin. Había abierto una brecha entre nosotros, en el vínculo sacrosanto que nos unía, en el lazo de ser hermanos gemelos.

Los huéspedes del hotel, con la piel brillante después de haberse untado con protector solar, se paseaban por el vestíbulo bebiendo de sus tazas de café para llevar, la nariz pegada a los mapas de Palermo. Busqué las llaves debajo del banco, pero acabé teniendo que agacharme a cuatro patas para encontrarlas. Me adecenté el pelo con la mano, me limpié los manchones de rímel que pudieran quedarme en la cara e intenté fingir que me había sentado un rato en aquel rincón antes de servirme el desayuno en vez de haber dormido media noche allí.

Crucé rápidamente el vestíbulo y vi que Robin y Daniel estaban charlando junto a la escultura del alga radiactiva.

—Espera, Maeve —me llamó Robin, acercándose.

Supongo que mi cara lo decía todo.

—Lo has leído —añadió—. No me mires así, por favor. Lo siento.

—No sé por dónde empezar —contesté y miré a Daniel, vestido ya con su chaquetilla de chef.

—Déjame que te explique —dijo Robin.

—¿Crees que no quiero que me des explicaciones? ¡Tienes que darme explicaciones! —exclamé.

Y lo dejé allí plantado, en un mundo que de repente me parecía totalmente desequilibrado.

Cuando a las dos de la tarde sonó el teléfono, miré enseguida el identificador de llamada —«Ridley, N.»— y dudé unos instantes, incapaz de ubicar el nombre. Llevaba todo el día encerrada en la habitación, trabajando en la investigación del tiburón limón, ignorando tanto la mitad que aún me quedaba por leer del manuscrito de Robin, que seguía bajo la cama, como el «tap-tap» que se había ido repitiendo en la puerta, acompañado siempre por la voz de Robin: «¿Maeve? ¿Podemos hablar? ¿Estás bien?».

Le había exigido una explicación, pero me había quedado incomunicada. No era muy típico de mí, pero estaba enfadada, demasiado enfadada como para actuar con sensatez. No estaba preparada para escuchar su explicación de mierda.

Acababa de sumergirme de nuevo en mi bloc de notas cuando por fin caí en la cuenta de a quién correspondía aquel identificador. Nicholas.

—Estoy en el vestíbulo —dijo, cuando cogí la llamada.

—¿Estás aquí? ¿En el hotel?

—Estoy aquí sentado con tu abuela. Quería verte. Espero que no te moleste.

Por detrás, oí una voz que decía: «Llámame Perri».

—Por supuesto que no me molesta —contesté—. Enseguida bajo.

Me eché una ojeada en el espejo del cuarto de baño y decidí que la imagen reflejada podía haber sido mucho peor. No tenía ojeras oscuras bajo los ojos a pesar de haber dormido unas horas en un banco de madera. Me pasé un cepillo por el pelo, me puse un poco de brillo de labios y respiré hondo para tranquilizarme.

Estaba sentado junto a Perri en uno de los sofás de dos plazas de color coral, en la zona del vestíbulo que conocíamos como la Biblioteca, con un

libro boca abajo sobre la rodilla y una mochila a los pies. Se le veía descansado e iba perfectamente afeitado, a diferencia de la mayoría de las mañanas en Bimini, cuando saltaba del camastro para ir directo al laboratorio. Verlo allí fue un alivio. ¿En qué habría estado pensando anoche, corriendo como una loca para ir en busca de Daniel?

—Quería darte una sorpresa —dijo, levantándose para darme un beso en cada mejilla, al estilo europeo.

—Misión cumplida, me has dado una gran sorpresa —repliqué—. ¿Así que Perri ha estado haciéndote compañía?

—Nicholas estaba contándome que Alexander Pope vivió en su ciudad natal, Twickenham —dijo Perri.

Nicholas esbozó una sonrisa taimada, como si lo hubiera pillado esforzándose por causar buena impresión.

A juzgar por la expresión de adoración de Perri, era evidente que lo había conseguido. Señalé el libro que tenía en el regazo.

—Imagino que, viendo tu relación con Pope, Perri habrá buscado en la biblioteca uno de sus libros para mostrártelo.

—¿Esto? No, este se titula *Pajaritos* —dijo, dándole la vuelta.

Desconocía por completo ese título.

—Lo he encontrado en la estantería. Pertenece a la habitación donde voy a alojar a Nicholas —explicó Perri, levantándose.

Enarqué las cejas.

—Oh. ¿Así que te quedas a pasar la noche?

—El jurado está todavía deliberando al respecto. Ha sido idea de Perri. Pero la verdad es que estoy bastante dispuesto a renunciar a una noche de mi vida por disfrutar de la Habitación Anaïs Nin.

Por mucho que mis lecturas fuesen básicamente revistas científicas, incluso yo sabía que Anaïs Nin era una autora de novela erótica. La Habitación Nin estaba normalmente reservada a parejas en su luna de miel.

—Es casi la única habitación que me queda libre —estaba diciendo Perri, dirigiéndose sobre todo a mí.

—Si no me equivoco, tuvo una relación con Henry Miller —comentó Nicholas—. ¿Es así?

Sonrió, con su abrumador encanto británico.

—Correcto —repuso Perri—. Y ahora, tengo que volver al trabajo. —Me dio un besito en la mejilla y me lanzó una mirada que no se preocupó por

esconder—. Hablamos luego.

Cuando se hubo ido, Nicholas me mostró el ejemplar de *Pajaritos*, en cuya portada había una mujer desnuda en una pose seductora.

—Me gusta tu abuela —dijo.

—Dios mío. Siento mucho lo de la literatura erótica. Perri es una artista —repliqué, como si aquello lo explicase todo—. Vamos, te acompaño a tu habitación.

Mientras recorriamos el pasillo del hotel, Nicholas fue leyendo las placas de las habitaciones con los nombres de distintos autores.

—William Faulkner..., Zora Neale Hurston..., Marjorie Kinnan Rawlings..., James Baldwin.

—¿Ta has enterado de lo del hombre al que han pillado con lo de las aletas de tiburón? —le pregunté.

—Sí, me parece espantoso —respondió. Se detuvo en seco y me posó la mano en el brazo—. Lo siento, Maeve. Sé que todo esto te ha debido de doler mucho.

Él comprendía mejor que nadie cómo podía sentirme, lo mucho que me importaba, y tuve un repentino deseo de descansar mi frente en su hombro y aferrarme a aquella frase tan perfecta que acababa de pronunciar.

—Ha sido cerca de aquí, ¿no? —añadió.

—A unos quince kilómetros. Han matado un centenar de tiburones para hacerse con sus aletas y no tengo noticias de que hayan puesto en marcha ninguna investigación. Solo salió una vez en los informativos, un reportero de la tele preguntando a un tipo que estaba en la playa, que básicamente dijo que el mejor tiburón era el que estaba muerto. Es justo esto lo que debemos combatir.

Nicholas suspiró, me dio la mano y tiró de mí por el pasillo.

—Conozco a un sargento que trabaja en el despacho de asuntos marítimos de la oficina del sheriff. La llamaré a ver qué averiguo.

Al llegar a la Habitación Nin, di la luz y se encendieron dos candelabros de madreperla colocados a ambos lados de la cama. En la cabecera, había varios cojines de color ciruela a juego con el del asiento de la silla de capitán antigua que acompañaba un pequeño escritorio. En una estantería, Perri había dispuesto una pequeña colección de libros de Nin y relacionados con su obra: *El diario de Anaïs Nin, Volumen uno y Volumen dos; Delta de Venus; Trópico de Cáncer; El amante de Lady Chatterley*.

En la pared, una de las citas más anodinas de Nin: «No encuentras el amor, él te encuentra a ti».

Vi que Nicholas leía lo escrito.

—Cada habitación tiene una cita —le expliqué.

Dejó la mochila en la cama, abrió las puertas acristaladas y salió a la diminuta terraza desde la que se dominaba el mar. Entró en la estancia una nube de aire caliente y húmedo, seguida por el «cau-cau» de las gaviotas. Se apoyó en la barandilla para examinar la playa. Lo observé, su cuerpo en contraste contra el cielo y el agua, azul extenso y abierto, y por un momento me permití sentir lo que había sentido aquella última noche en Bimini, la posibilidad de un futuro..., antes de que la imagen de Daniel regresara de repente a mi cabeza. Daniel, a quien había amado, que estaba físicamente allí y que, de un modo u otro, seguía teniendo una extraña influencia sobre mí. Quería creer que lo que sentía por Daniel eran simples rebotes del pasado, pero me resultaba imposible explicar su intensidad. ¿Sería más real lo que sentía por Nicholas? Lo miré, consciente de la poca carga de historia compartida que pesaba sobre nosotros.

—Cuando era pequeño —dijo—, la vista que tenía desde mi casa era de un patio con un váter antiguo que los vecinos utilizaban a modo de jardinera. A mi madre la volvían loca. No paraba de repetir: «Por muchas petunias que le pongáis, eso seguirá siendo un retrete».

Me eché a reír.

—Tú ríe, pero ese váter me supuso tener antecedentes —comentó.

—¿Te refieres a antecedentes penales?

—Lo robamos entre mi hermano y yo. Lo cargamos en el coche de mi padre y lo tiramos en un contenedor de basura del colegio.

—¿Y cómo os pillaron?

—No, no nos pillaron. Pero mi madre estaba tan encantada con la desaparición del váter que el imbécil de mi hermano le dijo a quiénes debía agradecerse. Saber que nos habíamos convertido en ladrones pesó más que su alegría. Nos obligó a pedir perdón a todos los vecinos.

Refunfuñé.

—¿Cuántos años tenías?

—Quince. Y Jake, trece.

—De modo que estos antecedentes...

—No son antecedentes policiales, sino más bien de delito contra el

vecindario. ¿Y tú? Seguramente te habrás metido en más de un problema al vivir en un hotel.

—Básicamente, escaparme para ir a nadar de noche y escuchar a escondidas a los huéspedes. Comer helado directamente de los recipientes de tamaño industrial del restaurante, cosas de ese estilo. Los váteres siempre los dejamos en paz.

—¿Alguna alarma por incendio?

—Dios mío, no. Pero una vez robamos una botella de Crown Royal del bar del restaurante.

—Me parece que lo tuyo fue peor que lo mío —dijo Nicholas—. ¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete. Perri acababa de dibujar la cita de la Habitación Emily Dickinson, de modo que estaba libre hasta que se secase la pintura. Llevamos allí el whisky y lo mezclamos con *ginger ale*.

Fue Robin, por supuesto, quien se ocupó del combinado. Era el único de nosotros que se había metido en problemas de verdad. Con dieciséis años, había sido arrestado una noche por conducta indecente. Después de pasarse toda la tarde bebiendo con sus amigos, había orinado en el aparcamiento del Palermo Pub and Brewery y había sido condenado a servicios comunitarios. Durante dos semanas, al salir del colegio, Robin tuvo que ponerse un chaleco naranja e ir a recoger la basura acumulada bajo los puentes del canal y en las cunetas.

De pronto recordé la cita de la Habitación Dickinson, completa, y decidí recitarla dándole toda la entonación necesaria.

—«Lo que nunca volverá es lo que hace la vida tan dulce».

—¿Es la cita de Dickinson? —preguntó Nicholas.

Asentí con la cabeza.

—Estoy impresionado —dijo.

—Fue lo bueno de criarse en un lugar como este. Acabé aprendiéndome de memoria todas las citas, lo que me permite aparentar una formación literaria que en realidad no tengo.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Levantó la vista y volvió a leer las palabras de Nin.

—¿Y fue Perri la encargada de pintar personalmente las citas?

Asentí de nuevo.

—Absolutamente todas. Y esta es la única habitación que tiene una

segunda cita escondida.

Nicholas dejó la terraza para volver a entrar e inspeccionó el techo, después el armario.

—¿Y dónde puedo encontrar esta segunda frase tan misteriosa?

—Si te lo dijera, perdería toda la gracia.

—Así que conoces bien la habitación, ¿no?

—Conozco todas las habitaciones —contesté—. Aunque, por supuesto, esta ha sido siempre la que me ha resultado más atractiva.

Nicholas examinó los libros de la estantería.

—Lo entiendo —dijo y se volvió entonces hacia mí—. Tengo que marcharme mañana a primera hora. He pensado que podríamos cenar juntos. He visto que en el hotel hay un restaurante.

«Una cena romántica. Preparada por Daniel».

—Tengo una idea mejor —propuse—. Vamos a preparar un pícnic y cenaremos en la playa. Así, ni siquiera tendrás que calzarte.

—Te la compro. Vámonos de pícnic. —Se acercó a la cama, extrajo un sobre grande de la mochila y me lo entregó—. Pensaba darte esto esta noche, pero creo que no puedo esperar.

Me senté sobre la colcha blanca y lo abrí. En el interior había un par de docenas de fotografías subacuáticas que Nicholas había hecho durante nuestra última jornada de buceo en Bimini. Las extendí sobre la cama y las estudié: Sylvia y yo flotando sobre diversas tonalidades de azul y bajo distintos rayos oblicuos de luz. Eran preciosas, Sylvia era preciosa, y sentí una intensa punzada de añoranza. Esperaba que no se metiera en problemas. Si no le cortaban las aletas y la ahogaban en nombre de una sopa, si no la hacían pedacitos para fabricar collares para las tiendas playeras de recuerdos y suplementos vitamínicos, si no le arrancaban la mandíbula con fines decorativos o si no la colgaban completa de alguna pared, en siete u ocho años tendría crías.

En la última imagen, Nicholas me había capturado en primer plano, contemplando cómo Sylvia se marchaba nadando por última vez, y se había centrado en mi mirada detrás de la máscara. Mis ojos se veían grandes, tristes y exultantes.

Dejé la fotografía en mi regazo y lo miré.

—No sé qué decir. Gracias.

—Pensé que la echarías de menos.

Con cierto esfuerzo, Nicholas liberó un carrito de la compra y lo empujó hacia la sección de productos frescos de Publix.

—Aquí tienen unos sándwiches submarinos buenísimos —aseguré.

—Gracias a Dios. Me temía que acabáramos con paté y uvas de diseño. Biscotes sin sal y caviar. Y paté de aceitunas de algún tipo.

Me gustaba cómo me hacía reír. Nicholas me gustaba.

Pasamos de largo las ciruelas y las nectarinas y nos decantamos por patatas fritas y cerveza. Nos acercamos luego al mostrador de la charcutería.

—Veamos, estás ante tu última oportunidad de poder disfrutar de una cena con mesa y sillas —dijo Nicholas cuando el hombre de detrás del mostrador, que llevaba la cabeza cubierta con una redecilla, nos preguntó qué queríamos.

—Me apetece sentarme en la playa contigo —repliqué y pensé que me besaría ahí mismo.

Diez minutos después, mientras hacíamos cola en la caja rápida, vi a Hazel cerca de la entrada con el brazo metido en una de esas máquinas para medir la presión arterial que hay en los supermercados y mi corazón dio un pequeño vuelco. Daniel. Giré la cabeza en dirección a la sección de productos frescos, luego miré hacia el pasillo del vino y los refrescos, que quedaba justo detrás de donde estábamos. No lo vi.

Era probable que estuviera con Van, razoné. «Por favor. Que esté con Van».

Hazel levantó la vista, me vio y me saludó con la mano que tenía libre, y ese magnetismo que se había producido durante nuestra expedición en busca de dientes de tiburón volvió a producirse; Hazel volvió a inspirarme una alegría increíble. Me excusé mientras Nicholas pagaba la compra y me acerqué a ella.

—¡Hola! ¿Qué tal esa presión?

Hazel rio y retiró el brazo del manguito.

—Estaba esperando a papá —dijo, levantándose de un salto y señalando la primera caja registradora.

Estaba apoyado con los codos sobre el carrito, era el segundo de la fila. Buscaba con la vista a Hazel y, cuando me vio a su lado, se enderezó y su rostro se iluminó con una sonrisa. Levantó un dedo: «Espera».

—Papá me dio el libro de tiburones que le dejaste —comentó Hazel.

—¿Y qué opinas del tiburón tabla de planchar?

Miró hacia el techo y suspiró.

—El *Stethacanthus*. Era de locos. —Y entonces, justo en el momento en que apareció Nicholas, añadió—: ¿Cuándo vas a venir para continuar con lo del Club del Tiburón?

Me obligué a no mirar de nuevo hacia la cola de la caja.

—Hazel, te presento a Nicholas. Es amigo mío. ¿Y sabes? Igual que tú y yo sabemos mucho sobre tiburones, él sabe muchísimo sobre rayas.

Hazel esbozó una media sonrisa, casi tímida, algo que jamás habría creído posible en ella. Volvió a tomar asiento y empezó a mover las piernas arriba y abajo.

Nicholas se puso en cuclillas delante de ella.

—Me gustaría saber qué es eso del Club del Tiburón.

—Es eso que he puesto en marcha —respondió Hazel—. Bueno, que hemos puesto en marcha, Maeve y yo. Es para la gente que ama los tiburones.

—Hazel es una bióloga en ciernes —expliqué—. O una paleontóloga. Sabe más sobre antiguas criaturas marinas que nadie que yo conozca.

Al oír aquello, Hazel cerró la boca con tanta fuerza que los labios se le quedaron rosados como la pulpa de una sandía.

—Encantado de conocerte —dijo Nicholas, tendiéndole la mano—. Una persona como tú nos resultaría muy útil en el acuario donde trabajo.

Hazel se ruborizó. Cuando le dio la mano, daba la impresión de sentirse adulada y embelesada a la vez. Estaban estrechándose la mano cuando apareció Daniel cargado con dos bolsas de plástico con la compra, una llena solo con limones y la otra con una lata grande de aceite de oliva. Giacomo. La misma marca de la botella que había arrojado a las aguas del Golfo para Hazel.

Hazel corrió a su lado y le cogió la mano con la que Daniel sujetaba la bolsa de los limones, y nos quedamos todos allí mientras el silencio se prolongaba hasta transformarse en algo capaz de quebrarse. Posteriormente, le contaría a Perri que el encuentro había sido la intersección de Incómodo con Incómodo, y nos reiríamos, pero en aquel momento no me pareció tan chistoso.

Daniel y Nicholas se presentaron. Nicholas le tendió la mano. Daniel se la estrechó, con la bolsa con el aceite Giacomo colgando de la muñeca.

—Nicholas y yo hemos estado trabajando juntos en Bimini —dije, tal vez

excesivamente impaciente por querer explicar de un modo desenfadado su presencia.

Daniel me miró.

—Ah, vale. Muy bien. ¿Estás aquí de visita?

—Vengo de Sarasota —contestó Nicholas.

Hazel se retorció con nerviosismo junto a su padre.

—Trabaja en un acuario. Sabe muchísimo sobre las rayas.

Nadie dijo absolutamente nada durante unos segundos que se volvieron incómodos. Una señora mayor acababa de sentarse en la máquina de la presión arterial y el manguito zumbó al inflarse. Hazel clavó la mirada en la mujer como si estuviera viendo el lanzamiento de un transbordador espacial.

—Daniel es el chef del restaurante del hotel —expliqué.

—He intentado convencerla para que cenásemos como es debido, pero al final comeremos unos sándwiches en la playa —dijo Nicholas, mostrando la bolsa.

—Ah, ¿sí? ¿Un pícnic? —se sorprendió Daniel—. Si cambiáis de idea, ya sabéis dónde podéis disfrutar de una buena comida.

Eché a andar hacia las puertas del supermercado.

—Íbamos de camino al hotel —comenté.

—Nosotros también —dijo Daniel, volviéndose hacia Hazel—. ¿Lista para irnos, monito?

Fuimos todos hasta el aparcamiento, Hazel cantando la cancioncilla de un anuncio de caramelos.

—Papá, ¿puede venir Maeve a casa? —preguntó, cuando Nicholas y yo nos paramos junto al Jetta plateado de él.

—Si le apetece a Maeve, a mí también me apetece —respondió.

Hazel se giró entonces hacia mí.

—Por supuesto —dije.

Cuando Daniel y Hazel emprendieron camino hacia donde estaba su coche, él se volvió un momento.

—Maeve, ¿has terminado ya la novela de Robin?

—Todavía no.

—Pues deberías. Tiene un buen final —afirmó.

Me detuve un instante, con un pie ya dentro del coche, y sus palabras reverberaron por el asfalto caliente.

Extendimos una manta en la playa, delante del hotel. El sonido de la voz y la música en vivo llegaba desde la terraza del restaurante: *Save the Last Dance for Me*, de The Drifters. Billy, un habitual en el hotel, llevaba cantando desde que yo alcanzaba a recordar. Tenía que ser al menos tan mayor como Mick Jagger.

A pesar de ser más de las seis de la tarde, el sol estaba en lo alto del cielo y en pleno funcionamiento, ocupado desprendiendo calor. Nicholas abrió una cerveza y me la pasó mientras yo sacaba los sándwiches y las patatas fritas. Vi que había comprado también KitKat para el postre. Nos sentamos, con nuestros brazos rozándose, mirando el agua igual que habíamos hecho en Bimini después de liberar el pequeño cangrejo moro. En la orilla, una enorme garza azul parecía el elemento decorativo de un jardín y permanecía totalmente inmóvil, mirando fijamente su siguiente presa.

—Te debo una disculpa —dije.

—¿Por qué? ¿No habrás robado alguna botella de alcohol en el supermercado, imagino?

Me eché a reír.

—No.

—Si es por lo de tu abuela, que me ha instalado en la habitación erótica —añadió—, la perdono.

—No, es por lo de antes, en el supermercado.

Nicholas levantó una mano.

—No tienes por qué darme explicaciones de nada.

—Pero quiero hacerlo —repliqué—. Daniel y yo... nos criamos juntos y hace mucho tiempo estuvimos prometidos. —Respiré hondo—. Llevaba años sin verlo, hasta hace unos días. Ha vuelto aquí y supongo que estoy acostumbrándome a su presencia.

—Ya me he imaginado que había alguna cosa con el chef —dijo.

—Ha sido un poco incómodo ahí dentro. Lo siento.

—No pasa nada, Maeve. De verdad. No tienes que disculparte por nada.

Abrí el sándwich.

—Además, pienso que alguien se ha enamorado de ti.

—¿Te refieres a ti? —dijo.

—Me refiero a Hazel.

Nicholas removió la cerveza y sonrió.

Comimos los sándwiches del supermercado, devoramos las patatas fritas y los KitKat y brindamos con las botellas.

—He llamado al Indian Ocean Center de Mozambique —anunció Nicholas—. Parece que tienen un puesto.

—¿Y?

—Y lo he aceptado. Bueno, les he dicho que... espero poder aceptarlo. Me reservan el puesto.

—¿Crees que el acuario te pondrá algún problema para darte su aprobación?

Nicholas se levantó de la manta y dio unos cuantos pasos en la arena. Se quedó dándome la espalda durante unos segundos, que se me hicieron extraños, que se me hicieron tan interminables que empecé a notar en mi interior una espiral de miedo. Observé el movimiento ascendente de sus hombros, luego el descenso, y al final se giró hacia mí.

—Tengo que volver a Londres —dijo.

Nunca le había visto la cara así, tensa y seria.

—De acuerdo —contesté, involuntariamente preparándome para una mala noticia.

¿Por qué tenía la sensación de que estaba a punto de decirme que viajaba allí para una entrevista de trabajo o para someterse a un trasplante de corazón?

Se giró y se arrodilló en un extremo de la manta, posó la mano sobre la mía y me acarició los nudillos con el pulgar.

—Justo después de regresar de Bimini..., mi esposa, Libby, me llamó para pedirme la reconciliación. Ha parado el proceso de divorcio.

Examiné con la mirada el agua, la playa, después el cielo, intentando asimilar lo que acababa de decir. ¿Pretendía decirme que se iba a Londres para reconciliarse con ella?

—Maeve. Mira, lo siento. Tengo que ir allí y solucionar esto. Me voy dentro de un par de días.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Volver con ella?

—No..., no.

La música del hotel parecía más remota, el viento la estaba alejando y el sonido de las olas la ahogaba.

—¿Qué pasó? ¿Por qué os divorciasteis?

Intenté que mi voz no sonara afectada por lo que acababa de escuchar.

Pero el corazón me latía con fuerza contra las costillas.

Nicholas entrecerró los ojos para protegerlos de la luz del sol.

—Ella nunca quiso dejar Londres para venir aquí, pero lo hizo por mí. No le gustaba nada vivir aquí. Lo echaba todo de menos. A sus padres, a su hermana, a sus amigos. Me guardaba rencor por haber aceptado el puesto, por haber terminado con una vida que era perfecta para ella. Yo no entendía por qué no tenía suficiente conmigo, por qué no podía ser feliz conmigo en cualquier parte.

Lo escuché con atención, pensando mientras en Bimini, en que durante aquellos meses habíamos sido amigos y compañeros de trabajo, en nuestra última noche allí, en cómo él me había revelado lo que sentía por mí y en cómo yo me había permitido sentir algo por él.

—Libby y yo seguimos años así —estaba diciendo Nicholas—. Al final, me dio un ultimátum. Regresaba a Londres y, si yo no quería ir con ella, pediría el divorcio.

—¿Y pidió el divorcio?

Nicholas asintió con la cabeza.

—Así que se marchó y el verano pasado me trasladé a trabajar a Bimini, a la espera de la llegada de los papeles. Tú fuiste una sorpresa inesperada, por cierto. Tú lo cambiaste todo. Quiero el divorcio. Al principio no lo quería, pero ahora sí. Quiero que vayamos a Mozambique.

Miré más allá de Nicholas, allí donde la garza seguía acechando a sus presas en aguas poco profundas, y vi que ensartaba un pequeño pez plateado. Nicholas no estaba ocultándome nada, mientras que yo le escondía el hecho de que la noche anterior había salido corriendo en busca de Daniel.

Me levanté y dije:

—He pasado los últimos siete años creyendo que era una de esas personas que ama una sola vez y ya está. Diciéndome que yo soy así. Que trabajo. Y nada más. Que todo lo demás existe en un mundo aparte. Pero resulta que, después de estos meses que pasamos juntos, tuvimos esa única noche magnífica y me di cuenta de que cuando estoy contigo no quiero ser de esas personas que solo aman una vez. O que solo trabajan y...

Cayó sobre mí la certeza de lo que tenía que hacer, y me llenó de tristeza.

—No sé, Nicholas. No creo que debamos continuar con esto, ni pensar en lo de Mozambique, mientras tú estés en Londres.

«Y tengo que protegerme», pensé. ¿Quién sabía lo que podía pasar cuando

volviera a verla? Todo podía cambiar. ¿Y cómo vivir sabiendo que yo era la razón de que quisiese poner fin a su matrimonio? A lo mejor yo no era más que eso, una razón conveniente.

—Tu mujer ha cambiado de idea —continué—. ¿Cómo sabes que no vas a cambiar tú también?

—Porque estoy enamorado de ti.

No me veía capaz de soportar saber eso, no por el momento. Le di un beso en la mejilla.

—Vete a Londres. Y habla con tu esposa.

Por encima de nuestras cabezas, las alas de la garza se extendieron como una sábana. Emitió dos graznidos roncós al alzar el vuelo por encima del hotel. Y se marchó. A la mañana siguiente, Nicholas también se había marchado.

Guardé todo mi material de investigación en la bandolera verde que utilizaba desde la universidad y cogí el ascensor para bajar al vestíbulo con la esperanza de encontrar un alma caritativa que me ayudara a resucitar la batería del coche. Cuando vi que Robin salía de detrás del mostrador de recepción, decidí que era un momento tan adecuado como cualquier otro para dejar de evitarlo, tanto a él como al grandioso robo de mi vida que había cometido por el bien de su novela.

—Hola, la batería de mi coche se ha muerto —dije—. ¿Podrías ayudarme a arrancarlo?

—¡Vaya, veo que vuelves a hablarme! —exclamó y vino corriendo hacia mí, ignorando mi ceño fruncido.

—No te emociones tanto, no estás perdonado. Pero necesito el coche para ir al trabajo.

Me dirigí hacia la puerta y él se apresuró a seguirme. Cuando salí a la luz atómica de la tarde, me detuve un instante junto al puesto del botones para ponerme las gafas de sol. Observé un momento los hibiscos del color de la sangre y las tupidas e inmaculadas gardenias que ornamentaban la parte delantera del hotel. Esa era la gracia de Palermo: todo estaba eterna y vistosamente en flor. Con un paisaje como aquel, era muy complicado sentir lástima de uno mismo.

—Es domingo —dijo Robin—. ¿Por qué vas al Conservancy? Espera, no me lo digas: es un ecodomingo.

Se celebraba una vez al mes y estaba enfocado a algún aspecto de la vida marina, normalmente una criatura en peligro de extinción, y consistía en una jornada de puertas abiertas con exposiciones, películas y charlas, pero aquel día yo no tenía ni idea de si era o no un ecodomingo. No tenía que ir a

trabajar hasta el lunes.

—Voy porque tengo trabajo que hacer, porque tengo que hacer algo.

Si le concedía a mi cerebro un simple centímetro de espacio para pensar en Nicholas, la idea se apoderaría de la totalidad de mi lóbulo frontal. Lo visualicé en la arena, diciéndome que estaba enamorado de mí, lo desconsolado que estaba cuando volvimos al hotel. Cuando se fue, pensé en unas cuantas frases que decirle, cosas relacionadas con el tiempo, la paciencia y dejar que las cosas evolucionaran por sí mismas, pero no lo había llamado. Pensaba en Libby. En si se divorciaría o se reconciliaría con ella. Era él quien tenía que solucionar el tema. ¿Acaso no era mejor que viajara a Inglaterra sin oír mi voz en su cabeza? ¿Acaso no era mejor protegerme por lo que pudiera pasar?

Esperé en el asiento del conductor de mi Pathfinder marrón, intentando no pensar en Daniel, pero era inútil. ¿Qué me había llevado a ir a por él aquella noche?

Me abaniqué con una carpeta mientras Robin acercaba su coche y colocaba las pinzas en la batería. Cuando me lo indicó, intenté poner el motor en marcha. Se encendió de inmediato.

Mientras se cargaba un poco la batería, Robin ocupó el asiento del acompañante.

—Muy bien. Dispara.

—No sé por dónde empezar —dije.

—¿Lo has leído entero?

—¿Acaso importa? —pregunté, subiendo el tono de voz—. ¿Cómo has podido trabajar tanto tiempo en ese libro sin siquiera decirme que estabas escribiendo sobre mi vida? Es mi vida, Robin, y tengo la sensación de que estás exhibiéndola sin pensar en cómo podría afectarme.

—Lo siento, Maeve. De verdad. Soy un capullo y un egoísta. Lo sabes bien.

—¿No tienes mierda suficiente en tu vida como para escribir sobre ella? Rachel Gregory, por ejemplo, ¿o es que careces por completo de imaginación?

—¿Crees que no he intentado escribir sobre ella? Sentarme delante de eso cada día fue devastador. No podía volver a revivir aquel dolor, diseccionarlo, analizar sintácticamente todas y cada una de las moléculas de miseria que me había provocado. La quería. El día que se marchó de la isla, supuestamente

para pedirle el divorcio a su marido, encontré un ejemplar de su novela que había dejado en mi cama. Había escrito: «Lo siento, Robin». Nunca me devolvió ni una llamada. Ella seguía instalada en su casa de Vermont, con su marido, y yo, destrozado. Además, la última vez que escribí sobre mi vida, fue un fracaso absoluto. Quinientas cuarenta y tres páginas sobre un niño que perdió a sus padres y buscaba una familia donde fuera. Mi gran profesor declaró que la lucha de aquel niño era «insípida» y dijo que el relato perdía el rumbo. Cuando intento escribir sobre mí mismo, encuentro que estoy demasiado cercano al material y no consigo verlo con claridad. Me resulta más fácil ver la vida de los otros.

—Pues podrías al menos haber intentado escondernos un poco mejor a Daniel y a mí. ¿En qué demonios estabas pensando al crear esos personajes?

Robin meneó la cabeza.

—Lo sé. Pero escúchame, por favor. Cuando empecé, sí, estaba escribiendo sobre lo que te pasó a ti: la mordedura del tiburón, Daniel..., pero tienes que saber que cuanto más escribía, más imaginaba. Margaret está inspirada en ti, sobre todo al principio, pero a medida que avanza el relato se parece cada vez menos a ti. Si sigues leyendo, creo que te darás cuenta de lo que digo.

—¿Sabes lo que más me duele? Que siempre pareces ponerte del lado de Daniel. Incluso entonces, después de lo que hizo, intentaste convencerme de que solucionara las cosas.

—La primera vez que lo vi, después de lo que pasó, le pegué un puñetazo en la cara.

—¿Eso hiciste?

Por un fugaz instante, me quedé muy satisfecha con la idea.

—Casi le parto la nariz.

—Entonces, ¿por qué me presionaste para que le diera una segunda oportunidad?

—No lo sé. ¿Porque él me presionó? ¿Porque lo quiero? ¿Porque te quiero? Daniel siempre estuvo a mi lado, a nuestro lado, y, cuando su padre los abandonó, nosotros estuvimos a su lado. Francamente, tenía la sensación de que estabais hechos el uno para el otro. Y, por si sirve de algo, cuando dije que tendrías que volver con él, me pegaste un corte, ¿lo recuerdas? Y nunca más volví a sacar el tema a relucir.

Fijé la vista en la suciedad del parabrisas y pisé el acelerador para darle un

poco de marcha a la batería. El ruido y la vibración del motor inundaron el coche.

—¿Cómo te enteraste de todos los detalles personales que incorporaste a la novela? —le pregunté.

—Yo estaba allí, Maeve. Siempre. Y soy muy observador.

—Pero hay cosas que escribiste que tuvieron lugar solo entre Daniel y yo. Es imposible que las observaras.

—Él me contó punto por punto lo que pasó. Una vez...

Se calló.

—¿Qué? —insistí.

—Después de que tú rompieras el compromiso, cuando Daniel estaba en Italia, me llamó para pedirme que lo perdonara. Debían de ser las siete de la tarde aquí e imaginé que allí debía de ser la una de la madrugada. Daniel había estado bebiendo. Me confesó que se había tomado media botella de Brenne francés, pero era más, seguro, y estaba triste, con ganas de hablar. Dijo que había intentado llamarte a diario, que te había escrito cartas.

«Haberte dejado marchar me resulta incomprensible», me había escrito.

—Estaba fatal —continuó Robin—. El pobre chico rompió a llorar y entonces se puso a recordar todo lo que los tres habíamos hecho de niños y en el instituto, y luego las cosas que habíais hecho vosotros dos. Necesitaba hablar y yo..., yo lo escuché.

—Pero no te limitaste a escuchar —repliqué casi a gritos—. Utilizaste lo que escuchaste. Violaste tanto su confianza como la mía.

El olor a los gases que salían por el tubo de escape era potente y se filtró a través de los conductos de ventilación. Crucé los brazos por encima del volante y apoyé la frente en el hueco del codo. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Los cerré con fuerza, levanté la cabeza y los abrí para mirarlo.

—¿Crees que soy cruel? —pregunté.

—En primer lugar —respondió—, escribí sobre Margaret, no sobre ti.

—Sí, claro, pues odio a Margaret —sentenció.

Me sequé los ojos con la manga y Robin rebuscó en el interior de la guantera por si había algún pañuelo de papel. Encontró una servilleta marrón de Starbucks.

Me la pasó.

—No quiero que me odies —dijo.

—No te odio. Odio que hayas contado la verdad.

Robin se quedó mirándome, confuso.

—Fue Daniel el que lo echó todo a perder entre nosotros —continué—. Eso lo tengo muy claro. Jamás he pensado, ni por un momento, que su infidelidad fuera culpa mía. Pero ¿y si tienes razón? ¿Y si le hubiera perdonado? La gente lo hace. La gente casada lo hace. Pasan cosas, hay aventuras, y la gente sigue junta. Lo solucionan. A lo mejor tienes razón en cuanto a que habría merecido la pena luchar por lo que teníamos..., no sé. Estaba tan enfadada y tan dolida que ni siquiera me planteé perdonarlo. De haberlo hecho, ahora estaríamos juntos.

—Yo habría hecho lo mismo que hiciste tú —dijo Robin, aunque no resultó muy convincente.

—Y ahora, gracias a tu maldito libro, estoy llena de preguntas... y de remordimiento.

—En ningún momento fue mi intención que pasase esto.

—¿Y cómo querías que no pasase? ¿Te daba igual?

—Supongo que no lo pensé —dijo.

Estuvimos un momento sin decir nada. Robin salió del coche, retiró los cables de la batería y tapó los bornes. Recordé el par de zapatos planos de color azul turquesa que había en el apartamento y, por un segundo, pensé en preguntarle por la mujer que se los había dejado allí, pero no tuve energía suficiente para hacerlo.

Robin rodeó el coche, se acercó a mi ventanilla y apoyó los brazos en el techo del coche.

—Retiraré el libro si me lo pides. Tú eres más importante.

—No quiero ser quien te arruine todo esto —contesté.

—Piénsalo. Y si decides que quieres que lo retire, lo hare. Devolveré el adelanto.

Puse la marcha atrás y salí del aparcamiento.

—Pues cuidado —le advertí—. A lo mejor te arrepientes de haberme hecho esta propuesta.

—Todos tenemos que aprender a vivir con nuestros errores —dijo Robin.

Un cartel en el interior de la sala de exposiciones principal del Conservancy proclamaba a junio el «Mes del manatí». Robin tenía razón: era un ecodomingo. La sala bullía con el murmullo de los padres felices por poder disfrutar de una salida útil con sus hijos, de los ecologistas y de los turistas que llegaban en furgonetas procedentes de los hoteles de la zona. Perri acostumbraba a proporcionar un medio de transporte a los huéspedes del Hotel de las Musas, razón por la cual miré a mi alrededor para ver si Marco era el chófer del día, pero no lo vi.

La mascota de la jornada, alguien vestido de manatí con un disfraz gris plateado, posaba para fotografías y miraba a través de dos ojos recortados por encima de un hocico con bigotes. Esquivando la multitud, me pregunté a qué instructor debían de haber camelado para ponerse el disfraz. A través del gran ventanal fijo que ocupaba toda una pared de la sala, vi un montón de gente lanzándose al agua con kayaks rojos y amarillos para poner rumbo hacia el estuario del manglar, donde había posibilidades de ver algún manatí de verdad.

Cuando pasé por delante de la pecera donde se podían tocar los ejemplares, me detuve un momento al ver un niño de poco más de dos años que estaba sacando una estrella de mar del agua.

—Ve con cuidado —le suplicó una de las nuevas instructoras, una adolescente—. Las estrellas de mar están vivas.

Consiguió extraerla de la mano cerrada en un puño del niño y devolverla a su hábitat. Me vi a mí misma quince años atrás: voluntaria del instituto, acumulando horas durante los veranos y los fines de semana, intentando evitar que los niños pequeños zarandearan a los cangrejos herradura hasta matarlos y soltando mi rollo sobre los tiburones y los ecosistemas locales a

cualquiera que quisiera escucharme.

Asomé la cabeza por la pequeña sala de actos, donde Russell estaba dando una conferencia. «Los manatíes son criaturas bondadosas, de movimientos lentos, el pariente acuático del elefante», estaba diciendo. Por el borde de la manga de su camisa Columbia blanca, asomaba la boca dentada del aligátor de la Universidad de Florida, un tatuaje de su época de universitario, que debía de remontarse a hacía al menos veinticinco años. Se recogió un mechón de pelo alborotado y rubio detrás de la oreja y cruzó la pequeña tarima calzado con chanclas. Su presencia en escena siempre me hacía pensar en un Steve Jobs bronceado y despreocupado.

Cuando me vio, hizo un gesto en mi dirección. Le respondí saludándolo con la mano.

Bendito Russell. Años atrás, cuando me contrató, empecé a colaborar en el programa de seguimiento de tiburones en las bahías situadas justo al sur de aquí, lo que se conoce como la puerta de entrada a las Diez Mil Islas. Al final, acabé dirigiendo el programa y Russell me nombró directora adjunta de investigación y, más adelante, directora. Siempre que yo conseguía dinero de becas para viajes de investigación, él me animaba a ir y John, mi director adjunto, se quedaba al cargo del seguimiento de tiburones hasta mi regreso. Había participado en diversos programas de investigación: en los Cayos, Belice, Australia y Bimini, y ahora tenía Mozambique en el horizonte, a solo dos meses vista. Era excepcional volver a partir tan pronto, pero Russell me había dado igualmente su bendición. Estudiar los tiburones en todo el mundo era el trabajo de mis sueños.

Entré en mi despacho, situado en el ala de administración, y encendí los fluorescentes. Asimilé la familiaridad y el silencio de aquel espacio, me oí a mí misma exhalar lo que sonó como un pequeño vendaval. Aquel lugar era, como diría Perri, una habitación propia. Era uno de los despachos más grandes de las instalaciones, con tres ventanas que dominaban una arboleda de vistosas poncianas con flores de color naranja y, más allá, el aparcamiento. Giré las varillas para abrir los estores y observé la fina capa de polvo que tamizaba la luz; a continuación me acerqué a la mesa y descargué allí mi bandolera.

El escritorio era en realidad una vieja mesa de comedor de madera de roble que había encontrado en una tienda de segunda mano de Miami, de estilo colonial y con patas con perfiles tallados. Un auténtico hallazgo. Las paredes

estaban cubiertas con mapas de Mangrove Bay y las Diez Mil Islas, junto con estanterías de madera llenas de carpetas de proyectos, documentos de solicitud de becas, libros, revistas profesionales, tres mandíbulas de tiburón, un muñequito de plástico de un tiburón con falda hawaiana y un frasco de laboratorio que albergaba una cría de tiburón martillo que flotaba como un fantasma en un tanque de formaldehído.

Marqué el número de John con la intención de que me pusiera al día sobre cómo había ido el seguimiento de tiburones durante mi ausencia. Lo que en realidad quería saber era si había observado un descenso en las cantidades desde que se había descubierto el negocio de las aletas, pero John no estaba. Mientras el ordenador arrancaba, esparcí los documentos de mi investigación y luego busqué en la bandolera las fotos que me había regalado Nicholas. Las volví a mirar y me pregunté si antes de partir habría encontrado la cita escondida de Anaïs Nin. Estaba pintada dentro del armario. «Él estaba ahora en ese estado de fuego que ella amaba. Quería ser quemada».

La idea me provocó una pequeña punzada de dolor, una sensación de pérdida, aunque tal vez podría tratarse de la puñalada de la soledad, incluso del deseo. Me tomó por sorpresa, pero desapareció. Colgué en un corcho las fotografías en las que aparecíamos Sylvia y yo y me senté en la mesa. Mirándolas, recordé la felicidad sin complicaciones que proporciona estar exactamente donde quieres estar: bajo el agua.

Trabajé ininterrumpidamente durante la siguiente hora, disfrutando de la silenciosa concentración que exigía realizar el seguimiento de los datos y registrar los modelos de conducta que había recopilado con Sylvia y sus colegas limones. Estaba tan absorta en mis notas, que no oí a Russell cuando llamó a la puerta, que había dejado abierta.

—Así que la mujer que susurra a los tiburones ya está de vuelta —dijo, sonriéndome.

—Pasa —respondí, levantándome para darle un abrazo—. ¿Has acabado la conferencia?

—Del todo. Bienvenida a casa.

Traía todo mi correo. Lo dejé en la mesa y repasó con la mirada las fotos.

—Impresionante. ¿Eres tú la que está nadando al lado de ese limón?

—Servidora.

Hablamos un rato sobre la investigación que había llevado a cabo en Bimini, sobre si había alguna cosa publicable, antes de que Russell desviara

la conversación hacia el negocio de las aletas de tiburón.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado en Bonnethead Key?

—Dios mío, Russell, me cuesta muchísimo creer que esto haya pasado justo aquí al lado.

—No sé mucho más que lo que he visto en las noticias, que tampoco fue mucho, la verdad —dijo—. Encontraron las aletas en casa de ese tipo. Lo más probable es que no sea más que un personaje de escala inferior de la organización, contratado solo para que las almacene, lo que significa que los cazadores siguen todavía sueltos.

Pensé en la conversación que había mantenido con Marco. Su amigo Troy también creía que los cabecillas seguían libres.

Estuvimos compadeciéndonos un rato, expresando nuestra incredulidad y nuestra rabia, intentando elucubrar teorías plausibles sobre quién estaba detrás de todo aquello y dónde podía llevarse a cabo la investigación.

—Llamé al despacho de asuntos marítimos de la oficina del sheriff para que me informaran —explicó Russell—. Me sugirieron que pusiéramos en marcha un número de teléfono directo para atender cualquier aviso de actividad marítima ilegal. Ya he puesto a alguien al cargo. —Marchó hacia la puerta—. Cuando estés lista para hacer una presentación sobre los limones, dímelo y te pondré en la agenda de conferencias.

Cuando se hubo ido, repasé el correo y encontré un sobre grueso del Indian Ocean Center for Research de Mozambique. Contenía un cuadernillo con información, formularios y una carta aconsejándome sobre la documentación necesaria para el viaje y las vacunas. Busqué en el cuadernillo la página referente al alojamiento, y encontré fotografías de casitas con tejado de paja con escaleras que llevaban directamente a la playa.

No tenía ni idea de si Nicholas seguiría queriendo ir. En cuanto se encontrara frente a frente con Libby, podía pasar cualquier cosa. Conocía de primera mano la fuerza que puede llegar a tener un viejo vínculo entre dos personas y en parte temía que no regresara nunca. En parte, no obstante, temía también que volviera. Pero no estaba dispuesta a permitirme pensar mucho en ello.

Mientras estaba guardándolo todo de nuevo en el sobre, sonó el teléfono. John, supuse.

—Maeve, soy yo.

—¿Daniel? —dije, recordando de repente el momento incómodo que había

tenido lugar en el supermercado.

—¿Puedes hablar ahora?

—Sí. Sí, tranquilo.

—Mira, Hazel sigue insistiendo en lo del Club del Tiburón. Se muere de ganas de que veas su DVD. Así que estaba pensando que..., el segundo chef se ocupa del restaurante los domingos. Es mi única noche libre, así que he pensado que, si quieres venir a cenar, podríamos verlo juntos.

Dudé un tiempo lo bastante prolongado como para que él añadiera:

—Lo he visto varios centenares de veces. Sé que te gustará.

—Supongo que soy en parte responsable de la existencia de este club — dije—. Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. En serio, ha despertado un nuevo interés en Hazel. La está ayudando. Además, tengo que estar en el club contigo, otra ventaja.

Volví a quedarme callada. Daniel había sido una fantasía durante mucho tiempo, el protagonista de dolorosas noches de recuerdos, y ahora estábamos haciendo planes para cenar como si fuese la cosa más natural del mundo.

—¿Qué te parece a las siete? —sugirió.

—De acuerdo. Lo hago por Hazel.

Apagué la luz.

En menos de tres meses volvería a estar bajo el agua, nadando con gigantes.

La casa donde Daniel había pasado su infancia apenas se veía desde la carretera, pese a estar construida sobre pilotes. La punta del tejado asomaba justo por encima de una selva de vegetación tropical, palmeras reales e imperiales y robles de tronco retorcido. Aparqué en el camino de acceso y me recibió el buzón en forma de delfín sonriente de tía Van. Llevaba allí toda la vida. Casi del tamaño de un delfín de verdad, la escultura de hormigón se alzaba sobre su cola y el buzón quedaba escondido bajo la aleta. En octubre, Van disfrazaba al delfín con un sombrero de bruja y una capa negra. En noviembre, con un sombrero de peregrino. Por Navidad, con uno de Santa Claus y guirnaldas de luces multicolores. En marzo, el delfín se convertía en un duendecillo con un sombrero hongo de color verde y en julio, en un patriota norteamericano con el sombrero de copa con estrellas del Tío Sam. «Único en Florida», nos enorgullecía decir. Suponía que Hazel lo adoraba.

Abrí la puerta del coche junto a un arbusto de plumbago y cogí la caja de magdalenas que había comprado por el camino. Una docena, y de doce tipos distintos. Me había pasado, pero quería asegurarme de que a Hazel le gustara al menos una. Cuando subí los peldaños de la entrada, recordé que Daniel solía guardar la bici debajo de la escalera. Ahora vi que había aparcada una Hot Wheels con pegatinas de margaritas en el sillín.

Magdalenas en mano, con la insignia del Club del Tiburón —obra artesanal de Hazel— prendida al hombro, llamé a la puerta. Tosí para aclararme la garganta. Me pasé la mano por la parte delantera del vestido. Me había cambiado de ropa tres veces antes de decidirme por un vestido de tirantes blanco y sandalias, no excesivamente desenfadado, pero tampoco excesivamente elegante. En el porche, estaba a la misma altura que el arbusto de ave del paraíso, prácticamente transformado en árbol, puesto que

alcanzaba la altura de la ventana de la primera planta y estaba repleto de flores en forma de grullas japonesas.

Oí pasos dentro y el estómago me dio un pequeño vuelco. Me pasó por la cabeza preguntarme qué estaba haciendo. La última vez que había estado en aquella casa había sido con motivo de mi fiesta de compromiso.

Cuando Van abrió la puerta, Hazel apareció detrás, en calcetines. Van me abrazó y exclamó:

—¡Cuánto tiempo!

Hazel se quedó a un lado, a la espera, estirando los brazos por detrás de la espalda.

—¿Y tú cómo estás? —le pregunté, entregándole la caja de magdalenas.

—Bien —contestó, con un tono cantarín ascendente que me recordó al sonido de una flauta de émbolo—. Papá está dentro.

Se dirigió a la cocina.

—Mira, Hazel —dije.

Cuando la niña se giró, le señalé la insignia del tiburón que llevaba en el vestido. Sin soltar la caja, consiguió señalar la suya y echó a correr.

La minúscula mueca de educada perplejidad que esbozó Van no me pasó inadvertida. Era como si estuviera intentando calcular qué podía haber cambiado en el funcionamiento interno del universo para que yo fuese capaz de socializar con Daniel y la hija que había engendrado con otra mujer mientras estaba comprometido conmigo.

—Es irresistible —comenté.

Van me acercó la mano a la espalda, me dio un golpecito cariñoso y me guió hacia la cocina.

—Hazel lleva todo el día preparando la reunión del club —me informó—. Y Daniel está encerrado en la cocina desde hace dos horas.

Lo vi inclinado sobre los fogones, probando lo que quiera que contuviese la cuchara de madera que acababa de acercarse a la boca. La estancia vibraba de aromas inidentificables. ¿Pimentón? ¿Azafrán?

—¡Ya está aquí Maeve! ¡Ya está aquí Maeve! —empezó a gritar Hazel.

Daniel levantó la vista y me sonrió.

—Entonces supongo que ha empezado la sesión del Club del Tiburón. —Cogió un martillo ablandador de carne de la tabla de cortar y golpeteó con él la encimera como si fuera el mazo de un juez. Removió de nuevo la cazuela y preguntó—: ¿Quieres probar, Hazel?

Hazel arrugó la nariz.

—Asqueroso —dijo.

—¿Y entonces qué vas a comer? —quise saber.

Hazel acercó un taburete de escalera a un armario alto y cogió un recipiente apto para el microondas de macarrones con queso. Lo hizo sonar como unas maracas. Daniel meneó la cabeza y murmuró para sus adentros algo relacionado con el queso en polvo.

—Cuando no come lo que él cocina, se lleva un disgusto —comentó Van.

—¿Y tú? —dijo Daniel, presentándose la cuchara con una mano y colocando la otra debajo por si se derramaba.

Me aproximé a los fogones y dejé que me acercara la cuchara a la boca. Sus labios se separaron a la par que los míos.

«Quería ser quemada».

Crepitaron en mi lengua tomate, pimentón y aceitunas.

—Me encantan las aceitunas verdes —dije.

—Lo recuerdo. *Marinara* de pollo a la española. Con muchas aceitunas. — Dejó la cuchara y se inclinó levemente hacia mí—. Me alegro de que hayas venido.

—Yo también.

Crucé la cocina sin mirar a Van a los ojos.

—Hazel, ¿quieres que empiece a prepararte los macarrones con queso? — preguntó Daniel.

Hazel retiró la tapa del recipiente.

—Que os divirtáis mucho con vuestro club —dijo Van, colgándose el bolso en el brazo.

—¿No irás a marcharte? —exclamé, quizás con un tono excesivamente desesperado.

—Tengo partida de tren dominó mexicano en Tweetsy.

Me cogió ambas manos.

—Dile a Perri que venga a verme. Y vuelve tú también.

Asentí, aunque no me imaginaba volviendo.

Se giró entonces hacia Hazel y dio una palmada.

—Ven aquí y dame un beso.

Hazel rio mientras su abuela le llenaba la cara de besos.

Van estaba ya casi en la puerta trasera, cuando retrocedió un instante hasta el botellero.

—¡Qué demonios! —dijo, cogiendo una botella de vino tinto—. Así la partida será más entretenida.

Daniel le lanzó una mirada por la expresión que acababa de utilizar. «Lo siento», dijo ella solo moviendo los labios y cruzó la puerta mientras Hazel permanecía impertérrita delante del microondas y yo intentaba recolocar a Daniel en el papel de padre. Era como si estuviese naturalmente hecho para ello.

Cuando sonó el microondas, Hazel abrió la puerta. Daniel cogió dos platos del armario.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté.

—No, deja que nos encarguemos nosotros. Tú siéntate.

Tomé asiento en una silla de un extremo de la mesa y desde allí observé cómo Daniel disponía el pollo a la española en los platos, junto con chorizo, arroz amarillo y judías pintas, mientras Hazel daba vueltas a su alrededor en calcetines. Me odié a mí misma por estar deseando poder formar parte de la escena.

Hazel dejó los macarrones con queso en la mesa junto a un bote grande de yogur de fresa y un plátano y corrió a sentarse a mi lado. Daniel, después de servirme mi plato, se sentó en el otro extremo de la mesa.

—Huele delicioso —dije.

—La otra noche cocinó un pescado y olía por toda la casa —declaró Hazel.

—Pámpano. Y me parece que a Maeve tampoco le gusta el pescado. —Me miró—. ¿O eso ha cambiado?

—¿No te gusta el pescado? —preguntó Hazel.

—Sería como comerme a mis amigos.

Pinché una aceituna.

—Espera —exclamó Hazel—. Tenemos que bendecir la mesa.

Dejé el tenedor.

—Adelante —le dijo Daniel.

Hazel unió las manos bajo la barbilla y cerró los ojos.

—Dios es grande. Dios es bueno. Démosle gracias por esta comida. Y para que bendiga a mamá y haga que encuentre mi botella.

Daniel la miró y después me miró a mí.

—Amén —dijo.

Cuando acabamos de cenar, le pedí a Hazel que fuera a buscar las magdalenas.

—Papá ha preparado un postre —confesó.

Lo miré, sorprendida.

—Tú nunca preparabas postres.

—Ahora hago pasteles.

—¿Has hecho un pastel?

—Tarta de lima de los Cayos.

—¿Puedo comer una magdalena? —preguntó Hazel.

Daniel asintió con la cabeza.

—Puedes comer una magdalena.

Hazel cogió una de la caja y se marchó volando.

Me levanté para ayudar a recoger la mesa.

—Déjalo —dijo Daniel—. Tomemos el postre.

—Jamás me imaginé que llegaría el día en que te viese haciendo pasteles.

—Creo que mi madre tampoco se imaginó nunca el día en que te vería de nuevo en esta casa —replicó él, sacando de la nevera la tarta de lima.

—A mí también me sorprende.

—Espero que la sorpresa sea positiva.

—Veo que te has decantado por la versión sin merengue.

La tarta de lima de los Cayos de Florida estaba envuelta en gran controversia y el principal punto de desencuentro era si debía llevar encima una capa de merengue o no. Los floridianos adoptaban una postura firme en uno u otro bando. El Hotel de las Musas siempre se había puesto del bando del merengue.

—He tomado posición —replicó Daniel—. Soy un purista. Nada de cosas esponjosas.

—Pues me parece que esto será el principio de una revolución en el hotel —comenté en broma.

Nos sentamos uno junto al otro frente a la encimera de la cocina y comimos en silencio. Cuando terminamos, Daniel se levantó, se apoyó en la encimera y hundió las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Supongo que tu amigo se ha ido.

—¿Nicholas? Sí, ya se ha ido.

—¿Estuvisteis juntos en Bimini?

—Sí.

Alargó el brazo por encima de la encimera para coger la insignia que le había hecho Hazel y se la colocó en la camisa.

—Tendríamos que ir empezando con el vídeo —comentó.

Ya en el salón, Hazel preparó el DVD de *Nadando con monstruos marinos* y dio unos golpecitos en el sofá, en el espacio que quedaba a su lado.

—Siéntate aquí —me pidió.

Me instalé a su lado y vi presidiendo la mesita de centro la bolsa de plástico hermética con el diente de tiburón.

Daniel se sentó en el sillón y Hazel se adelantó un poco. Tenía un cuaderno en la falda.

—Antes, tengo que leer una cosa —dijo—. Un...

Miró a Daniel en busca de ayuda.

—Un ju... —le apuntó él.

—Un juramento —terminó ella—. La abuela me ha ayudado a escribirlo. —Se puso en pie y levantó solemnemente la mano derecha y la colocó de lado—. Con esta aleta, juro...

Se quedó mirándonos a Daniel y a mí, que permanecíamos sentados sin hacer nada. Era evidente que teníamos que seguir su iniciativa. Nos levantamos también, transformamos nuestras respectivas manos en aletas de tiburón y repetimos con ella:

—Con esta aleta, juro. Amar a los tiburones aunque muerdan. Que cuando pierdan un diente, lo encontraremos. Que, cuando capturemos uno, lo dejaremos en libertad. Este es el juramento del Club del Tiburón.

Hazel se volvió hacia mí con la mano extendida.

—Aleta de tiburón —dijo, y todos chocamos nuestras «aletas».

Cogí la bolsa que contenía el diente.

—A lo mejor tendríamos que pasarnos esto entre nosotros.

A Hazel le gustó la idea. Dedicué unos segundos a examinar el diente a través del plástico transparente y se lo pasé a Hazel, que lo inspeccionó con ahínco antes de pasárselo a Daniel, quien me lanzó una mirada de agradecimiento.

Durante la hora siguiente, vimos cómo Nigel Marven<sup>[2]</sup> retrocedía en el tiempo para nadar con criaturas marinas prehistóricas. Hazel me miraba de vez en cuando para asegurarse de que prestaba la debida atención. Cuando Nigel entró en una jaula para tiburones y apareció un megalodón, exclamó:

—¡Es este!

El tiburón mamut nadó hacia Nigel con las mandíbulas completamente abiertas y golpeó la jaula con el lomo.

—¿Fue así cuando te mordió a ti? —preguntó Hazel.

Daniel, que había estado sentado con una pierna cruzada sobre la otra, las descruzó y se enderezó en su asiento.

—No, no lo vi venir —respondí.

—Primero me golpeó a mí —dijo Daniel.

—¿Estabas allí?

Miré a Daniel, sorprendida de que hubiese decidido divulgar aquella ventana hacia nuestro pasado.

—Sí, estaba en el mar a su lado cuando pasó.

Hazel me miró en busca de confirmación.

—Es verdad. Tu papá fue quien me llevó hasta la orilla. De no haber estado él allí, me habría metido en un grave problema.

Miró a Daniel de tal manera, que tuve la sensación de que nunca antes lo había visto bajo aquel prisma. Estaba pasmada al saber que su padre se había aventurado por una vez en la vida fuera de la cocina y había tenido un encuentro con un tiburón de verdad.

—No es posible —dijo, sin acabárselo de creer, y Daniel cruzó los dedos por encima de su insignia.

Cuando Van llegó a casa, le anunció a Hazel que era hora de irse a la cama.

—No quiero irme a la cama si Maeve está aún por aquí —protestó.

—Pero yo me voy ahora a mi casa a meterme en la cama también —contesté, levantándome del sofá—. Ya iba a marcharme.

Alcé la mano e hice el saludo de la aleta de tiburón.

Hazel caminó lentamente hacia la escalera, con Van dándole empujoncitos. Al llegar al segundo peldaño, se giró para ver si me iba de verdad, lo que llevó a Daniel a acompañarme hacia la puerta. Cuando salimos, le dije adiós a Hazel con la mano.

—Buenas noches, bichito —dijo Daniel y cerró la puerta a nuestras espaldas.

Nos quedamos en el porche asimilando la templada oscuridad. El cielo era como un póster de *La noche estrellada* de Van Gogh. Las hojas del ave del paraíso eran grandes como orejas de elefante y daban chasquidos contra los

cristales de las ventanas, mientras que las ranas arborícolas croaban a pleno pulmón en un coro que sonaba como un millar de despertadores minúsculos.

—Ven, sentémonos en el muelle —sugirió.

Tampoco a mí me apetecía que terminase la velada.

Las suelas de los zapatos crujieron sobre la pasarela de conchas trituradas de detrás de la casa. Habría sido imposible contar las horas que Daniel y yo habíamos pasado detrás de su casa tras el crepúsculo. Algunas noches, nos tumbábamos sobre las planchas de madera y hablábamos, prestando atención a las zambullidas de los delfines. Otras, nadábamos en las aguas de color tinta para escapar del calor.

Las hojas de las arecas se habían apoderado prácticamente del camino. Daniel fue delante para ir apartándolas a nuestro paso. En la oscuridad, su camisa blanca había adquirido un tono azulado brillante. Apenas visible, su mano retrocedió para buscar la mía. La cogió. Hacía muchísimo tiempo que no lo tocaba. Y me resultaba imposible pensar en otra cosa que en la sensación de su palma y sus dedos contra mi piel. El contacto resultaba cálido e intenso, y tuve la extraña impresión de estar flotando en el interior de mi cuerpo.

En el cielo había una media luna, una concha rota y reluciente. Perfilando el muelle, las luces brillaban como charcos en el agua y creaban dibujos ondulados e iridiscentes en la superficie. Nos sentamos, con las piernas colgando. El agua chocaba en un susurro contra los pilotes. No había dónde esconderse. Estábamos solo Daniel, yo y la noche completamente abierta. Había sido allí donde me había pedido en matrimonio.

—En unos días me pondré a buscar casa —comentó Daniel.

—Hazel me mencionó que quieres comprar una casa. Me parece estupendo.

—Lo de vivir con mi madre siempre ha sido una solución temporal. Las noches de juego se descontrola —dijo bromeando—. La bebida. Y ya has oído el lenguaje que gasta.

—Esos del Tweetsy son malas compañías, por lo que veo.

E igual que me había sucedido antes en la cocina, estar juntos me parecía a la vez surrealista y normal, y me dejó anhelante. No sabía si estar allí con Daniel era bueno o malo, si era recuperar algo precioso que había perdido o caer en una vieja mala costumbre. Lo único que sabía era que estaba pasando y que yo estaba dejando que pasara.

—Lo del libro de Robin... —continuó Daniel—. Es extraño ver todo eso plasmado en papel.

—Cuando lo leí, me enfadé mucho con él. Y sigo estando enfadada, la verdad. Siempre pensé que durante todo este tiempo había estado trabajando en su antigua novela o en algo similar. ¿Sabías tú que estaba escribiendo sobre nosotros?

—No tenía ni idea.

—Me ha dicho que retiraría el libro de la editorial si se lo pedía. ¿Te imaginas que aceptara su oferta? Lleva años dando vueltas sin ton ni son, saltando de un puesto de trabajo a otro y entonces, para sorpresa de todo el mundo, escribe un libro y consigue que se lo publiquen. ¿Cómo podría robarle yo esta oportunidad?

Dejé vagar la mirada hacia la bahía, hacia las lucecitas que centelleaban en la orilla opuesta.

—Me siento traicionada e incómoda. Dios mío, me siento tremendamente incómoda. A lo mejor si cambiara la dedicatoria. Al menos, si lo hiciera, el libro no transmitiría a todo el mundo que es sobre nosotros.

Noté que Daniel estaba mirándome.

—¿Tú no estás enfadado? —le pregunté—. ¿Por lo del libro?

—Hubo partes que se me hicieron muy duras de leer, pero no. No estoy enfadado. Es sobre nosotros. Bueno, lo es hasta que Margaret decide darle a Derek otra oportunidad.

Nos quedamos en silencio y el ambiente empezó a hacerse pesado e incómodo, injustamente cargado.

—La otra noche, cuando empecé a leer el libro de Robin, estuve a punto de venir a verte.

—¿En serio? —dijo, su tono de voz sinceramente sorprendido—. ¿Y qué pasó?

—Que no conseguí poner el coche en marcha. Llegué a la conclusión de que debió de ser la intervención divina. Era en plena noche. No sé en qué estaba pensando.

—Tendrías que haberme llamado. Habría venido a por ti.

—Bueno, el caso es que ahora estoy aquí.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Adelante.

—El día que llegaste y pasé por tu habitación, vi la pluma de águila

pescadora en tu tocador. ¿Es esa, verdad, la del día que te metiste en el agua y el tiburón...?

—¿Te refieres a la que me pusiste en la coleta antes de que yo te besara?

—Sí, esa —dijo—. ¿Por qué la conservas?

Había grandes cantidades de viejos fantasmas entre nosotros.

¿Se acordaría Daniel de que tenía intención de colocarla en mi ramo de novia?

—Fue nuestro primer beso. Supongo que no pude separarme de ella.

—¿Y qué hay entre tú y ese tal Nicholas? ¿Estás con él?

Aparté la vista y bajé la mirada hacia mi regazo.

—Lo siento —dijo Daniel—. No es asunto mío.

—Hemos dejado la situación en modo pausa —le expliqué—. O hemos terminado. No estoy del todo segura.

Daniel acercó la mano a mi rodilla y resistí el deseo de cerrar los ojos. El contacto resucitó la tempestad de anhelo y remordimiento, de lo que podría haber sido. Me sentía casi mareada de pensar en la rapidez con la que había pasado de vivir con el recuerdo de Daniel a estar comiendo una tarta con él.

—¿Has estado bien? —me preguntó.

«¿He estado bien?».

La pregunta fue como una espina clavada en la garganta. Me incorporé, deseosa, necesitada, de serenarme. Daniel siguió mi ejemplo y me alejé cuando vi que quería cogerme.

—Siempre hay tristeza dentro de mí —dije—. No quiero que esté ahí, pero está. Duerme en mi interior y, cuando se despierta, no puedo hacer nada por evitarla. Me supera, y, cuando lo hace, no existe nada más. A ti te lo debo. Y durante estos siete últimos años, te he odiado por ello.

La cara de Daniel se desencajó.

—Intenté solucionarlo muchas veces.

—Lo sé. Me negué a perdonarte, y vivo también con eso. Y ahora, de pronto, dudo y no sé si tomé la decisión correcta. Es todo por ese estúpido libro de Robin que...

—Maeve —me interrumpió Daniel y dio un paso hacia mí.

—Tengo que volver a casa —susurré, apartándome.

A pesar de la oscuridad, supe orientarme para volver. Daniel me siguió.

—No tienes por qué irte —dijo.

Había invertido años en intentar seguir adelante. Volver a aquel camino

con Daniel sería una locura, algo totalmente inútil, pero cuando llegué a la puerta de la casa no deseaba marcharme.

Me paré y me giré.

—Dan...

Y justo en aquel momento apareció Hazel detrás de mi coche.

—¡Uh!

Di un brinco.

—Hazel, tendrías que estar en la cama —la regañó Daniel—. ¿Sabe la abuela que estás aquí fuera?

Respondió con un hilillo de voz.

—No, estaba buscándoos. No os podía encontrar. —Me entregó mi bolso de mano—. Maeve se lo ha olvidado en casa.

—¡Hay que ver cómo soy! —exclamé—. Y ahora tengo que buscar las llaves aquí dentro. Gracias.

Cogí el bolso y corrí hacia el coche.

Recorrí el camino de acceso marcha atrás y después los observé a través del espejo retrovisor hasta que los perdí de vista.

Los siguientes días y noches pasaron como un amasijo confuso, como si me hubiera adentrado en el diminuto espacio del interior de una concha. Después de aquella noche con Daniel y Hazel, había agachado la cabeza y trabajado fervorosamente en la investigación que había llevado a cabo en Bimini desde primera hora de la mañana hasta pasadas las nueve de la noche. Con el trabajo tenía suficiente. No cesaba de repetírmelo.

Al sexto día de mi enclaustramiento —tal y como había calificado Perri mi ausencia cuando me había tropezado con ella en el vestíbulo aquella mañana—, había casi terminado de poner en orden mis hallazgos sobre los limones y redactado un resumen para la conferencia que daría en el ecodomingo que les dedicaríamos. Apagué las luces de mi despacho pasadas las diez y volví en coche al hotel con el cerebro saturado por la sensación de cansancio y atontamiento que provoca una sobrecarga de leer, escribir y pensar, y con el estómago rugiendo de hambre. Normalmente comía al mediodía en el despacho el trozo de pizza que los voluntarios quisieran traerme y al regresar de noche me colaba en la cocina del hotel, cuando ya estaba cerrada, para comerme un sándwich de pavo, la sopa del día o las sobras que quedasen de las especialidades culinarias de Daniel.

No había vuelto a hablar con él desde la noche de la reunión del Club del Tiburón. No había cruzado palabra con él desde el pollo a la española y la tarta de lima sin merengue. Desde que nos habíamos sentado en el muelle y él me había posado la mano en la rodilla y mi garganta se había cerrado con una sensación de arrepentimiento y temeridad. La comunicación con Nicholas seguía siendo nula, además, pero por mí estaba bien.

La cocina estaba a oscuras y fría y olía a productos de limpieza. Las neveras emitían un zumbido de barítono, una serenata sorprendentemente

potente a la que me había ido acostumbrando a lo largo de mis sesiones de saqueo nocturno. Dejé el bolso sobre una de las resplandecientes encimeras de acero inoxidable y eché un vistazo a la cámara frigorífica. Lo primero que vi fueron seis tartas de lima de Daniel. El postre para la comida del día siguiente.

Cogí una y retiré la tapa. El aroma dulce y potente me inundó al instante los orificios nasales y me retrotrajo a un taburete alto. Cerré la puerta de la cámara, cogí un tenedor y me fui con la tarta entera hacia el comedor, desde donde salí a la solitaria terraza.

Un resplandor blanco difuso salía desde el vestíbulo; la piscina y las palmeras estaban iluminadas con focos. Solo se oía el susurro de las olas. Acerqué una silla a la barandilla que dominaba las aguas del Golfo y utilicé las rodillas a modo de mesa. Corté un trocito y me llevé el tenedor a la boca.

Veinte minutos más tarde, cuando me había comido casi la mitad de la tarta, oí que se abrían las puertas a mis espaldas. Al girarme, vi a Daniel en la terraza, con mi bolso y la tapa de la tarta en la mano.

—Sabía que tenías que rondar por aquí —dijo.

—He robado una tarta —le expliqué, me levanté y las migajas resbalaron por mi falda.

—Ya lo veo.

De haber habido más luna, tal vez hubiera visto una expresión de satisfacción en su cara. ¿O estaría recordando cómo había salido huyendo hacía tan solo unas noches?

—Lo siento. Es que la he visto y... —Levanté la mano que tenía libre—. ¿Qué haces aquí? Son las once de la noche.

—No podía dormir.

Daniel dejó el bolso y la tapa en la mesa más próxima.

—Normalmente vuelvo y aprovecho para ponerme al día con el papeleo. ¿Y tú?

—He estado otra vez trabajando hasta tarde. He venido en busca de algo de cena, pero solo he encontrado tartas.

—Así que eres la ladrona de tartas.

—Sí, soy yo.

Daniel fijó la vista en el molde de tarta medio vacío y rio para sus adentros.

—Vaya. ¿Quieres que te prepare alguna cosa para cenar?

—No, tranquilo.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

Nos quedamos los dos en silencio y la tranquilidad flotó entre nosotros como si fuese un ser vivo.

Al final volvió a hablar Daniel:

—Después de lo de la otra noche, pensé que debía darte un poco de espacio...

—Siento haberme marchado de aquella manera —dije, interrumpiéndolo.

—Lo entiendo.

Sonrió y regresó hacia la cocina.

—Tengo un inventario a medias. Y creo que, además, tendré que preparar otra tarta.

—Espera, Daniel.

Se giró, quedándose en una zona oscura, lo que me impedía ver su expresión.

—No quiero espacio —dijo—. Al menos por tu parte.

Caminó hacia donde yo estaba y no se detuvo hasta que me besó.

Todo regresó con una celeridad extraña. Recuerdos, sentimientos antiguos, el creer en aquello, el deseo. Y luego, una especie de *déjà vu*. No se lo había comentado nunca a Daniel, pero la primera vez que pasamos la noche en la Habitación Forster, me vino a la cabeza una imagen de las cataratas Victoria, de cantidades inmensas de agua cayendo por un desfiladero. Solo había visto imágenes de las cataratas en un ejemplar de *National Geographic* de pequeña, y a pesar de que no me habían impresionado en absoluto, la fotografía me había venido a la cabeza aquella primera noche con Daniel. No sabía por qué, pero más adelante pensé que las personas podíamos lanzarnos al agua sabiendo que había la posibilidad de ahogarse y, pese a ello, seguíamos haciéndolo. La fuerza de mis sentimientos por Daniel aquella primera noche había sido asombrosa.

Ahora, ante otra oportunidad, no me habría alejado de él por nada del mundo. Abandonamos la terraza y fuimos hacia mi cuarto.

—Esto nunca llegó a acabarse —dijo, cuando entramos.

Volvió a besarme y, al sentir el roce y la calidez de su piel contra mi mejilla, todo se desplomó. Había construido una fortaleza a mi alrededor y se estaba derrumbando como los castillos de arena que salpicaban la playa.

Me lancé por las cataratas.

Estaba descalza al timón del *Sundance*, la lancha de fondo plano de veinticinco pies de eslora del Conservancy, navegando por las aguas tranquilas de los manatíes, curioseando entre las islas de los manglares de los alrededores de Palermo. Avanzaba a la velocidad de una tortuga vieja, sin apenas dejar estela tras la embarcación, con mis ojos a la busca de los grandes hocicos grises de los manatíes, que irrumpían a menudo en la superficie.

Había zarpado hacia las seis de la tarde con la tripulación —John, mi director adjunto, tres biólogos más del Conservancy y una estudiante llamada Olivia— para llevar a cabo una salida nocturna de seguimiento de tiburones. Durante las siguientes diez horas, capturaríamos y marcaríamos todos los ejemplares que pudiéramos, los mediríamos y obtendríamos muestras de sangre, y luego los liberaríamos. La misión era completamente rutinaria, pero, desde que estaba al corriente de la caza masiva de tiburones para negociar con sus aletas, me sentía impaciente, nerviosa en realidad, por ver cómo estaba la población y por ello había adelantado la fecha de la salida.

El motor vibraba a mis pies y notaba la nuca pegajosa como consecuencia del calor de la tarde de finales de junio. Cogí la lechera que había llenado con agua y bebí un trago. La tripulación estaba sentada en popa, estudiando las hojas plastificadas de los cuadernos de seguimiento. Allí teníamos el listado de los cientos de tiburones que habíamos marcado, con su nombre (Oscar, Wendy, Eloise... ), fotografías, perfil de aleta dorsal, medidas corporales, análisis de sangre, notas de observación, latitud y longitud del lugar de captura y profundidad, temperatura y turbiedad del agua.

En cuanto dejamos atrás la zona de los manatíes, cogí el timón con las dos manos y pulsé el acelerador. La proa se levantó, todo cogió una velocidad

repentina y estimulante, y la caja donde llevábamos la cena volcó, provocando que una naranja rodara hasta la consola central, donde yo estaba sentada. La recogí y se la lancé a Olivia. Pensé en los desayunos que Daniel me hacía llegar con el carrito del servicio de habitaciones prácticamente todas las mañanas. A veces un *muffin* de arándanos, muesli casero, un bollito de canela y, siempre, una naranja.

Desde aquella primera noche, hacía ya casi una semana, habíamos pasado prácticamente todas las noches juntos. Llegaba a mi habitación tarde, cuando se acababa el turno de la cena, y se marchaba al amanecer para estar en casa cuando Hazel se despertara. Habíamos procurado mantener sus visitas en secreto. Bueno, salvo por el carrito del servicio de habitaciones, que no era especialmente discreto, pero no lo había considerado en ningún momento un elemento delatador. Incluso Robin, con quien compartía parte de mi espacio vital y que había demostrado ser todo ojos y antenas en el pasado en lo referente a Daniel y a mí, seguía sin captar lo que sucedía entre nosotros. Había que tener en cuenta a Hazel, y respecto a Robin, Perri y Van, no estábamos aún preparados para anunciar nuestro... ¿qué?

Aquella mañana, sentado a los pies de la cama, Daniel había dicho:

—¿Y si le cuento a Hazel lo nuestro?

Me había puesto de lado y había tirado de la sábana hasta cubrirme los hombros.

—¿Y qué le dirías?

De repente, me había despertado del todo y era plenamente consciente del jadeante tono de expectación de mi voz.

Cuando él se había girado para mirarme, había visto desaparecer el hueso nudoso de la base de su cuello.

—No lo sé. Nunca he estado en una situación como esta —me había dicho. Se había levantado, había cruzado la habitación y luego había vuelto a acercarse a la cama—. ¿Qué estamos haciendo, Maeve?

Me había alegrado de que fuera él quien formulara la pregunta. A veces, durante los dos últimos días, había tenido la sensación de estar haciendo una regresión hacia los adolescentes que ocupaban a escondidas la Habitación Forster el verano antes de irme a la universidad, como si estuviéramos recuperando el tiempo perdido, sin pensar, sin emplear la cabeza. Otras veces —la mayoría, de hecho—, lo que estábamos haciendo me parecía un milagro, como si en el pasado nos hubiéramos extraviado, nos hubiéramos desviado

tremendamente del camino, y estuviéramos por fin rescatándonos, rescatando nuestra vida juntos.

Cuando le había explicado a Daniel mis planes de viajar a Mozambique en agosto, no había protestado, no había sacado a relucir el futuro. ¿Veía un futuro? Lo único que me había preguntado había sido cuánto tiempo estaría fuera. Cuando le había contestado que hasta Navidad, se había limitado a quedarse callado.

«¿Qué estamos haciendo, Maeve?». La pregunta se había quedado flotando entre nosotros. Parecía ligeramente peligrosa, como una pequeña criatura salvaje liberada de pronto en la habitación.

—Dímelo tú —le había respondido.

—Lo que importa es que estamos juntos y que te quiero. Que siempre te he querido. Todo lo demás, está por ver.

Y por el momento, sus palabras me bastaban.

Cuando se hubo ido, después de que llegara el carrito del servicio de habitaciones, había salido a la terraza con una taza de café. Estaba sentada allí envuelta en mi bata, disfrutando de no estar pensando en nada, contemplando simplemente cómo el cielo se llenaba de luz y las gaviotas se lanzaban sobre las aguas del Golfo para darse un banquete de piscardos, cuando un águila pescadora había aterrizado en la barandilla de la terraza, a menos de tres metros de mí. Sujetaba entre las garras un pececito que se agitaba con indefensión. Al sentir cómo exhalaba el aire, el águila había ladeado la cabeza y me había mirado con sus intensos ojos amarillos. Había soltado el pez, había emprendido el vuelo y sus alas habían levantado una ráfaga de aire.

Había decidido dejar el pez donde estaba. Era muy probable que el águila regresara para rematar al pobrecillo. Después de ducharme, me había asomado de nuevo a la terraza y no quedaba más que la cabeza del pez y un amasijo de tripas. Lo había tirado todo a la basura y, con toneladas de papel higiénico, había limpiado las manchas de sangre granate. Y mientras estaba luego fregando el suelo con desinfectante, me había venido de nuevo a la cabeza la pregunta de Daniel.

Durante años, parte de mí había tenido fantasías relacionadas con aquello, con Daniel y yo juntos, pero jamás me había imaginado un escenario que

fuera más allá del reencuentro. Había fijado la vista en el papel higiénico ensangrentado como si estuviera leyendo hojas de té. La naturaleza era a la vez salvadora e inmaculadamente cruel.

—¡Una espátula rosada a las ocho! —gritó una voz, devolviéndome de repente a la barca y al oleaje verdoso, al ave de plumaje rosáceo que se extendía en el aire como una boa de plumas.

Anclamos en Calusa Bay dos horas antes de la puesta del sol e iniciamos el meticuloso proceso de cortar salmónes para cebo e introducir los pedazos de carne en los anzuelos. En cuanto los anzuelos y las boyas estuvieron debidamente colocados en los sedales, los lanzamos al agua. Y mientras un par de los tripulantes se encargaban de llenar con agua los tanques para los tiburones, yo verifiqué el sistema de achique. Lo único que quedaba ahora por hacer era esperar.

Observamos las boyas hundidas en el mar, atentos al sonido de las sacudidas de los tiburones al morder el anzuelo, y pasamos el tiempo contando historias de marineros: el pez sierra de cinco metros que nos cortó los aparejos durante nuestra última salida; el enorme dorado que capturó un día John, solo para descubrir que la hembra dejada atrás había seguido el barco durante más de diez millas. «Fue suficiente motivo para dejar la pesca», comentó.

En cuanto se puso el sol, la noche golpeó con rapidez, un pozo enorme de negrura tanto arriba como abajo. Nos pusimos camisetas y sombreros antimosquitos, nos cubrimos la cara con la redecilla, aunque no antes de que chinches y mosquitos cayeran sobre nosotros como una plaga del Antiguo Testamento. Zumbaban tan fuerte que hice callar a todo el mundo para asegurarme de que no los estaba confundiendo con el sonido de un avión en la lejanía.

Mantuve la mirada fija en las boyas, enfocándolas con la linterna una tras otra siguiendo una especie de ritmo sincopado. En el cielo, destellaban los planetas y la conversación pasó entonces a las configuraciones inexplicadas de luz, a los avistamientos confirmados de objetos volantes no identificados, luego a las bromas, finalmente al silencio.

Cada cuarenta y cinco minutos, retirábamos los sedales, verificábamos el cebo y repetíamos el ejercicio. A la espera.

Cerca de las diez, Olivia, con un tono de decepción evidente en su voz, preguntó:

—¿Dónde están los tiburones?

—Hay noches en que no aparecen —le explicó John, pero antes de que sus palabras se dispersaran por encima del casco y quedaran engullidas por la noche, vi que la boya se hundía.

Sacamos del agua un tiburón martillo joven y, poco después, dos tiburones toro jóvenes, todos ellos lo bastante pequeños como para caber sin problemas en el tanque. En otros viajes, había utilizado una piscina infantil de vinilo, que hacía la operación más fácil tanto para los tiburones como para nosotros, pero había desaparecido de la barca. Los depositamos en el tanque, encendimos las luces de la barca, los marcamos, los fotografiamos y recogimos todos los datos.

Cerca de medianoche, capturamos a la estrella de la velada: un tiburón toro hembra con cicatrices moradas entre las aletas dorsales. No había visto cicatrices como aquellas salvo en los libros, pero supe al instante que estaba ante el traumatismo provocado por un macho en temporada de apareamiento. Entre tiburones, el acto de la reproducción era un proceso violento en el que los machos solían provocar lesiones a las hembras. Había golpes, giros bruscos, embates y mordiscos que acababan con pieles en carne viva y marcas de mordeduras. Para afrontar tanta dureza, los tiburones hembra habían evolucionado y eran de mayor tamaño que los machos, y tenían además una piel más dura y más gruesa. En la universidad, este hecho había provocado los chistes de las chicas de la clase, chistes que tenían un fondo de seriedad, en los que se hablaba de que la agresión masculina había acabado convirtiendo a las hembras en una especie superior y cosas de ese estilo.

—Bravo por el romanticismo —dije, señalando las marcas para que las vieran los demás.

El ejemplar era tan grande que lo dejamos en el agua. Trabajé con ella doblando el cuerpo por encima de la borda para extraerle sangre y medirla, mientras Olivia se encargaba de tomar fotos y John apuntaba los datos en la libreta.

—Voy a ponerle de nombre Rose, ¿os parece bien? —sugirió.

—Perfecto —contesté, trabajando a la mayor velocidad posible.

No quería provocarle más estrés. Los tiburones son como las personas en lo que al estrés se refiere. Temía que cuando la soltáramos no hiciese gala del espíritu combativo que había mostrado al capturarla.

—Ya estamos, Rose —dije y le di una palmadita.

Se alejó rápidamente y desapareció bajo las aguas negras.

Dos noches después de la salida de seguimiento de tiburones, poco después de las diez, recorrí el camino de acceso al hotel. Se había levantado viento y el suave rugido de las olas se intensificaba en la oscuridad. En vez de vernos en mi habitación, Daniel había propuesto reunirnos en la playa. A Daniel siempre le había gustado el Golfo de noche. Debía de estar terminando en la cocina y llegaría más tarde, con algún tipo de ofrenda culinaria.

Levanté la vista y busqué la luna, que antes estaba visible, pero que ahora había desaparecido en un cielo cargado y sin estrellas. En la playa no había luces, un detalle que teníamos con las tortugas marinas, las primeras de las cuales ya habían empezado a poner huevos. Cuando las crías rompieran el cascarón, utilizarían la luz de la luna a modo de brújula; la luz artificial las desorientaba, pues la confundían con la luz lunar y se perdían en veinte direcciones distintas. Estaba tan inmersa pensando en lo ridículamente que parecía estar dispuesta la naturaleza contra las criaturas minúsculas que estuve a punto de pisar un nido de reciente creación.

La madre, probablemente una tortuga boba, había hecho un largo recorrido desde el agua para enterrar su nidada justo donde terminaba el camino de acceso público, había dado media vuelta y había vuelto al mar. Jamás regresaría al nido.

Examiné el gran agujero de forma cóncava donde había enterrado los huevos y luego seguí el inconfundible trazo reciente que había dejado en la arena en su recorrido hasta el agua, preguntándome si acababa de marcharse de allí. Tomé mentalmente nota de marcar como era debido el nido con cinta amarilla.

Desde mi vuelta a casa, había llenado la playa de cuadrados amarillos, como si aquello fuera la escena de un crimen terrible. Hacia mediados de

agosto, los isleños iniciarían la «observación de tortugas» y montarían guardia por las noches para ver la aparición de las crías, con la esperanza de ser testigos de su desfile hacia el agua, una de las verdaderas maravillas del mundo natural. Pensé que podría ir a verlo con Hazel, pero luego recordé que más o menos por aquellas fechas marcharía a Mozambique. Si yo no estaba aquí... Daniel tendría que llevarla. No podía perderselo.

Lo vi emerger de repente por la franja opaca de la playa. Me besó y luego me entregó una bolsa de lona. En el interior, encima de su calzado de cocina, la chaquetilla de chef y una toalla enrollada, había una tarta de lima.

—Por ahí dentro tendría que haber también un tenedor —dijo.

—¿De modo que este es nuestro signo de identidad ahora? ¿La tarta? —comenté.

—Es uno de ellos.

Daniel extendió la toalla en la arena y nos sentamos.

Retiré la tapa y cogí un trozo de tarta con el tenedor.

—¿Uno de ellos? ¿Tenemos otros?

—Las horas intempestivas de la noche.

—Cierto.

Le pasé el tenedor.

—Es por mi culpa —dijo—. Por los horarios de chef.

—Y por las películas. Bueno..., eso era antes.

Daniel dejó el tenedor.

—La última que vimos juntos fue...

—Esa de los cohetes.

—No, fue *Salvar al soldado Ryan*.

—¿Tú crees? Estoy segura de que fue aquella en la que Jake Gyllenhaal construía cohetes.

—Sí, seguro. La alquilamos. «Solo sé que, cada vez que mato, me siento más lejos de casa» —dijo, haciendo una buena imitación de Tom Hanks.

—Veo que has visto la película unas cuantas veces desde entonces.

—Unas cuantas —confirmó Daniel, riendo—. Últimamente, solo veo dibujos animados con Hazel. Hasta los cinco años no conseguí que se sentara a ver una película entera.

—¿Y cuál fue?

—Una de un elefante morado.

Nos sentamos acurrucados en la oscuridad, justo fuera del alcance de la

marea y de la espuma que se acumulaba allí donde rompían las olas. El viento había cesado y, durante unos minutos, la luna asomó la cabeza a través de la cortina de nubes grises, haciendo que su luz bañase la superficie del agua y los espigones de rocas.

Se hizo el silencio.

—Ven aquí —dijo Daniel.

Me cogió las manos y, cuando me acerqué a él, me hizo espacio entre sus piernas, donde me recosté contra él. Enredó un mechón de mi pelo entre sus dedos.

—¿Cómo ha sido tu vida? —le pregunté—. Desde entonces, me refiero.

—Hubo lo del restaurante en Miami. Y Hazel. Antes de que su madre muriera, me desplazaba en coche a San Petersburgo dos veces al mes para verla.

—Debe de haber sido duro. No tenerla siempre.

—La situación era esa.

—¿Tuvisteis..., Holly y tú..., llegasteis a tener una relación?

Noté que me soltaba el pelo. La luna se había escondido de nuevo, pero las olas se habían tranquilizado, eran pequeñas, similares a las de un lago, y apenas emitían ruido.

—Lo intentamos —dijo—. Hazel tenía un año. Tenía sentido intentarlo.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Cuatro o cinco meses, no más. Ninguno de los dos era muy feliz.

Mi relación más larga había durado tres meses y había terminado cuando me di cuenta de que no iba a ninguna parte. Recogí las rodillas hacia el cuerpo y me giré hacia él. Mi pecho se inundó de deseo y felicidad, pero, al instante, la sensación quedó dañada por una punzada de aquel antiguo dolor que presionaba por abrirse paso, como una mala hierba.

—¿Y tú? —preguntó él.

—Salí también con chicos, algunos para recordar, pero la mayoría para olvidar.

—Siempre he vivido preocupado pensando que Robin me llamaría un día para informarme de que te casabas.

—Yo pensaba lo mismo.

—Vamos a nadar —propuso.

—¿Ahora?

—Vamos.

Se levantó y se quitó la camiseta.

—No es necesario ser biólogo marino para saber que nadar en este océano de noche no es muy buena idea.

—No nos alejaremos mucho.

Se quitó el pantalón.

Reí al verlo allí en calzoncillos y, aunque estábamos solos, miré a mi alrededor por si había alguien, por si podía vernos la gente que estaba en la terraza del hotel.

—Ven a nadar conmigo —insistió Daniel.

Viendo que no me movía, se adentró hasta que el agua le cubrió la pantorrilla.

—No tendrás miedo, ¿verdad? —dijo, recordándome cómo me había mofado yo de él para que se metiera en el agua el día que me mordió el tiburón.

Pero yo no era como Daniel. Para él, el Golfo era diversión. Un parque acuático inmenso. Yo era más como Nicholas. En una ocasión, me había contado que cuando miraba el agua veía una cosa oscura, implacable y antigua. Y por las noches, su misterio y sus peligros eran más perceptibles si cabe. No quería infravalorar la capacidad que tenía el mar de poder arrastrarme hacia sus profundidades o agarrarme por el cuello y proyectarme contra la orilla, pero al ver a Daniel, al contemplar su cuerpo estriado por las sombras y sus dedos rozando el agua, empecé a desnudarme. Me quedé en sujetador y bragas y me metí, pensando en la tortuga marina que había abandonado el oleaje y había regresado después al mar.

Nadamos por las aguas poco profundas y nos paramos cuando el mar nos llegó a la cintura. Daniel se quedó mirándome. El espléndido azul de sus ojos había desaparecido en la oscuridad. Me echó agua por los hombros, estaba templada, y me pregunté si todas aquellas veces que, tumbada en la cama, había estado recordando a Daniel, él se habría imaginado esto: los dos juntos sumergidos en las aguas del Golfo.

—¿Te acuerdas en tiempos del instituto, cuando llegaste aquí y nos gritaste a Robin y a mí que saliéramos del agua?

—Lo que recuerdo es que los dos habíais estado bebiendo y que insististeis en que teníamos que nadar en plena noche. Y que luego fingisteis que os ahogabais solo para asustarme.

—No para asustarte. Para besarte. Eras la única que conocía las técnicas de

la reanimación cardiopulmonar.

—Creía que estabas muerto hasta que empecé a echarte aire en la boca.

—Fue malvado por mi parte —reconoció—. Cosas de críos.

Daniel me atrajo hacia él, enlazándome con un brazo por la cintura, luego con el otro. Cuando descansé la frente contra su mejilla, noté que se movía algo bajo mi pie y agité la pierna. Al instante, Daniel se sumergió en el agua, arrastrándome con él, y luego salió a la superficie de un salto, sin soltarme y riendo.

Le di un empujón.

—¡Sigues siendo un crío! —exclamé, sacudiéndome el agua de los ojos.

—Lo siento —dijo, sin dejar de reír—. Ven aquí. Lo siento. —Me abrazó y susurró—: Lo siento.

Lo repitió una y otra vez: «Lo siento».

Era como si todos los huéspedes se hubieran puesto de acuerdo en vestir de rojo, blanco y azul para asistir a la fiesta del 4 de julio que se organizaba en el hotel. Pululaban por la terraza del restaurante, pasando de una mesa alta a otra, buscando un lugar donde descansar sus aperitivos y cócteles. Yo me había decantado por un vestido de tirantes de color lavanda. Mi patriotismo terminaba donde empezaba la moda.

Se acercó una camarera con una bandeja.

—¿Un martini con lima?

—¿Bromeas?

—Está bueno —dijo.

Daniel tenía que ser el Frankenstein de aquel combinado. Era dulce y amargo a la vez, sabía a vodka, lima, nata azucarada y vainilla. El borde de la copa estaba decorado con migajitas de galleta salada, lo que me obligaba a limpiarme la boca cada vez que bebía un trago.

Encontré un rincón sin gente cerca de la escalera que bajaba a la playa y me apoyé en un murete de piedra para escuchar a Billy interpretar a Dusty Springfield a la guitarra. Estiraba las estrofas, dándole un tono melancólico a la canción, haciéndome creer que estaba cantando sobre una mujer cuyo amor nunca había llegado a superar. Cuando por fin —a Dios gracias— terminó, Perri, vestida con unos pantalones capri de color rojo y camisa blanca, se acercó a él contoneándose y le susurró algo al oído. Billy se animó de inmediato cuando empezó a cantar *Island in the Sea*, de Willie Nelson, y Perri, que era lo bastante mayor como para pasar completamente de lo que pudiera pensar la gente, se puso a bailar. Era como si estuviera practicando algún tipo de yoga, puesto que empezó a hacer rodar los hombros, a estirar el cuello, a mover de un lado a otro la cintura y a doblar las rodillas. No pude

evitar sonreír.

No había estado evitando a Perri, aunque tampoco había buscado su compañía. No tenía ninguna prisa por explicarle que Daniel y yo estábamos tanteando el terreno, o poniéndonos al día, o volviéndonos a conocer, o todo eso a la vez. Naturalmente, me preguntaría si estábamos saliendo. Me preguntaría sobre Nicholas. Y yo no tendría respuestas.

Mantener a Robin al margen de todo era un reto de por sí. Se había dado cuenta de que yo ya no le guardaba rencor por lo del libro. «Me alegro de que hayas decidido pasar página», me había dicho. La verdad era que yo no había vuelto a poner el tema sobre la mesa. No había leído ni una palabra más del manuscrito más allá de aquella línea sobre el perdón que tanto me había trastocado.

Vi a Hazel junto a las puertas de acceso a la terraza; los camareros zumbaban como mosquitos detrás de los cristales. Iba otra vez de amarillo, una camiseta de manga japonesa corta con una gran estrella blanca en el pecho y pantaloncito corto amarillo. Llevaba colgada su bandolera, como aquel día en la playa. No era necesario pensar mucho para adivinar qué contenía. Su insignia del club, un diente de tiburón, las gafas de sol, un billete para ir a la luna.

Perri dejó la pista de baile y acudió a saludarla en el mismo momento en que Van, vestida con falda azul y blusa roja y blanca de lunares, hizo su aparición. Hazel le dio la mano a su abuela mientras las dos mujeres hablaban. Parecía tan fuera de lugar con su conjunto amarillo como yo con mi vestido morado. Y en el momento en que le daba el último sorbo a mi martini con lima, se giraron y me miraron. Las saludé con la mano y me indicaron con un gesto que me acercara.

—¡Dichosos los ojos que ven a mi nieta! —dijo Perri cuando llegué a su lado—. Tengo la impresión de que te pasas el día escondida con tus tiburones.

Elaboré una carcajada y di un paso al lado para que a Hazel no le diera el sol en los ojos. Cuando su rostro se relajó, capté un destello de Daniel en su expresión. Allí estaba su hija. Y yo estaba aún asimilándolo.

—Tengo una cosa —dijo, señalando su bandolera—. ¿Quieres verla?

—Me muero de ganas —contesté.

Hurgó en el interior y extrajo un fajo de papeles.

—He hecho un cómic.

—Lleva trabajando en ello desde que estuviste en casa —me explicó Van. Perri se quedó mirándome.

—¡Oh! ¿Has estado en su casa?

—¿Por qué no vienes y me lo enseñas? —le dije a Hazel y la guie hacia una mesa para que Perri y Van se pusieran al corriente de sus cosas o, como imaginaba, comentaran mi reciente visita a casa de Van para cenar y el recientemente inaugurado Club del Tiburón.

Hazel depositó su cómic sobre la mesa y sus mejillas se sonrojaron por el sol y la emoción. Había doblado por la mitad una cartulina blanca, había taladrado dos agujeros en el margen y había unido ambas partes con un poco de lana blanca. En la portada, había dibujado un tiburón y escrito el título del cómic en letra grande de color rojo: «EL CABALLERO DE LA ALETA».

Me pidió que lo leyera en voz alta, y así lo hice, viñeta a viñeta. Era la historia de un pequeño tiburón que combatía contra un ejército de siluros y era nombrado caballero por un tiburón rey que lucía una corona con pinchos.

En el cómic había aún hojas en blanco, pendientes de rellenar.

—Tendrías que seguir —le dije—. Me apetece leer más aventuras del Caballero de la Aleta.

Me miró, entrecerrando los ojos.

—Podríamos escribir una entre las dos.

—Me encantaría —respondí.

Y tuve una de esas extrañas experiencias en las que estaba viviendo el momento pero también fuera de él, observándome, y pensé: «Me encanta. La quiero. Todo esto me encanta». Me había pasado lo mismo en Bimini nadando al lado de Sylvia, había experimentado la misma sensación de comprensión.

Hazel sacó de la bandolera unos cuantos rotuladores y lápices de colores.

—¿De qué podría ir nuestra historia?

—¿Quieres hacerla ahora mismo?

Hazel sonrió.

—De acuerdo. Deja que piense.

Observé a la multitud a la espera de que se me ocurriese alguna idea. Vi que Robin estaba hablando con Van y con Perri. Me recosté en la silla y pensé en el tiburón toro hembra lleno de cicatrices que había marcado en la reciente expedición de seguimiento.

—Tengo una idea —dije—. ¿Por qué no la hacemos sobre un tiburón

chica?

—Mmm..., vale —contestó Hazel.

—¿Rose?

Hazel me pasó un lápiz.

—Rosie.

—Si quieres, te voy contando lo que pienso y tú escribes lo que te apetezca.

—Hazlo tú —dijo Hazel.

Dibujé con torpeza un bulto enterrado en la arena del fondo del mar y luego dibujé un globo. En su interior escribí: «¡Socorro! ¡Socorro!». En la viñeta siguiente, dibujé a Rosie el Tiburón, una tarea que tendría que haber sacado adelante mejor. Recordaba un poco a Charlie el Atún, aunque sin gorra ni gafas. Le dibujé una capa de Superwoman y en el globo escribí: «Me parece que alguien está en un lío. ¡Rosie al rescate!».

En la viñeta siguiente, la dibujé abalanzándose sobre el bulto del fondo del mar y añadí rayas intermitentes alrededor del cuerpo y emití efectos de sonido similares a zumbidos para venderle a Hazel la velocidad supersónica de Rosie.

Mi esfuerzo por ilustrar a Rosie excavando en la arena con el hocico fue bastante ineficaz, pero Hazel estaba extasiada, con los ojos abiertos de par en par e incapaces de despegarse del papel.

«¡Resiste, ya casi estoy aquí!», gritaba Rosie.

En la última viñeta, dibujé la boca de Rosie completamente abierta, le puse hoyuelos y varias hileras de dientes afilados. Entre ellos se veía el cangrejo moro que Nicholas había rescatado. Sano y salvo.

—¿Es una araña? —preguntó Hazel.

—Es un cangrejo moro bebé. Se llama el Pequeño Príncipe.

Lo encontró muy gracioso. Aumenté de tamaño las pinzas del cangrejo y definí los perfiles del caparazón y luego pinté el cuerpo con un lápiz morado. En el globo del cangrejo escribí: «¡Me has salvado! ¡Soy libre! ¡Gracias, Rosie!».

Hazel estudió con detalle las viñetas.

—La historia no es tan buena como la del Caballero de la Aleta —dije—, pero...

Antes de que me diera tiempo a terminar la frase, vi que Hazel levantaba la mano para hacer el saludo del Club del Tiburón. Chocamos nuestras «aletas»,

un gesto que provocó una pequeña sensación de anhelo en el interior de mi pecho.

Van, Perri y Robin se acercaron y ocuparon las sillas que quedaban libres, curiosos por averiguar qué había dibujado Hazel. Van emitió un montón de «ooohs» y «aaahs». Vi por el rabillo del ojo que Daniel había salido a la terraza y estaba estrechando la mano a los invitados, aceptando las felicitaciones por sus tartaletas de cangrejo y sus gambas *alla buonavia*. Se acercó por detrás a la silla de Hazel y la sorprendió con un beso y, a continuación, se inclinó sobre mi silla y me besó en los labios. Me quedé mirándolo, perpleja, saboreando aún la sensación de su boca en la mía. Lo miré a los ojos y miré rápidamente a Hazel.

—Espera un momento. ¿Eres la novia de papá? —preguntó.

—Podría decirse que sí —respondió Daniel.

Van, Perri y Robin se quedaron pasmados, noqueados por las palabras que acababan de escuchar.

—Bueno, esto sí que es una sorpresa —consiguió decir por fin Perri.

—Para mí también lo ha sido —aseguré, mirando a Daniel y enarcando las cejas.

La mano de Daniel descendió hasta mi hombro y lo apretó, mientras Hazel nos regalaba una sonrisa similar a la del delfín del buzón.

Aquella misma noche, después de que me quedara dormida en el sofá ante las noticias de las once, Robin entró en el salón y dejó caer las llaves en la mesita, despertándome. Levanté la cabeza del cojín y entrecerré los ojos para protegerlos de la luz intensa del televisor.

—Hola —logré decir.

—Perdón. No te había visto.

Me senté y me froté la nuca; se me había quedado rígida por haberla tenido apoyada sobre aquel cojín tan alto.

—Me voy a la cama.

—Espera un momento —dijo Robin.

Encendió una lámpara y apagó el televisor.

—¿Tú y Daniel? Esto es un notición. ¡Y los dos sin decir palabra!

—Lo sé. Había muchas cosas que solucionar, y no queríamos decir nada muy pronto por Hazel..., por si no salía bien.

—Pues me alegro de que haya salido bien —replicó Robin, claramente satisfecho.

Se acercó al fregadero de la cocina y llenó un vaso de agua. Me levanté del sofá.

—¿Puedes esperar un poco? Tengo que hablar contigo.

Bebió un trago de agua y dejó el vaso en la encimera antes de girarse hacia mí. Me dejé caer de nuevo en el sofá y vi que él seguía sin decir nada, como si se estuviese armando de valor.

—¿Qué pasa?

—Perri no puede saberlo, ¿entendido? Tienes que prometerme que no le dirás nada.

—Dios mío, Robin. ¿Te has metido en algún problema?

—No. Pero gracias por tu voto de confianza.

En el pasado, siempre que nuestras conversaciones empezaban con un: «No se lo digas a Perri», significaba que Robin se había metido en algún problemilla: tiques de aparcamiento sin pagar, una borrachera, un jefe enojado con él, una pequeña deuda de juego.

—Lo siento —dije.

Y lo sentía de verdad. No se merecía aquel exabrupto por mi parte. Durante los últimos años se había comportado. Lo miré con cara de arrepentimiento.

Robin se acercó, se sentó a mi lado y permaneció unos instantes en silencio. El reflejo de nuestra imagen nos observaba desde las puertas correderas de cristal y pensé en lo mayores que se nos veía allí sentados. Gemelos de treinta años de edad. Tan parecidos. Tan distintos.

—Voy a dejar mi puesto en el hotel —anunció.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Llevaba un tiempo pensándolo, unos meses, y luego, cuando me dijeron que aceptaban la novela, lo tomé como una señal. Sabía que, si no aprovechaba justo aquel momento, nunca me marcharía de aquí.

—¿Y piensas dedicarte a tiempo completo a la escritura?

—Ese es el plan. Nunca me planteé gestionar un hotel, lo sabes bien.

—Sí, lo sé, pero...

Iba a recordarle los aspectos prácticos, por ejemplo, cómo pensaba mantenerse. Me interrumpí, pero él ya se había puesto a la defensiva.

—¿Pero qué? ¿Por qué siempre tiene que haber un «pero»? ¿Por qué no

puedes simplemente decir: «Hey, Robin, me parece estupendo, ve a por ello»? No tienes ni idea de lo que se siente trabajando a diario en algo en lo que no quieres trabajar. Te consume por dentro. No todos podemos pasarnos el día viajando por el mundo gracias a nuestro trabajo, Maeve. Los hay que estamos atrapados aquí y no podemos movernos.

Cerró los ojos y se presionó las sienes con las puntas de los dedos, con tanta fuerza que le quedaron marcas blancas en la piel.

—No te imaginas lo que es esto —prosiguió—. Quejas de los clientes a diario..., podría escribir un libro sobre esto. Ayer, sin ir más lejos, tuve que disculparme ante un hombre porque decía que en su habitación, una de las que dan al mar, entraba demasiado sol. Estamos en Florida, por el amor de Dios.

—Lo siento —dije por segunda vez en menos de cinco minutos.

—No, espera, el que lo siente soy yo —replicó, atemperando el tono—. Supongo que estoy un poco desesperado. No era mi intención desahogarme contigo. Mira, valoro muchísimo que Perri me ofreciera este puesto, pero no puedo seguir. No me queda ni tiempo para escribir. No tienes que preocuparte por nada, no voy a pedirte dinero. Pronto me llegará el anticipo del libro. No es una suma astronómica. Tengo la suerte de que van a editármelo, y eso me servirá para mantenerme durante un tiempo.

—¿Cuándo tienes pensado presentar la dimisión? —pregunté.

—Creo que me quedaré hasta que acabe el verano. Pero no sé cómo decírselo a Perri. Cuenta con que yo me haga cargo totalmente del hotel algún día. Supongo que ya lo sabías. Lo sabía. Perri estaba tan sorprendida con lo bien que Robin estaba gestionando la propiedad que era muy posible que se hubiera excedido con su deseo de traspasárselo, así como con la creencia de que era precisamente eso lo que Robin quería.

—Me ha comentado más de una vez lo mucho que significa para ella que el hotel y su visión del negocio sigan en manos de la familia —continuó Robin—. Tengo la sensación de estar dejándola plantada.

La angustia que le provocaba la idea de decepcionar a Perri me conmovió.

—Si hay alguien que vaya a entenderlo, es Perri. Habla con ella. Además, necesitará tiempo para encontrar a alguien que te sustituya.

Robin asintió y de pronto me sentí orgullosa de él por querer dar un paso tan trascendental en su vida. Por querer declarar su independencia y consagrarse a la escritura.

—Me parece que el momento elegido es bueno —añadí—. Cuando yo me marche en agosto, tendrás todo el apartamento para poder escribir sin que yo pase el día entrando y saliendo. Puedes transformar la sala en un despacho.

Robin se quedó mirándome, como si yo no hubiera entendido nada.

—Maeve, me voy —dijo—. Voy a buscar una vivienda en la isla. Creo que ya va siendo hora.

—Pero si aquí puedes vivir sin tener que pagar alquiler. Apenas hay gastos. Así podrías alargar más el dinero del anticipo.

—Mientras siga aquí, estaré encallado —replicó. Estiró los brazos y miró a su alrededor—. Vinimos a vivir aquí después... de todo aquello. Los recuerdos siguen aquí.

Era lo más cerca que había estado nunca de hablar sobre nuestros padres. De hablar de ellos sin hablar de ellos.

—Y hay además otros recuerdos —siguió diciendo—. A veces, entro en el vestíbulo o cruzo el jardín y pienso en Rachel y es como si la hubiera conocido ayer. De hecho, ya tendría que haberme marchado.

Su expresión se volvió tensa y por un segundo pensé que se echaría a llorar, por nuestros padres, y también por Rachel, a quien, al parecer, había amado de verdad. Pero consiguió esbozar su resplandeciente sonrisa.

—Creo que irme de aquí me liberará, además, para escribir de otra manera. Mejor. Hará que todo fluya. Seguramente lo que te digo no tiene sentido, pero intuyo que será así.

—Tiene sentido —contesté.

Se levantó y rodeó la mesita de centro.

—Afrontemos la realidad —prosiguió—. Me he divertido mucho y he cometido muchos errores. Todo el mundo sabe que tú eres la chica de oro y yo, el problemático. Pero tengo la sensación de que estoy en el momento adecuado para hacer lo que de verdad quiero hacer. Y voy a esforzarme por conseguirlo, Maeve.

Era como si estuviera hablando desde aquel vacío gigantesco que tenía en su interior, el vacío que se apoderó de él después de perder a nuestros padres. Los dos teníamos aquel hueco, pero habíamos intentado llenarlo de formas muy distintas. En mi caso, había sido con tiburones y océanos, con Daniel y el sueño de formar una familia. En el de Robin, había sido con la escritura. No sabía por qué no había logrado entender hasta ahora que la escritura era su manera de mantener la conexión con nuestro padre vivo, con nuestro padre

el poeta, el profesor de Lengua y Literatura. El rechazo de los editores a sus libros había llevado a Robin a buscar otras formas de llenar aquel vacío: fiestas, borracheras y vagar sin rumbo fijo. Tal vez fuera el dolor que le había provocado Rachel lo que lo había llevado a retomar su novela hacía tres años, o tal vez fuera aquel hueco interior, como siempre, pero ahora ahí estaba, intentando consagrarse plenamente a la escritura.

Y ahí estaba yo también, la chica de oro, que seguía queriendo cuidar de él, que deseaba que su plan funcionase y que sabía, como siempre, que estaría allí para él en el caso de que las cosas no salieran como esperaba.

A la mañana siguiente, estaba en mi despacho cuando sonó la campanita en el ordenador y, como un buen cachorro pavloviano con entrenamiento digital, dejé todo lo que estaba haciendo para ver qué había llegado a la bandeja de entrada.

Maeve:

Los dos últimos días he estado con mi hermano en Croyde y Saunton practicando surf. Te echo de menos. ¿No hay un dicho que afirma que el agua salada lo cura todo? Vamos a seguir adelante con los trámites de divorcio. Por la mañana vuelvo a Londres para cerrar los últimos detalles. Siento mucho cómo quedaron las cosas entre nosotros. No sé qué piensas ahora sobre el hecho de que viaje también a Mozambique. Espero que podamos retomarlo en el punto en que lo dejamos, pero, de no ser así, ya hemos sido colegas anteriormente y confío en que podamos serlo de nuevo.

Nicholas.

Recuperé el documento en el que estaba trabajando, pero concentrarme era imposible. Hice girar la silla hacia la estantería y fijé la mirada en la cría de tiburón martillo que flotaba en el frasco. Tenía que responder a Nicholas, pero no sabía qué decirle, sobre todo respecto a la idea de venir conmigo a Mozambique. ¿Y qué debería contarle sobre Daniel?

Me giré de nuevo hacia el ordenador y tecleé: «Querido Nicholas». Pasaron luego muchos minutos.

No llegué más lejos. No quería hacerle daño.

Intenté unir palabras en una especie de ensayo mental: «Seguro que te sientes aliviado de poder firmar los papeles del divorcio, si eso es lo que de verdad deseas». Pero no sabía cómo decirle: «Yo he seguido adelante. Daniel y yo nos hemos dado otra oportunidad. ¿Dices en serio eso de que podríamos ser de nuevo colegas?».

Llamaron a la puerta.

—A partir de hoy, la tarta de lima de los Cayos pasa a ser la tarta oficial del estado de Florida —anunció Daniel al entrar—. Lo ha aprobado la cámara de representantes. Acabo de oírlo por la radio.

—Estarás emocionado.

—Se ve que la votación ha estado muy reñida —repuso, conteniendo una sonrisa—. La mitad superior del estado abogaba por la tarta de nuez pecana, mientras que la mitad inferior defendía la de lima de los Cayos. Me alegra poder decir que hemos salido triunfadores. He pensado que querías saberlo enseguida.

Me eché a reír.

—Ahora en serio, ¿qué haces aquí?

—Acabo de dejar a Hazel en clase de ballet. Y se me ha ocurrido que podía pasar a hacerte una visita.

Acercó una silla a la mesa y tomó asiento. Entrecerró los ojos y adoptó una expresión preocupada.

—¿Le estás dando vueltas a algo? —pregunté y, viendo que no respondía, insistí—. ¿Daniel?

—Es solo que... no sé cómo hacerlo con Hazel. Me marcho a primera hora de la tarde a trabajar y cuando vuelvo a casa ya está durmiendo. De momento, tenemos medio día para disfrutarlo juntos, pero, en cuanto empiece el colegio en agosto, ya no la veré en absoluto. Ser padre soltero y chef no es precisamente lo ideal para mantener una vida familiar de calidad.

—Tienes a Van.

—Lo sé, y la ayuda de mi madre ha sido estupenda, pero encargarse de Hazel casi a tiempo completo le resulta duro. Supongo que eso también me preocupa. Adora a Hazel, pero le hemos alterado completamente la vida. —Suspiró—. Lo siento, solo intento ver si encontramos una solución a esto.

—Yo también lo siento.

Le di la mano por encima de la mesa. Tras las palabras de Daniel, intuí un hábil manejo de la sutileza, cierta manipulación por su parte. ¿Estaría aprovechándose de mi compasión, animándome a pasar más tiempo con Hazel? ¿Estaría recordándome el tictac de ese reloj biológico que marca la hora de la maternidad? ¿Arrastrándome para que me involucrara más profundamente en su vida? Me sorprendió darme cuenta, sin embargo, de que me daba igual. Estar a solas con Hazel me atraía tanto como estar a solas con él.

—A menos que me dedique a otra cosa, no sé cómo lo voy a hacer para estar con ella, y la verdad es que no sé hacer otra cosa. Y tampoco quiero hacer otra cosa.

¿Cómo se las habría apañado Holly durante todos aquellos años?

—A lo mejor tendríamos que pensar en elaborar algún plan —sugerí—. Estoy segura de que encontraremos la solución. ¿Y si hablaras con Perri para que contratara otro ayudante de chef?

—Y luego estás tú —dijo Daniel—. Me preocupa poder tener tiempo para ti. Llegará un momento en el que llamar a tu puerta a las tantas de la noche ya no será suficiente. Ya apenas lo es ahora.

Se levantó. Rodeé la mesa, enlacé las manos por detrás de su cuello y aspiré el aroma de su jabón. Muchas veces, cuando llamaba a mi puerta por las noches, Daniel llegaba impregnado de olores a reducción de vino, gambas y mantequilla de cilantro.

—¿Qué te parece si esta noche voy a casa de Van a ver a Hazel mientras tú estás trabajando? —sugerí—. Podemos tener una reunión no programada del Club del Tiburón.

Daniel soltó el aire y me atrajo hacia él.

—¿Querías hacerlo?

—Siempre que creas que le gustaría.

—Creo que tú le gustas más que yo.

Su mirada se desplazó hacia mi mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó, alargando el brazo para coger la carta con los detalles de mi periodo de investigación en Mozambique. Estudió con atención el membrete, The Indian Ocean Center for Research, y debajo, la imagen de una mantarraya—. ¿Aún piensas ir?

—Ese es el plan.

No me parecía el momento adecuado para comunicarle que, a menos que se me ocurriera alguna artimaña para convencerlo de lo contrario, Nicholas iría también. Por mucho que Daniel no supiera qué había sucedido exactamente entre Nicholas y yo, sabía lo del pícnic en la playa. Podía atar cabos.

—Como bien sabes, en Florida hay muchísimos tiburones que poder estudiar. Me han dicho que hace poco uno mordió a un niño en Port St. Lucie.

—Lo sé, pero Mozambique es una oportunidad enorme.

—Mozambique está en África —dijo Daniel, dejando la carta en la mesa.  
¿Se habría imaginado que iba a cambiar de idea?

Doblé la carta y la guardé en el primer cajón del escritorio. Me sentí de repente como si estuviera de nuevo en aquella casita de color azul celeste que compartíamos en Miami, cuando estudiábamos en la universidad y planeábamos la boda, el día que le dije que me marchaba a Fiyi para trabajar en mi tesis. Aquello había puesto en marcha el inicio del fin de nuestra relación. Recordé sus palabras cargadas de reproche: «Yo antepuse nuestra relación a todo. ¿Tanto te costaría hacer lo mismo?».

¿Íbamos a repetirlo?

Por un instante, me acunó la cara entre sus manos y me sonrió.

—No puedes echarme la culpa de querer que estés cerca de casa.

La rabia me encendió por dentro. «No, no te echo la culpa por eso. Es por lo que has dado por sentado. Por la idea de que lo dejaría todo por ti». De pronto, sentí una punzada de miedo. El principio del fin. «Pero eso fue entonces —me dije—. Esto es ahora. No somos los mismos de antes».

—Lo entiendo, y créeme, cuando pienso en tener que dejarte aquí..., ni siquiera le encuentro sentido. He pasado tanto tiempo pensando en cómo sería volver a estar cerca de ti que pensar en marcharme... También es duro para mí.

—No estoy pidiéndote que no vayas, pero acabo de recuperarte. ¿Qué pasaría si yo tuviera que viajar a China el mes que viene?

—Que te echaría increíblemente de menos. Y lo más probable es que te dijera algo así como: «Acabo de recuperarte».

—¿Lo ves?

Le cogí las manos. Sabía que lo echaría de menos. Que también echaría de menos a Hazel, y por primera vez me cuestioné el viaje.

Cuando Daniel se fue, retomé el mensaje que había estado intentando redactar.

Querido Nicholas:

Me alegro de que hayas podido practicar surf un poco. «La cura para todo es el agua salada, ya sea el sudor, las lágrimas o el mar». Eso lo dijo Isak Dinesen o, más correctamente, como Perri insistiría en puntualizar, eso lo dijo Karen Blixen. (Lo he mirado, por cierto).

Por aquí han pasado muchas cosas. No me gusta tener que explicártelo por correo. Cuando llegues a casa, tendríamos que hablar.

Maeve.

Y pulsé la tecla «Enviar».

Más tarde, aquel mismo día, llegué a casa de Van con la caja de pesca de Perri llena a rebosar de material de manualidades. Mi plan consistía en enseñarle a Hazel a hacerse un collar con el diente de tiburón que había encontrado.

—Está en su habitación —dijo Van, dándome un abrazo rápido—. En el antiguo cuarto de invitados.

Subí las escaleras y recorrí el pasillo de puntillas con la intención de darle una sorpresa. Me detuve al llegar delante de la habitación de Daniel, me puse la insignia del club y vacilé unos instantes antes de abrir un poco la puerta para echar un vistazo al interior. Hice una mueca al oír que emitía una aguda súplica, pidiendo ser engrasada. La cama estaba hecha. En una esquina había una cesta para la ropa sucia, vacía. Unas cuantas cajas sin desembalar apiladas bajo la ventana. Sobre la cómoda había una televisión pequeña, un libro en la mesita de noche —*El dilema del omnívoro*—, junto con una fotografía de él con Hazel. Y eso era todo.

La puerta del cuarto de Hazel estaba entreabierta y al asomar la cabeza la vi sentada en el suelo, observando el interior de una casa de muñecas victoriana, con una jirafa de plástico en la mano. Estaba examinando las habitaciones con atención; sus labios fruncidos recordaban un rabanito. Iba vestida aún con el maillot negro de ballet y medias de color rosa.

La habitación parecía recién pintada en un alegre tono azul celeste. Las cortinas tenían un estampado de mariposas y estaban abiertas, dejando ver las tranquilas aguas de la bahía que había detrás de la casa, que a la luz vespertina habían adquirido un color cobre oscuro.

—Toc, toc —dije.

Se levantó de un brinco, con una expresión de sorpresa en la cara.

—¡Maeve! —exclamó.

Echó a correr hacia mí y me abrazó por la cintura. Llevaba la insignia del club en el maillot y me pregunté si habría ido con ella a clase.

—¿Estás ocupada? He pensado que podríamos celebrar una reunión del Club del Tiburón —propuse.

—Estaba arreglando mi casa de muñecas. Papá me la regaló en Navidad.

Estaba repleta de animales salvajes: un guepardo dentro de una bañera con patas; una cebra, un camello, un oso y un hipopótamo sentados a la mesa del comedor; un búfalo en el dormitorio, tumbado en una camita de latón; monos en el tejado; leones en la cocina; un elefante en el cuarto de los niños. Una estirada familia de cinco humanos vestidos a la moda de 1890 ocupaba el salón, junto con un gorila. Un zoo victoriano inmerso en una bacanal.

—¿Qué es todo esto? —le pregunté.

Hazel se encogió de hombros.

—Papá me explicó que los guepardos pueden llegar a correr a ciento veinte kilómetros por hora.

—¿Y también se bañan en la bañera?

Una risilla.

Le hice entrega de la caja de pesca y le expliqué la idea que había tenido de hacer un collar con el diente de tiburón. Mientras Hazel se encargaba de extraer todo el contenido de la caja, creando una montaña de cintas multicolores, botones, limpiapipas, alicates pequeños, cuadraditos de tela de felpa, una pistola de encolar, lentejuelas y alambre, yo di una vuelta por la habitación, mi curiosidad atraída por las fotografías colgadas de una cuerda que se extendía de punta a punta de la pared del fondo. Al acercarme, vi que todas eran de Hazel y su madre. Hasta aquel momento, nunca había visto una imagen de Holly. Tenía el aspecto de la porcelana, de la sedosa barba de maíz, su piel y su cabello eran más claros que los de Hazel y su belleza era incuestionable. Comprendí que Daniel se hubiera sentido atraído por ella y sentí una punzada de dolor al pensarlo.

Había una foto en la que aparecía embarazada. Acunando a Hazel de bebé. Junto a Daniel el día del bautizo. Posando junto a un árbol de Navidad, junto a una tarta de cumpleaños. Acariciando con la nariz a Hazel, sentada en una hamaca. En una fotografía, en la que aparecía especialmente radiante, estaba sentada bajo el toldo verde y blanco del Café de Flore de París, con Hazel en el regazo, con un pañuelo de color rojo manzana de lo más chic atado al

cuello con uno de esos nudos elaborados que solo se ven en *Vogue*. Hazel había cogido con la manita un extremo del pañuelo. «Esa tendría que haber sido yo». Era un pensamiento ridículo, mezquino, ilógico y vergonzoso, pero me había venido a la mente, de todos modos. Debería haber sido yo la que hubiera tenido a la hija de Daniel en el regazo.

—Esa es mamá —dijo Hazel, acercándose por detrás.

—¿Te llevó a París? ¿Cuántos años tenías aquí?

—Cuatro. Y yo tenía un barquito de vela y lo llevaba a todas partes.

—Ah, ¿sí?

—Lo ponía en las fuentes. Tienen millones de fuentes. —Recorrió con la mirada la ristra de fotos—. Mamá me cantaba en francés.

—¿Y conoces alguna palabra en francés?

—Conozco *boeuf bourguignon, poulet y gâteau*.

¿Sería Holly una chef francesa, una chef especializada en repostería, tal vez una francófila? Si Hazel hubiera perdido a su padre, ¿habría tirado Holly a la basura, en las noches de insomnio, crepes rellenas de nata en vez de huevos? Nos sentamos en el suelo junto a la montaña de objetos, la una frente a la otra, e hice aparecer, bajo el cuello de la camiseta, mi collar con el diente de tiburón. El diente, de casi tres centímetros de longitud, colgaba de una larga cinta de seda blanca que los años, me di cuenta entonces, habían ido desluciendo.

Me lo pasé por la cabeza y se lo di.

—Es del tiburón que me mordió. Me hice este collar cuando tenía doce años.

Hazel acarició el suave diente blanco y presionó la punta sobre la yema del dedo pulgar.

—No le pusiste brillantitos —dijo.

—No, pero el tuyo puedes fabricarlo como más te guste.

—Es una locura pensar que encontraste ese diente clavado en la pierna —comentó—. Seguro que hay por ahí un tiburón con un agujero así de grande en la dentadura.

—Seguro que anda buscando un dentista.

Después de mi «incidente» con el tiburón —rara vez lo definía como un ataque—, una pequeña versión del pánico inspirado por la película *Tiburón*

estalló en nuestra isla. Los periodistas acamparon delante del hospital y posteriormente en el vestíbulo del hotel, confiando en que Perri les permitiera hablar conmigo. Viendo que se mostraba impertérrita ante sus súplicas, entrevistaron a enfermeras, a un médico, a una de las gobernantas del hotel, a varios pescadores de los alrededores y a una de mis amigas, que les informó de que yo era una huérfana que se llevaba bien con todo el mundo y que sacaba unas notas excelentes.

Una semana después de mi regreso a casa tras haber sido dada de alta en el hospital, se pusieron en marcha concursos de pesca de tiburón en los dos clubes náuticos de Palermo. Los ejemplares semanales del *Palermo Times* publicaron fotos de tiburones muertos colgados por la cola o con los hombres que los habían capturado sentados a horcajadas encima de ellos. Un reportero de televisión del canal 4 de noticias de la Fox me llamó por teléfono cuando yo estaba aún postrada en la cama como consecuencia de los puntos de sutura que me habían aplicado y me preguntó si me sentiría más tranquila sumergiéndome en las aguas del Golfo ahora que con aquellos concursos estaban capturando una docena de tiburones cada fin de semana.

—No me da miedo volver a meterme en el agua —le dije—, pero no porque estén matando tiburones. No quiero que lo hagan —aseguré, y se me cerró la garganta como si fuera a romper a llorar.

Al percibir el temblor de mi voz, y tal vez porque no había oído lo que esperaba oír, el periodista me deseó una pronta recuperación y dio por terminada la entrevista.

—El tiburón que me mordió se comportó simplemente como un tiburón —le expliqué a Perri, secándome las lágrimas de las mejillas—. ¡De haberme querido como desayuno, lo habría conseguido!

Empecé a recortar las fotografías de los tiburones capturados en los concursos y a guardarlas en el cajón de los pijamas. Cuando apareció un tiburón de puntas negras, mi llanto se volvió inconsolable.

—Es este. Lo sé. Mírale el ojo —le dije llorando a Perri.

Escribí una esquela y la colgué con celo en el espejo: «Después de toda una vida nadando por las aguas del Golfo, este tiburón de puntas negras mordió a Maeve Donnelly y pagó las consecuencias. Tenía un cuerpo fuerte y un ojo negro lleno de curiosidad. Descanse en paz».

—He guardado mi diente de tiburón en el joyero —me anunció Hazel, cogiéndolo del tocador.

Cuando abrió la caja, apareció una pequeña bailarina y se escuchó un tintineo, la melodía de la suite de *El cascanueces*, y la bailarina lo interpretó. El diente de tiburón estaba sobre la felpa en medio de una variopinta colección de conchas, piedras y fragmentos de coral.

Dejé un nido de cintas de colores a su lado.

—Primero tendríamos que hacer el juramento —dijo.

—Tendrás que ayudarme a recordar cómo iba.

Hazel hizo el saludo de la aleta y la imité, para empezar luego a recitar las frases, Hazel de memoria y yo siguiéndola a continuación.

Cuando unimos nuestras aletas, Hazel reprimió su sonrisa succionándose las mejillas. El Club del Tiburón era un tema serio.

Corté un poco de alambre y se lo di para que envolviera con él el diente, pero, después de varios minutos de intentarlo sin éxito, me lo pasó con un suspiro de exasperación.

—Los dientes pequeños siempre son más complicados de envolver —dije.

—Supongo que tendremos que encontrar otro más grande —replicó.

Mientras lo envolvía con el alambre, una tarea que resultó ser un desafío mayor de lo que recordaba, le pregunté:

—¿Qué te gustaría ser de mayor?

Hazel, con la mirada vagando por el techo, reflexionó la respuesta durante un minuto largo.

—Paleontóloga, como Nigel Marven —respondió—. O chef.

—¿Chef? ¿Chef de *nuggets* de pollo?

—No, de pasteles —dijo.

—¿Era lo que hacía tu mamá?

Hazel asintió con la cabeza y eligió una cinta morada del montón. Mientras yo empezaba a dar forma de lazo a la parte superior del alambre, comentó:

—Antes de que... de que muriera, ya sabes, íbamos a ir a Disney World. Solo ella y yo. Ahora va a llevarme la abuela. Y papá también. Tendrías que venir. —Ladeó la cabeza y se quedó mirándome—. Ya que eres la novia de papá.

—¿Te gusta que sea su novia?

Estaba casi segura de que le gustaba pues, de lo contrario, jamás se me habría ocurrido preguntárselo. Oírle responder que no me habría dejado

hecha polvo.

—Me gusta —dijo con un hilo de voz, casi como si temiera que pudieran oírnos, y me di cuenta de que miraba de reojo las fotos expuestas en la cuerda. Después de unos instantes de silencio obstinado, añadió—: ¿Vendrás con nosotros?

Daniel me había comentado lo de la excursión a Disney, pero la invitación de Hazel me había pillado completamente desprevenida.

—A lo mejor —contesté—. A ver qué dice tu papá.

Entonces le conté el día que Robin y yo fuimos a Disney World de pequeños y que Tigger me dio tanto miedo que me escondí detrás de Perri.

—¿Te daba miedo Tigger? —preguntó.

—Pues sí.

Cuando terminé el lazo del alambre, Hazel me informó de que había decidido prescindir del adorno de brillantitos.

—En ese caso, puedes enhebrar la cinta por el lazo del alambre.

Cuando hubo terminado, cogió ambos extremos de la cinta morada y los sujetó a la altura de la nuca.

—¿Me lo atas?

Cogí ambos extremos y situé el collar en varias posiciones sobre su pecho hasta que se posó justo encima del esternón. Hice entonces un nudo marinero.

—Échale un vistazo —dije.

Hazel sonrió al espejo que había encima del tocador y se giró hacia mí.

—¿Y ahora qué quieres hacer? —preguntó.

—Lo que te apetezca.

En el puerto deportivo de Palermo, Perri y yo subimos a bordo de un catamarán a vela junto a una docena de turistas con la nariz y los hombros rosados para poner rumbo a Shell Point Key con el fin de disfrutar de lo que el folleto calificaba como «una excursión sol-sacional en busca de conchas». Cuando llegamos, apurando hasta el último momento la hora del embarque, el primer oficial estaba entreteniendo a los turistas con un juego ensordecedor, para ver quién recitaba a gritos y a la mayor velocidad posible: «María se marea en la marejada mirando mariscos morados del mar».

—Santo Dios —murmuró Perri, con los ojos ocultos detrás de unas gafas de sol Tommy Bahama gigantescas—, ojalá se vayan todos a mirar los mariscos morados de María y nos dejen en paz.

Era sábado 22 de julio, uno de los días de más trabajo en el hotel, pero, instigada por mí, Perri había accedido a acompañarme de todos modos en la excursión «sol-sacional». En el vestíbulo, junto al mostrador de salidas, guardaba un pequeño cofre pirata lleno de conchas para los huéspedes menores de doce años. Los niños removían en aquel batiburrillo en busca del tesoro de despedida ideal para poder llevarse a casa hasta que finalmente uno de los padres conseguía apartarlo de allí. Robin se encargaba ahora de abastecer el cofre con conchas de la Fábrica de Conchas de Fort Myers, pero, antiguamente, Perri y yo lo llenábamos con lo que recogíamos en estas excursiones. Cuando le pregunté si le apetecía recuperar la costumbre, me abrazó. Estoy segura de que ambas sabíamos que el objetivo de la salida no era tanto llenar el cofre pirata como reconectar de nuevo. Llevaba semanas evitando estar a solas con ella, preocupada por si desaprobaba mi relación con Daniel. Aunque, la verdad, ¿por qué tendría que desaprobarme? Perri siempre había deseado mi felicidad. Y, en consecuencia, había llegado a la

conclusión de que estaba comportándome de forma ridícula.

Pero no todo era querer evitarla. Había estado excepcionalmente ocupada, pasando interminables horas en el Conservancy trabajando en la investigación que había llevado a cabo en Bimini, preparando mi conferencia sobre los tiburones limón y aumentando las salidas de seguimiento de tiburones. Estaba segura de que el número de ejemplares había decrecido y me preocupaba que la situación empeorara aún más si el mercado negro de aletas no se clausuraba. A pesar de todas sus llamadas, Russell tenía pocas novedades de la oficina del sheriff. La investigación estaba estancada y en el mercado de noticias local no había novedades. De haberse tratado de delfines o ballenas, el mundo entero se habría lanzado a la calle en protesta. Pero eran tiburones.

El catamarán pasó resoplando por delante de los pilotes del muelle, cargados de somormujos que ponían a secar sus alas al sol, abriéndolas y cerrándolas como haría un exhibicionista con su abrigo. Al llegar a mar abierto, la embarcación izó sus velas de rayas rojas y amarillas y, en cuanto empezaron a agitarse al viento, cobramos velocidad. Aparecieron al instante dos delfines dispuestos a seguir nuestra estela. Los pasajeros gritaron de alegría, dispararon fotos y aplaudieron, como si se tratara de una manada de unicornios. Eran las estrellas de rock del mar, y tampoco yo me cansaba nunca de verlos. Nos acompañaron durante muchas millas, saltando fuera del agua, disfrutando con la atención humana, de un modo similar a las rayas de Nicholas, que se deslizaban bajo las manos humanas en el acuario, como si ansiaran ser acariciadas.

Antes de salir, al pasar por la habitación de Perri, me la había encontrado sentada en la moqueta con las piernas cruzadas e inclinada sobre un montón de papeles: un listado con nombres y direcciones, el plano de una sala, un calendario, una hoja de cálculo para el presupuesto, listas de comprobación. Estaba con la frente arrugada en plena concentración, las gafas de lectura con montura en forma de ojos de gato descansando sobre la punta de la nariz, como si de repente fueran a izar el vuelo. Apenas si levantó la vista y se limitó a mover la mano en un leve gesto de saludo. «En un segundo estoy contigo». Robin estaba sentado en el mismo sillón donde yo me había dejado caer hecha polvo hacía unas pocas semanas, después de haber conocido a

Hazel en la playa. Tenía una carpeta abierta sobre el regazo y un bolígrafo entre los dientes.

—¿Tramando un golpe de Estado? —dije.

—Peor —contestó Robin—. La Fiesta del Libro.

Perri me pasó una tarjeta de color verde esmeralda con sofisticadas letras plateadas.

Únete a nosotros en la 25ª Fiesta Anual del Libro.

Hotel de las Musas, Isla de Palermo

5 de agosto a las 19:00

Caracterízate como tu autor o personaje favorito

Vaya, otra vez la fiesta de disfraces anual. Era la noche más importante del año para Perri. El último año, había aparecido disfrazada de hobbit.

—¿De qué piensas ir esta vez? —le pregunté.

—¡Buen intento! Pero no te lo voy a decir.

Sus legendarios disfraces se mantenían en secreto hasta el momento en que hacía su aparición en la fiesta.

—Por si es de tu interés —dijo Robin—, yo pienso ir con traje blanco, chaleco a rayas rojas y blancas, pajarita negra y zapatos bicolores con cordones.

—¿De qué irás, entonces? ¿De Gatsby?

—Creo que la fiesta no va a necesitar para nada un Hemingway más —repuso—. Seguro que aparecerán media docena de hombres caracterizados de Hemingway. —Sus ojos se iluminaron con un brillo malicioso—. ¿Y tú?

Le miré con encono.

Perri intervino.

—Podrías ser Daisy, para acompañar al Gatsby de Robin. Sé dónde conseguir un vestido de los años veinte estupendo.

—Sé que sabes perfectamente de qué voy a ir —dije.

Perri suspiró.

—Maeve, por el amor de Dios, no puedes ir de George Sand cada año.

—Pues no sé por qué no. Conservo el sombrero de copa en el armario. Y pagué una fortuna por él.

Perri deshizo su postura y se incorporó ágilmente, como si tuviera veinte años.

—¿Te gusta la invitación? —preguntó, jugando con el collar de cuentas

rojas que llevaba al cuello.

—Me gusta —respondí, devolviéndosela.

—Quédatela. Y marca la fecha en tu agenda. —Miró el reloj—. Tengo que repasar el menú con Daniel.

—¿Te has olvidado de que tenías que venir conmigo a recoger conchas?

—Por supuesto que no —respondió y desapareció camino de su habitación, desabrochándose mientras andaba el collar de cuentas rojas.

Robin se levantó de su asiento y me dio un besito en la mejilla.

—Estamos bien, ¿verdad?

Seguía preocupado por mi reacción por el libro. Después de haberlo hecho desaparecer unos días debajo de la cama, había reemprendido la lectura. En sus hojas, Margaret vivía acompañada por el deseo y el rencor, pero yo no. Yo ya no.

—Le he guardado rencor a Daniel durante mucho tiempo. No quiero hacer lo mismo contigo —contesté.

—Pues sí que aflojas rápido —dijo Perri desde el umbral de la puerta—. Yo te haría el vacío mucho más tiempo de estar en su lugar.

Robin se echó a reír.

—Son las ventajas de ser gemelos. Compartimos el mismo vientre; la conozco desde antes de nacer.

—No juegues la carta de los gemelos —repliqué—. Aún me cuesta creer que hicieras lo que hiciste.

—Así me gusta —señaló Perri.

—No he dicho que no me enfadara. De hecho, sigo cabreada. Pero no pienso pasarme años pensando en eso.

—¿Por qué no vamos a Spoonbills este fin de semana? —sugirió Robin—. Daniel, tú y yo. Como antes. Desde que llegaste a casa, no hemos hablado de otra cosa que no fuera del libro. Tenemos que ponernos al corriente de muchas cosas.

—Me encantaría. —Pero cuando vi que Robin ya se iba, lo agarré por el brazo—. Aunque a lo mejor tú también tendrías que venir con alguien. ¿Con alguien que tiene unos zapatos de color turquesa?

Los zapatos de mujer que había visto en el salón el día que volví a casa habían desaparecido hacía tiempo, pero yo no los había olvidado.

Robin pasó por mi lado y susurró:

—Como acabo de decirte, tenemos que ponernos al corriente de muchas

cosas.

En cuanto el catamarán atracó en Shell Point Key, Perri se arremangó el pantalón hasta la rodilla. Tres kilómetros de naturaleza desértica constituían la isla. Desembarcamos, hundiendo los pies en el agua, y el guía nos pasó bolsas de malla donde poder almacenar nuestros hallazgos.

Mientras los demás permanecían cerca de la embarcación, moviéndose como un único organismo por la zona seca y con los ojos pegados en la arena, Perri y yo abandonamos la playa hasta llegar a un arenal desierto en el que los caracolillos parduzcos en estado de putrefacción crujían bajo nuestras sandalias de goma. Recogimos conchas a puñados, en su mayoría berberechos, vieiras y caracolas, sin preocuparnos por examinarlas en busca de imperfecciones.

—¿Has hablado con Nicholas? —me preguntó, como sabía que haría.

—Está en Londres. Me envió un e-mail para decirme que el divorcio seguía adelante.

—Lo de Daniel y tú me ha sorprendido, la verdad. Pensaba que Nicholas y tú estabais...

—Bueno, la verdad es que la suma de «estoy enamorado de ti» con «mi esposa quiere que nos reconciliemos» no tiene exactamente el impacto esperado.

—Pues te aseguro que, con solo mirarlo, supe que estaba enamorado de ti —replicó.

—Le dije que lo nuestro no podía ir a ningún lado si no solucionaba antes la situación de su matrimonio. Pero no le he contado lo de Daniel. Me siento fatal. Intenté decírselo por correo, pero me pareció muy cobarde comunicárselo en formato electrónico. Sigo pensando que tengo que hacerlo en persona.

—Por supuesto que tienes que hacerlo en persona.

Utilizó aquel tono prosaico y tranquilizador que siempre empleaba cuando quería cuidar de mí, pero adiviné que no estaba mostrándose indulgente, sino que lo decía en serio.

—Si quieres que te sea completamente sincera, creo que me daba miedo que volviera a Londres y decidieran seguir juntos. Sé que me dijo que estaba enamorado de mí, pero de ella también lo estuvo. Y la que pidió el divorcio

fue ella, no Nicholas. Supongo que no quiero que me hagan más daño.

—Y luego está Daniel —añadió Perri—. Que ha entrado también en el juego.

—Sí, claro, supongo que aun en el caso de que esta situación entre Libby y Nicholas no se hubiera producido, yo me habría visto obligada igualmente a aclarar mis sentimientos respecto a Daniel. Daniel habría acabado entrando en el juego. De hecho, siempre ha estado ahí.

Imaginé que después de decir aquello, Perri dejaría correr el tema.

Avanzando por aquel pasillo de arena, encontré un montoncito de almejas gigantes rayadas y más allá un caracol toro de gran tamaño. Junto con las conchas, recogimos una bolsa de plástico de perritos calientes, una botella vacía de cerveza Corona con una rodaja de lima podrida en su interior, la tapa de poliestireno de una nevera, hilo de pesca enredado y una chancla de playa.

—¿Crees que Daniel podría hacerte daño? —preguntó Perri—. ¿Soy yo, o es cierto que la historia se está repitiendo? Que hayas perdonado a Daniel no significa que tengas que retomar la relación donde la dejaste. —Dejó de andar y se quedó mirándome; llevaba la bolsa llena a rebosar de conchas y de basura arrastrada por la marea—. Cariño, lo único que quiero es que estés segura, eso es todo.

De entrada no le respondí. Me quedé mirando la luz que se filtraba entre el denso follaje de los manglares, pensando en lo complicado que llegaba a ser todo, oyendo el palpitar forzado de mi corazón. Ver que Perri tenía dudas me causaba desazón. No me apetecía oír nada sobre aquella posibilidad.

—¿Y qué pasa si no quiero esconderme más de él y deseo enfrentarme al pasado? —dije.

—Lo siento. Eres una mujer adulta. Y estoy metiéndome en tu vida sin que me lo pidas.

—Es solo que... es Daniel.

—Lo sé —repuso—. Lo sé.

Dimos la vuelta a la isla, llenamos las bolsas, los bolsillos e incluso la bolsa de perritos calientes. Perri encontró una concha pata de gato, la más grande que había visto en mi vida. Le presté una atención exagerada, pues no me apetecía pensar en lo que se había removido en mi interior. Las palabras de Perri me habían hecho volver al día de la confesión de Daniel, al sonido metálico que había emitido mi anillo de compromiso cuando lo había arrojado al pequeño cuenco de la entrada al salir. A toda aquella rabia, dolor

y desconfianza. Sabía que aquellos sentimientos estaban recluidos en un lugar remoto y no estaba dispuesta a permitir que Perri los desenterrara. Lo había perdonado. Confiaba en él. Estábamos juntos. Y eso era lo que siempre había deseado.

Se oyó un silbato a lo lejos, la señal del capitán que avisaba de que en diez minutos volveríamos a embarcar. Perri y yo acabábamos de emprender nuestro camino de vuelta al catamarán, cuando vi una botella medio enterrada en la arena. La cogí. Era una botella de aceite de oliva. De la marca Giacomo. Virgen extra. En el fondo, había una cucharadita de líquido de color dorado oscuro y un papel enrollado.

Durante un momento extraño me quedé paralizada, sin poder moverme ni respirar. Sabía que prácticamente todo lo que zarpaba a la deriva desde la playa sur acababa viniendo a parar aquí, pero, incluso con la botella en la mano, consciente de que era exactamente la misma que yo había lanzado al mar para Hazel, mi cerebro ansiaba rechazar la idea, porque aquello significaba que yo, precisamente yo, era quien me había tropezado con ella.

Perri se quedó mirándome.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Es de Hazel —dije, sorprendida por el brote de dolor que se estaba apoderando de mí, por la fuerza que ejercía en el interior de mi pecho.

Me sacudí las manos en el pantalón corto y quité el tapón. Ladeé la botella e introduje un dedo en el interior para extraer el papel, sintiendo una punzada de culpabilidad por estar entrometiéndome en la intimidad de Hazel. Fuera cual fuera el contenido, no estaba destinado a mí, sino a su madre, pero lo saqué de todos modos. Perri guardó silencio.

Alisé el papel. En la parte superior, había dibujado a lápiz dos pequeñas figuras.

Una mujer y una niña con pelo amarillo. Estaban de pie sobre un pastel de cinco pisos.

Debajo había escrito, con letra apretada:

Mamá:

Me gustaría poder volver a preparar pasteles contigo. He hecho uno con papá y dice que he salido a ti. Voy a clases de ballet con la abuela Van. Ya sé hacer saltos. Te echo de menos y lloro, pero no tanto como antes. Papá me cuenta cuentos en los que salimos nosotras. Vivo en casa de la abuela Van y ya me he aprendido la dirección. 523 Laurel Ave. Isla de Palermo, Florida.

Te quiero.

Hazel.

En la parte inferior de la hoja, había dibujado una cenefa con dobles haches.  
H~H. Hazel y Holly.

Le pasé la carta a Perri. Mientras la leía, noté que se me llenaban los ojos de lágrimas.

Me devolvió la nota con expresión seria. Enrollé el papel como si fuese un cigarrillo, lo introduje de nuevo en la botella y enrosqué con fuerza el tapón.

Y entonces, la arrojé todo lo lejos que pude.

Spoonbills era un restaurante al aire libre montado como si fuese una cabaña, con una barra adornada con lucecitas de Navidad que permanecían encendidas todo el año y un pez vela decorando una pared. El propietario era un antiguo corredor del equipo de fútbol americano de la Universidad de Florida, que había sido compañero de Russell. Y siempre que algún pobre tonto pronunciaba sin querer las palabras «Florida State», «Seminoles» o «Bobby Bowden», sonaba una campana detrás de la barra. Si tenías la desgracia de pronunciar aquellas palabras blasfemas, tenías que pagar una ronda a todo aquel que estuviera ocupando un taburete. Todo el mundo engatusaba a los clientes novatos para que cayeran en la trampa, un error que, evidentemente, solo cometías una vez.

Desde donde estaba sentada en compañía de Daniel y Robin, tenía una vista estupenda de la hoguera que habían encendido en la playa de la ensenada. Era una distracción que agradecía y que me ayudaba a no prestar atención a la conversación que tenía lugar en la mesa y que giraba en torno a la Fiesta del Libro que se celebraría próximamente en el hotel: el número de huéspedes que asistiría, la banda que tocaría, los aperitivos y los licores que se servirían, el personal que se iba a necesitar. Volqué por un momento mi atención en la minúscula llama de la vela que decoraba nuestra mesa, en la cera líquida que amenazaba con engullirla, y luego miré de nuevo la playa, donde se había congregado un grupito de gente alrededor de la hoguera, cuyas ascuas anaranjadas seguían resplandeciendo.

Había pasado la última Nochevieja en Bimini, y también se había encendido una hoguera en la playa. Hubo champán, hubo una cuenta atrás y hubo

también besos a medianoche, a pesar de la política que prohibía relaciones románticas en el trabajo. Poco después de las doce, dejé a mis compañeros sentados alrededor de la hoguera y me dirigí a la casa comunitaria en busca de un vaso de agua. No estaba borracha; estaba tan solo un poco achispada y confiaba en que beber agua me ayudaría a evitar el dolor de cabeza que temía que fuera a fastidiarme al día siguiente.

Desde la cocina, había visto el pasillo iluminado con destellos de luz procedentes de la sala de juegos. Blanco, azul, blanco. Curiosa, recorrí el pasillo y asomé la cabeza en la sala. No había nadie, excepto el doctor Nicholas Ridley recostado en el sofá y con los pies descalzos apoyados en la mesita de centro. Solo había coincidido con él en una ocasión, el día de mi llegada, y en la semana que había transcurrido desde entonces había oído a los demás hablar sobre su experiencia y su pasión. Me sorprendía encontrarlo allí solo, viendo la televisión a oscuras, con los destellos de luz iluminándole la cara.

Entré y rodeé la mesa de ping-pong, atraída por el tamborileo rítmico procedente de la televisión, o tal vez por Nicholas, y entonces vi lo que aparecía en pantalla. Cuerpos medio desnudos con elaborados dibujos pintados sobre sus blancos rostros y torsos que bailaban de manera hipnótica, muchos de ellos portando antorchas. Llevaban brazos y piernas adornados con hojas verdes de viñas que se enroscaban en las extremidades hasta cubrirles los dedos. Era una imagen salvaje, primitiva, bella.

Cuando di media vuelta para irme, tropecé con la mesa de ping-pong y una pelota cayó al suelo y rebotó con una serie de sonidos huecos.

—Es el Beltane Fire Festival —dijo.

—Oh. ¿Y de qué va exactamente?

—Son los ritos de fertilidad de la tierra que celebraban mis antepasados.

—De modo que es una especie de reunión familiar.

Se echó a reír.

—Ven a verlo. Es un documental sobre costumbres celtas.

—Es que resulta que en la playa estamos celebrando una costumbre actual que se conoce como Nochevieja —contesté.

—Ya he estado antes por allí, pero la verdad es que las fiestas de Nochevieja nunca me han ido mucho.

Dejé el vaso de agua en la mesa de ping-pong, recogí la pelota y me dejé caer en el sofá a su lado.

—El otro día nos conocimos en el vestíbulo —comenté, como si yo fuera la persona más fácil de olvidar que pudiera haber conocido en su vida.

—Me acuerdo. Eres Maeve Donnelly y tienes una cicatriz terrible en la pierna.

—Y tú eres Nicholas, ¿no es eso?

—Hola de nuevo —dijo.

Pensé: «No voy a comportarme ahora como una de esas bobas que se quedan embelesadas solo con oír el acento británico».

—Y entonces, ¿todos esos bailarines qué hacen? ¿Quién es ella?

Se veía a una mujer alta y espléndida escoltada montaña abajo por otras mujeres con vaporosos vestidos blancos. Tenía todo el cuerpo pintado de un blanco fantasmagórico y los labios rojos como una amapola. En la cabeza llevaba una complicada corona elaborada con rosas, lirios y esas pequeñas florecitas blancas conocidas como velo de novia.

—Es la Reina de Mayo —respondió, manteniendo los brazos cruzados y levantando un solo dedo—. Tiene que encontrar al Hombre Verde para que así pueda empezar el verano.

—¿A Hulk?

—¿Qué? Oh, no —dijo y sonrió—. Verde, porque representa la vitalidad y lo nuevo. La Reina de Mayo es la tierra, su fertilidad, y, para que el verano empiece, el Hombre Verde y ella tienen que... A ver, ¿cómo te explico yo esto? Tienen que juntarse.

Unió las manos en un puño, que a continuación abrió para coger la botella de champán que tenía en el suelo.

—Ten —ofreció.

«Al infierno con mi dolor de cabeza». Acepté la botella y bebí. El champán estaba frío y me hizo cosquillas en la lengua.

—¡Maeve! —exclamó, como si acabara de caer en la cuenta—. Tu nombre, claro. Eres la Reina de Mayo.

—¿Que soy la Reina de Mayo?

—Maeve es un nombre irlandés. Significa la víspera de mayo. Y el ritual del fuego de Beltane se celebra en vísperas de mayo para preparar la llegada del verano.

Seguimos mirando la tele, donde aparecían ahora bailarines tocados con cuernos que aullaban y giraban sobre sí mismos percutiendo tambores. El espectáculo era como una celebración en Narnia. Fuimos pasándonos el

champán hasta que finalmente la Reina de Mayo encontró al Hombre Verde. ¡Hurra! La vida y la fertilidad seguirían imperando.

—Mis padres estuvieron en Irlanda antes de que yo naciera, pero no sé si tenían presente esto que me has contado cuando decidieron ponerme este nombre. De hecho, por lo que sé de mi madre, haberme puesto un nombre que tuviera que ver con un ritual de fertilidad de la tierra habría sido... —resoplé un poco con cierto desdén— estrafalario.

—No sé. La gente, a veces, no deja de sorprendernos —dijo.

De pronto, empezó a verse fuego en el frondoso tocado de flores de la Reina de Mayo, coronando su rostro con luz. No sé qué truco utilizarían para evitar que se quemase. Noté que me ardía también la cabeza y que los perfiles de la sala se habían suavizado. Me acerqué a la mesa de ping-pong y me bebí de un trago el vaso de agua. Cogí una pala.

—¿Te apetece jugar? —le pregunté.

—Vale —respondió, acercándose y encendiendo la luz del techo.

Con la claridad, me fijé en la barba oscura de dos días que le cubría la cara.

—¿Qué nos jugamos? —preguntó.

—Oh, no me digas que eres de esos —contesté, cogiendo la pelota de la mesa y dándole golpecitos con la pala.

—Si te refieres a si me gusta apostar, te diré que sí.

—¿No serás campeón de tenis de mesa? —pregunté.

Se echó a reír.

—No. ¿Y tú?

—Qué va.

—Entonces, estamos a la par. A ver qué te parece lo que voy a proponerte —dijo—. Si gano yo, serás mi pareja de buceo y me ayudarás en la investigación durante tu estancia, y si ganas tú, te ayudaré yo en la tuya. ¿Te parece justo?

—Hecho.

Perdí la primera partida por siete a once y de inmediato reclamé que la apuesta fuera al mejor de tres partidas. Nicholas, divertido con la idea, accedió a una segunda partida. Con ocho a ocho en el marcador, intenté estrellar la pelota contra la mesa, pero fallé y pasó por encima del hombro de Nicholas.

—¡Punto para mí! —exclamó—. Vamos, Reina de Mayo.

Seguimos voleando, él dándole a la pelota con lentitud y marcando un

ritmo regular y yo devolviéndoselas todas. Cuanto más callada estaba yo, más hablaba él.

—¿Has hecho alguna vez un seguimiento remoto con cámaras de vídeo submarinas? —preguntó.

—¿Qué?

—Es un método no invasivo para los tiburones.

—Ya sé lo que es. ¿Pero por qué me lo preguntas? —dije, lanzando la pelota directamente contra la red—. Lo único que pretendes es distraerme.

—En absoluto —replicó, aunque no pudo evitar reírse—. De acuerdo. No hablaré más. Te lo prometo.

Jugamos varios minutos en silencio. Él ganó el último punto y la partida. Dejó la pala sobre la mesa con gran ostentación y con una sonrisa incontrolable dibujada en la cara, pero no dijo palabra.

—Ahora ya puedes hablar —le indiqué.

—Oh, gracias a Dios. Pero no voy a regodearme.

—No pasa nada. Puedes regodearte si quieres. Me has dado una paliza.

—No, no. No lo veo así, pero sí que tendríamos que ir hablando sobre cómo vas a empezar a refrescar un poco tus conocimientos sobre las rayas.

Le tendí la mano.

—Felicidades.

Me estrechó la mano.

—Gracias. Y las rayas te lo agradecen también. Esperaré con impaciencia tu colaboración.

—Bueno, tienes suerte de contar conmigo.

Nicholas siguió estrechándome la mano. Y esperé a que siguiera con el tira y afloja, con el flirteo. Porque eso era lo que habíamos estado haciendo hasta entonces, ¿no?, compartir una botella de champán y flirtear aprovechando la Nochevieja. Pero de pronto se quedó callado, estudiándome, y el apretón de manos se convirtió en algo más. Me llevó la mano a su pecho y la retuvo allí.

Oímos que se abría la puerta del fondo del pasillo y que se cerraba a continuación de un portazo. Una estampida de chancletas y risotadas hizo trizas el momento.

Nicholas me soltó y dio un paso atrás.

—¿Nos vemos después del desayuno? —dijo.

—Por supuesto.

—Mira, la verdad es que me alegro de poder contar con tu ayuda, pero no

quiero que sea a expensas de tu trabajo. Eso le quitaría toda la gracia.

—Nos vemos mañana.

Durante los seis meses siguientes, vi a Nicholas a diario. Resultó que éramos una pareja de buceo excepcionalmente compatible y acabamos turnándonos para ayudarnos en nuestras respectivas investigaciones. No volvimos a hablar sobre la Nochevieja. Ni sobre la Reina de Mayo, ni sobre el ping-pong, ni sobre aquel prolongado instante en que mi mano permaneció bajo la suya. Lo archivamos y decidimos acatar las normas en lo concerniente a las relaciones románticas en el trabajo. O lo hicimos, al menos, hasta aquella última noche en la playa.

La brisa soplaba en Spoonbills y agitaba las guirnaldas de luces de colores, proporcionándoles la apariencia de luciérnagas liberadas. Fijé la vista en la hoguera que seguía encendida en la playa. Las voces de Robin y Daniel se habían transformado en un murmullo uniforme.

Robin me dio un golpecito en la mano con la botella de cerveza.

—Aún no puedo creerme que te marches a África —dijo—. ¿Por dónde cae Mozambique, por cierto?

—En la costa este, cerca de Sudáfrica —le expliqué.

Daniel se puso tenso.

—Lo único que sé es que está muy lejos.

El tono intencionado de sus palabras fue inequívoco. ¿Qué me había dicho en mi despacho? «En Florida hay muchísimos tiburones». Me resistí a darle una réplica. Apartó la silla de la mesa y dijo:

—Voy a por otra cerveza. ¿Alguien quiere alguna más?

—¿De qué va esto? —preguntó Robin cuando Daniel se hubo alejado.

—No apoya del todo mi marcha.

—Supongo que es normal. Volvéis a estar por fin juntos después de todo este tiempo y de repente te largas a África para pasar cuatro meses allí.

—Lo sé. El momento no es el más adecuado. Lo entiendo.

—Ya conoces a Daniel —dijo Robin—. Él siempre ha sido de o todo o nada.

—Sí, pero estaría bien que no me hiciese sentir mal por querer seguir adelante con mi vida.

Robin se encogió de hombros, un gesto neutral, cogió una tortita de maíz y

la cargó un montón de guacamole del cuenco.

Cuando rompí mi compromiso, pensé que era posible que mi viaje a Fiyi justo antes de la boda hubiera sido un golpe demasiado duro para Daniel, que quizás le había recordado en exceso el abandono de su padre. Durante los primeros y terribles meses que siguieron a la partida de su padre, Daniel solía llamar a su madre al hotel para asegurarse de que estaba allí trabajando, para asegurarse de que, mientras él estaba en el colegio, ella no lo abandonaba también. Me dolía muchísimo verlo así. «Cuando la gente se va, no siempre regresa», me había dicho en una ocasión.

Su padre lo había abandonado. Luego lo abandoné yo. Por irracional que pareciera, tenía que encontrar la solución para hacerle entender que mis viajes de investigación no eran lo mismo que el abandono de su padre o la ruptura de nuestro compromiso. Tenía que encontrar la solución para hacerle entender que mi viaje a Mozambique no era una repetición de lo de Fiyi.

Cogí mi Sierra Nevada, pensando en Hazel. Temía decirle que me iba. Era como si en las últimas semanas se hubiera despertado una parte de mí desconocida. Estaba comprendiendo que mi mundo, con Hazel en él, estaba más completo. Iba a echarla mucho de menos.

Vi que Daniel estaba hablando con una mujer en la barra.

—¿Quién es?

Robin se giró, estiró el cuello y su rostro se iluminó.

—Es Mindy. Da clases en el estudio de Van.

—¿Es profesora de baile?

—Sí. Representó el papel de Cenicienta en Disney World.

—¿Bromeas o qué? —dije, mirándola.

En aquel momento, Cenicienta se puso de puntillas y mantuvo la pose sin esfuerzo alguno, como un largo y esbelto alcastraz. Llevaba zapatos planos de color turquesa.

Recordé de repente a Rachel Gregory y el romance de verano que había dejado tan maltrecho a Robin. Durante meses, se negó a renunciar a ella, incapaz de creer que todas las declaraciones de amor que aquella mujer le había hecho no eran ni mucho menos sinceras. Durante aquellos tiempos horribles, me había sentado a su lado hasta altas horas de la noche para escuchar sus intentos desesperados de convencerse a sí mismo de que aquello no estaba acabado. Tuve que disuadirlo repetidas veces de que cogiera un avión y viajara a Vermont. Estuvo acosándola con llamadas telefónicas y

mensajes de correo electrónico que nunca obtuvieron respuesta. Su negación de la realidad se desmontó del todo cuando el marido de Rachel le envió una carta a través de un abogado ordenándole que cesara de acosarla y desistiera en su intento.

Después de aquello, turbado y derrotado, se volcó en su trabajo en el hotel, empezó su novela y, aparentemente, siguió adelante, aunque siempre envuelto en una débil aura de oscuridad, como si hubiera decidido que la vida se había convertido inevitablemente en su enemiga y que lucharía siempre contra él con uñas y dientes, una idea que solo sirvió para convertirlo en una persona más arrogante e impulsiva, en un hombre decidido a salirse siempre con la suya.

Pensé en la decisión que había tomado de abandonar el hotel y buscarse la vida por sí mismo. Perri lo había apoyado. Sospechaba que ella, igual que yo, estaba preocupada por él, pero le había dado de todos modos su bendición y había puesto ya un anuncio para encontrar un nuevo director.

Cuando me giré hacia Robin, vi que estaba mirando a Mindy. No se parecía absolutamente en nada a Rachel. Era rubia y estilizada, mientras que Rachel era menuda y de pelo castaño. ¿Habrían tenido también Robin y Mindy un encuentro sísmico?

—Es encantadora —le dije a Robin.

—Le pedí que viniera —me explicó.

Cuando Daniel volvió a la mesa, ella se quedó en la barra.

—¿Sabes lo de Robin y Cenicienta? —le pregunté a Daniel—. Creo que tienen algo.

Daniel miró a Robin.

—Yo los presenté. Pensé que harían buenas migas.

—Bueno, vi que dejó los zapatos en su habitación, de modo que sí, diría que han hecho buenas migas. —Le di un codazo a Robin—. A ver, ¿estáis saliendo o qué?

—Sí, podría decirse que estamos saliendo —contestó—. Ven a conocerla.

—Robin me ha dicho que has estado en Bimini —comentó Mindy, después de ser presentadas.

Volvió a ponerse de puntillas. La tendencia natural de cualquier bailarina, supuse.

—Maeve es la mejor experta en tiburones del mundo —dijo Daniel, posando la mano en mi espalda.

Tuve la sensación de que estaba intentando compensar su anterior comentario, de modo que di un pasito para acercarme más a él.

—Sí, como todos sabemos, Maeve se llevó todos los puntos de cociente intelectual y yo, todo el encanto —bromeó Robin.

—Tengo entendido que das clases en el estudio de Van —le dije a Mindy—. Hazel debe de ser una de tus alumnas.

—Hazel es una muñequita. Una de mis mejores alumnas. Ha heredado el talento de su abuela. Lo de Van es un don natural. Un regalo para Palermo. Tener una profesora como ella en la isla...

Siguió hablando en frases cortas, casi marcando un *staccato*, agitando los brazos con elegancia en el aire como para contrarrestarlo. Intenté imaginármela con el cabello rubio recogido en un moño alto, con un vestido azul y una cinta de terciopelo negro al cuello, haciéndose la foto con las niñas vestidas de princesitas de Disney. Después de la devastación que había supuesto Rachel, confiaba en que Mindy estuviera ayudando a Robin a recomponerse de nuevo.

En aquel momento vislumbré a Marco en un reservado del otro extremo del restaurante y me disculpé un instante para ir a hablar con él. Me abrí paso corriendo entre el laberinto de mesas. Estaba inclinado hacia delante, los codos clavados en la mesa, los dedos entrelazados, enfrascado en lo que parecía un intenso intercambio de opiniones con su amigo Troy. Recordé la conversación que habíamos mantenido Marco y yo el día de mi regreso de Bimini. «Troy conocía al tipo que han pillado con las aletas extendidas a secar sobre lonas en el jardín de su casa».

Se apoderó de mí una extraña oleada de inquietud que me llevó a ralentizar el paso un segundo, pero la deseché.

—¡Oh, Maeve! —dijo Marco, sorprendido—. No te había visto.

—No quiero interrumpir. —Y mirando a Troy, añadí—: Hacía tiempo que no nos veíamos. Soy Maeve.

—Maeve, sí, por supuesto. Mucho tiempo sin vernos.

Tendría cincuenta y tantos, necesitaba un buen afeitado y se cubría la cabeza con una gorra en la que podía leerse «GOOD TIMES CHARTER». La piel de alrededor de los ojos y las sienes estaba marcada con el perfil de unas gafas de sol.

Marco se deslizó hacia un lado en el banco para ofrecerme asiento y me instalé junto a él.

—Troy estaba contándome la mayor captura de su vida —comentó—. Un róballo de nueve kilos. No es cierta, pero la historia es igualmente buena.

—Todas mis historias son ciertas —replicó Troy—. Lo único que pasa es que necesitas otra cerveza.

Charlamos unos instantes de esto y aquello hasta que decidí cambiar de repente de tema.

—Tengo entendido que conoces a la persona que pillaron con las aletas de tiburón —le dije a Troy.

Su mirada se desplazó velozmente hacia Marco, luego hacia mí.

—Bueno, personalmente no la conozco, pero conozco a gente que sí. Por lo que tengo entendido, dice que le pagan solo por almacenar las aletas, que no tiene nada que ver con la operación de corte de aletas en sí.

—¿Y no ha delatado aún a la gente que lo contrató? —quise saber.

—No, y dudo que lo haga. Si habla y hace un trato, dudo que esa gente lo trate con mucho cariño. Probablemente piense que es mejor pagar una multa considerable y mantener la cabeza intacta.

—¿Y crees que irá a la cárcel? —pregunté.

—Hará cosa de un año, hubo un caso similar en Panhandle, ¿lo recuerdas, Marco? Un tipo confesó que se dedicaba a cortar las aletas a los tiburones y que luego volvía a arrojarlos por la borda. La policía encontró las aletas en su barca e, incluso así, se libró de la cárcel y se limitó a pagar una multa de dieciocho mil dólares. Y lo único que ha hecho el hombre ese de Bonnethead ha sido alquilar un espacio de almacenamiento a los que se dedican a cortar las aletas.

Intenté ignorar su forma de trivializar el papel que había desempeñado aquel tipo en la operación. Miré a Marco. Estaba muy callado.

—Entonces, ¿no tienes idea de quién puede ser esa gente? —le pregunté a Troy y volví a tener una sensación de mal presagio.

—No, y si te soy franco, tampoco quiero saberlo. Para cortarle la aleta a un tiburón vivo se necesita ser especialmente malvado, imagínate a un centenar.

Troy y Marco volvieron la cabeza hacia las noticias sobre los Red Sox que estaban dando en la tele colocada encima de la barra y les deseé buenas noches.

Eché a andar hacia el reservado donde Mindy seguía sentada con Robin y Daniel, pero entonces di un giro de ciento ochenta grados y salí del bar para aspirar una buena bocanada de aire en la playa. Estaba pensando tonterías

respecto a Troy. Marco jamás mantendría una amistad con él de tener motivos que levantaran sus sospechas.

Me quité las sandalias y paseé por la ensenada, donde la hoguera, ya sin nadie a su alrededor, seguía desprendiendo un destello anaranjado y solitario cerca del agua. Cuando llegué allí, y por mucho que la temperatura fuera como mínimo de veintiséis grados, extendí las manos con las palmas abiertas en un acto reflejo. El oleaje era tranquilo, su cadencia sonaba como si estuviera programada por una máquina en una elegante sala de espera. A mis espaldas, Spoonbills era una caja de luz de la que salían risas y voces.

Sola, contemplando el fuego, sentí la necesidad de saltar sobre él como hacían los bailarines del festival de Beltane. No sé por qué deseaba cometer una locura como aquella, algo tan impropio de mí, pero el deseo llegó acompañado por la sensación de que, si no lo hacía, iba a perderme algo. Algo salvaje, libre y mío.

Las llamas se alzaban como mínimo hasta la altura de la rodilla. Retrocedí un poco para coger carrerilla y miré de reojo el grupito que se alejaba caminando por la playa, la gente que hasta hacía muy poco había estado charlando junto a la hoguera. Oí el sonido de la campana de Spoonbills, seguida por una explosión de carcajadas, y adiviné que algún seguidor del Florida State tendría que pagar una ronda.

Visualicé por un instante la fotografía de Holly con aquel pañuelo de color rojo manzana y mi cabeza se inundó de pronto con un aluvión de pensamientos. Daniel. Mozambique. Tarta de lima de los Cayos. Hazel. Insignias del Club del Tiburón. Aletas de Tiburón. Nicholas. Pequeños cangrejos moros.

Eché a correr. Los pies empezaron a aporrear la arena. Al llegar al borde del fuego, salté. El calor rozó mis pies antes de aterrizar en el suelo, derrapando, cayendo un poco hacia atrás y acercándome con ello a las llamas antes de conseguir recuperar el equilibrio. La emoción me cortó la respiración.

Me adentré en el oleaje y dejé que el agua me cubriera los pies. Pensé en aquel momento de silencio con Nicholas, en Nochevieja. ¿Habría vuelto ya de Inglaterra?

De regreso a Spoonbills, miré por encima del hombro el hilillo de luz amarilla anaranjada y mi pecho se hinchó con una leve sensación de felicidad, que se quedó allí, levitando.

El lunes, al salir del trabajo, fui con Hazel a la biblioteca en una misión del Club del Tiburón: buscar libros de tiburones.

En la entrada había una escultura de una tortuga de tamaño imponente con el caparazón pintado con un batiburrillo de colores alucinógenos. Parecía un personaje de la merienda de locos del Sombrero. Naturalmente, Hazel no pudo resistir la tentación de montarse encima de ella. Con su pantaloncito corto azul celeste, se sentó a horcajadas en la tortuga y el sol bañó con reflejos dorados su cabello rubio. Me inundó una sensación que imaginé que sería de orgullo parental por ser yo la encargada de hacerle a Hazel el carné de la biblioteca.

En el mostrador, pedí un formulario y el empleado me pasó una carpeta y me dijo:

—Rellene los datos. Y su hija que escriba su nombre al final.

—¿Me presta un bolígrafo? —le pedí, sin sacarle de su error, y Hazel y yo intercambiamos una mirada cómplice.

Hazel cogió un mango de un frutero que tenía un cartel que indicaba que eran gratis.

—¿Te gustan los mangos? —le pregunté.

Lo olisqueó, lo hizo rodar entre las manos, se lo colocó debajo de la barbilla.

—Me gustan. Pero no para comer.

Sabía dónde localizar los libros sobre tiburones. Cuando éramos pequeños, Perri nos acompañaba a menudo a Robin y a mí a la biblioteca y nos daba una bolsa de lona para que la llenáramos de libros. Yo había traído también una bolsa para Hazel. La utilizó para guardar el mango y empezó a columpiarla emocionada, como si fuera una cesta de Pascua y la sección de

libros juveniles albergara un campo lleno de huevos pintados.

—A lo mejor un día tus historietas de tiburones también ocupan un lugar aquí. *Las aventuras del Caballero de la Aleta*.

—Y de Rosie —añadió.

Las estanterías dedicadas a libros de ciencias eran una mina de oro donde encontrar ejemplares sobre tiburones. Había series enteras sobre el gran tiburón blanco, el tiburón tigre, el tiburón toro, el tiburón ballena, el tiburón marrajo, el tiburón gris, el tiburón de puntas plateadas. Hazel cogió varios libros y los metió en la bolsa.

—Mi diente es de un tiburón limón —dijo, acariciando el collar—. ¿Tienen algún libro sobre tiburones limón?

Lo encontré, mal ubicado en la sección de las serpientes.

Una vez agotados los libros infantiles, nos dirigimos a la sección de adultos, y más concretamente a la colección de libros sobre el mar, donde localizamos los libros sobre tiburones en la estantería inferior. Me senté en el suelo y recorrí con el dedo los lomos. El olor a polvo y papel viejo despertó los recuerdos de mi infancia.

—Miré alguno de estos cuando era pequeña —comenté, engullida por la nostalgia, por el recuerdo de explorar algo a lo que quería entregarme, aquella extraña fascinación y embeleso.

—¿Tienen fotografías? —preguntó Hazel.

—Algunos sí.

—¿Y son en color?

Abrimos todos los libros en busca de fotografías. Si le gustaban, guardábamos el libro en la bolsa. Le entusiasmó especialmente *Tiburones del mundo*, con fotografías a color a toda página. Se volvió loca al ver un tiburón duende con la boca tan abierta que parecía un túnel de tren, y, cuando encontró un tiburón con manchas de leopardo, me miró y dijo:

—Eso sí que no me lo esperaba.

—Vamos a buscar una mesa —le dije, cogiendo *Tiburones del Pacífico Sur* para mí.

Extendimos los libros sobre una mesa cerca de donde se encontraban las revistas, lejos del espacio donde estaban dando una clase de ordenador para jubilados. Abrí *Tiburones del Pacífico Sur* y Hazel estudió las ilustraciones mientras repetía exclamaciones en voz baja. «Las fotografías que me hizo Nicholas con Sylvia —pensé—. Esas le encantarían». Fui pasando páginas y

me detuve en especial en un capítulo titulado «Antepasados de los tiburones». Le leí a Hazel una historia fantástica sobre los nativos de los atolones de las Tuamotu, que creían que, al fallecer, sus seres queridos adoptaban la forma del dios tiburón Taputapua e iban a visitarlos cuando nadaban en las lagunas.

Hazel abrió los ojos como platos.

—¿Quieres decir que muere su abuela o su mamá o alguien y luego vuelve a verlos en forma de tiburón?

Asentí con la cabeza.

—Y escucha también esto. En Kontu, los «llamadores» de tiburones utilizan sonajeros para atraerlos hacia sus canoas.

—¿Llamadores de tiburones? Podríamos hacerlo también.

—¿Llamar a los tiburones?

—¿Podríamos?

Me paré un momento a pensar la respuesta.

—Necesitaríamos sonajeros. Podríamos hacerlos con cocos. Tendríamos que ir a Jolly.

El estridente anuncio de neón de Jolly y el establecimiento en sí, hortería a más no poder, estaban considerados una monstruosidad entre los residentes, pero comprendíamos que los turistas desembolsaban cantidades exorbitantes de dinero para adquirir baratijas y basura de todo tipo, lo que contribuía a la economía de nuestra pequeña isla, y por eso lo tolerábamos. En aquella tienda había de todo. Balsas hinchables, vasos de chupito, cabezas de aligátores, carrillones de madera, cangrejos ermitaños vivos, planchas de surf, toallas con rancias frases estampadas del tipo «Soy sexy y lo sé». Y cocos. Había cocos partidos por la mitad transformados en kalimbas. Jaulas para pájaros hechas con cocos. Cocos pintados para enviar por correo.

Leyendo para mis adentros, descubrí que, a pesar de que los nativos de Kontu veneraban a los tiburones, los llamadores los atraían a la canoa, los subían a bordo, los aporreaban, los arponeaban y luego se los comían. Decidí no contarle a Hazel esa parte. Tenía solo seis años. Tenía uno de los lemas del Club del Tiburón metido en la cabeza: «Si capturo uno, lo dejaré en libertad». Sería duro para ella reconciliar su amor por los tiburones con matarlos, incluso en una cultura que los consideraba sagrados. Ni siquiera yo podía reconciliar esos conceptos.

Levanté la vista del libro y vi que Hazel me estaba mirando como si yo

fuera uno de esos resplandecientes y absurdos ejemplares de tiburón martillo que salían en sus libros.

—¿Vas a ser mi nueva mamá? —preguntó, sus manitas sujetas al canto de la mesa.

—¿Qué? Oh... Bueno, mira..., no...

Tendría que haber corregido al empleado del mostrador que me había tomado por la madre de Hazel. Me había deleitado en exceso con la idea.

Pasaron los segundos. Hazel fue abriendo cada vez más los ojos durante la larga espera. Dado el error cometido por el bibliotecario, era evidente que había formulado una pregunta lógica y yo, al fin y al cabo, estaba saliendo con su padre. La luz fluorescente del techo chisporroteó.

—No sé cómo responderte —dije—. Mira, creo que nadie podrá ocupar el lugar de tu mamá.

Pensé que la había dejado satisfecha.

—Pero tú podrías ser mi mamá —insistió.

Por mucho que deseara decir algo que sonara sensato, sincero y correcto para sus oídos, no disponía de esa respuesta. Daniel y yo no habíamos hablado sobre matrimonio, me parecía demasiado pronto para eso. ¿Pero acaso no habíamos dado ambos por sentado que era hacia allí donde nos dirigíamos? ¿No habíamos reiniciado la relación allí donde la dejamos?

—Mi papá te quiere. Me lo dijo.

Le sonreí.

—Lo que sí sé seguro es que a ti te quiere mucho.

—¿Tú le quieres?

—He querido a tu papá durante muchísimo tiempo.

Descansó las manos en el regazo.

—¿Cuánto?

—Creo que desde que tenía siete años.

—Yo el año que viene cumpliré siete años.

—Lo sé, y si nos quedamos aquí sentadas mucho tiempo más los cumplirás aquí. Vamos. Iremos a Jolly y compraremos unos cocos. Me parece que sé cómo transformarlos en sonajeros.

En el coche, puse el aire acondicionado para que el interior se refrescara antes de que entrara Hazel. Cuando la ayudé a abrocharse el cinturón, mi cabello le rozó la cara y ella lo sopló. Vi entonces que le había quedado un poco de dentífrico seco en la comisura de la boca y me fijé en el vello de

melocotón que le cubría las mejillas. ¿Amaba yo a Daniel? Era como preguntar si el agua estaba mojada. Siempre lo había amado. Incluso cuando lo odiaba, lo amaba también. Esta vez no habría rencores.

La miré a través del espejo retrovisor. Si en ese momento me hubiera pedido que fuera con ellos a Disney World, le habría respondido que sí. Si hubiera sabido lo de Mozambique y me hubiera pedido que me quedara, lo habría hecho. ¿En eso consistía la maternidad?

La mañana del día siguiente, 25 de julio, fui a trabajar excepcionalmente temprano, cuando el sol empezaba a asomar la cabeza en el fino cielo oscuro. Al llegar al Conservancy, me preparé una taza de café en el «cuchitril de la cocina» —un espacio que llamábamos así porque tenía el tamaño de un cuarto de las escobas en el que apenas cabía una mininevera y una máquina de Mr. Coffee— y me fui con ella a mi despacho, donde dejé las luces sin encender y abrí los estores, inundando así la estancia con iluminación natural.

Las palomas habían decidido reunirse en las poncianas y arrullaban tan fuerte que se oían incluso a través de las ventanas cerradas. En cualquier momento, el pájaro carpintero iniciaría sus labores de perforación matutinas en la parte lateral del edificio, un martillo neumático para el cráneo que exigía taponos para los oídos, iPods o calistenia zen. Me relajé allí, tomando el café y pensando en Nicholas. Al final, me acerqué al ordenador y escribí:

Nicholas:  
¿Estás en casa?  
Reina de Mayo.

Volví a leerlo. Por favor. No tenía por qué poner nada de la Reina de Mayo. Sonaba a coqueteo y resultaba engañoso. Lo borré. Lo cambié por «Maeve» y pulsé la tecla «Enviar».

Me mantuve ocupada examinando las fotografías que Nicholas nos había hecho a Sylvia y a mí, que quería incluir en la presentación de PowerPoint sobre los tiburones limón que le había prometido a Russell. Las fotografías empezaban a resultarme tan familiares como mi propio reflejo. Miré el primer plano, aquel en el que se veían mis ojos detrás de la máscara. Hablaban de todo a la vez: de euforia, del dolor por la despedida, del sentido de

pertenencia que experimentaba en el agua. Bimini había sido mi mayor aventura hasta la fecha. No entendía cómo podría renunciar a lo de Mozambique. No quería abandonar a Daniel y Hazel, pero sabía que cuando regresara nuestras vidas volverían a ser igual a como eran ahora.

Oí las chanclas de Russell por el pasillo y un par de segundos más tarde apareció en la puerta, inquieto y jadeante. Russell era una persona que jamás se mostraba inquieto y jadeante.

—Ha aparecido un tiburón muerto en Teawater Key —me informó—. Tenía las aletas cortadas.

Me quedé mirándolo fijamente unos instantes, atrapada en aquel espacio inicial de estupefacción en el que oía palabras, pero no las asimilaba. Y, acto seguido, llegó el subidón de adrenalina.

—Me ha llamado un contacto que tengo en la oficina del sheriff —estaba diciendo—. Han enviado a alguien del despacho de asuntos marítimos de la oficina del sheriff y los de Pesca y Vida Silvestre van también hacia allí.

Cogí mi bolso y las llaves del pickup del Conservancy y de la barca que teníamos atracada en un muelle del puerto deportivo de Palermo. Teawater Key estaba justo al sur de Palermo y era una de las islas inhabitadas más populares del archipiélago de las Diez Mil Islas, que atraía a mucha gente que iba a pasar el día allí para buscar conchas.

—¡Voy para allá! —anuncié—. ¿Qué tipo de tiburón era?

—No me lo especificó.

Se calló, pero dio la sensación de que quería decir algo más.

—¿Qué pasa?

—Si un tiburón sin aletas ha aparecido en tierra arrastrado por la corriente, tanto tú como yo sabemos que debe de haber cincuenta más que no lo han hecho. Tú límitate a averiguar lo que puedas. Y ve con cuidado. Los cabrones que cometen crímenes contra la vida marina son capaces de cometerlos también contra las personas.

Hice el trayecto de veinte minutos hasta el puerto en solo doce. El aparcamiento era un atolladero de camiones: tercios pescadores locales que volvían a bajar sus barcas al agua. Incapaz de cruzar aquel laberinto de tráfico, aparqué en el césped, junto a la carretera, y bajé caminando a paso ligero hasta el muelle. Maniobré el esquife para alejarme del rompeolas, salí a aguas abiertas y puse el motor a máxima velocidad.

La última vez que me había enfrentado a un tiburón muerto había sido

hacía dos años, cuando un tiburón toro había aparecido en la playa pública con la cabeza y las branquias envueltas en sedal monofilamento. Había muerto lentamente de hambre por no poder abrir la boca. Que un tiburón quede varado en la playa es una excepción —normalmente, los tiburones muertos se hunden—, pero si el tiburón muere en aguas poco profundas o en las islas de los manglares, y si las olas y las corrientes son las adecuadas, puede acabar en tierra.

En cuanto avisté Teawater, vislumbré también cuatro o cinco barcas ancladas y un grupo de gente congregada en una estrecha franja de playa. Me aproximé a la costa lo suficiente para lanzar una cuerda, saltar por proa y quedar con el agua a la altura de los tobillos. En cuanto el hombre de Pesca y Vida Silvestre reconoció el logo del Conservancy, se acercó y me ayudó a arrastrar la barca hasta la arena.

—Jack Dodd —se presentó.

Era un cincuentón en forma, las mangas cortas de la camisa se ajustaban ceñidas a sus bíceps.

—Soy la doctora Donnelly —dije.

Me acerqué al grupo de gente congregada en la playa que rodeaba, imaginé, el tiburón muerto. La mayoría iba en bañador, pues debían de haberse desplazado a la isla para pasar un buen rato y se habían encontrado, en cambio, con aquel dramático crimen.

Dos años atrás, me encomendaron la tarea de deshacerme del tiburón toro que había aparecido muerto. El protocolo consistía en devolver el tiburón varado a su entorno, trasladarlo lo más lejos posible de la costa para evitar que fuera arrastrado de nuevo por la corriente. Lo había remolcado en mi esquife hasta llegar a aguas abiertas y, una vez allí, había cortado la atadura que lo mantenía sujeto a la barca y había visto cómo se hundía lentamente, como un pequeño y reluciente submarino. Me había sorprendido el tamaño y el poder de aquella criatura, su magnificencia, el horror y la banalidad de su muerte, y había murmurado una oración para mis adentros.

Delante de mí, una chica vestida con uniforme de color marrón, cola de caballo y una cámara colgada al hombro, intentaba apartar la multitud y acordonar con cinta amarilla el espacio donde estaba el tiburón.

El oficial Dodd se colocó rápidamente a mi lado.

—Muy bien, amigos, ahora muévanse.

Cuando la gente empezó a dispersarse, tuve de repente una visión clara del

tiburón mutilado. Me impresionó: el cadáver tan corpulento, el cuerpo de metro y medio de longitud envuelto en moscas de arena, el ojo paralizado que recordaba una canica negra. Nunca había visto un tiburón sin aletas al natural, y contemplarlo, ser testigo directo de la violencia y la atrocidad que habían cometido con él, me cortó la respiración. Era un tiburón limón hembra.

Me arrodillé a su lado. En el espacio que había ocupado la aleta dorsal había una horripilante marca blanca de una cuchillada y le faltaba también la cola. El agua de mar había limpiado las heridas, que mostraban los mordiscos de cangrejos y gaviotas. Acerqué las manos al vientre abultado.

—Está embarazada —dije, levantando la vista hacia la mujer uniformada que se había detenido a mi lado, desenrollando la cinta amarilla sobre la arena.

Según mi evaluación, el tiburón tenía que estar en la recta final de un embarazo que duraba un año.

—Soy la sargento Álvarez —dijo la mujer—. Trabajo en el despacho de asuntos marítimos de la oficina del sheriff.

—Doctora Maeve Donnelly —respondí y noté que me temblaba ligeramente la voz.

Tragué saliva para contener las lágrimas, esforzándome por transmitir un aspecto profesional y sereno, pero preguntándome, incluso en aquel momento, por qué «profesional» se había convertido en sinónimo de frialdad. Yo no sabía comportarme con frialdad con respecto a los tiburones, con respecto al mar, con respecto a lo que les hacía la gente.

—¿Maeve?

Me quedé sin aliento. El acento inconfundible. Noté una mano en el hombro y vi a Nicholas agachado en la arena, a mi lado. Verlo derrumbó los últimos retazos de autocontrol que pudieran quedar en mí. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, incorporándome, intentando mantener la compostura.

Nicholas miró de reojo a la sargento, que lucía una expresión de educada confusión.

—Gina..., la sargento Álvarez, ha llamado esta mañana a nuestro laboratorio para comunicarnos la aparición de un tiburón sin aletas varado en la playa —me explicó Nicholas—. Nos avisa siempre que hay un incidente. Trabajó hace años con nosotros en ese documental que hicimos...

—*Crímenes contra la vida marina* —apuntó Álvarez.

—El caso es que me ofrecí a venir —dijo Nicholas—. Pensé que tal vez estarías también por aquí.

—¿Cuándo volviste de Inglaterra? —le pregunté.

—Justo anoche.

—Dios, debes de estar aún con el *jet lag*.

—En estos momentos estoy completamente despierto.

—Disculpen —dijo la sargento, y Nicholas y yo nos hicimos a un lado para que acabara de acordonar la zona y empezara a tomar fotografías del tiburón desde varios ángulos.

Actuaba con un aire de distanciamiento. Con una especie de indiferencia hacia lo que estaba fotografiando que me causaba rechazo.

—Estoy segura de que el suceso está relacionado con el centenar de aletas de tiburón que se descubrieron en Bonnethead Key el mes pasado —dije, siguiéndola. Mi estallido de tristeza se había aplacado, a Dios gracias, pero lo había sustituido un nudo de rabia en la boca del estómago—. Deben de tener algunas pistas.

—Podría tratarse de una operación a nivel local —respondió Álvarez—. Hubo casos similares en Pensacola y en los Cayos, en los que pescadores locales proporcionaban aletas a los traficantes. —Hablaba sin dejar de trabajar, mientras hacía fotografías y tomaba notas—. El comercio de las aletas es una práctica tremendamente lucrativa. Sin duda, todas esas aletas que se encontraron en Bonnethead estaban destinadas al mercado negro.

—Por su estado de putrefacción, este tiburón no debe de llevar muerto más de una semana —señalé—. Quienquiera que esté haciendo esto podría estar todavía en la zona.

Álvarez enarcó las cejas y realizó otra anotación.

—Cabría pensar que después del arresto del tipo encargado de almacenar las aletas habrían cancelado la operación, pero, por lo visto, la avaricia no tiene límites. Es casi imposible cazarlos y lo saben. Nuestras patrullas no han visto nada sospechoso, ninguna banda ilegal operando en estas aguas. Odio tener que decirlo, pero los pronósticos no son buenos. No tenemos pruebas reales.

El olor putrefacto del tiburón me taponó la nariz. Me obligué a volver a mirarlo. Recordé la escalada de matanzas de tiburón que tuvo lugar después de mi mordedura. Recordé las crueles fotografías que se publicaron en el

*Palermo Times.*

«No tenemos pruebas reales».

—Por el amor de Dios, tienen ustedes un centenar de aletas de tiburón y este tiburón desmembrado justo aquí delante —dije, levantando la voz—. Si esto no son pruebas, ¿qué son?

La sargento bajó la cámara y se volvió hacia mí.

—Sí, las aletas son pruebas, este tiburón es una prueba. Lo que pretendía decir es que son pruebas que no llevan a ninguna parte. No tenemos a nadie con quien conectarlas. Mire, para conseguir pruebas de verdad, tendríamos que patrullar miles de millas náuticas y utilizar centenares de embarcaciones. Carecemos de esos recursos. Es prácticamente imposible. Y si el tipo ese al que pagaron por almacenar las aletas hablara, nos sería de gran ayuda. Si no podemos sorprender a esa gente con las manos en la masa, lo que necesitamos, doctora Donnelly, es encontrar las aletas a bordo de un barco, de un barco que nos pueda llevar a alguien.

Al escuchar esto, me sentí frustrada y desanimada, indignada por que redujera la cuestión a un mero procedimiento. Jamás conseguirían dar con esa gente. La sargento ni siquiera daba la sensación de creer que algún día tendrían la posibilidad de atraparlos. El mercado negro seguiría asesinando los tiburones que yo había marcado, nombrado, pesado y estudiado. Había entregado mi vida a los tiburones y aquella gente estaba matándolos a mayor velocidad de lo que ellos podían reproducirse. Era evidente que, de seguir aquel ritmo, la mayoría de especies se extinguiría en cuestión de décadas.

Con un dedo tembloroso, señalé el tiburón limón y noté que mi rabia empezaba a emerger.

—Este tiburón hembra fue sacado del agua, sargento Álvarez. Le cortaron la aleta, luego la cola y, todo ello, estando con vida. Después la arrojaron por la borda y se hundió en el agua, donde se desangró hasta morir. Y quién sabe cuántas crías lleva dentro.

Álvarez se quedó mirándome con su insufrible frialdad.

—Ya sé cómo les cortan las aletas a los tiburones.

En ese instante tendría que haber replegado velas, pero no pude evitarlo.

—Seguramente —grité—, en estos momentos están masacrando a centenares de tiburones en las aguas del Golfo, pero a la gente le importa una mierda porque no son ballenas. Salvemos a las ballenas. Todos amamos a las ballenas; yo amo a las ballenas. Pero el ser humano está torturando tiburones

para obtener beneficio y placer. Para hacer sopa de aleta de tiburón. ¿Y eso a quién le importa? ¡Si no son más que simples tiburones!

—Maeve —dijo Nicholas. Se situó frente a mí y me agarró por los codos, mirándome a los ojos—. Maeve.

Se volvió entonces hacia Álvarez.

—Cuando haya terminado, nos llevaremos el tiburón para deshacernos de él. A menos que quiera conservarlo como prueba.

La sargento contestó ignorándome por completo.

—No necesito el cuerpo. Con las fotografías será suficiente. Pueden llevárselo. Simplemente asegúrense de arrojarlo lo suficientemente lejos de la costa.

Nicholas me condujo hacia la playa.

—¿Tienes algo en la barca que nos pueda servir para envolver el tiburón?

—Tengo una lona plastificada vieja.

Nos sentamos en la barca a esperar a que Álvarez y Dodd se marcharan. Mi rabia ya se había apaciguado y me sentía incómoda por mi arrebato.

—Vaya con cómo te has puesto antes —dijo Nicholas, sonriéndome—. Me parece que a Gina le habría gustado poder lanzarte una descarga con su táser.

Cuando Álvarez y Dodd se hubieron marchado, cada uno en su barca, Nicholas y yo extendimos el plástico azul en la arena e hicimos rodar el tiburón limón hasta dejarlo en el centro. Cogiendo un extremo cada uno, lo arrastramos como pudimos hasta la barca y lo depositamos en el casco.

—¿Quieres que me ponga yo al timón? —preguntó Nicholas.

Me di cuenta de que estaba agotada. De modo que ocupé el asiento del acompañante y le entregué las llaves.

Pilotó despacio al principio, lo bastante despacio como para no embestir una tortuga de mar que había emergido a la superficie justo delante de proa. Tenía el caparazón lleno de percebes; debía de ser viejísima.

—Si le hubieras dado a esa tortuga, me habrías dejado hecha polvo.

—¿Pero no estás ya hecha polvo?

Su mano abandonó el timón para descansar sobre la mía. Egoístamente, dejé que permaneciera allí, deseosa de sentir el peso y el calor de su palma, su proximidad.

—Tenemos mucho de que hablar, pero mejor resérvalo para otro momento —dije. La confesión de lo de Daniel. Inspiré hondo, percibiendo el miedo en mi interior. No estaba preparada para aquello. ¿Lo estaría algún día?—. Me

alegro de que estés aquí.

—Yo también.

Cuando estuvimos lo bastante lejos de la costa, Nicholas apagó el motor y echó el ancla. Miré a lo lejos por encima de la borda de la barca.

—Lo más probable es que, cuando lo capturaron, este tiburón hembra estuviera dirigiéndose hacia los estuarios para tener allí a sus crías — comenté.

—Pensé que querías ser tú quien lo devolviera al mar —dijo—. ¿Estás segura de que estarás bien si haces esto?

Era normal que me lo preguntase. Acababa de sufrir un pequeño colapso emocional o, como posteriormente yo misma lo consideraría, un estallido de indignación justificado. Era normal que pensara que devolver a la cadena alimentaria aquel ejemplar de tiburón limón hembra, embarazada y sin aletas, podía ser una experiencia turbadora para mí.

—Estoy bien —contesté—. Allí me he descontrolado un poco, pero estoy bien.

El esquife siguió balanceándose sobre el agua y nos colocamos a ambos lados del tiburón, preparados para levantarlo.

—Acabemos con esto —dijo Nicholas.

Siguió sujetando su lado de la lona, pero yo era incapaz de moverme.

—¿Te lo has pensado mejor? —preguntó.

—¿Estás seguro de que no haríamos bien quedándonosla?

—¿Quedárnosla? ¿Lo dices en serio? —Soltó la lona—. No es necesario hacerle la autopsia, Maeve. Conocemos los motivos de la muerte. Y ha dicho Álvarez que no necesitaban el cadáver para el caso.

—Ya sé que es una locura. —Pero con todo y con eso, seguí sin coger la lona y continué allí sin moverme, mirándolo, deseando encontrarle un sentido a mi renuencia—. No sé..., a lo mejor tendríamos que hacerle igualmente la autopsia. Siempre se pueden aprender cosas. Estoy segura de que conservándola sacaríamos algún provecho. Podríamos...

—¿Podríamos qué? —me instó Nicholas.

Y de pronto me vino a la cabeza la idea que estaba buscando.

—A lo mejor podríamos utilizarla de alguna manera. Una imagen vale más que mil palabras, y un tiburón sin aletas se merece mil imágenes, como mínimo.

Extraje las crías del vientre del tiburón limón en el laboratorio del Conservancy. Abrí el saco vitelino y encontré seis, de entre veinticinco y treinta centímetros de longitud. Como sospechaba, estaba en la recta final del embarazo. Corté uno a uno los cordones umbilicales, finos como hilos de lana, y fui entregando los cuerpecillos de color gris plata a Nicholas, que les inyectó formaldehído concentrado. Colocamos etiquetas de identificación en la abertura de las branquias y, con cuidado, los depositamos en distintos frascos con una preparación de formalina diluida. Íbamos con bata, guantes, mascarilla, los ojos protegidos detrás de gafas de seguridad y, aun así, los gases tóxicos me irritaron la córnea y los orificios nasales. Empecé a notar lágrimas rodando por mis mejillas.

—¿Es tristeza o es el formaldehído? —preguntó Nicholas, cerrando la última tapa.

—Ambas cosas —respondí.

Envolvimos el tiburón limón en una manta y me juré llamar a todos los medios de comunicación que conocía para que vinieran a ver personalmente el tiburón sin aletas. Eché un vistazo al reloj de pared. Las tres y veinte.

—Tenemos que poner este tiburón en una nevera y tenemos que darnos prisa si queremos hacerlo en el momento de pausa que hay entre la comida y la cena.

—Espera un momento, ¿vamos a meterlo en una nevera de comida?

—En la del hotel. En la cocina hay dos cámaras grandes.

Nicholas meneó la cabeza, más por incredulidad, me pareció, que por oposición, y por suerte no me discutió la idea. Me chocaba la paciencia y la tolerancia que había exhibido a lo largo de todo el proceso. Un aliado de verdad. Me sentía cómoda viendo de nuevo sus ojos de color marrón verdoso

detrás de las gafas. Habíamos acumulado muchas horas juntos bajo el agua, en sincronía con un mundo que ambos reverenciábamos. Un profesor me había dicho en una ocasión que no pusiera nombre a los tiburones que estudiaba, que haciéndolo los personalizaría y empañaría mi objetivo. Pero yo seguí poniéndoles nombre, igual que Nicholas ponía nombre a sus rayas. Los dos íbamos más allá de examinar y medir criaturas marinas; ambos intuíamos, además, el parentesco que teníamos con ellas.

Por un instante, esperé que siguiera con la idea de ir a Mozambique.

Cargamos el tiburón en la parte posterior del pickup y pusimos rumbo al hotel. Aparcamos detrás, en el espacio destinado a los camiones que hacían entregas. Miré el reloj y confié en que no hubiera nadie en la cocina. A aquella hora, Daniel solía reunirse con el personal en el comedor para discutir el menú.

La puerta de entrada de mercancías estaba cerrada y me vi obligada a llamar a Robin para que viniera a abrirla.

—¿Qué haces en la zona de mercancías? —me preguntó.

—Tú date prisa y calla, ¿entendido?

Unos interminables minutos más tarde, Robin se reunió con Nicholas y conmigo en el descansillo que había junto a la puerta, donde habíamos depositado nuestro misterioso bulto de metro y medio envuelto en el interior de una manta.

—¿Qué pasa? —dijo Robin.

—Tengo que meter esto en la nevera —le expliqué.

—Dios mío, no habrás matado a nadie, ¿no? —bromeó y se echó a reír—. ¿En qué lío se habrá metido ahora mi hermana?

—Es un tiburón —repuse—. Necesito guardarlo un tiempo.

—Un tiburón. Tienes un tiburón. ¿Estás loca? No puedo meter esto en la nevera junto con la comida.

—Ahí dentro tienes ya peces muertos. ¿Dónde está la diferencia?

Nicholas contuvo una carcajada y Robin se volvió hacia él.

—Hola, soy Robin, el hermano gemelo de Maeve..., el mayor, el que normalmente causa problemas.

—Nicholas Ridley. —Nicholas le estrechó la mano—. Solo necesitamos guardarlo un día. Dos máximo.

—Le han cortado las aletas —añadí.

—¿Y qué haces tú con él? —preguntó Robin.

¿Qué argumento podía darle para que le encontrara sentido a la situación? ¿Si apenas se lo encontraba yo? ¿Qué estaba haciendo? ¿Ganar tiempo hasta que consiguiera engatusar a un equipo de televisión de Naples o de Fort Myers para que irrumpiera en la cocina y enardeciera a la opinión pública a fin de que se alzara contra la matanza de tiburones por el negocio de sus aletas? El cadáver del tiburón era la prueba de un acto reprobable, tal vez no suficiente para condenar a alguien en los tribunales, pero sí en la conciencia de las personas. Por mucho que alguien odiara a los tiburones, como era el caso de Robin de pequeño, ver a un tiburón de verdad con las aletas cortadas seguía siendo una experiencia visceral que provocaba un nudo en el estómago. No podía deshacerme de aquel tiburón sin antes intentar atraer la atención pública hacia lo que estaba pasando justo delante de nuestras narices.

Robin no esperó a que le ofreciera una respuesta.

—Mira, Maeve —añadió—, no sé de qué va esto, pero no vamos a guardar un tiburón muerto en la nevera.

Se había atrincherado en su postura.

—Seguro que lo vas a entender —intervino Nicholas—. Ha sido un día muy largo. Esta mañana hemos estado en Teawater con las autoridades y hemos pasado las últimas horas haciéndole la autopsia y extrayéndole sus seis crías. No creo que ni Maeve ni yo estemos ahora en condiciones de volver a meternos en la barca para arrojar el tiburón al mar. ¿Qué me dices, colega? ¿Nos permites descansar un poco?

—Estás en deuda conmigo, Robin —apelé yo.

Le lancé una mirada incisiva y él comprendió exactamente a qué me refería.

Robin resopló y abrió la puerta. Miró hacia el interior y dijo:

—No sé cómo vamos a explicarle esto a Daniel.

—Deja que me encargue yo —respondí.

Nicholas y yo pasamos el tiburón por la puerta. Sujetando por ambos extremos de la manta, arrastramos el tiburón por la cocina vacía, por delante del despacho de Daniel, de los fregaderos, de la parrilla, de las mesas de acero inoxidable desinfectadas, hasta llegar a la parte posterior, donde estaban las cámaras frigoríficas.

Lo dejamos en el suelo e inspeccioné ambas cámaras para buscar un lugar donde depositarlo.

—No hay mucho espacio en ninguna de las dos —dije—. Tendremos que ponerlo en el suelo, hacia el fondo.

—¿Poner en el suelo qué? —preguntó Daniel, que acababa de hacer su aparición y caminaba hacia nosotros con las manos en los bolsillos, seguido por varios miembros de su personal—. ¿Qué sucede?

Su mirada se desplazó de mí hacia Robin y, acto seguido, hacia la manta, hasta fijarse finalmente en Nicholas.

Robin, que estaba sujetando la puerta de la cámara frigorífica, la soltó y se cerró de golpe. Noté una ráfaga de aire gélido en la parte posterior de las pantorrillas. Fue como si todos nos hubiéramos quedado mudos.

Daniel volvió a preguntar:

—¿Alguien piensa contarme qué sucede?

Sonrió, pero me percaté de cierto matiz en el tono de su voz, afilado como una cuchilla.

—Ya sé que esto es una locura —dije—, pero deja que me explique, ¿entendido? Voy a meter un tiburón en la cámara. Solo por un día.

Daniel levantó la vista hacia el techo en un gesto de incredulidad.

—Supongo que bromeas.

Escuchó sin interrumpirme mi explicación sobre el tiburón al que habían cortado las aletas, sobre lo atascada que estaba la investigación y sobre mi esperanza de hacer publicidad con ello, de conseguir incluso que se desplazara alguien hasta aquí o, como mínimo, de generar un poco de concienciación entre el público.

Pero, incluso para mis propios oídos, mi discurso era el de una persona que se aferra a exiguas esperanzas.

—¿No te das cuenta de que meter ahí dentro un tiburón en estado de descomposición viola seguramente más de un centenar de normas sanitarias? No tiene nada que ver con el pescado fresco que nos traen conservado en hielo. Esa cosa ha estado en una playa al sol, pudriéndose. Si ahora mismo llegara un inspector, podría perfectamente clausurarnos el local.

—¿Y qué probabilidad hay de que suceda? ¿No puedes apoyarme en esto?

¿Cómo era posible que Nicholas hubiera comprado tan fácilmente mi idea, por mucho que dudara de que consiguiera obtener la atención de los medios de comunicación que andaba buscando? Había visto lo importante que era para mí y lo había antepuesto a sus reservas. ¿Por qué no podía hacerlo también Daniel? Pero de pronto pensé que tal vez estuviera comportándome

de manera egoísta. Nicholas no tenía una cocina que proteger.

Daniel miró a Robin.

—¿Suscribes su plan?

—Decididamente no, pero me apunto igualmente —contestó Robin.

Daniel tiró de mí en dirección a la despensa para alejarme unos metros del grupo y me dijo en voz baja:

—Dejando aparte lo de ese tiburón muerto, no entiendo qué hace él aquí.

Comprendí que quisiera una explicación, pero aquel mar de fondo de sospecha me cabreó. «No hagas esto ahora, por favor».

—Los del despacho de asuntos marítimos de la oficina del sheriff llamaron al laboratorio de Nicholas. Se ha desplazado hasta aquí para ayudar.

—Sí, claro, seguro que sí.

Nicholas, que hasta el momento había permanecido callado, tosió para aclararse la garganta, lo que me llevó a preguntarme si habría escuchado nuestra conversación. Me fijé entonces en lo sucio que iba, en lo sucios que íbamos los dos. Llevábamos la camiseta y el pantalón corto manchados de Dios sabe qué tipo de sustancias. El sudor se había secado sobre la piel y mi cuerpo parecía papel matamoscas. Vi que Nicholas se pasaba la mano por la frente para secársela.

Hazel hizo su entrada justo en aquel momento acompañada por varios miembros del personal de Daniel. Llevaba puesta una máscara de submarinismo.

—¡Maeve! —exclamó, corriendo hacia mí y desacelerando al ver el bulto que envolvía la manta—. ¿Qué es eso?

Con la nariz dentro de la máscara, su voz sonó amortiguada, como si estuviera resfriada. Al hablar, la máscara se empañó y sus ojos desaparecieron detrás de la neblina.

—Os agradecería que volvierais al comedor —dijo Daniel, dirigiéndose a sus empleados—. Gracias.

En cuanto se fueron, lanzando miradas por encima del hombro, Hazel se retiró la máscara pasándola por encima de la cabeza, con cuidado de no tirarse del pelo.

—¿Para qué era la máscara? —le pregunté.

—Para las cebollas —respondió. Le llegó entonces el olor a pescado y arrugó la nariz—. ¿Qué es eso? ¿Un pez?

Miré a Daniel antes de responder.

—Es un tiburón. Resultó muy malherido.

—¿Está muerto?

—Sí, está muerto.

—¿Qué le ha pasado?

Volví a lanzar una mirada a Daniel, que me respondió con un leve gesto de asentimiento.

—Hay gente que corta las aletas de los tiburones para poder venderlas. Y eso es lo que le ha pasado a este.

—Oh. —Parpadeó y se cruzó de brazos—. ¿Puedo verlo?

—Por favor, no lo destapes aquí —intervino Daniel.

—Es que nunca he visto uno de cerca —dijo Hazel—. Por favor, papá.

—La verdad es que todo esto es... increíble —comentó Daniel—. Vale, pero solo echarle una ojeada, ¿de acuerdo?

Hazel y yo nos arrodillamos al lado del tiburón. Hazel aspiró hondo, como si se quisiera armar de valor. Retiré la manta. Hazel recorrió con la mirada el cadáver del tiburón. Acarició la piel, justo encima del hocico.

—Es áspera —susurró—. Y también suave.

Mientras volvía a cubrir el tiburón con la manta, Hazel se percató de la presencia de Nicholas y lo saludó con timidez.

—Te vi el otro día en el supermercado —comentó—. Sabes mucho sobre rayas.

—Y tú eres la fundadora del Club del Tiburón, si no recuerdo mal.

—Mételo en la cámara —dijo Daniel—. Pero te lo advierto, mañana tiene que estar fuera.

—Gracias —contesté.

Robin y Nicholas trasladaron el tiburón a la nevera y lo depositaron en el suelo.

Hazel se tocó con el pulgar el dedo índice, con el que había acariciado el tiburón.

—¿Qué le pasará?

—Mañana lo subiré a la barca y lo lanzaré al mar —le expliqué.

—¿Habrá un funeral?

Nadie dijo nada. Daniel se pasó la mano por la cabeza, alborotando con el gesto su pelo castaño. Supuse que estaría recordando el funeral al que había asistido Hazel. El de Holly. Era normal que esperara un funeral después de la muerte del tiburón, era lo que pasaba cuando moría alguien.

—Podemos celebrarlo, si quieres —respondí.

—¿Puedo ir, papá?

Miré a Daniel.

—Puedo llevarla conmigo, si te parece bien, claro. No iremos muy lejos.

—De acuerdo —dijo él.

El rostro de Hazel se iluminó.

—¿Puedes venir tú también? —le preguntó a Daniel.

—Lo siento, bichito, pero tengo trabajo.

Hazel se giró hacia Nicholas.

—¿Y tú?

—Supongo que tiene que regresar a su casa —respondió Daniel—. Era en Sarasota, ¿no?

—Ningún problema, estaría encantado de ver cómo acaba esto —dijo Nicholas.

Daniel se acercó a mí y me pasó el brazo por el hombro en un gesto posesivo, atrayéndome hacia él. Había postergado contarle a Nicholas lo mío con Daniel; había sido una cobarde y ahora se enteraría de aquella manera de que estábamos saliendo. Observé, abochornada, cómo la cara de Nicholas iba captando el mensaje mientras yo me quedaba rígida pegada a Daniel, bajo su gesto de propiedad.

Hazel se apretujó entre Daniel y yo.

—Seguro que podría arreglármelas para salir del trabajo si se trata de asistir a un funeral —le dijo Daniel.

—Sí, tiene razón —señaló Nicholas—. Tengo que volver a casa.

Se despidió y se encaminó hacia la puerta doble que daba acceso al comedor.

—Daniel —murmuré—. ¿Por qué tenías que hacerlo?

—¿Por qué te importa tanto? —contestó.

Seguí a Nicholas hacia el comedor, donde el personal estaba preparando las mesas para la cena. Cuando lo llamé, se detuvo, pero no se giró.

—Lo siento. Iba a contártelo. Pero quería hacerlo en persona. Esta mañana te envié un e-mail para ver si ya habías regresado y luego me entró la llamada para informarme de lo del tiburón, y estabas allí. Aún no puedo creer que estuvieras allí.

Se giró entonces y su rostro estaba descompuesto, no de rabia, sino de dolor.

—Sucedió después de que te fueras a Inglaterra —añadí.

Nicholas trasladó la mirada hacia las ventanas que dominaban las aguas de color esmeralda del Golfo. Esperé a que dijera algo, pero no lo hizo.

—Lo siento —repetí—. Tú tenías una expectativa..., una expectativa razonable de que podríamos...

—Tal vez tendría que haberlo visto venir, lo de Daniel y tú. Por la forma en que te miró aquel día en el supermercado, por la forma en que me miró, como si yo fuera una amenaza para él. —Se interrumpió—. Los tres... parecéis una familia feliz.

Capté la amargura de su voz y me sentí avergonzada.

En el fondo se escuchaba el tintineo de las copas. El sonido sordo de un mantel al ser extendido.

—Mierda —dijo Nicholas—. Tengo el coche aparcado en el puerto.

—Es tarde y no hemos comido en todo el día. Quédate en el hotel a pasar la noche..., invita la casa. Mañana por la mañana te acompañaré hasta el coche.

—Seguro que a Daniel le encantaría.

—Vamos, ven conmigo a recepción.

—Maeve. En serio, puedo ir solito.

Echó a andar, pero entonces se giró.

—Podría haber competido con Daniel —señaló—. Pero no con su niña.

—Nicholas —dije y me paré, sin saber cómo responder a aquello.

No quería defender mis sentimientos respecto a Hazel. No podía evitar que Daniel tuviese una hija; no esperaba enamorarme también de ella.

Nicholas esperó un momento antes de ponerse de nuevo en marcha, dejándome sola en el comedor, que se había quedado vacío. Verlo marcharse fue más duro de lo que me habría gustado.

La reportera y el cámara de WINK News, de Fort Myers, llegaron al hotel a la mañana siguiente antes del amanecer, mucho antes de la hora del desayuno. Los recibí en la entrada de mercancías, mientras Nicholas y Perri esperaban en la cocina tomando un café.

Observé a través de una neblina de negrura y humedad cómo la reportera, Leigh Davis, se calzaba junto a la furgoneta unos zapatos adecuados para salir en pantalla y avanzaba taconeando por el asfalto hacia la puerta, seguida por el cámara, que cargaba con dos cajas de equipo. Noté que tenía mariposas en el estómago de lo nerviosa que estaba.

Leigh había realizado en una ocasión un reportaje sobre la fiesta anual de disfraces de Perri. De todas las emisoras con las que me había puesto en contacto, la de Leigh había sido la única que me había devuelto la llamada.

—Gracias por venir tan temprano —les dije, en cuanto llegaron a la entrada—. No me gusta en absoluto ir con prisas, pero tenemos que hacerlo antes de que llegue el personal del hotel para preparar los desayunos.

—Creo que podremos tenerlo listo en veinte minutos.

Estaba perfectamente lista para salir en pantalla, la cara maravillosamente maquillada y sin un solo cabello fuera de lugar. En mi caso, y a pesar de mis esfuerzos con el secador y el neceser de productos de belleza, era consciente de que las últimas veinticuatro horas me habían dejado destrozada, tanto por fuera como por dentro.

Por la noche, había llamado a Perri para confesarle que tenía un tiburón en la cámara frigorífica y le había contado la macabra historia. Y aunque cuando le había explicado lo de las aletas cortadas se había ablandado, quiso saber cuál

era mi plan para «sacar al pobrecito de la nevera lo antes posible». La noticia de que pasaría por aquí un equipo de los informativos tampoco le había hecho mucha gracia, pero le aseguré que la reportera me había garantizado que mantendría en secreto el lugar de la entrevista. Como precaución adicional, Perri sugirió que colgáramos sábanas en las estanterías de la cámara frigorífica para ocultar la comida.

—Por cierto, he instalado a Nicholas en la Habitación Thoreau —me informó.

Me alegré de saber que no andaba metido en el ambiente de la poesía romántica. Keats. Shelley. O, peor aún, otra vez Anaïs Nin.

—Gracias por decírmelo. Nos vemos mañana.

—Perfecto. Ya me encargaré yo de las sábanas y la cinta adhesiva.

En cuanto colgamos, me armé de todo el coraje necesario y llamé a Nicholas. No me gustaba nada cómo habían quedado las cosas entre nosotros.

—Escúchame —le dije—, una vez me comentaste que podríamos volver a ser solo colegas.

Tardó un largo segundo en contestar.

—¿Utilizas mis propias palabras en mi contra?

Me sentí aliviada al percibir en su voz su habitual tono humorístico.

—Supongo que sí.

—Pues colegas, de acuerdo.

—En ese caso, tengo que decirte que mañana por la mañana estará aquí un equipo de los informativos...

—¿En serio?

—Y quiero que estés presente.

Después de todo lo que había hecho, se merecía participar en la entrevista, aunque imagino que se lo dije también empujada por mi sentimiento de culpa. No lo había tratado bien y no quería que nuestra despedida fuera la que habíamos tenido el día anterior en el comedor.

—Empezaremos muy temprano —añadí.

—¿A qué hora es «muy temprano»?

—A las cinco de la mañana.

—Cualquier cosa a esas horas me convierte en algo más que un colega.

Cuando colgué, me dejé caer en la cama, exhausta pero incapaz de cerrar los ojos. La cabeza no paraba de darme vueltas. Miré constantemente el reloj, sin poder quitarme de encima la imagen del tiburón mutilado ni el sonido de

la voz de Nicholas cuando había pronunciado mi nombre en la playa, intentando controlar mi episodio de justificada indignación. Sentía el peso fantasma del brazo de Daniel rodeándome por los hombros, recordaba la expresión en la cara de Nicholas y cómo se había ido, el carácter definitivo de su marcha.

No había llamado a Daniel y él debía de haber estado demasiado ocupado como para llamarme. Pero sí le envíe un e-mail para decirle que el funeral del tiburón empezaría a las ocho de la mañana en el puerto deportivo de Palermo y me ofrecí a pasar a recoger a Hazel si él no quería venir. No hice mención alguna ni de Nicholas ni del equipo de televisión que se plantaría antes del amanecer en su cocina. No había tenido respuesta.

Cuando por la mañana entré en la cocina, descubrí que Perri y Nicholas ya estaban allí y que iban por su segundo café.

—¿Cuándo decías que te marchas a Mozambique? —me tomó el pelo Perri, aunque, después de todo lo que había pasado, me pregunté si era totalmente en broma.

A pesar de la mención de Mozambique, Nicholas levantó levemente la comisura de la boca.

Se había presentado recién duchado y, sorprendentemente, con ropa limpia, por mucho que las mangas de la camisa le quedaran un par de centímetros por encima de las muñecas y el dobladillo del pantalón apenas le rozara los tobillos.

—¿De dónde has sacado esta ropa? —le pregunté.

—Sí, ya lo sé. Me queda fatal. Me la ha hecho llegar Perri. Debe de ser de tu hermano.

Más probablemente de Marco, pensé.

Se enrolló las mangas hasta los codos.

—Con el pantalón sí que no puedo hacer nada.

Mi primera idea fue bromear y decirle: «A lo mejor pueden filmarte de cintura para arriba». Pero me contuve. La tensión entre ambos era palpable y se cernía sobre nosotros como una de aquellas olas de tempestad gigantescas que son capaces de hacer zozobrar un barco.

Hice las presentaciones en la cocina. Perri no perdió ni un minuto en decirle a Leigh que no mencionara para nada el Hotel de las Musas.

—La violación de la normativa sanitaria podría ser fatal para el establecimiento. Estoy segura de que me entiende.

—Diré que estoy informando desde un lugar confidencial. Resultará más dramático incluso —replicó Leigh—. Rodaremos primero algo de metraje adicional. ¿Me enseñan el tiburón?

Entramos en la cámara frigorífica, destapé el tiburón congelado y me aparté para que el cámara pudiera realizar sus tomas. Momentos después, dirigió hacia mí el objetivo y la luz e inició una cuenta atrás con los dedos. Tres, dos, uno.

—¿Qué puede contarnos sobre las heridas que muestra el tiburón? —preguntó Leigh.

Mi voz salió temblorosa. Quise pensar que no eran los nervios, que la culpa era del frío, y tal vez lo pensara también Leigh. Se agachó para señalar el punto donde tendría que estar la aleta dorsal del tiburón y el final amputado del cuerpo, la cola desaparecida, y mi voz se volvió más fuerte cuando empecé a describir con espeluznante detalle cómo debían de haber cortado las partes ausentes.

—El caso es que hay muchos más tiburones como este. Se calcula que al año se mutilan cerca de ochenta millones de ejemplares con fines lucrativos.

Leigh continuó la entrevista con Nicholas y yo en el calor de la cocina y dando la espalda a la cámara frigorífica. Le explicamos que cortar las aletas de los tiburones era un crimen, un negocio multimillonario y que las aletas solían terminar en el menú de muchos restaurantes de aquí mismo, en Florida. Cuando saqué a relucir el número de teléfono que el Conservancy había puesto en marcha para que la gente pudiera llamar y dar información, Leigh aceptó rápidamente la sugerencia.

—Pondremos el número en pantalla para que lo vea la gente. Anímenlos para que llamen si ven cualquier cosa sospechosa.

—Sí —dije—, si están en alta mar y ven algo raro o que les parece fuera de lugar, vigilen. Incluso en el caso de ver simplemente gente dedicada a la pesca del tiburón, presten atención. Quizás a bordo de ese barco sucede algo más de lo que se ve a simple vista. No queremos que nadie se acerque a ninguna embarcación, basta con que hagan una fotografía.

Leigh movió el micrófono hacia Nicholas.

—En una operación como esta —señaló—, puede haber bastante gente involucrada. Están los que se dedican a cortar las aletas, evidentemente, pero

luego estas aletas pasan por un proceso de secado, de almacenamiento y de transporte, de modo que, si sospechan de cualquier cosa al respecto, llamen, por favor.

De pronto, algo parecido a la desesperación se apoderó de mí.

—El Gulf Marine Conservancy, la institución para la que trabajo, ofrece una recompensa de quinientos dólares a quien ofrezca información que lleve a la captura de los responsables de todo esto.

Acababa de ocurrírseme, naturalmente, pero quería dar a los telespectadores una razón para llamar. ¿Cuánta gente marcaría aquel número por amor a los tiburones? Si Russell se negaba a aportar el dinero de la recompensa, tendría que ponerlo de mi bolsillo.

—Doctora Donnelly, ¿por qué cree que a la gente tendría que importarle? ¿Por qué le importa tanto todo esto?

«¿Por qué te importa tanto?». Era la misma pregunta que me había formulado Daniel ayer, justo antes de que me fuera detrás de Nicholas cuando este había abandonado la cocina.

Miré a Nicholas.

—Siempre me ha importado —dije y entonces, volviéndome hacia Leigh—: Los tiburones son importantes. Todo lo que nada en el mar es importante. Los delfines, las rayas, los caballitos de mar más diminutos y los cangrejos más minúsculos.

«Los cangrejos moros más minúsculos», pensé.

—El caso es que, sin tiburones, nuestros mares morirán, y si los mares mueren, nosotros moriremos a continuación, pero no son importantes solo porque nos beneficien a nosotros; son importantes porque existen, así de simple.

Leigh hizo un gesto con la mano al cámara y la luz se apagó.

—Gracias —dijo—. Creo que tenemos buen material. Ahora iremos a Teawater para filmar algo de metraje allí. La llamaré si me queda alguna duda más.

Perri me rodeó con el brazo.

—Buen trabajo —los felicitó—. ¿Cuándo se emitirá?

—Tendría que salir en las noticias de las cinco y de las once de la noche hoy mismo —respondió Leigh—. Y seguramente también en las noticias del mediodía de mañana.

Cuando recogieron el equipo y se marcharon, me dijo Nicholas:

—¿Desde cuándo hay una recompensa?

Me encogí de hombros.

—Desde hace cinco minutos.

—Has conseguido hacer la entrevista antes de que llegue cualquier empleado —dijo Perri—. Ahora, a por el tiburón.

—Se larga de aquí volando —le aseguré.

—Y yo también —contestó Perri y se excusó.

—Gracias por todo —dije, girándome hacia Nicholas—. Sobre todo después de lo que pasó ayer. Y no te preocupes. Voy a despertar a Robin y me ayudará a mover el tiburón. Tú ya has hecho bastante. Lo único que me falta decirte es... gracias.

Me miró unos instantes sin hablar.

—De nada.

—¿Puedo al menos llevarte al puerto para que recojas el coche? —le pregunté.

—Perri ya me ha reservado la lanzadera. —Nicholas bajó la vista y luego me miró a los ojos—. He hecho esta entrevista por ti, por el tiburón y porque me gustaría ayudar a encontrar al cabrón que le cortó las aletas, pero espero que entiendas que por mucho que me gustaría pasar tiempo a tu lado, en un coche, en una barca, en Mozambique o aquí mismo, ahora, voy a hacerme el favor de no verte más.

Lo dijo sin ningún tono de hostilidad. Con resolución, simplemente.

Un poco más tarde, me dirigí al puerto deportivo de Palermo y me dispuse a esperar en el muelle, junto al esquife del Conservancy. Empecé a preguntarme si Daniel y Hazel se presentarían para asistir al funeral del tiburón. Eran las ocho y veinte de la mañana. No sabía cuánto tiempo más retrasar mi salida. Un par de trabajadores del puerto me habían ayudado a cargar el tiburón en la embarcación y el esquife llevaba ya veinte minutos balanceándose en el agua, con el motor en marcha y preparado para zarpar.

«Diez minutos. Esperaré diez minutos más».

Apenas había luz cuando Nicholas había subido a la lanzadera del hotel para recoger el coche. Seguramente debía de haber llegado ya a Sarasota. «Voy a hacerme el favor de no verte más».

Acababa de subir a la barca y estaba a punto de levar anclas cuando los vi corriendo por el muelle, Hazel agitando con frenesí los brazos y gritando: «¡Espéranos!», y Daniel siguiéndola con su gorra de los Tampa Bay Rays calada en la frente. Hazel llevaba su bandolera con el dinosaurio llena de quién sabía qué. ¿Qué se puede llevar al funeral de un tiburón sino un tiburón?

—Alguien ha llegado tarde —dijo Hazel, señalando con el pulgar a Daniel. Daniel levantó las manos en señal de rendición.

—Lo siento.

—¿Qué llevas en la bandolera? —le pregunté a Hazel mientras Daniel la levantaba en brazos para pasarla a la barca.

—Ya lo verás —respondió y me pidió si podía ponerse al timón.

Le dejé conducir la barca prácticamente sola por la zona lenta del puerto y pensé que me habría gustado que Daniel y yo hubiéramos roto el hielo por la noche. Apenas me había mirado al subir a la barca.

Cuando nos adentramos en el Golfo, Daniel llamó a Hazel para que se sentara con él y ver si avistaban delfines. El esquife se balanceó con la estela de otra barca, levantando espuma, y Hazel, cubierta hasta la barbilla con un chaleco salvavidas, chilló y se secó los cristales de las gafas de sol con sus pantaloncitos cortos de tejido de rizo color lavanda. «Aquí tengo a la niña con el chaleco salvavidas, la que sacude el árbol para que caigan las naranjas. Aquí está el hombre que nos espera en la cocina». Era lo que siempre había deseado, ¿no? Tendría que haber sido la imagen perfecta, si no hubiera sido por la tensión. Si no hubiera sido por el tiburón amortajado que teníamos a nuestros pies.

Bajé la velocidad y apagué el motor, lo que creó un repentino silencio vacuo. Estábamos a casi una milla de tierra, lo bastante alejados como para no ser atropellados por las motos de agua y, lo que era más importante, para que el tiburón no fuera empujado de nuevo a la costa por las olas.

El viento había picado el agua. La barca se balanceaba sobre la superficie. ¿Cómo empezar un funeral por un tiburón?

—¿Dónde está Nicholas? —preguntó Hazel, tan de repente que me sobresalté.

Daniel se tocó la visera de la gorra y apartó el brazo de los hombros de Hazel.

—Ha regresado a Sarasota esta mañana —le expliqué.

—Oh —dijo Hazel—. Me gusta..., habla como un Wiggle.

—¿Un qué? —pregunté.

—The Wiggles —explicó Daniel—. Son un grupo musical australiano que cantan canciones infantiles —dijo, meneando la cabeza, como si se sintiera maravillado de poseer aquel tipo de conocimientos.

—¿Es australiano Nicholas? —preguntó Hazel.

—Es inglés —contesté, confiando en que Daniel no se percatara de lo incómoda que empezaba a sentirme hablando sobre Nicholas.

—Como los Pilgrims —dijo Hazel—. Espera un momento. —Salió de su boca un gritito que quedó ahogado—. ¿No es también inglés Nigel Marven?

—Sí, seguramente.

Vi, de forma casi física, cómo Nicholas iba subiendo puntos en la escala de estima de Hazel.

—¿Y por qué se ha ido Nicholas?

Daniel suspiró. Tan fuerte que lo oí incluso por encima del ruido del

viento.

—Tenía trabajo con las rayas —expliqué—. A ver, hablemos ahora sobre cómo queremos hacer el funeral.

—Buena idea —dijo Daniel.

—¿Estáis preparados para ver qué llevo en la mochila? —preguntó Hazel.

—Preparadísimos.

Vació el contenido en el asiento que tenía a su lado. Prismáticos, una gorra para el sol enrollada, un pequeño envase de zumo de manzana y una flor de hibisco con el tallo envuelto en una servilleta de papel. Cogió la flor y la estudió. Los pétalos estaban un poco marchitos, pero mantenían aún su tono naranja intenso. En el centro, una mancha color rojo sangre.

—Es muy bonita —dije.

—En el funeral de mamá había flores. Me llevé una a casa y la abuela Van la guardó dentro de un libro.

—La prensó —puntualizó Daniel.

—Eso, la prensó —susurró Hazel.

Lancé una mirada a Daniel, preocupada de pronto por la posibilidad de que celebrar un funeral para el tiburón hubiera sido un error colosal, temerosa de que un funeral, del tipo que fuera, la arrojara en una espiral de dolor por su madre. ¿A cuántos funerales necesitaba asistir una niña de seis años?

Viendo mi preocupación, Daniel dijo:

—Lo comentamos anoche. —Miró a su hija—. Convinimos en que era como si el tiburón volviera... ¿dónde?

—Como si volviera a casa —contestó Hazel, completando la frase.

—Es una buena manera de enfocararlo. Vuelve a casa, ¿verdad? —apunté, deseosa de decir lo correcto pero sin saber muy bien qué era lo correcto.

—Sí, y por eso no tenemos que estar tristes —explicó Hazel.

—¿Y sabes qué? —dije—. Estás realizando una tarea muy importante ayudándome a devolver el tiburón a las aguas del Golfo. Eres como una bióloga en formación.

A Hazel le gustó la idea y miró a su padre con una sonrisa bobalicona.

Cohibidos los tres, nos colocamos en círculo alrededor del tiburón, oscilando levemente sobre los pies siguiendo el movimiento ondulante de la barca. Hazel levantó un poco la manta con el dedo índice e hizo una mueca al ver el cuerpo duro e hinchado que se escondía debajo. Justo por encima del escote en V del chaleco salvavidas, asomaba el collar con el diente de

tiburón.

—Me gustaría decir que es un honor poder devolver este tiburón a su hogar —pronuncié y, a falta de otra cosa mejor que hacer, extendí la mano como si fuese una aleta, como hacíamos en el saludo del Club del Tiburón.

Hazel levantó también su aleta y finalmente lo hizo Daniel.

Hazel añadió:

—Sentimos mucho que te hayas muerto y esperamos que los tipos que te mataron acaben en la cárcel.

Hazel y yo miramos entonces a Daniel.

—¿Es mi turno? Vale pues. Seguro que fuiste un buen tiburón. Adiós, tiburón.

Hazel rio, con intención, como si Daniel fuese simplemente un miembro honorífico del Club del Tiburón, no un miembro de pleno derecho como ella y yo. Fuera cual fuese el motivo, agradecí su risa.

—Daniel, ¿podrías coger ese extremo de la manta? —pregunté.

—Espera un momento, ¿y el juramento? —dijo Hazel—. Tenemos que hacer el juramento.

Con las olas golpeando la barca, Hazel tomó la iniciativa, con Daniel recitando las palabras un segundo por detrás de nosotras, para que su hija no se diera cuenta de que no lo sabía de memoria.

Daniel y yo cogimos los dos extremos de la manta y levantamos el tiburón por encima de la borda. El maltrecho cuerpo se deslizó hacia el agua, donde cayó con torpeza y empezó a hundirse. Hazel se acercó y observó a través de los prismáticos el punto justo donde había desaparecido el tiburón y, acto seguido, arrojó allí su flor de hibisco.

Durante unos segundos, la vimos flotar.

Cuando Hazel volvió a acercarse los prismáticos a los ojos, Daniel me cogió la mano y se la llevó a los labios para darle un beso en el dorso. El modo en que su cabello asomaba por debajo de la gorra, el brillo de sus ojos intensamente azules, su postura, todo me recordó al chico de trece años que fue en su día. El rostro que se quedó mirándome la primera vez que le dije que le quería. Vi al chico de diecinueve años que me besó en el ascensor, un beso rebotante de hambre y de liberación. Separar nuestra historia del hombre en que se había convertido era muy difícil. ¿Le resultaría difícil a él también? ¿Me miraría y me vería él como era yo o como la chica a la que tanto daño había hecho, la chica que había salido de repente de su vida, la

chica a la que había suplicado que lo perdonara y que no había podido hacerlo?

Giré la mano y la abrí para acariciar su mejilla caliente. ¿Qué pasaría si ninguno de los dos volviera a mencionar lo que había pasado ayer, si yo nunca volviera a mencionar la escena con Nicholas? Me di cuenta de que no deseaba hablar de ello, como si confrontar lo sucedido pudiera cambiarlo todo. Y, conociendo como conocía a Daniel, sabía que él tampoco quería levantar la piedra para ver qué había debajo. Que la dejaría donde estaba, sin moverla.

Oí un «plop» en el agua.

—¡Mis prismáticos! —chilló Hazel—. ¡Se han caído al agua!

—No son más que unos prismáticos, podemos comprar otros —dijo Daniel cuando me lancé por la borda y me sumergí dispuesta a encontrarlos.

El agua se arremolinó a mi alrededor, fría y burbujeante. Por encima, y aparentemente lejísimos, oí que Daniel y Hazel me llamaban. Acto seguido, un sonido vacío me inundó los oídos y ya no oí nada más que no fueran las entrañas del Golfo.

El agua estaba limpia, pero no cristalina. Tampoco había mucha profundidad, tres metros y medio tal vez. Descendí con rapidez y enseguida localicé los prismáticos. La correa flotaba como si colgara de un cuello fantasma. Pasé el brazo a través de ella e iba a impulsarme hacia arriba cuando vi el tiburón muerto tocando el fondo. Sin la cola ni la aleta, la criatura mutilada parecía más incongruente en el mar que en la barca. A estas alturas, otros tiburones habrían detectado ya su presencia. En poco tiempo se convertiría en parte de la cadena alimentaria.

Con los pulmones doloridos, ascendí de aquel bello cementerio, pensando que algún día se convertiría también en el mío. Quería que arrojaran mis cenizas allí, y por un segundo me pregunté quién sería el encargado de arrojarlas.

Emergí y aspiré una bocanada de aire. Levanté la mano con los prismáticos. Hazel aplaudió, emocionada. Y Daniel se quedó mirándome como si me hubiera vuelto loca.

Aquella noche, Daniel y yo estábamos sentados en el borde de la piscina del hotel, con los pies en el agua. Situé la pierna justo encima de una de las

salidas de agua para que el chorro me masajeara la pantorrilla hasta entumecerme la piel y ablandarme la musculatura. Cuando los huéspedes que aún quedaban por allí se envolvieron con la toalla y recogieron sus cosas, Daniel se inclinó hacia mí y me besó en el cuello.

—Mañana voy a ver una casa. Me gustaría que vinieras conmigo —dijo—. En dos semanas y media, Hazel empieza el colegio y me gustaría que estuviéramos instalados lo más pronto posible. Es una casa pequeña de dos habitaciones en Bay Court. Tiene un jardincito. Y una cocina muy bonita.

—Suenan perfecto.

Las luces del interior de la piscina nos iluminaban las piernas. Un destello perdido cayó sobre el rostro de Daniel, como un relámpago. Era guapo.

—Maeve, no sé qué estaba haciendo ayer Nicholas contigo —dijo de repente—. ¿Hay algo que debería saber?

Fue como si me hubiese tendido una emboscada para la que no estaba preparada y me quedé sorprendida por no haber acertado: Daniel sí quería hablar sobre el tema. Saqué del agua las piernas, que se enfriaron al instante, y las recogí contra el cuerpo.

—Vamos, Maeve. Sabes a qué me refiero. Vi cómo salías corriendo tras él cuando se marchó de la cocina. —Sumergió la mano en el agua y la sacudió—. Dime que no debería preocuparme por nada.

—No tienes que preocuparte —contesté—. Nicholas vino por lo del tiburón. Acabó ayudándome con la autopsia. Es un amigo.

Pero al pronunciar la última frase, dudé de que aquello siguiera siendo cierto. Me recosté sobre las baldosas frías y observé las palmeras. El aire sacudía las ramas, las agitaba como escobas gigantes. Una de ellas, colgada simplemente por las fibras, se retorció con el viento.

—No hemos hablado mucho sobre el futuro —dije—. ¿Por qué?

—Estoy intentando hacerlo en estos momentos —replicó Daniel, reclinándose sobre los codos—. Ven a ver la casa conmigo.

—De acuerdo. Iré a ver la casa contigo. Aprovechando que Russell no está mañana en la oficina porque tiene reuniones con donantes en Tampa, me tomaré la tarde libre.

Era un alivio pensar que aún me quedaba un día para tener que enfrentarme a Russell y darle explicaciones sobre la recompensa que había ofrecido de forma tan impulsiva. Ladeé la cabeza y miré a Daniel. Ya no tenía la cara iluminada.

La rama colgante de la palmera se desprendió de repente y se estampó contra el suelo, cerca de nuestras cabezas. Salté, y del susto se me cortó la respiración.

—Dios —dije, al ver lo cerca que había caído, y perdí la mirada más allá de la cara de sorpresa de Daniel, oculta en la espaciosa y poco fiable oscuridad.

La casa de Bay Court era una pequeña vivienda típica de Key West pintada en color verde lima, con persianas blancas y una puerta de entrada con cristales que crujió cuando la vendedora de la agencia inmobiliaria la abrió. Llevaba un pantalón capri a cuadros blancos y negros, sandalias rojas y unas gafas de sol en la cabeza que sujetaban un torrente de cabello rizado de color gris. En el camino de acceso, se había presentado con el nombre de Alex.

Cuando entramos, el corazón empezó a latirme con más fuerza. La casa vacía resplandecía con la luz que entraba por las ventanas y se reflejaba en los relucientes suelos de madera. Me habría costado poder definir mis sentimientos: euforia, miedo, cautela, certidumbre, un poco de todo.

En el salón, realicé un giro completo sobre mí misma, asimilándolo. La estancia tenía estanterías de obra y unas puertas correderas que se abrían al porche acristalado de la parte de atrás.

—El jardín es pequeño, pero está vallado —explicó Alex, abriendo la puerta corredera para que pudiéramos salir al exterior—. No hay piscina, pero me parece que no especificaron que quisieran piscina, porque si especificaron que querían piscina...

—Sí, está bien —dijo Daniel—. ¿Dónde está la cocina?

Era tan grande como el salón, con armarios blancos y encimeras y el frente en color azul cobalto. Daniel empezó a jugar con los fogones, encendiéndolos y apagándolos. Abrió el horno, la nevera, la despensa, todos y cada uno de los armarios y los cajones. Encendió el pequeño televisor con pantalla plana que había sobre uno de los armarios y se sorprendió de que la conexión por cable siguiera funcionando.

—En ese horno se pueden calentar muchos *nuggets* de pollo —comenté.

Me lanzó una mirada de pura felicidad y enarcó las cejas formulando

mentalmente una pregunta: «¿Te gustaría vivir aquí?».

—Me imagino que fuera no habrá ningún naranjo plantado —le dije a Alex, medio en broma.

—Hay un limonero —me informó.

Me acerqué al rincón de desayuno y miré a través de la ventana en voladizo. El limonero parecía esculpido como una piruleta.

Alex nos guio por el resto de la casa. Los dormitorios eran pequeños, pero había dos. Uno estaba pintado en azul y pensé en lo mucho que le gustaba a Hazel la habitación azul que tenía en casa de Van, porque, decía, era el color del mar. Me habría gustado que estuviese allí para reclamarla. Pero Daniel no había querido que viese la casa hasta estar seguro. Nos habíamos escapado a visitarla aprovechando que Hazel estaba en clase de baile.

Después de inspeccionar todas las estancias y de que Daniel formulara infinitas preguntas sobre las tuberías de cobre y las persianas antihuracanes, regresamos al salón, donde Alex anunció que tenía que devolver varias llamadas y salió por ello al exterior, dándonos así privacidad para cambiar impresiones.

Daniel y yo regresamos al porche de atrás y él extendió la hamaca que había colgada en una esquina.

—¿Y bien? —preguntó.

—Me gusta. Y a Hazel le encantaría la habitación azul, ¿no crees? Y el jardín. Podrías instalarle un columpio en la rama de un árbol. Y estoy segura de que te habrás dado cuenta de que ese buzón negro tan sencillo que hay en la entrada no cuadra de ninguna manera. Hazel insistirá en que le pongas un buzón delfín como el de Van para poder disfrazarlo en ocasiones especiales.

—Ven aquí —dijo Daniel.

Me acerqué y tiró de mí para que me tumbara en la hamaca a su lado. La red se extendió bajo el peso de nuestros cuerpos y la hamaca chirrió, amenazando con arrojarnos al suelo, lo que me llevó a abrazarme a él, riendo. Cuando se estabilizó, nos quedamos mirando el techo, que estaba pintado de color azul pastel.

—Ya sabes: puedes irte a Mozambique y convivir con los mosquitos y la malaria durante cuatro meses, o puedes mudarte a vivir aquí con nosotros ahora mismo.

Con torpeza, conseguí sentarme y dejar las piernas colgando hacia un lado, dándole a él la espalda.

—Daniel, ¿por qué me lo pones tan difícil? Sabes perfectamente que dejaros aquí a Hazel y a ti será terrible.

Me cogió la mano.

—¿Está cerrado, entonces? ¿Ya es definitivo que te marcharás?

—Está cerrado. Siempre te lo he dejado muy claro.

Noté que su mano se ponía rígida, pero no la apartó.

—Pensé que podrías cambiar de idea.

Me quedé mirándolo y noté que el nudo de enojo que había en mi interior se aflojaba.

—Durante un tiempo yo también lo pensé. Pero viajar a África significa mucho para mí.

—También lo es que te pida que vengas a vivir con nosotros —dijo Daniel con sequedad, levantándose.

—Puedo venir a vivir contigo cuando vuelva —repliqué, sintiendo un latigazo de miedo al pensar en dónde podía desembocar todo aquello—. Me refiero a que entiendo que no estás dándome un ultimátum, ¿no? Que no me estás diciendo que ahora o nunca.

—No es esa mi intención. Simplemente que me gustaría pensar que yo te importo tanto como uno de esos tiburones de África.

Miré a través de los cristales del porche y vi otro limonero. En el suelo había un montón de limones, esferas doradas y luminosas. Me habría encantado estrujarlas.

Daniel se volvió hacia mí y sus ojos echaron chispas.

—¿Es por Nicholas? ¿Acaso ese jodido lord Nelson va a ir también a Mozambique?

—Le pedí que viniera cuando estábamos en Bimini, pero dudo que ahora vaya a ir —respondí a gritos.

—¿Qué hay entre tú y ese tipo? ¿Qué pasó en Bimini? ¿Te acostaste con él?

—Por Dios, Daniel.

Me miró fijamente y tuve la sensación de que se arrepentía de lo que acababa de decir, pero estaba tan enfadada que me daba igual.

—¿Y qué pasaría si Nicholas fuera también a África? Confías en mí, ¿no?

—Confío en ti. Pero en él, no confío.

Eché a andar hacia las puertas correderas, percatándome de todas y cada una de las manchas y las huellas que había en el cristal, de todas y cada una

de las mariposas nocturnas muertas que había en el suelo, de todas y cada una de las marcas de óxido que habían dejado las viejas macetas.

—No has respondido a mi pregunta —dijo Daniel.

—¿Qué pregunta? ¿La de si me acosté con Nicholas en Bimini antes de volver a casa y encontrarte aquí? ¡No! No lo hice. ¿Y ahora qué? ¿Te sientes mejor? Si hubiera que interrogar a alguien sobre cuestiones de confianza, sería a ti y no a mí.

Daniel se retiró y se encaminó enfurecido hacia el jardín a través de una puerta de la esquina de cuya presencia ni siquiera me había percatado. Me arrepentía de haber dicho aquello y, por otro lado, no me arrepentía en absoluto. Vi que Daniel cogía un limón del suelo y lo lanzaba hacia el otro lado de la casa.

Entré en el salón y seguí el sonido de la televisión, que continuaba encendida en la cocina, y allí descubrí a Alex con los codos apoyados en la encimera, mirando la pequeña pantalla.

Intenté mantenerme imperturbable.

—Ya estamos.

Me miró entrecerrando los ojos, como si tratara de enfocar mis facciones, y a continuación señaló hacia la tele.

—¡Ya me parecía a mí que era usted! ¡Está saliendo en la CNN!

Y, efectivamente, allí estaba yo, delante de una sábana blanca en el interior de la cámara frigorífica de la cocina de Daniel, señalando el siniestro corte que había sufrido el tiburón. En el subtítulo que había redactado la CNN y que aparecía a pie de pantalla se leía: «Bióloga marina denuncia cacería de tiburones para negociar con sus aletas en Florida».

Dios mío. La CNN. Habían decidido dar la noticia.

Daniel entró en aquel momento en la cocina y nos encontró extasiadas delante del televisor. Miró la pantalla y nos vio a Nicholas y a mí ante la cámara frigorífica. «Siempre me ha importado. Los tiburones son importantes», estaba diciendo yo ante el micrófono.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Daniel.

—Es usted famosa —me dijo Alex.

Me volví hacia Daniel e inspiré hondo. «Tendría que haberle contado lo de la entrevista. Tendría que habérselo contado».

Salió furioso de la cocina, con mi voz en la pantalla siguiendo sus pasos: «Todo lo que nada en el mar es importante. Los delfines, las rayas, los

caballitos de mar más diminutos y los cangrejos más minúsculos».

La mañana después de la desastrosa visita a la casa, me presenté en el despacho de Perri antes de ir a trabajar, decidida a contarle el lío tan tremendo en el que Daniel y yo nos habíamos metido. Estaba furiosa con él por ser tan celoso y posesivo, por la actitud antediluviana que exhibía hacia mi carrera profesional y, al mismo tiempo, tenía remordimientos por mi espíritu vengativo. Había sacado a relucir la vieja infidelidad de Daniel y se la había echado en cara. Tenía la sensación de haber cruzado una línea muy peligrosa y no sabía cómo deshacer mis pasos. Confiaba en que Perri lo supiera. Había pasado la noche en vela reviviendo el terrible dolor que me provocó en su día la pérdida de Daniel y me había levantado desesperada por reparar la brecha que había abierto entre nosotros.

Perri siempre estaba en su despacho a primera hora. La vi sentada detrás de la mesa a través de la puerta entreabierta y entré en tromba, sin siquiera tomarme la molestia de llamar, y empecé a hablar antes incluso de que ella levantara la cabeza.

—¿Tienes un momento? Necesito hablar, de verdad...

Me callé de pronto. Tenía compañía. Daniel y Robin estaban sentados delante de ella, libretas y bolígrafos en mano. Acababa de interrumpir una reunión.

—Oh, perdón —dije—. Ya veo que estás ocupada.

—Estábamos repasando los detalles de la Fiesta del Libro —explicó Perri, indicándome con un gesto que entrara—. Los pedidos referentes a la comida tienen que salir esta mañana y he hecho venir a Daniel fuera de su horario de trabajo.

Daniel se giró hacia mí un instante y enseguida apartó la vista para perder la mirada por la ventana que había detrás de la mesa de Perri, donde planeaba

un águila pescadora como una bolsa de plástico a merced del viento.

—Me voy. Ya hablaremos en otro momento; puedo esperar.

—Tú no te vas —respondió Perri—. No sin antes hablar contigo sobre tu aparición en la CNN. ¡Quién lo habría dicho! Me ha llamado todo el mundo para preguntarme. Anoche vi la entrevista. Estuviste espectacular. ¿Verdad que estuvo espectacular?

—Totalmente —admitió Robin—. Tenemos en casa una estrella de la CNN.

Daniel sonrió en dirección a Perri, una sonrisita de compromiso.

El día anterior, después de ver la entrevista, ni Daniel ni yo nos habíamos despedido de la vendedora. Me había limitado a seguirlo cuando había salido de la cocina de la casa perfecta con limonero y habíamos regresado al hotel sumidos en un silencio que casi podía cortarse.

Daniel se levantó.

—Si hemos terminado ya de decidir el menú, empezaré a preparar los pedidos.

Perri me clavó la mirada.

—Por supuesto, el menú lo tenemos más que decidido.

Cuando Daniel pasó por mi lado, me dijo, tan bajito que tuve que aguzar el oído:

—A lo mejor nosotros también podríamos hablar.

Cuando se hubo marchado, comenté:

—Os dejo seguir trabajando. —Hice todo lo posible para fingir que aquella escena tan incómoda no se había producido.

Pero Perri no sabía fingir tan bien como yo.

—Maeve, cariño, ¿va todo bien?

—No, pero lo solucionaré. Mejor no hablar de este asunto ahora, ¿de acuerdo? —respondí y cambié de tema, obligando a mi voz a mostrar un entusiasmo que yo no sentía en absoluto—. Así que se acerca la Fiesta del Libro.

—Pero... —dijo Perri, mirándome con preocupación.

—Sí, se acerca —intervino Robin, acudiendo a mi rescate. No me veía capaz de hablar del tema en aquel momento, y él, de un modo u otro, lo sabía. Sería porque éramos hermanos gemelos—. Ve preparando tu disfraz de George Sand —prosiguió—. Le he dicho a Mindy que venga de Cenicienta, lo cual sería perfecto. ¿No te parece? Me ha dicho que Hazel va a disfrazarse

de ratoncillo. Un ratoncillo que baila o algo así.

—De Angelina Ballerina —le confirmé.

—Eso es —dijo Robin, sorprendido.

—Lo sé porque a Hazel le encantan los libros de Angelina Ballerina.

Hablar frívolamente sobre disfraces y ratones bailarines me consumió mucha energía.

En el vestíbulo del Conservancy no había nadie excepto la dependienta de la tienda de regalos, que estaba golpeando cartuchos de monedas contra el cajón de la caja registradora. Eché un vistazo a la pecera infantil, como siempre hacía antes de dirigirme a mi despacho. A pesar del ruido, los erizos de mar, anaranjados y lilas, se mantenían imperturbables. Una estrella de mar se arrastraba por el fondo con sus diminutos pies tubulares. Me quedé allí observando, hipnotizada por la escena.

Estaba ganando tiempo. No solo tenía que disculparme ante Russell por haber prometido a los telespectadores una recompensa sustanciosa y no autorizada por parte del Conservancy, sino que además tenía que pedirle el dinero.

Tenía la puerta abierta, pero llamé igualmente antes de que Russell me indicara con un gesto que pasara. Inicié mi discurso antes de darle tiempo a decir nada.

—Seguro que ya te has enterado de lo de la entrevista. Hablé sin pensar cuando ofrecí la recompensa. Fue el nerviosismo del momento y de pronto me pareció la mejor manera de obtener algo de información. Me salió sin querer. No tendría que haber puesto esa carga sobre las espaldas del Conservancy. Si no conseguimos el dinero necesario, lo pagaré de mi bolsillo.

Russell permaneció sentado, tan quieto como los erizos de la pecera.

—Entendido. Toma asiento —dijo.

Cogí una silla de delante de la mesa e insistí:

—Lo siento.

—En primer lugar, quiero decirte que he visto la entrevista. Me siento orgulloso de ti. Y pienso que la junta directiva estará dispuesta a darte vía libre para donar el dinero a cambio de la publicidad gratuita que se ha conseguido con esto. Pero, por si acaso, ofrezcámosles la opción de que estás

dispuesta a pagar hasta la mitad de la recompensa y veremos cómo acaba el tema.

Asentí con la cabeza.

—En segundo lugar, acabo de repasar las llamadas que hemos recibido en la línea directa y, desde que se emitió la entrevista, hemos recibido más de ochenta. En su mayoría no valen nada, pero hay un par que sí que podrían ser útiles para la investigación.

Me enderecé en la silla.

—¿En serio?

—He dicho que «podrían» ser útiles, así que no te hagas muchas ilusiones. —Señaló con unos golpecitos un montón de papeles que tenía en la mesa—. Aquí tienes la transcripción de todas las llamadas.

Me entregó las dos hojas de arriba.

Las llamadas que Russell consideraba que tenían alguna posibilidad estaban destacadas en amarillo. La primera era de alguien que informaba sobre un cebado del agua con sangre, una práctica común para atraer tiburones. La otra era sobre un avistamiento de varios hombres pescando tiburones en alta mar. Se me cayó el alma a los pies: no era mucho para iniciar una investigación. Releí las transcripciones, y entonces caí en la cuenta de que ambas llamadas describían la misma embarcación. Según la primera llamada, el cebado del agua había tenido lugar desde un barco blanco de unos dieciocho pies de eslora con una toldilla blanca de color blanco sucio. La pesca del tiburón se había practicado desde un barco blanco, de entre dieciséis y dieciocho pies de eslora, con una toldilla en mal estado de un color parduzco.

—Se lo llevaré a la sargento Álvarez —dije.

—Llévale todas las llamadas —me recomendó, pasándome el pliego de papeles—. Las hemos leído, pero no somos miembros de los cuerpos policiales. —Me levanté, pero me indicó con un gesto que volviera a la silla—. Y hay algo más.

Me senté y esperé mientras Russell jugueteaba unos instantes con el pisapapeles de cristal en forma de rueda de moto que tenía en el escritorio y exhalaba, a continuación, un largo suspiro de preocupación. Cogió finalmente una de las hojas de las transcripciones de llamadas que había dejado aparte del resto.

—Una de las llamadas era una amenaza. Era de un hombre. E iba dirigida a

ti.

Le arranqué el papel de las manos. «Maeve Donnelly, olvídate de este asunto o te arrepentirás como una mala puta».

Me atravesó un sentimiento de frialdad y vacío. Miré a Russell con una punzada de pánico que emborronaba el perfil de los objetos.

—Quiero que le enseñes a Álvarez esta amenaza —dijo.

—No te la estarás tomando en serio, imagino —repliqué, confiando en que no se hubiera percatado de lo nerviosa que estaba.

—Me la tomo en serio, y tú deberías hacer lo mismo. Quiero que te mantengas al margen por el momento. Que levantes el pie del acelerador respecto a todo esto.

—Esta tarde tengo una entrevista por teléfono con el *Orlando Sentinel*. Y tanto el *Naples Daily News* como los del canal NBC local se han puesto en contacto conmigo.

—Me lo imaginaba. Deja que Álvarez se encargue de ellos.

El reflejo involuntario de miedo empezaba a esfumarse. Ahora solo me sentía indignada.

—No puedo echarme atrás porque un loco haya hecho una amenaza que seguramente es totalmente vacua.

—Mira, Maeve, escúchame bien. Quienquiera que haya llamado sabe quién eres y dónde trabajas. No le sería complicado averiguar dónde vives. No es mi intención asustarte; simplemente te digo que te lo tomes en serio.

Me dirigí a la puerta con el pliego de papeles.

—Aprecio mucho tu preocupación, de verdad. Iré con cuidado, pero no puedo darme por vencida. Ahora no.

Al llegar a mi despacho, dejé los papeles sobre la mesa. Justo en aquel momento, se posó en el alféizar de la ventana un sinsonte, que miró hacia el interior con perplejidad, ladeando la cabeza para inspeccionar el mundo desconocido que se desplegaba más allá del cristal.

Aquella noche apagué las luces, me metí en la cama con el mando a distancia de la tele y me recosté sobre una montaña de cojines. Durante todo el día, mis pensamientos habían sido un ir y venir entre Daniel y las amenazas de aquella llamada anónima. Deseosa de una pausa mental, encontré a Alan Alda seduciendo a Ellen Burstyn en *El año que viene a la misma hora*.

Cuando iba por la mitad de la película, llamaron a la puerta. Salí de la cama y descubrí que era Daniel, que esperaba en el pasillo con una tarta.

—¿Lima de los Cayos? —le pregunté.

—Merengue de limón.

La imagen de Daniel lanzando el limón contra la pared lateral de su posible casa rebotó en mi cabeza. ¿O sería nuestra posible casa?

Me entregó la tarta con ambas manos e hizo una reverencia como si fuese una oferta de paz.

—Lo siento —dijo.

—Yo también lo siento —contesté.

Daniel entró y se quitó la chaquetilla de chef. Tenía la camiseta manchada de sudor en el cuello y las axilas.

—Dije cosas horribles... —empecé a disculparme, pero él me interrumpió.

—Yo dije cosas horribles. No es necesario repetirlo, ¿vale? Lo sentimos los dos. No profundicemos en el tema.

Pero a mí me daba miedo aquel intercambio de palabras hirientes que habíamos mantenido, el lugar de nuestro interior de donde habían salido, que aquello hubiera sucedido cuando empezábamos a pensar en iniciar una vida juntos. No es que tuviera la sensación de que todo aquello estuviera brotando como una hemorragia. Iba goteando lentamente. Había que profundizar en lo que había pasado entre Daniel y yo.

Me besó. Fue como una especie de torniquete, pero lo acepté.

—Voy a ducharme —dijo—. ¿Te molesta?

—Adelante. Estaba acabando de ver una película.

Daniel se desnudó a oscuras. La luz de la tele se reflejó en su cuerpo. Dejó los zapatos y la ropa en el suelo, entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de la ducha. Oí el agua salpicando contra las baldosas. Subí el volumen de la película justo cuando Daniel volvía a salir desnudo del cuarto de baño.

—Tengo algo de ropa aquí, ¿verdad? —preguntó, sin un ápice de timidez.

Recogí las piernas contra mi cuerpo y reí escondiendo la cara entre las rodillas.

—En el cajón de abajo —respondí.

Daniel sonrió.

—Te estás riendo. Estoy desnudo y tú te estás riendo.

—Me hace gracia la confianza con que te paseas así —dije, cuando volvió a entrar en el baño y cerró la mampara de la ducha.

Qué fácil era regresar a aquella sensación de ligereza. Tal vez no fuera necesario diseccionar la pelea. Tal vez nuestro vínculo trascendiera a la necesidad de retirar la gasa y examinar la herida.

Me levanté de la cama y cogí unos calzoncillos y una camiseta para Daniel y recogí la ropa sucia del suelo. Olía a sudor, a humo y a un batiburrillo de platos italianos y de pescado.

Me gritó desde el baño:

—¿Qué tal te ha ido el día?

—No ha estado mal. He hecho otra entrevista. Con el periódico de Orlando. Y tenemos una pequeña pista sobre la caza de tiburones.

—Ah, ¿sí?

—Sí. De la línea directa de teléfono que hemos puesto en marcha.

Dejé la ropa sucia de Daniel sobre una silla y me acerqué a la puerta del baño, donde me quedé sopesando si contarle o no lo de la amenaza. Era consciente de que ya le había escondido demasiadas cosas.

—Y ha habido algo más —dije, hablándole desde el otro lado de la mampara de la ducha. Cuando empezó a enjuagarse el champú, la espuma le cayó por la espada—. No es nada a tener en cuenta, pero uno de los que llamó a ese teléfono profirió una amenaza dirigida... contra mí.

Daniel cerró el agua, cogió una toalla y se envolvió el cuerpo por la cintura.

—¿Qué tipo de amenaza?

—Llamó un hombre y dijo que me olvidara de todo el asunto de los tiburones y las aletas o me arrepentiría. O, más concretamente, que me arrepentiría como una mala puta.

—Por Dios, Maeve.

Daniel me abrazó. Tenía la piel húmeda y caliente y por un instante fue un alivio sentirme tan protegida.

Pensé en la pintura que me había hecho Perri y que seguía en el tocador. Maeve, el Tiburón. La imagen me representaba rebosante de valentía. No estaba del todo segura de poder estar a la altura.

—Es una amenaza muy personal. No me gusta.

Me aparté un poco, sin retirarme por completo de su abrazo.

—Tampoco a mí. Estoy asustada, ¿vale? Pero ¿qué quieres que haga? ¿Olvidarme de mi trabajo? ¿Despreocuparme del tema porque un cobarde ha dicho por teléfono que viene a por mí y que deje correr el tema? Eso no

pienso hacerlo.

Daniel me atrajo hacia él.

—No —dijo—. No espero que lo hagas.

El último sábado de julio, Marco estaba en el embarcadero del hotel haciendo agujeros en las conchas blancas y moradas y en las mitades de coco vacías que Hazel y yo habíamos comprado en Jolly hacía unos días. El taladro perforaba el ambiente con un agudo «ZZIIII ZZIIII». Hazel observaba la escena a través de sus gafas protectoras y con las manos tapándose los oídos.

Cuando a primerísima hora había llamado a Marco para pedirle que me prestara el taladro, quiso saber para qué lo necesitaba.

—Hazel y yo tenemos un proyecto —le había explicado.

—¿Qué tipo de proyecto?

—Un..., mmm..., un sonajero —le había respondido.

—¿Un sonajero de bebé?

—No, un sonajero para llamar tiburones.

—¿Y qué demonios es un sonajero para llamar tiburones?

—Le expliqué a Hazel que los nativos de Kontu utilizan sonajeros para atraer a los tiburones a sus barcas y tuvo la idea de fabricar uno. Ya sé que es..., que es...

—¿Una locura? —apuntó Marco.

—Iba a decir que no es el tipo de objeto corriente que uno fabrica. Que no tiene nada que ver con hacer unas manoplas para la cocina, por ejemplo.

Marco se echó a reír.

—Ni en broma.

—Pero es que ella no es el tipo de niña de seis años corriente —dije.

—Tienes razón. ¿Y por qué no te hago yo mismo los agujeros?

Y así fue como acabamos allí, haciendo volar fragmentos de coco en todas direcciones. Cuando Marco acabó de taladrar agujeros, Hazel le dio las

gracias ofreciéndole un apretón de manos y enseguida imaginé lo que vendría a continuación. Cuando compramos las conchas en Jolly, el atractivo de los chismes a un dólar había sido demasiado grande para que Hazel no cayera en la tentación y me había pedido por favor si podía hacerse con un artículo de broma que consistía en un artilugio que zumbaba cuando le estrechabas la mano a alguien. Le había concedido el capricho.

Marco le dio la mano y dio un brinco, sorprendido. Hazel se echó a reír y yo dije que lo sentía. Él fingió que se abalanzaba sobre ella y ella echó a correr por el muelle.

—Esto es igual que si te pilla un pez gato —dijo Marco.

Después de que recogiera el taladro y se fuera, Hazel y yo nos sentamos en el embarcadero y nos entretuvimos pasando conchas y mitades de coco por una cuerda, con la que formamos un círculo que acabamos uniendo con un nudo.

—Parece una pulsera para gigantes —comentó Hazel, agitando el invento.

Las conchas tintinearón y chocaron contra los cocos, emitiendo una música que parecía un eco. Hazel abrió los ojos de par en par.

—¡Hala! —dijo—. Tendríamos que celebrarlo con un apretón de manos.

Mordí el anzuelo. La minúscula descarga me afectó hasta la muñeca. Le arranqué el espantoso cacharro y la perseguí con él, suplicándole que por favor me diera la mano.

Cuando subimos a bordo del pequeño esquife del hotel, que estaba amarrado junto al pontón, le hice una fotografía a Hazel enseñando el sonajero. A continuación, me cubrí la cabeza con una gorra del Conservancy de color caqui, pasando la coleta por la parte de atrás, y me dispuse a batallar contra el ligero viento del Golfo hasta echar anclas unos ochenta metros más allá de las señalizaciones del canal, un punto desde el cual seguía siendo visible el tejado de ladrillo del hotel. El cabello de Hazel se agitaba con el viento y le tapaba los ojos y vi que hurgaba en el interior de su bandolera del dinosaurio, se echaba el pelo hacia atrás y se ponía sus gafas de sol rojas.

—¿Puedo agitar ya el sonajero? —preguntó.

—Sí, adelante.

Estiró el brazo por encima de la barca y agitó el sonajero mientras yo disparaba más fotografías. Los cocos chocaron contra el casco lateral de la embarcación. Las conchas golpetearon como granizo. El sorprendente alboroto viajó por el agua y me obligó a volver la cabeza hacia la playa para

ver si habíamos alarmado a los bañistas.

—¿Crees que vendrá algún tiburón? —preguntó.

—A lo mejor sí —respondí.

En realidad no creía que se acercara ningún tiburón, pero tampoco descartaba del todo la posibilidad. Cosas más raras habían pasado. El libro de la biblioteca que hablaba sobre los tiburones del Pacífico Sur explicaba que los kontu hacían chocar los sonajeros contra el casco de sus barcas y los removían en el agua, imitando con ello el sonido que emitía un pez angustiado. Los tiburones estaban biológicamente diseñados para responder a esas vibraciones desde grandes distancias, lo cual quería decir que los kontu obraban con conocimiento de causa.

Hazel sacudió unas cuantas veces más el sonajero y descansó unos minutos antes de inclinarse otra vez por la borda de la barca.

—A lo mejor, si me acerco más al agua —dijo, sumergiendo el sonajero un poco más.

La sujeté por la cintura del pantalón mientras seguía agitando cocos y conchas. De pronto, el salto de un pez fuera del agua asustó a Hazel y la obligó a refugiarse en la barca.

—Ese era un pez llamado machete —le expliqué riendo.

—¿Y qué haremos si llega un tiburón? —preguntó.

—Lo miraremos y ya está. Desde donde estamos.

—Prueba tú —dijo, pasándome el sonajero.

Lo sumergí intermitentemente en el agua y lo moví como una marioneta mientras Hazel vigilaba la posible aparición de un tiburón. Si acababa emergiendo uno, no lo haría como un delfín, soltando ruidosamente aire por un espiráculo. Sino que se acercaría con sigilo. Vislumbraríamos una aleta recortando en silencio la superficie del agua.

—Tengo hambre —anunció Hazel.

Cambiamos el sonajero por galletas saladas con mantequilla de cacahuete. Hazel se sentó al timón y empezó a comer. Yo bebí un buen trago de agua y observé que el viento, que empezaba a levantarse con más fuerza, agitaba el agua en semicírculo delante del esquife. Me fijé en las migas que iban cayendo sobre el pantalón corto de Hazel y me inundó un sentimiento de satisfacción, casi de pereza. Se metió una galleta entera en la boca e infló las mejillas. Riendo, extraje de mi bolsa un zumo de manzana y se lo pasé.

—¿Quieres que probemos una vez más lo de llamar a los tiburones? —le

pregunté.

Hazel cogió el sonajero y se abalanzó sobre el lateral del esquiife.

La sujeté por la camiseta con una mano mientras con la otra me llevaba los prismáticos a los ojos.

—¿Ves ya algún tiburón? —preguntó Hazel, levantando la voz por encima del escándalo que estaba montando.

—Todavía no.

Examiné el horizonte en busca de barcos de pesca. Tal vez hubiera un barco en alta mar capturando tiburones, cortándoles las aletas y arrojando de nuevo los cuerpos por la borda.

—Si viene un tiburón —dijo Hazel—, seguro que lo hará pensando: «A ver tú, que me has llamado, ¿qué querías?». —Dejó el sonajero en un asiento, se quitó las gafas de sol y me miró con el ceño fruncido—. ¿Y entonces qué le decimos?

—Buena pregunta —contesté, sin tener ni idea de cómo responderla. Tuve la sensación de que me la formulaba por algo más que por simple curiosidad.

—¿Te acuerdas de aquella historia que leímos que hablaba de que los tiburones eran gente muerta que regresa al mundo? —Hazel pronunció la palabra «muerta» en un susurro, como si fuera demasiado triste o demasiado sagrada como para decirla en voz alta—. ¿Y si resulta que el tiburón que se acerca es mi mamá?

Le sonreí. ¿Sería por eso que se había empeñado en fabricar un sonajero para llamar a los tiburones? Hazel tenía ganas de hablar sobre su madre, eso era evidente.

Articulé mi respuesta con mucho cuidado.

—Mira, Hazel, no creo que los familiares muertos regresen aquí en forma de tiburón. Es más bien un mito, como un cuento de hadas. Pero si imaginamos... Digamos que tu mamá regresa en forma de tiburón, ¿qué le dirías?

Hazel miró hacia el cielo como si estuviera descifrando las posibilidades.

—Le diría: «Mamá, ¿puedes verme? ¿Nos puedes ver a Maeve y a mí?». Y ella seguramente respondería: «Sííí. Os veo todo el rato».

De modo que era eso. Que quería que su madre diera su conformidad a que estuviéramos juntas.

—Me pregunto qué pensaría viéndonos a las dos aquí —dije.

—Cuando me meto en la cama, siempre le cuento cosas —me explicó

Hazel—. Le he contado lo del Club del Tiburón. Y que tú podrías ser mi mamá. Y le parece bien.

Cogió otra vez el sonajero y empezó a agitarlo, más rítmicamente, estudiando las distancias acuosas.

Presté atención a los tamborileos lentos que palpitaban alrededor de la barca. Yo llevaba también el verano entero invocando la presencia de fantasmas: mi espectro y el de Daniel.

—¿Crees que mi botella llegó a ese lugar donde tú dijiste que iría a parar? —preguntó Hazel—. ¿Mozum no sé qué?

Necesité un momento para recordar qué le había contado.

—¿Mozambique?

—Eso, Mozam-bique.

Pronuncio la palabra con acento francés, igual que hacía con *gâteau*.

—Es posible —respondí y de pronto me pareció mal no contárselo—. En cuestión de unas semanas marcharé allí, a Mozambique. Ya te lo diré si aparece la botella.

—¿Te vas?

Se dejó caer en el banco, unió las manos sobre su regazo y se quedó mirándome. Se había quedado abatida. Me alegré de que se hubiera puesto de nuevo las gafas de sol, era un alivio no verle los ojos.

—Solo por un tiempo —le expliqué.

—¿Y allí qué hay?

—Tiburones ballenas y rayas muy grandes y viejas.

—Ojalá pudiera ir yo también —dijo.

—Mira, haré una cosa. Bucearé con la cámara y te mandaré fotos de todo lo que vea. Será como el Club del Tiburón.

—¿Pero volverás y podremos tener otra vez el Club del Tiburón de verdad?

—Te lo prometo —dije.

Dejé que siguiera llamando tiburones un rato más antes de arrancar de nuevo el motor y poner rumbo hacia el embarcadero del hotel. Acabábamos de ponernos en marcha, cuando Hazel empezó a gritar.

—¡Un tiburón, un tiburón! ¡Mira!

Me giré y vi de refilón una aleta, un destello, y enseguida desapareció. Era imposible saber si era o no un tiburón. También podía tratarse de un delfín. Volví a mirar, esperando encontrármelo siguiendo la estela. Pero lo que vi

fue una embarcación que avanzaba directamente detrás de nosotras, a cuarenta o cincuenta metros de distancia. Era blanca, de entre dieciséis y dieciocho pies de eslora. La toldilla de color beis estaba rasgada y se agitaba con el viento.

Era el barco que habían mencionado las llamadas telefónicas. Y nos estaba siguiendo.

«Olvídate de este asunto o te arrepentirás como una mala puta».

Me aferré con fuerza al timón y noté que me temblaban las rodillas.

Hazel volvió a gritar: «¡Un tiburón!», brincando, sin soltar el sonajero. El ruido que emitía era ensordecedor.

Apreté el acelerador y cogimos velocidad. Esperaba dejar atrás el otro barco, pero también aceleró, ganando cierta distancia y manteniéndose amenazadoramente en mi estela. Aquello era una advertencia.

Miré por los prismáticos y vi dos hombres con gafas de sol en proa, pero el esquife botaba de tal manera que poco más pude ver. Sentí el deseo irracional de dar media vuelta e intentar seguirlos yo, pero llevaba a Hazel a bordo y, de todos modos, habría sido una imprudencia.

Cuando me acerqué a tierra, disminuí la velocidad para pasar entre las señalizaciones del canal, y el barco blanco viró hacia la derecha para regresar de nuevo a aguas abiertas.

Solté el aire que había estado conteniendo.

—¿Has visto el tiburón? —chilló Hazel cuando situé el esquife en el embarcadero—. ¡Ha venido!

—Ha venido por ti.

El lunes siguiente, antes de que despuntara el día, me encontraba a bordo de la barca del Conservancy, de camino hacia el puerto después de pasar la noche intentando estudiar tiburones, cuando apareció de nuevo la embarcación con la toldilla beis rasgada.

Olivia, John y yo habíamos zarpado antes de medianoche, instalado las líneas y esperado cinco horas y media sin avistar ni un solo tiburón. Había sido una noche completamente infructuosa. Los había dejado en aguas poco profundas, justo detrás del edificio del Conservancy, y me había quedado esperando a que vadearan a oscuras hasta la playa para virar luego hacia las Diez Mil Islas y poner rumbo a puerto para atracar la barca.

Empezaba a sentir un leve dolor de cabeza, así que decidí tomar un atajo entre las islas de los manglares, bosques flotantes con enmarañadas raíces visibles. La mayoría de la gente prefería mantenerse alejada de los canales de los manglares, pero yo los conocía bien. Siendo Robin y yo adolescentes, Marco nos había enseñado a navegarlos y lo hacíamos mejor que muchos guías de pesca.

Los primeros indicios de luz rosada iluminaron el cielo cuando estaba aproximándome a la isla de Sand Devil. Ralentiqué la marcha para no generar una estela que alcanzara la playa erosionada donde anidaban las tortugas bobas. En los años setenta, antes de que Palermo detuviera el proyecto de urbanización para conservar el inmaculado entorno de la minúscula isla, se habían construido en Sand Devil tres casas.

Por lo que sabía, las casas, a las que solo se podía acceder en barca y que quedaban prácticamente ocultas entre palmeras, pinos y acebos con baya de tinta, estaban abandonadas desde los ochenta. Era un lugar que se prestaba a todo tipo de leyendas urbanas. Había sido escondite de satanistas, mafiosos y

amantes fugitivos. Incluso decían que se había avistado por allí al Simio del Pantano, el equivalente autóctono de Florida, en una versión más extraña y apestosa, del Bigfoot.

Cuando superé el extremo sur de la isla, vislumbré una de las casas desiertas entre el follaje, con una cortina rasgada cubriendo una ventana, y entonces, de pronto, allí estaba, en un recodo: el barco blanco con la toldilla beis.

Estaba anclado en un viejo embarcadero al lado de un pontón. Ralentiqué mi embarcación hasta dejarla en punto muerto y parpadeé al ver el nombre del pontón. *Hotel de las Musas*. El corazón empezó a palpitarme con fuerza.

¿Qué estaba haciendo Marco aquí? No tenía sentido. Si hubiera salido a pescar, no lo habría hecho con el pontón —lo utilizaba estrictamente para los cruceros de puesta de sol que organizaba el hotel— y me costaba imaginarme que hubiera decidido dar un paseo con el pontón al amanecer. ¿Y por qué estaba atracado junto a aquel barco sospechoso que nos había seguido a Hazel y a mí? Mi cabeza se negaba a creer que estuviera relacionado con los hombres del barco o metido en la captura de tiburones para negociar con sus aletas.

Mientras intentaba poner orden a mis ideas y decidir qué hacer, di marcha atrás y paré el motor antes de llegar al embarcadero para dejar que mi barca se deslizara en silencio hasta acercarse al pontón. Eché un somero vistazo al interior y no vi nada que indicara que pudiera haber un problema.

Saqué el teléfono y marqué el número de Marco. Viendo que no obtenía respuesta, marqué el de la sargento Álvarez y me salió el buzón de voz.

—Soy Maeve Donnelly. Estoy en la isla de Sand Devil. La embarcación mencionada en la llamada telefónica, la que me encontré en alta mar hace un par de días, está atracada aquí en un embarcadero. ¿Podría usted venir o enviar a alguien?

No mencioné la presencia del pontón.

Lo más sensato habría sido marcharme o esperar en mi barca a que llegara Álvarez, pero eso podía llevar horas. Salté a tierra y eché a andar por el sendero que conducía hacia el interior de la isla. Estaba flanqueado por arbustos altos y apenas daba cabida a una persona. Al llegar a una bifurcación, seguí recto, volví a sacar el teléfono y llamé a Perri.

—Espero no haberte despertado —le dije cuando respondió—. ¿Tienes noticias de Marco? ¿Sabes dónde está?

—No he hablado con él desde ayer. Supongo que estará en su casa durmiendo, como yo. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Dijo algo referente a que hoy se iba a llevar el pontón?

—No. ¿Dónde estás?

—En Sand Devil. Y es muy extraño, porque el pontón está amarrado aquí.

—¿Nuestro pontón? Sí que es extraño, sí.

—¿Crees que podrían habérselo robado? —pregunté, después de que se me pasara por la cabeza por primera vez aquella posibilidad, lo que me dio una leve sensación de alivio... A lo mejor Marco no estaba aquí.

Desde donde me encontraba podía ver la parte posterior de una de las casas. Se alzaba en un claro, a unos treinta metros de distancia, las paredes tenían la pintura descascarillada en su práctica totalidad y detrás había una especie de tienda de campaña montada con lonas azules.

—Maeve, si crees que han robado la barca no deberías seguir ahí —dijo Perri.

—Cierto —contesté.

Me detuve. El silencio, lo recóndito de aquel lugar, las lonas azules que parecían nuevas..., aquello no pintaba bien.

—¿Quieres irte ya de ahí? —insistió Perri.

—Vale, ya voy.

Colgué y puse el teléfono en silencio.

Incapaz de marcharme sin echar un vistazo en el interior de la tienda, corrí desde los árboles hacia las lonas azules. Cuando levanté una de ellas, fui recibida por un hedor a pescado podrido.

Sobre un hule manchado de sangre había centenares de aletas de tiburón. Hileras de aletas grises perfectamente alineadas, como lápidas. Miré entonces por el extremo opuesto de la tienda y vi que había otra tienda azul al otro lado de la casa. Mi respiración se aceleró y se volvió entrecortada. «Estoy en peligro».

Se oyó un portazo, seguido por el sonido de voces.

Extendí la mano para coger una aleta y salí de la tienda. Me agazapé detrás de la lona y evalué si podía salir corriendo entre los árboles sin ser vista.

Las voces eran de dos hombres, pero estaban demasiado lejos para poder distinguir qué decían. Cuando me di cuenta de que el volumen subía, comprendí que, si pensaba largarme de allí, tenía que hacerlo ya. Aquel lugar era la zona cero de lo que parecía una gigantesca operación de captura de

aletas de tiburón y no quería ni pensar en lo que podía pasar si descubrían mi presencia.

Cogí la aleta de tiburón y eché a correr hacia la arboleda. Al sentirme más protegida, me tiré al suelo y escuché. Los dos hombres estaban en el otro lado de la tienda, lejos del alcance de mi vista; sus voces sonaban alteradas y enojadas. Agucé el oído para intentar captar qué decían. Si me marchaba de allí sin poder describirlos, jamás me lo perdonaría.

Me deslicé siguiendo la periferia de los árboles, confiando en poder verlos de refilón. Iba palpando la llave de la barca, que había guardado en un bolsillo delantero, e intenté controlar en todo momento la distancia que me separaba del sendero.

—Cuando me apunté, no se me dijo esto —protestaba uno de los hombres—. ¡Búscate a otro!

Conocía aquella voz.

Podría decir que el corazón empezó a latirme peligrosamente rápido, que perdió el ritmo o que se detuvo totalmente. Pero nada de eso sería cierto. El corazón se me hizo añicos.

Robin. Era la voz de Robin.

—¿Crees que es tan fácil? —respondió el otro hombre—. Ahora ya estás metido. Sabes demasiado. ¿Crees que puedes largarte y ya está?

Me aplasté contra el suelo cuando por fin pude verlos. El otro hombre era Troy. Y había además una tercera persona que no había visto nunca. Era un chico joven, con una melena rubia que le llegaba hasta los hombros.

—¡Quiero salir de esto! —gritó Robin.

Sin soltar la aleta, me arrastré hacia el sendero, me incorporé y eché a correr. Las ramitas y las hojas crujían bajo mis pies. Miré hacia atrás, pues temía estar haciendo mucho ruido, pero no vi a nadie. Cuando llegué a la barca, sí que los oí correr por el sendero, siguiendo mi pista. Lancé la aleta hacia popa, retiré los cabos y puse en marcha el motor.

Cuando empecé a moverme, pisé a fondo el acelerador y volví de nuevo la vista atrás.

Robin y el chico joven habían llegado al embarcadero y me vieron marchar.

Cuando perdí de vista Sand Devil y estuve segura de que no me seguía ninguna barca, llamé a Perri y le dije que sentía mucho haberla preocupado y que todo iba bien. Confié en que la inestabilidad de mi voz no me delatara.

—Robin y Mindy cogieron el pontón para ir a Sand Devil y hacer un pícnic al amanecer —le expliqué.

No me gustaba en absoluto mentirle a Perri, pero la verdad resultaba insoportable. Hubo una pausa.

—¿Un pícnic al amanecer? —dijo—. ¿Y a quién se le ocurre hacer eso?

En cuanto llegué al puerto deportivo, envolví la aleta de tiburón en una toalla vieja que encontré en el maletero de mi coche y fui directa hacia el hotel. Entré en el apartamento y deposité la aleta encima de un ejemplar de *Sports Illustrated* de Robin que había dejado en la mesita de centro y esperé a que llegara. Aparecería. En algún momento.

Lo llamé al móvil una y otra vez. Llamé a recepción para ver si estaba por allí. Llamé a casa de Mindy. «Mierda, Robin». En parte deseaba salir en su busca, pero no sabía ni por dónde empezar.

Ansiaba darme una ducha, pero salí a la terraza para ver a los huéspedes que estaban desayunando en el patio y examinar las embarcaciones que iban rodeando el cabo, con la esperanza de que una de ellas fuera el pontón del hotel. Intenté tranquilizarme diciéndome que lo que había visto allí no era tan malo como pensaba. Pero, por dentro, la conmoción me estaba consumiendo y la rabia, la confusión y el miedo me revolvían el estómago. Quería proteger a Robin y empujarlo debajo de un autobús, todo a la vez.

A las ocho y media sonó el teléfono y la pantalla se iluminó con el nombre de la sargento Álvarez. Lo dejé sonar. Antes tenía que hablar con Robin.

Me dejó un mensaje diciéndome que sentía el retraso en su respuesta y me informó de que salían ahora mismo hacia Sand Devil. Confiaba en que Robin se hubiera marchado de allí cuando ella llegara.

Deambulé de un lado a otro, del salón a la cocina, incapaz de quedarme quieta en un sitio, y al final decidí entrar en el cuarto de Robin donde, sin vergüenza alguna, me puse a revolver las cosas en busca de cualquier pista que pudiera dar sentido a lo que había pasado. Naturalmente, no encontré nada.

Cuando por fin regresé a la terraza y me apoyé en la barandilla, vi el pontón en el desembarcadero. ¿Dónde estaba Robin?

Media hora más tarde, Robin cruzó la puerta sudoroso y con aspecto alterado. Llevaba en la mano una bolsa de McDonald's. La dejó en la mesita

de centro, retiró la toalla y se quedó mirando la aleta de tiburón. Se apartó un poco ante el hedor y volvió a taparla.

—¿Has ido a McDonald's? —le pregunté, rabiosa—. Te he visto allí, donde las aletas. Sabes perfectamente que te he visto y, aun así, ¿has tenido el valor de pasarte por McDonald's?

Arrastré el brazo por encima de la mesa y mandé la bolsa con la comida al suelo. La moqueta se llenó de patatas *deluxe*. Salieron rodando también dos McMuffins, envueltos en papel amarillo.

—¿Has estado espíandome! —gritó Robin—. ¿Por qué me has seguido?

—No he estado siguiéndote.

—¿Y estabas por casualidad en Sand Devil?

—Regresaba de pasarme la noche entera buscando tiburones y vi el pontón. Pensé que lo habían robado.

Robin se pasó la mano por el pelo.

—Tienes que entregarte.

—Claro, claro, pues no pienso entregarme.

—¿Entiendes que podrías ir a la cárcel? Lo único que te salvaría el culo sería contarles todo lo que sabes.

—Por Dios, Maeve, ¿existe algo que ames más que los tiburones? ¿Ni siquiera yo? ¿Y Perri? ¿Qué me dices de Perri? ¿Y Daniel? Has elegido irte a África antes que estar con él. ¿Has hecho ya las maletas?

Lo había pillado in fraganti. Y ahora me lo haría pagar. Apreté los dientes, pero su forma de atacarme me llevó a observarlo con frialdad y con calma. Era una vez más nuestro patrón de actuación: alguno de los dos tenía que ser el adulto. Yo ya me había hartado de tirar comida. Y me dolía que él tuviera que hacer el papel de niño imprudente y sin filtros.

—Mira —continuó Robin, señalando la aleta—, nunca he podido entender tu amor hacia esas criaturas odiosas. Casi te desangras y mueres por culpa de una de ellas pero, por encima de todo, tenemos que consagrar nuestra vida a ellas. Tenemos que llenar las paredes con sus fotos y guardar sus dientes de mierda en frascos que exponemos en la mesita de noche.

Se acercó y cogió una patata del suelo. Le dio un mordisco y a continuación fue directo a la puerta de mi habitación y miró hacia el interior, donde el monumental tiburón azul, el que yo había bautizado como Mona Lisa, lo observaba desde la cabecera de la cama.

Necesitada de tiempo para respirar, para contenerme y no darle un bofetón,

esperé mientras él masticaba y tragaba con calma. No me dio la impresión de que fuera consciente de que se estaba ahogando y de que yo era la única persona presente para ayudarlo.

—¿Estás ya listo para hablar? —pregunté—. Porque necesito saber hasta qué punto estás implicado en todo esto.

Ignorándome, Robin entró en mi habitación. Me levanté para seguirlo.

—No sé cómo puedes aguantar esto —dijo—. Mira tu habitación: un tiburón en la cabecera de la cama, libros sobre tiburones, dientes de tiburón. —Había subido el tono de voz, su rabia había entrado de nuevo en ebullición, y me asusté un poco—. Incluso has conseguido que Perri los pinte —gritó.

Se acercó al tocador y cogió el cuadro que Robin me había hecho donde aparecía yo con una aleta de tiburón en la espalda.

Corrí a quitárselo.

—Vamos, Robin.

Estampó el lienzo boca abajo contra el canto del tocador.

—¡Para ya! —grité—. ¿Qué te pasa?

Le arranqué el cuadro de la mano y me quedé mirando el rasgón de un par de centímetros que el golpe había provocado en la esquina inferior derecha. Parecía un sumidero diminuto que amenazaba con engullirme. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Que lo metieran en la cárcel, me daba igual.

Robin me miró un instante y parpadeó con incredulidad al ver el cuadro rasgado antes de regresar lentamente al salón.

Recorrí con el dedo el corte, confiando en que pudiera repararse, y coloqué de nuevo el cuadro en su lugar. El latido del corazón me resonaba por todo el cuerpo. No sabía si nuestra relación sobreviviría a aquello o si todo volvería algún día a ser igual entre nosotros. Plasmar mi vida en una novela había sido terrible, pero en este momento había cuestiones más urgentes y Robin estaba siendo el peor enemigo de sí mismo. Decidí que hoy lo ayudaría. Mañana..., ni idea.

Se había sentado en el sofá. Cuando me vio, salió de su boca un suspiro prolongado, como si hubiera estallado un globo. Se inclinó hacia delante y dejó la frente tocando las rodillas.

—Lo siento mucho —dijo. Se enderezó y me lanzó una mirada implorante y de humillación—. Tengo la sensación de que todo me cae encima.

Me senté delante de él.

—Ya basta, Robin. Solo necesito saber una cosa. ¿Cortaste tú las aletas a

los tiburones?

—No, por supuesto que no. No tuve nada que ver con esa parte del asunto.

—¿Cómo te involucraste en esto?

—Por Troy —dijo—. Coincidimos un día en Spoonbills hace unos meses y me preguntó si quería ganar algo de dinero, que se trataba de algo no del todo legal. Me dijo que estaba relacionado con el transporte de pescado. Supuse que estaban pescando ilegalmente, eso es todo, lo cual no es la peor fechoría del mundo. Lo único que tenía que hacer yo era encargarme del transporte de la mercancía a Savannah. No sabía que el cargamento consistía en aletas de tiburón. Necesitaba el dinero, Maeve, y aquella oportunidad representaba dinero fácil. En aquel momento aún no me habían aceptado el libro. Y, como te conté, me sentía atrapado en el hotel. Estaba intentando ahorrar dinero para poder irme.

Traté de no reaccionar, no demostrar lo asqueada y furiosa que estaba.

—¿Así que encontraste un conductor?

Apartó la vista, incapaz de mirarme a los ojos.

—Conduje personalmente. Pero en mi defensa debo decir que hasta el último minuto no supe que el camión estaba lleno de aletas de tiburón.

—¿Tráfico ilegal? Dios mío, Robin. —Me levanté y empecé a caminar de un lado a otro de la estancia, necesitaba tiempo para pensar—. ¿A quién se lo entregaste?

—No puedo responder a eso —dijo.

—Pues entonces dime quién corta las aletas a los tiburones.

—Maeve, no.

—¿Lo hace Troy y aquel chico con quien estabas en Sand Devil?

—Por favor, Maeve, cuanto menos sepas, mejor.

—¿Son ellos?

—Mira, estaba intentando salirme de este asunto —dijo, ignorando la pregunta—. La semana pasada, justo después de ver aquel tiburón que guardamos en la cámara frigorífica, Troy me llamó para decirme que en agosto llegaría otro cargamento y que tendría que encargarme de transportarlo. No siento ningún amor hacia los tiburones, pero ver lo que le hicieron a ese... fue horroroso. Fui enseguida a decirle a Troy que buscara a otro para transportar las aletas, que ya no necesitaba su dinero.

—Y Troy no te deja salirte del asunto —concluí, subrayando mis palabras—. Ya lo oí. Ahora, escúchame bien. Conozco a una persona en el despacho

de asuntos marítimos de la oficina del sheriff a quien puedo llamar...

—No, escúchame tú a mí. Troy no es buena persona. Me dijo que yo tendría que ser el primer interesado en terminar ese trabajo y en encargarme de mantener tanto mi boca cerrada como la de mi hermana. Creo que sabemos muy bien a qué se refiere.

—¿Sabe que fui yo la que estuvo allí? —pregunté.

—Sospecha que eras tú. Cuando llegó al embarcadero, ya casi habías desaparecido de la vista. Pero el otro tipo, Harry..., él sí que vio que se trataba de la barca del Conservancy. Les dije que era probable que hubiera alguien haciendo recuento de nidos en la playa. Dudo que me creyeran. No son tontos, Maeve.

—Que los pillen solo es cuestión de tiempo. Le dejé un mensaje a mi contacto en la oficina del sheriff. Encontrarán las aletas.

Bajó la vista y se estudió las manos.

—No, no creo que las encuentren.

Abrí la boca para preguntarle qué quería decir con aquello y la cerré enseguida.

—Las han trasladado —comprendí—. Las trasladaron en cuanto me fui. Y tú les ayudaste.

—No me quedó más remedio.

Cerré los ojos. Demasiadas evidencias.

—¿Dónde? ¿Dónde están?

Se levantó rápidamente.

—Estoy intentando protegerme y protegerte también a ti. Si sigues así, acabarán matándonos.

No sabía muy bien si aquello era dramatismo, si estaba exagerando por miedo. Troy mutilaba tiburones, no era un asesino, aunque la línea que separaba ambas cosas era muy fina. El pánico de Robin, sin embargo, resultó ser contagioso.

—Y la otra barca que vi allí ¿de quién era? ¿Es la de Troy?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque el otro día nos siguió a Hazel y a mí, y alguien que iba a bordo de esa barca me amenazó a través de la línea directa del Conservancy. Te crees que estás protegiéndonos si no hablas, pero corremos igualmente peligro. No pienso dejar que me acosen para que no haga nada.

Me acerqué a él.

—Robin, te quiero y lo sabes. Pero tengo que llamar al despacho de asuntos marítimos e informar de lo que vi allí, y tengo que hacerlo ya. No querría ir a verlos sin ti, pero lo haré de todos modos.

Robin no dejó de mirarme a los ojos. Y vi que su mirada se llenó de resignación. Asintió con la cabeza.

—Necesitas un abogado —dije.

—Sí —contestó él—. Llamaré a Sam.

Sam Lovett era el abogado del hotel desde hacía al menos dos décadas. Perri había recurrido a él cuando Robin fue arrestado en tiempos del instituto por orinar detrás del Palermo Pub. Posteriormente, Sam había incluso conseguido que su expediente quedara limpio. Esta vez, Robin estaría de suerte si conseguía evitar una temporada en la cárcel.

Mientras Robin hacía la llamada desde su habitación, yo llené la cafetera y esperé a que empezara a gotear el café. La conversación por teléfono flotó a través de la puerta abierta en forma de piezas inconexas que competían con los sonidos de la máquina: «Tráfico ilegal», «No lo sabía, se lo juro», «Isla de Sand Devil», «Centenares de aletas», «Se llama Troy Fuller».

Sam tendría que sudar la gota gorda con aquel caso. Y Perri tendría que enterarse de todo.

La llamada duró casi veinte minutos. Me senté en un taburete en la cocina, superada por el agotamiento, y me tomé el café.

—Tendríamos que irnos yendo —dijo Robin, que salió de la habitación con una camisa limpia y el pelo recién peinado—. Sam se reunirá con nosotros en la oficina del sheriff.

Llené de café un par de tazas transportables, le pasé una a Robin y busqué una bolsa de plástico para guardar la aleta de tiburón. Era una prueba y quería llevármela conmigo. Robin se dirigió hacia la puerta, se detuvo, dio media vuelta y de repente me embargó el miedo ante la posibilidad de que se lo hubiera pensado mejor.

—En ningún momento he pensado todas las cosas que te he dicho. Lo último que deseo en el mundo es hacerte daño —aseguró.

Quería creerlo. Quería ser magnánima, pero en aquel momento no me sentía capaz de hacerlo.

—Conduciré yo —contesté.

El edificio que albergaba el despacho de asuntos marítimos de la oficina del sheriff estaba prácticamente rodeado de agua por todas partes, puesto que estaba situado en Palermo Point, el punto de conjunción de dos canales y Mangrove Bay. Estacioné el coche en el pequeño aparcamiento y observé la construcción, cubierta con tejas de estilo mediterráneo, a la sombra de palmeras jóvenes y con la bandera norteamericana ondeando en el mástil. Parecía más un centro de visitantes que un lugar especializado en la lucha contra el crimen.

Permanecimos sentados un momento sin decir nada. Lo habíamos dicho todo. Finalmente, Robin abrió la puerta del coche y oí el inequívoco sonido del vapor de agua proyectado por el espiráculo de un delfín que estaría nadando por el canal.

Sam estaba en el vestíbulo, esperándonos. Hacía años que no lo veía, pero estaba igual: cabello blanco peinado con raya inmaculada, pajarita roja y un maltrecho maletín.

Guio a Robin hacia una sala de reuniones y yo me quedé en el pasillo con la bolsa de plástico con la aleta de tiburón, rezagándome por si Robin me miraba. Cuando Sam abrió la puerta, vi de refilón a la sargento Álvarez sentada detrás de una mesa. Robin entró y me miró, tal y como sabía que haría, y su rostro mostró todo su pánico contenido. Al verlo, recordé de pronto su imagen con solo seis años de edad, despertándose de una de sus pesadillas con aquella misma expresión pálida y asustada. Recordé que yo le acariciaba la frente y que le decía que todo saldría bien.

—Robin —dije cuando la puerta empezó a cerrarse—, todo saldrá bien.

Una hora más tarde, después de que un funcionario de Pesca y Vida Silvestre y un ayudante del fiscal del distrito hubieran entrado y salido,

Álvarez vino a verme al vestíbulo.

—Su hermano —dijo, meneando la cabeza—. Es increíble.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —le pregunté.

—La implicación de Robin se limita al tráfico comercial interestatal. Su abogado ha conseguido negociar un suplicatorio y, a cambio, Robin nos lo ha contado todo: el papel de Troy Fuller, el nombre de los demás cazadores de tiburones, dónde trasladaron las aletas y el nombre de los receptores de los envíos ilegales en Savannah.

—Entonces, ya está.

—Su hermano tendrá que pagar una multa sustanciosa, tal vez una fianza, pero sí, parece que ya está todo acabado. Para él, al menos.

—Tenga —dije, entregándole la bolsa con la aleta—. La cogí de Sand Devil esta mañana.

—Dios mío —exclamó la sargento—. No sé si se comportó usted con valentía o como una estúpida, pero no tendría que haberse aventurado a desembarcar en la isla. Fue una temeridad. Pero, de todos modos, gracias —concluyó, recogiendo la bolsa—. Venga, necesito tomarle declaración.

Entramos en su despacho y Álvarez transfirió la aleta a una bolsa para pruebas, la cerró herméticamente y la etiquetó.

—Había centenares de aletas —le expliqué.

Durante los veinte minutos siguientes, la sargento tomó nota de mi relato de todo lo sucedido en Sand Devil.

Me informó de que, cuando llegaron allí, las aletas ya no estaban. Que no habían encontrado más que las marcas en el suelo que habían dejado los hules, junto con una lona azul que se habían olvidado con las prisas, sin duda. Ahora, gracias a Robin, sabían dónde buscar las aletas.

—Confío en que puedan capturar a esos tipos —le dije.

—Ya tenemos a varios agentes buscando a Troy. Lo encontraremos, pero, hasta entonces, les pediría a usted y a su hermano que vayan con mucho cuidado, ¿entendido?

—Así lo haremos —respondí, agotada por las últimas doce horas.

—Su hermano se quedará aquí un poco más —dijo—. ¿Por qué no se va a casa y descansa un poco? La llamaré cuando hayamos terminado con todo.

Salí y me quedé en una esquina del rompeolas, asimilando lo sucedido: Robin había salido del tema bastante ileso. Lo cual era bueno para él, aunque no era justo para los tiburones. La corriente creaba pequeños remolinos que

giraban y rotaban hasta generar vapor y volvían a sumarse a la corriente de la marea. Levanté los brazos y los estiré, dejé que el sol me acariciara la cara y solté el aire sonoramente, como aquel delfín.

Al mediodía, llamé a la puerta del despacho de Perri, respiré muy hondo e hice mi entrada con la intención de darle la noticia de lo de Robin. Para mi decepción, y también para mi alivio, Perri no estaba. Entré en la estancia vacía y fijé la vista en la fotografía enmarcada que ocupaba un lugar en su mesa de trabajo desde hacía veintitrés años: Robin y yo el día de nuestro séptimo cumpleaños, menos de un año después de que fallecieran nuestros padres. Se nos veía posando en bañador y con sombrero de pirata junto a la piscina del hotel, con una porción de pastel en la mano y sonriendo como locos.

Me acerqué a la ventana y observé la escena que se desarrollaba debajo de ella, la piscina rodeada de palmeras y, más allá, la playa descendiendo hacia las aguas del Golfo, la bella imagen de siempre, aunque ahora parecía astillada y enmudecida. Me dejé caer en la silla de trabajo de Perri, acaricié con el pulgar el cristal de la fotografía y marqué su número de teléfono móvil.

—Estoy abajo en el embarcadero —me informó—. Marco y yo estamos a punto de subir al pontón para dar una vuelta.

—Te veo —dije—. Desde la ventana de tu despacho.

Levantó la vista y me saludó moviendo los brazos.

—El fin de semana pasado, Marco instaló unos altavoces nuevos para sus excursiones guiadas y quiere que los probemos, aunque ambos sabemos perfectamente que no es más que una excusa para que él pueda lanzar la caña a ver si pesca algo y yo salga un rato de la oficina.

Río. Se la veía feliz y tan libre, aislada por completo de la verdad que estaba a punto de caerle encima. ¿Cómo decirle que el nieto al que había criado se había metido en graves problemas, y no precisamente por orinar en un aparcamiento?

—Tenemos que hablar —dije.

Marco ya había subido a bordo del pontón y estaba junto al motor.

—Esperadme. Voy con vosotros.

Colgué el teléfono antes de que pudiera formularme preguntas. Cuando

llegué al embarcadero, Marco me pidió que soltara amarras. Después de hacerlo, arrojé los cabos al pontón y subí a bordo de un salto.

Navegamos en paralelo a la costa un ratito antes de virar hacia aguas abiertas, poner el motor a tope y crear una estela para los delfines que quisieran seguirnos. Perri y yo nos sentamos en la parte trasera en cuanto aparecieron tres ejemplares que empezaron a saltar y dar coletazos hasta que, uno a uno, fueron despidiéndose. Aquellos momentos eran como un bálsamo. E intenté impregnarme de él.

—¿De qué querías hablar? —preguntó Perri.

Con el motor tan revolucionado y el viento azotándome los oídos, apenas podía oírla. Viendo que yo no respondía en el acto, repitió, subiendo el volumen de la voz:

—¿De... qué... querías... hablar?

Levanté una mano, indicándole que esperara hasta que Marco ralentizara la marcha. Por fin, apagó el motor y la embarcación acabó deteniéndose. Mientras él echaba el ancla, le dije en voz baja a Perri:

—Se trata de Robin.

—Perri, ¿quieres una caña? —gritó Marco, sin ser consciente de que estaba interrumpiéndonos.

El silencio vibró con un eco sombrío cuando se giró hacia nosotras, y al ver la cara de Perri, lo seria e inmóvil que estaba, dejó la caña y se sentó a su lado.

—Cuéntanos —dijo Perri.

Les expliqué todos y cada uno de los detalles, les conté lo que sabía e intenté relatarlo en orden, como si la cronología fuese importante. Empecé con la llamada que habíamos recibido en la línea directa informando sobre aquel barco, seguí con el encuentro fortuito con la embarcación en Sand Devil al amanecer y la sorpresa de haber visto allí a Robin en compañía de Troy y el chico de pelo largo, junto con los centenares de aletas. Les conté el enfrentamiento que había tenido con Robin en el hotel y el papel que él había desempeñado en el asunto. Fue como colocar sobre la mesa las piezas de un estrambótico rompecabezas e intentar darles un sentido. Comprendí que estaba haciéndolo tanto para mí como para Perri, que no me interrumpió, ni una sola vez.

Cuando le dije que Robin seguía en la oficina del sheriff después de haberlo cantado todo y que iba a ser castigado con una multa y,

probablemente, el pago de una fianza, el alivio inundó el rostro de Perri. Tendría que haber empezado por ahí.

Perri se acercó a la borda de la embarcación y se quedó contemplando la débil línea que separaba el agua del cielo. Era extraño estar allí, sentada en una barca en pleno Golfo, explicando cómo mi hermano se había visto involucrado en un negocio ilegal de aletas de tiburón.

—Pero qué tonto ha sido —dijo Perri, meneando la cabeza, y entonces se giró hacia mí—. ¿En qué demonios estaría pensando?

Marco, que había permanecido sentado en silencio, se levantó de pronto para dirigirse a la parte delantera de la embarcación. Le dio un puñetazo a la consola.

—Troy..., ese hijo de puta.

La consola seguía temblando cuando sonó la llamada de Álvarez.

—Puede venir a recoger a su hermano —me informó—. Ah, y tenemos a Troy Fuller, está detenido.

Colgué.

—Volvamos. Tengo que ir a buscar a Robin.

—Voy contigo —dijo Perri.

Cuando llegamos, Robin estaba fuera, sentado en el rompeolas. Perri había estado apagada durante todo el camino, pero ahora atravesó el aparcamiento con resolución, tanta que tuve que acelerar el paso para seguirle el ritmo. Robin se levantó y hundió las manos en los bolsillos. No tenía ni idea de qué pasaba detrás de sus gafas de sol, pero supuse que tendría la misma expresión de miedo que le había visto antes, cuando había entrado en la sala de reuniones.

—Maeve me lo ha explicado todo —le dijo Perri.

Me lo imaginé poniendo los ojos en blanco al pensar en la versión que había dado yo de los hechos.

—De haber sabido que conducir un camión hasta Savannah habría desembocado en todo esto, jamás lo habría hecho —comentó Robin, sonriéndole.

—Sabías de antemano que no era una simple excursión, ¿no? —replicó Perri, que no estaba de humor para que la engatusaran.

Robin bajó la vista.

—Lo siento, Perri. No sé qué decir, excepto que lo siento.

Perri lo abrazó y el rostro de Robin se relajó, pero ella no había acabado.

—Me alegro de que lo sientas, pero tienes treinta años, Robin. Tienes que acabar de una vez con toda esta mierda.

Por la tarde, en la serenidad de mi apartamento, me duché y me estuve un buen rato bajo el agua. La tremenda conmoción que me había provocado lo que había hecho Robin empezaba a menguar y estaba siendo sustituida por una realidad dolorosa.

Me envolví en el albornoz. Retrasando un poco más la aplastante necesidad de dormir, llamé a Daniel, que estaba abajo en la cocina. Cuando le relaté el descubrimiento que había hecho en Sand Devil y la implicación de Robin, mi voz adquirió un matiz airado, pues la rabia por lo sucedido se estaba apoderando otra vez de mí.

Cinco minutos más tarde, estaba ya en la puerta. Me abrazó y noté el calor de su aliento en la mejilla.

—Por el amor de Dios —dijo—, ¿qué hacías tú merodeando por esa isla?

Era como si estuviera regañándome. Como el niño que se aleja de su madre en el supermercado y cuando ella lo encuentra lo abraza primero y luego le echa la bronca. Estaba asustado y tal vez un poco perplejo. Me soltó y recordé entonces lo desconcertado que se había mostrado cuando emergí a la superficie después de recuperar los prismáticos de Hazel del fondo del mar. Como si no me conociera. Y ahora su aspecto era exactamente el mismo.

Me senté a los pies de la cama, luego me eché hacia atrás y me restregué los ojos, superada por el cansancio.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Daniel.

—Simplemente cansada. Y aliviada. Me alegro de que todo esto haya acabado.

Se tumbó a mi lado.

—No puedo creer que hicieras que Robin fuera allí a confesar.

—No fue fácil, pero se dejó convencer.

—No, me refiero a que es tu hermano. Tu gemelo.

Me senté.

—¿Estás dándome a entender que tú no lo habrías hecho?

Daniel dudó unos instantes.

—No lo sé, francamente —respondió.

—No tienes ni idea de lo que es estar en esa coyuntura —dije—. Cuando

vi la barca del hotel atracada allí, llamé al despacho de asuntos marítimos, pero no sabía que se trataba de Robin... ¿Y cómo quieres que ignorase...?

Me interrumpí. No me quedaban reservas para defenderme.

Daniel permaneció con la mirada perdida, como si estuviera pensando qué decir.

—Tienes razón, no te quedaba otra alternativa. Lo sé. Te dejo dormir.

Cuando se hubo marchado, corrí las cortinas, dejando en el exterior la luminosidad del Golfo, y me acosté en la penumbra. Robin me había acusado de amar a los tiburones por encima de todo. Y tal vez Daniel pensara lo mismo. No era justo. Pero, aun así, yo seguía teniendo una maleta en el armario lista para ser hecha. Abandonaba a Daniel y a Hazel. Los abandonaba por los tiburones ballena.

La tarde de la fiesta con motivo del veinticinco aniversario del hotel, me tumbé en la alfombra turca de la habitación de Perri y miré el techo y a continuación miré sus pies, que se movían cerca de mi cabeza, puesto que estaba sentada, con las piernas cruzadas, en el sofá.

Había pasado casi una semana desde que Robin confesara y, justo después, pensé que Perri cancelaría la fiesta. Pero resultó que tal posibilidad era inconcebible para ella. «La Fiesta del Libro se ha celebrado cada año desde que se inauguró el hotel —me explicó—. Incluso el año que fallecieron tus padres. Y ten clarísimo que no pienso permitir que los problemas de Robin desbaraten mis planes».

La implicación de Robin en la captura de tiburones para traficar con sus aletas había sido un escándalo inextinguible durante toda la semana, pero en vez de desanimar a los asistentes, Perri había insistido en que acudirían en manada solo para ver a Robin haciendo acto de presencia.

—¿Qué es esto? ¿Un anillo para el pie? —le pregunté, fijándome en que en un dedo del pie lucía un fino aro de plata.

—Estoy probándolo —respondió.

—¿Qué piensas pintar esta vez sobre la concha? —pregunté, señalando un lienzo instalado en un caballete, completamente en blanco con la excepción del perfil en lápiz de la concha.

—Aún no estoy del todo segura. He empezado a sacar los pinceles pensando en que pronto te marcharás a África. Ya sabes que cuando te echo de menos soy muy productiva.

Me recosté sobre los codos.

—Pero estaré de vuelta antes de Navidad.

—Lo sé, cariño. ¿Has empezado ya a hacer la maleta?

—Más o menos.

La alfombra me rascaba los codos y me enrojeció la piel. Me levanté y me senté en el sillón.

—¿Y sabes si va a ir también Nicholas? —preguntó, y la miré de reojo al captar algo en su voz, como si quisiera indagar un poco sobre el tema.

—Creo que podría afirmar con bastante seguridad que no. No he vuelto a tener noticias de él desde el día que se fue de aquí.

—¿Y sabe lo que ha pasado?

—¿Con lo de las aletas, te refieres?

Perri hizo un gesto de asentimiento.

—Ni idea. Supongo que la sargento Álvarez lo habrá llamado para contárselo. O que lo habrá visto en las noticias.

—Pensaba que tal vez tú lo habrías llamado para contárselo —dijo Perri.

—Dejó claro que no quería verme. Y respeto su decisión. Es lo mínimo que puedo hacer.

—¿Y Daniel? ¿Qué tal lleva lo de que te marches?

—No entiende del todo que me vaya. —Doblé las piernas y recogí mis pies descalzos. Durante un segundo me planteé la posibilidad de comprarme también un anillo para un dedo del pie, pero enseguida descarté la idea. No era persona para ese tipo de anillos. Quizás cuando tuviera setenta y ocho años como Perri—. El sábado que viene es el cumpleaños de Daniel —añadí.

—¿Estás pensando en prepararle alguna fiesta?

—Algo íntimo. Tal vez solo Hazel y yo. Para variar, Daniel ha dicho que va a preparar su propio pastel.

Pensé en todos los 12 de agosto que habíamos pasado separados, en las mañanas en que me había despertado y había pensado en el día que era y en cómo había deseado no recordarlo. Me preguntaba entonces cómo estaría celebrándolo Daniel. Si estaría solo o habría una cena con amigos, con Robin o quizás con una chica. Pero este año soplaría las velas con Hazel y conmigo y le cantaríamos *Cumpleaños feliz*. Pensar en él me llevó a acariciar el diente de tiburón que llevaba colgado al cuello, la pequeña daga blanca que en su día había quedado alojada en mi pierna.

Perri dio de repente una palmada, y di un salto, sobresaltada.

—¡Faltan menos de dos horas para la fiesta! —anunció—. Tengo un montón de cosas que hacer y tú tienes que desempolvar tu sombrero de copa.

Se refería a mi disfraz masculino anual de George Sand. No sabía aún si

podría afrontar todo aquello.

—¿Y sigues sin decirme de qué te disfrazarás tú? —le pregunté, confiando en que por fin revelara su gran secreto.

—Muy pronto lo averiguarás —respondió.

Examiné las perchas del armario en un último intento desesperado de ir de alguien que no fuera George Sand, tratando de adaptar con imaginación mis pantalones cortos y mis vestidos de tirantes a algún tipo de disfraz. Finalmente, saqué del fondo del armario el traje de neopreno negro, el que reservaba para bucear en invierno.

Guardaba las aletas y la máscara de buceo debajo de la cama, en un Tupperware grande de plástico. Pegué la cara a la moqueta y tiré de él, y saqué también el manuscrito de Robin. Para tratarse de un objeto que tanta turbación me había causado, el aspecto del libro era ahora mucho menos amenazador que cuando lo empujé de un puntapié bajo la cama. Lo hojeé en busca de una mención de Margaret y Derek, sentía curiosidad por saber cómo habían terminado. Al final, acabaría de leerlo.

A las siete y media de la tarde, media hora después, Robin salió al salón guapísimo, vestido con su esmoquin de Gatsby. Yo, vestida con mi traje de buzo, me paseé por la moqueta con mis aletas y me cubrí la cara con la máscara.

—¿Vas de algo que tenga que ver con *Veinte mil leguas de viaje submarino*? —preguntó Robin.

—Soy la Reina de las Profundidades, Sylvia Earle.

Robin no pudo resistir la tentación de reírse a carcajadas y dijo:

—No me suena de nada.

—Es oceanógrafa y escritora.

Le mostré mi sobado ejemplar de *Sea Change*.

Robin y yo íbamos reencontrándonos poco a poco. A lo largo de los últimos cinco días, se había presentado dos veces en el Conservancy con helados de mango y rollitos de pollo picante de Shrimp Shack. En una tercera ocasión, había aparecido con un pequeño paquete que me había dejado en la mesa.

—Ábrelo —me había dicho.

En el interior estaba el cuadro que Perri me había regalado por mi

cumpleaños. El roto había sido reparado y la tela estaba perfectamente cosida allí donde se había producido el corte. Ya me había dado cuenta de que el cuadro había desaparecido de mi cuarto y sospechaba que se lo había llevado Robin para repararlo. Se estaba esforzando por arreglar la situación.

—Gracias —le había dicho yo.

Robin no podía borrar las palabras hirientes que había soltado ni cambiar las percepciones profundamente arraigadas que tenía sobre mí; lo único que podíamos hacer era perdonar y seguir adelante. Cuando me trajo el cuadro reparado, tuve esa sensación: un entendimiento tácito, pero de mutuo acuerdo, de que haríamos eso.

Sin embargo, ahora comprendía que, a pesar de aquella tregua sobreentendida, rescatarlo o mostrarle el camino a seguir no era mi trabajo. Eso lo dejaría en sus manos —como tendría que haber hecho ya desde hacía mucho tiempo— y rezaría para que la escritura le aportara la satisfacción que necesitaba o para que, como mínimo, lo mantuviera alejado de cualquier problema.

Vi que lanzaba una mirada de miedo hacia la puerta. Lo enlacé por el brazo y le dije:

—Los primeros cinco minutos serán los peores.

—Sí. Y en nada estarán tan borrachos que no podrán ni murmurar sobre mí.

Esta vez, Perri se había superado. Los candelabros y las velitas proyectaban motas de luz hacia las paredes del comedor y rosas de color rosa y algas de tela que salían en cascada de conchas gigantes formaban los centros de mesa. Había gente disfrazada de distintos personajes por todas partes, como si acabaran de salir todos de una estrambótica piñata literaria. Bebían vino, sujetaban platitos de cristal y salían y entraban de la terraza, donde estaba tocando el trío Hurricane. Guitarra, teclados y tambores metálicos. La cantante, conocida simplemente como Dinah, que afirmaba ser pariente lejana de Otis Redding, estaba cantando una versión calipso de *Sitting on the Dock of the Bay*.

Nos abrimos paso entre el gentío y, al percatarme del sonido que emitían las aletas al pisar el suelo de mármol, intenté seguir el ritmo de la música. Robin y yo jugamos a adivinar disfraces: una Nancy Drew, un Poe, Hermione y Harry Potter, Jane Austen, una chica con un dragón tatuado. Los filósofos togados eran de lo más obvio. Holden Caulfield necesitaba una etiqueta

identificativa. Pero Peter Pan era pan comido.

Mindy hizo su entrada con un vestido de noche plateado con un miriñaque enorme. Al final se había disfrazado de Cenicienta. Robin corrió hacia ella y me quedé inmóvil, temiendo que fuera a darle la espalda, pero lo recibió con los brazos abiertos. Por lo visto, había decidido seguir con él.

Me coloqué la máscara en la cabeza y busqué con la mirada a Perri. Cuando la localicé en la terraza, me detuve unos instantes para observarla bien. Dios. Se había disfrazado con un vestido blanco largo de seda hecho jirones, llevaba guantes con algunos dedos recortados y ristras de estrambóticas cuentas de color gris colgadas al cuello. En la cabeza, un desgredado velo del color de la cera amarilla de abeja que se mantenía en su lugar gracias a una corona de flores mustias de color parduzco.

Me acerqué a ella.

—¿Señorita Havisham?

—¿Qué te parece? ¿A que no está mal?

Se levantó la falda para enseñarme que se había calzado con un único zapato blanco.

—Lo has clavado —contesté—. Y antes de que comentes mi disfraz, te diré que no voy vestida de mí misma. Sino de Sylvia Earle, oceanógrafa y escritora.

—Estás perfecta —dijo.

Hazel se materializó de repente a mi lado.

—Mírala, si tenemos aquí a Angelina Ballerina —señalé.

Hazel iba vestida como la ratoncita bailarina, con orejas de papel, leotardo rosa, tutú y una cola hecha con cuerda. Cogió la cola y la hizo girar como un lazo.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó a Perri.

—Soy la vieja novia abandonada de *Grandes esperanzas* —le explicó.

Hazel la miró sin entender nada.

—La abuela va de Sherlock Holmes. Mira la pipa que lleva.

Van apareció detrás de Hazel vestida con una gorra con orejeras auténtica confeccionada con tejido de pata de gallo, una capelina marrón cubriéndole los hombros y fingiendo que fumaba una pipa. Nos reímos de nuestros disfraces y nos quedamos un rato mirando a los huéspedes que bailaban en la terraza. Cuando llegó un camarero con una bandeja de champiñones rellenos con queso gruyer, todas cogimos uno, menos Hazel, que arrugó la nariz ante

las setas.

—¿Y si vamos a buscar algo de comer que te guste? —le sugerí, guiándola hacia la mesa donde estaba expuesto el bufet que había preparado Daniel.

Hazel pasó de largo el solomillo, las gambas y el salmón, pasó de largo los espárragos envueltos en jamón, la charcutería, el queso de cabra y el queso Stilton azul, pasó de largo la ensalada de pasta orzo con espinacas, los *crostini* y las aceitunas, y fue directa a la fruta. Cogió palillos y se llenó el plato con fresas y trocitos de melón.

Nos sentamos en la terraza junto a una mesa alta y lo devoró.

Marco se acercó entonces vestido totalmente de gris, los bajos del pantalón recogidos en el interior de unas botas de agua y con una gorra de pescador de Cape Cod en la cabeza. Me fijé en la etiqueta que identificaba su personaje. «LLÁMAME ISMAEL», podía leerse en ella.

—Necesito que me prestes este ratoncillo un ratito —dijo, y Hazel saltó de la silla para seguirlo.

Instantes después, sonó la voz de Perri por los altavoces.

—Gracias a todos por haber venido. Me emociona teneros aquí para celebrar la Fiesta del Libro anual del Hotel de las Musas.

Se había situado en uno de los extremos de la terraza, con el océano extendiéndose sin fin a sus espaldas. Estaba flanqueada por dos conchas con rosas situadas en sendos pedestales. Con el estrafalario vestido de novia de la señorita Havisham y los tonos intensos de la luz del sol, la escena resultaba realmente teatral.

Daniel tomó asiento en la silla que acababa de dejar vacía Hazel.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz baja cuando vio que Hazel y Marco se colocaban al lado de Perri.

Me encogí de hombros.

—Ni idea.

Hazel llevaba un cubito de playa en una mano y con la otra seguía jugando con su cola.

—Me siento muy agradecida por poder vivir en este lugar —dijo Perri—. Durante veinticinco años, esto ha sido un hotel, un santuario de libros y un hogar. Y esta noche, va a ser además el lugar donde Marco y yo nos casaremos.

Sofoqué un grito. Estallaron los aplausos.

—¿Sabías algo de esto? —preguntó Daniel.

—Nada de nada —respondí.

—Maeve y Robin, ¿queréis subir aquí con nosotros? —nos pidió Perri.

Caminé como un pato hacia allí y Robin se plantó a mi lado. Me miró con estupefacción. Apareció entre el gentío el pastor de la iglesia episcopal de la isla vestido, claro está, de pastor. La boda se iba a celebrar, tanto desde un punto de vista oficial como espiritual, y me embargó la alegría y la certidumbre de que aquello era lo correcto. Casi en contra de mi voluntad, me imaginé en un altar con Daniel prometiéndome amarme y cuidarme hasta que la muerte nos separase, y me sorprendió la extraña sensación de duda que empezó a crecer dentro de mí. Cuando miré a Daniel, deseosa de serenarme, vi que observaba a Hazel con expresión de adoración. Una de las cosas que más me atraían de él era el amor que sentía hacia su hija, pero esta vez no sirvió para sosegar mi ansiedad. Debajo del traje de buzo, la piel me escocía tanto por el calor como por el desconcierto. Intenté concentrarme en Perri, que estaba preciosa, preparada y satisfecha.

Me incliné hacia ella.

—Por fin —susurré en su oído.

—¿Qué quieres que diga? Ya era hora.

Mientras el pastor guiaba a los novios en sus votos, noté la mano de Robin en el hombro. Se la apreté. Busqué con la mirada a Daniel, pero no lo vi.

Cuando el pastor los declaró marido y mujer, Marco le hizo una señal a Hazel, que dio un paso al frente con su cubito de plástico para dibujar un círculo de arena del Golfo alrededor de Perri y de Marco. Se besaron y Perri, dichosa, anunció:

—Lector: me casé con él.

Era una frase famosa de *Jane Eyre*. La multitud estalló en carcajadas.

Mientras Marco y Perri bailaban en el centro de la terraza, se deslizó entre mis manos una manita. Hazel. Seguía con el cubo de arena.

—Lo has hecho muy bien allá arriba —la alabé.

—Bailemos —propuso.

—¿Sí? ¿Quieres?

Dejé mi copa de champán, me quité las aletas y las guardé debajo de una mesa. Siguiendo mi ejemplo, Hazel dejó el cubo junto a mi copa e hizo el ademán de ir a quitarse sus zapatillas de ballet.

—Tú no tienes por qué descalzarte —le dije—. Yo lo he hecho porque bailar con las aletas es imposible.

Pero ya había dejado las zapatillas al lado de las aletas.

Se abrió paso entre los demás bailarines. Le cogí ambas manos y empecé a balancear los brazos, sin saber muy bien qué hacer.

—Hazme girar —me indicó.

Y la hice girar. Una y otra vez. Cada vez giraba a mayor velocidad, con más energía, y su tutú de gasa flotaba como una telaraña. Vi que, al otro lado de las puertas acristaladas, Daniel estaba revisando la comida del bufet. Cuando se acercó a la terraza, lo saludé agitando la mano.

—Hazel, ¿dónde has metido las zapatillas? —preguntó, cuando se acercó a la pista de baile.

—Maeve también va descalza —señaló la niña.

—Pero ¿sabes dónde están?

Hazel asintió con la cabeza.

—¿Quieres bailar conmigo? —le preguntó Daniel.

Se la pasé y me hice a un lado, desde donde observé a Hazel bailando de puntillas y a Daniel intentando no pisarla. Al final, decidió cogerla en brazos. Hazel estaba disfrutando de aquella visión desde arriba, giraba sin cesar la cabeza a derecha e izquierda, capturándolo todo. Mirándolos, mi corazón se llenó de amor hacia ella. Pero, de pronto, seguir contemplando la escena me provocó dolor y comprendí enseguida qué vendría a continuación. Un pensamiento terrible que llevaba tiempo acechando. Fue creciendo en mi interior y esta vez permití que emergiera: «He vuelto con Daniel. Pero si sigo con él es por Hazel».

Cuando terminó la canción, Daniel bajó a Hazel al suelo y se agachó a su lado. Me senté en una silla. La oleada de calor previa se congeló en forma de una intensa sensación de náuseas en el fondo del estómago. Sensación de pérdida, de miedo, de inevitabilidad y de alivio. En el otro extremo de la terraza, Van estaba aplaudiendo y Hazel corrió hacia ella.

La banda empezó a tocar *How Deep Is the Ocean* y Daniel se acercó y tiró de mí hacia la pista de baile. El sol se había puesto y el cielo había adquirido matices dorados. Los camareros empezaban a encender las antorchas. En el interior, al otro lado de los cristales, se había bajado la luz de los candelabros y se habían encendido velas.

—Vamos, quítate esto —dijo Daniel.

Señaló la máscara que yo llevaba colgada al cuello. Me la pasé por la cabeza y se me enganchó el pelo en la correa de goma. Me colgué la máscara

del codo y fijé la vista en su clavícula, incapaz de mirarlo a los ojos.

Todo entre nosotros me parecía tenue, como si estuviese hecho jirones y estuviera a punto de rasgarse. Dinah seguía cantando, moviendo los brazos como las alas de un rabihorcado. Daniel me atrajo hacia él y noté que instintivamente me apartaba unos milímetros. Creo que él también lo notó.

Daniel siempre había estado allí, desde que era pequeña. E, incluso durante el tiempo que habíamos permanecido separados, yo había vivido con su fantasma. Recordarlo e imaginármelo se había convertido en mi pasatiempo.

Resucitaba lo que habíamos sido. Idealizaba lo que podríamos haber sido. Daba vueltas y vueltas para regresar al lugar donde él había decidido apartarse de mi vida e intentaba injertarlo de nuevo en ella. Lo que amaba era su recuerdo, la esperanza que había depositado en recuperarlo. Amaba a Daniel, pero amaba a un Daniel que yo había creado, que en realidad solo existía en mi interior.

En junio, cuando a mi regreso de Bimini lo había encontrado aquí, me había mostrado dispuesta a lanzarme a la piscina sin saber muy bien dónde iríamos a parar. No había querido pensar mucho en el futuro y había preferido disfrutar la experiencia en momentos únicos: abriéndole mi puerta después de su larga jornada de trabajo, dejándome arrastrar por él para ir a la playa por la noche..., habían sido momentos que me habían acelerado el pulso de la sangre en las muñecas. Me había dado miedo reflexionar sobre un futuro al lado de Daniel porque habría significado escarbar en una verdad para la que no estaba preparada. No podía estar con él solo por querer estar con Hazel.

—¿Es esto lo que quieres? —le pregunté.

Daniel se quedó quieto. Me miró, y tuve la sensación de que sabía lo que estaba a punto de decirle.

—¿Y si nos olvidáramos de lo que queríamos cuando yo tenía veintidós años y tú veintitrés y pensáramos en lo que queremos ahora? —Tragué saliva—. Es posible que no sea lo mismo. ¿Y si no es lo mismo, Daniel?

Daniel se apartó un poco más.

—Pero ¿qué dices, Maeve? —exclamó—. Tengo la sensación de que estamos intentando terminar algo que empezamos hace muchos años. Hacer que esta vez salga bien.

Frunció el entrecejo y dejó que las palabras se asentaran. Noté que se le tensaba la piel alrededor de los ojos y de la boca. Éramos la única pareja que

se había quedado inmóvil en la pista de baile. Las manos, unidas a las de él, me ardían como brasas. Me las soltó.

—No puede ser que estés hablando en serio —continuó, apretando los dientes, escupiendo las palabras como si fueran huesos duros y amargos—. ¿De verdad que vas a hacer esto... otra vez?

—Lo siento. Por favor, Daniel, marchémonos a algún lugar para hablar...

—Ahórrate el discurso —dijo, cortándome.

La canción terminó abruptamente. Estallaron los aplausos. Los ojos de Daniel se transformaron en dos pequeñas cuentas negras. Brillaban de dolor, de rabia y de incredulidad. Fijó entonces la mirada en Hazel, que estaba en aquel momento alejándose de donde se encontraba Van. Le estaba dando un mordisco a una fresa.

Daniel se marchó. Cogió a Hazel en brazos y su barbilla empezó a rebotar sobre el hombro de su padre, con las plantas blancas de los pies colgando a la altura de la cintura de él. Me giré y vi que mis aletas seguían debajo de la mesa, junto a las zapatillas rosas de ballet.

Las recogí y me senté a la mesa, con las zapatillas en el regazo. Robin y Mindy estaban bailando. La pareja de recién casados estaba bailando. Llegó un camarero y me ofreció una copa de champán, que bebí con rapidez excesiva. A mi alrededor, las antorchas, la música y los asistentes a la fiesta giraban de un modo que me hizo recordar que el mundo no disminuiría su velocidad para aliviarme el dolor. Transcurrida una hora, la fiesta empezó a decaer y, finalmente, Marco y Perri se despidieron de los últimos invitados.

Me levanté de la silla, cogí las zapatillas de Hazel y las estreché contra mi pecho.

—Ha sido maravilloso —les dije—. Felicidades.

—Gracias, cariño. ¿Estás bien? —preguntó Perri.

—Oh, sí, estoy bien. He bailado demasiado, me parece. Estoy cansada, nada más.

No quería preocuparla. Y menos ahora.

—Pues no sé tú, pero yo creo que podría pasarme varios días seguidos durmiendo —dijo Perri.

Marco le dio un beso en la coronilla y me dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Nos dijimos buenas noches y crucé el silencioso comedor en dirección a la cocina.

Los empleados de Daniel limpiaban como si fueran abejas aletargadas y era evidente que su habitual energía eléctrica había cedido paso al cansancio y a la obligación de hacer lo que hubiese que hacer. Me detuve un momento en el umbral, y estaba inspeccionando la cocina en busca de Daniel cuando se fijó en mí la chica que había quemado el *prosciutto* varias semanas atrás. Se quedó mirándome, a mí y a las zapatillas, y señaló el despacho de Daniel.

Lo encontré sentado en la mesa, con una postura rígida y estoica que recordaba la de *El pensador* de Rodin. Al verme, se sirvió un poco de cerveza en una copa, rompiendo con el gesto su inmovilidad. Empecé a hablar, pero Daniel levantó la mano, se bebió de un trago media copa y a continuación me la ofreció. Negué con la cabeza.

—Era impensable que no volviéramos a intentarlo —dijo en voz baja, la rabia apaciguada. Se le humedecieron los ojos, como el día en que me sacó del agua cuando yo tenía doce años—. Pero probablemente estás en lo cierto. Tal vez habría que acabar con esto.

Sentí el impulso de acariciarlo, pero no lo hice.

—No me arrepiento de nada —contesté.

Y lo hice con una sinceridad abrumadora. Jamás habría terminado del todo con Daniel de no haberlo intentado otra vez. Siempre habría habido el «y si», «lo que podría haber sido».

—Se lo explicaré a Hazel —dijo.

—Puedo hablar yo con ella. Si quieres que lo haga.

Daniel negó con la cabeza.

—No, debo hacerlo yo.

—¿Qué le dirás? —pregunté.

—Que somos amigos —respondió, encogiéndose levemente de hombros.

Me daba miedo presionar demasiado con el tema de Hazel, pero me fue imposible evitarlo.

—Me gustaría seguir viendo a Hazel..., si no la confundo con ello. No quiero que piense que la he abandonado.

Daniel soltó el aire con fuerza, tomándose unos instantes antes de responder.

—Supongo que encontraremos la manera de seguir en el Club del Tiburón con ella, ¿no te parece? Eso no tiene por qué cambiar.

—Gracias —contesté, intentando disimular lo aliviada que me sentía.

—Es decir, si Hazel así lo quiere —añadió.

La idea de que pudiera echarme la culpa, de que no me quisiera más en su vida, no me había parecido una posibilidad hasta aquel momento. La presión que se había ido creando en mis ojos estalló en un pequeño reguero de lágrimas. Tragué saliva y me las sequé.

—¿Y tu cumpleaños? —dije, recordando que habíamos hecho planes para celebrarlo los tres juntos.

—Necesito pensar, Maeve. Haré lo que sea mejor para ella.

No me cabía duda de que así lo haría. Dejé las zapatillas de ballet de Hazel encima de la mesa y me marché.

Con la excepción de un montón de bañadores, la maleta estaba vacía. Tenía el resto de ropa y el traje de buzo sobre la cama, a la espera de ser plegado, enrollado y apretujado en la bolsa. Perri se había casado hacía apenas unos días y yo había dado por terminada mi relación con Daniel, y a pesar de que aún faltaba una semana para marchar a Mozambique, la necesidad de hacer la maleta había sido irreprimible.

Delante de las puertas correderas de cristal, observando el resplandor de la luz de la tarde sobre los cristales, tuve por un instante la sensación de que mi vida se desarrollaba en el interior de una cajita dorada. Abrí las puertas y salí a la terraza. Me rasqué el brazo. Me había administrado las vacunas necesarias para viajar a Mozambique: la del tifus y la de la hepatitis A. Las dos marcas moradas habían empezado a ponerse amarillas, pero la zona seguía dolorida.

Con el sonido del Golfo, apenas me di cuenta de que llamaban a la puerta. Fui a abrir y me encontré con Daniel y Hazel esperando en el pasillo. Era una visita inesperada. No había vuelto a verlos desde la ruptura.

—He hecho esto —dijo Hazel con timidez.

Me hizo entrega de una invitación al cumpleaños de Daniel que ella misma había confeccionado con cartulina azul celeste y en la que había dibujado tiburones con sombreros de fiesta. La celebración tendría lugar el sábado 12 de agosto por la noche. Consistiría en una cena y un pastel en la terraza de Botticelli. La asistencia estaba restringida a los miembros del Club del Tiburón.

—¿Podrás venir? —preguntó, con una voz tan distinta que no parecía la suya.

Dudé un instante, estudiándola. ¿Se estaría tomando bien la ruptura o

estaría viéndose Daniel obligado a prepararle huevos revueltos a media noche? ¿Estaría bien o se estaría haciendo la valiente? Miré a Daniel. Asintió. «Todo va bien. Ven a la fiesta».

Me puse en cuclillas delante de Hazel.

—Por supuesto que iré.

Se me colgó al cuello y la abracé, sintiendo sus pequeños hombros presionando contra los míos, la fuerza de su abrazo. Cuando se soltó, su boca se frunció un poco.

Le aparté el pelo de la cara.

—No tienes que preocuparte si no me ves tanto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repuso.

—En la cocina hay helado de chocolate —le dijo Daniel.

Salí al pasillo y los vi entrar en el ascensor y esperé a ver si Hazel asomaba la cabeza antes de que se cerraran las puertas y me sonreía como siempre hacía, un detalle increíblemente pequeño, pero que en aquel momento lo era todo para mí. Se empezaron a cerrar las puertas, pero entonces apareció su cabeza, bloqueando automáticamente las puertas, que se volvieron a abrir. Me saludó con la mano. Su boca no esbozaba del todo una sonrisa, pero se la veía plenamente satisfecha. Era plenamente Hazel.

El 12 de agosto, cuando llegué a la terraza del restaurante, la luna y el sol lucían simultáneamente en el cielo, limitándolo por los dos lados. La terraza estaba acordonada, reservada solo para nosotros. Y una de las mesas estaba cubierta con un mantel blanco y puesta para nosotros tres.

Hazel se encontraba en el otro extremo, apoyada en la barandilla y contemplando la playa. Daniel estaba justo detrás de ella.

—¡Estoy lista para la tarta! —grité, pero el sonido de las olas les impidió oírme.

Cuando estaba a punto de repetir la frase, me pareció de pronto que eran unas palabras torpes y carentes de naturalidad. De modo que seguí andando sin anunciar mi presencia.

Hazel me abrazó y Daniel se quedó mirándonos, su rostro una máscara de contención e incertidumbre. Intercambiamos un saludo forzado, y a continuación Hazel me guio hacia la mesa para iniciar lo que imaginé que sería la fiesta de cumpleaños más apagada que había vivido en mi vida.

Un repartidor de pizzas hizo entonces su tímida aparición en la terraza, sin duda preguntándose si había llegado a la dirección correcta. Daniel acudió a recibirlo, sacó unos billetes de la cartera y cogió las dos cajas de pizza gigante que traía el repartidor.

—¿Tu papá no ha cocinado? —le pregunté a Hazel—. No puedo creerlo.

—Ha hecho la tarta —respondió—. Pero no sé de qué es, es una sorpresa.

—La cena está servida —anunció Daniel, dejando las cajas en la mesa.

Hazel levantó una de las tapas e inspeccionó la pizza. Todo queso. Ni un solo elemento vegetal. Por mucho que el nombre de Daniel estuviera en la invitación, aquella fiesta era para Hazel. Miré a Daniel de reojo y sonreí. Y él consiguió esbozar una sonrisa a modo de respuesta antes de desplegar la servilleta y coger un trozo.

Comiendo, hablamos sobre el inicio del curso escolar para Hazel, que se produciría a la semana siguiente. Hazel me comentó los artículos más destacados de las compras de vuelta al cole. Una goma de borrar que tenía forma de teléfono móvil, una fiambra de Angelina Ballerina y unos cordones multicolores para las zapatillas.

El sol se estaba poniendo y se encendieron las guirnaldas con bombillas de luz cálida del exterior. Habíamos acabado casi una de las pizzas cuando Daniel acercó un soporte para tartas y levantó la tapa para dejar a la vista una sencilla tarta de tres pisos con glaseado de color blanco. No provocó gran euforia en Hazel hasta que lo cortó.

—¡Chocolate! —exclamó.

—Espera un momento —dije—. ¿Y las velas?

—Ah, sí —repuso Daniel y hurgó en un bolsillo—. Pero con este viento será imposible encenderlas.

—Intentémoslo —le animé.

Hazel y Daniel dispusieron arbitrariamente cinco velas en el pastel y, riendo, nos apiñamos a su alrededor para tratar de bloquear el viento.

Daniel tenía razón: las llamas se apagaban en cuanto encendía la mecha. Y en cuanto consiguió que una de ellas se mantuviera encendida, Hazel y yo entonamos un acelerado *Cumpleaños feliz*, como si hiciéramos una carrera a ver quién acababa antes.

—Pide un deseo —gritó Hazel—. ¡Corre!

Un deseo. Daniel me miró y tuve que apartar la vista, sintiendo cómo volvía la incomodidad que me había embargado al llegar.

Daniel nos sirvió unas porciones enormes y, cuando las hubimos devorado, Hazel se recostó en su silla, sacando hacia fuera la barriga, y amenazó con comer otro trozo.

—Espera un ratito —le aconsejó Daniel.

De pronto, se oyeron voces en la playa y Hazel se acercó a la barandilla para mirar.

—Aquí abajo hay mucha gente —dijo.

Viendo que el tumulto aumentaba, Daniel y yo nos acercamos también a mirar. Se había congregado una multitud junto a uno de los nidos de tortuga. Las crías estaban rompiendo el cascarón.

Bajamos corriendo a la playa, donde una multitud empezaba a formar un semicírculo alrededor del nido, dejando un camino amplio para llegar al agua. Estaba ya allí un agente de Pesca y Vida Silvestre, pidiendo a la gente que se apartaran un poco y no utilizaran linternas o flashes y rogándoles amablemente que aplanaran cualquier montículo de arena y retiraran cualquier obstáculo que pudiera interponerse en el recorrido de las crías de tortuga, todo lo que pudiera sabotear el camino de los pequeños hacia el agua. Solo una de cada mil crías alcanzaría la edad adulta.

En la orilla, el viento soplaba todavía con más fuerza y Hazel se puso la sudadera con capucha de Daniel y se cubrió la cabeza. Nos abrimos los tres paso entre el gentío hasta encontrar un poco de espacio flanqueando el camino hasta el agua. Me situé detrás de Hazel y descansé las manos en sus hombros.

La multitud empezó a chillar al ver que emergían del nido cuatro crías, empujando sus aletas contra la arena como si fueran pequeños y voluntariosos remos.

—¡Maeve! ¡Tortugas bebé, mira! —gritó Hazel.

La escena resultaba extrañamente milagrosa.

Miré de reojo a Daniel. ¿Adónde había ido a parar nuestro amor? Había estado resistiéndose a marchar durante mucho tiempo, como el alma que se queda rezagada después de la muerte del cuerpo físico y se niega a partir. Tal vez alguna parte de nuestra relación seguiría siempre aquí, orbitando a nuestro alrededor. Lo único que sabía con certeza era que mi vida ya no estaba entretejida con la de él, que esta vez la pérdida conllevaba más libertad

que dolor.

Emergieron dos crías más, que corrieron a sumarse a las demás. Cada vez que una alcanzaba el agua, los espectadores lanzaban vítores. Cuando la última tortuga desapareció entre las olas, la gente se acercó a examinar el nido. Hazel corrió hasta la orilla y se quedó mirando el agua, como si intentara vislumbrar el rastro que pudieran haber dejado.

—Te necesita —dijo Daniel.

Lo quería, solo por decir eso.

—Están allí, por algún lado —anunció Hazel, correteando de nuevo hacia nosotros.

Daniel me susurró entonces al oído:

—¿Por qué no te quedas con ella unos minutos? Tengo que recoger un poco la terraza.

—¿Estás seguro?

—Sí. Te marcharás pronto y creo que le gustaría. Tráemela luego a la cocina.

—Gracias —dije.

—E id con cuidado, ¿vale?

—No te preocupes.

Antes de retirarse, Daniel informó a Hazel de que podía quedarse un rato más conmigo, e inmediatamente se le ocurrió una idea.

—¿Quieres que busquemos dientes de tiburón? —preguntó.

—¿A la luz de la luna? Vale. —Señalé hacia el cielo—. Pero mira eso. Si esa nube oculta la luna, tendremos problemas.

—Pues tenemos que darnos prisa —replicó.

Echó a correr hacia la parte de la playa más alejada del agua, donde había más luz. La seguí. Nos sentamos en el peldaño inferior de las escaleras de acceso al hotel.

—Esto contará como Club del Tiburón —dijo, cogiendo un puñado de arena y analizándolo con la ayuda del dedo índice.

—Claro, por supuesto que sí —respondí. Estuvimos unos momentos trabajando en silencio—. Ya sabes que me voy a África. A Mozambique, ¿recuerdas?

Tiró de la sudadera hasta que le cubrió las rodillas.

—Sí —respondió, tan bajito que apenas la oí.

—Pero, cuando vuelva, podemos recuperar el Club del Tiburón, si quieres.

—¿Podremos?

—Claro. La próxima reunión será sobre los tiburones ballena. Cuando vuelva, tendré muchas historias sobre tiburones ballena que contarte.

—Vale —dijo Hazel. Y a continuación—: Ya no eres la novia de papá.

—No, ya no. Pero somos amigos.

—Entonces, no serás mi mamá.

—No. Pero siempre te querré.

Me miró y asintió.

—En esta arena no hay dientes —dijo.

—Vámonos, tienes las piernas con piel de gallina.

La cogí por ambas manos, tiré de ella y Hazel respondió con un salto exagerado.

—Tía Maeve —canturreó.

De camino hacia el centro de investigación de Tofo Beach, asomé la cabeza por la ventanilla del camión para que el viento me despertase un poco. Después de treinta horas seguidas de viaje —Fort Myers, Atlanta, Ámsterdam, Johannesburgo, Maputo, Inhambane—, me sentía agotada, aliviada por estar por fin fuera de un avión y tratando de absorber todo el aire fresco que mis pulmones fueran capaces de engullir.

Me había despedido de Perri y de Marco en el control de seguridad del aeropuerto. Las palabras de despedida de Perri habían sido las mismas de todas las otras veces que me había marchado para continuar con mi investigación sobre los tiburones: «Vuelve entera». Les había dado un abrazo a los dos y me había quedado mirando cómo los recién casados se perdían de vista, cogidos de la mano.

La noche anterior, cuando me había despedido de Robin, le había devuelto su manuscrito.

—Ya lo terminé —le había dicho.

—¿Y? ¿Te ha parecido bien?

—Me ha parecido bien —le había contestado.

Con el tiempo, había acabado viendo que la historia que había escrito no era la mía. Sí, su personaje, Margaret, había sacado una pluma de águila pescadora del agua antes de compartir su primer beso con un niño que acabaría convirtiéndose en su prometido. Sí, le había mordido un tiburón. Y sí, la habían dejado plantada y con el corazón destrozado. Pero las similitudes acababan más o menos ahí. En la novela, Margaret acababa heredando un hotel con encanto en Vermont, donde se sentía atrapada en un tipo de vida que nunca había deseado. Al final, regresaba a la isla de su juventud y se reconciliaba con Derek. Dándoles un final feliz, tal vez Robin estuviera

intentando plasmar el final que quería para sí mismo.

—Solo una pregunta. Estabas escribiendo sobre Rachel y tú, ¿verdad?

—Es posible —respondió Robin.

—¿Crees que podría tener un final parecido con Mindy?

—Eso espero. Ya veremos.

Robin había encontrado casa, un pequeño apartamento no muy lejos del hotel, y había quedado con Daniel en que este lo ayudaría con la mudanza. Cuando en diciembre regresara al hotel, su habitación estaría vacía. Sería la primera vez que viviríamos separados. Pero, tal y como Robin había dicho, ya era hora.

Con la templada brisa africana acariciándome la cara y el sol asaltándome los ojos, me fijé en una mujer que había junto a la carretera, vestida con telas y tocado tradicional, vendiendo tomates, coles y frutas exóticas, una luminosa mancha de colores. Adelantamos hombres en bicicleta tocados con gorras de béisbol, pasamos por delante de chicos dando patadas a balones de fútbol, de pequeñas tiendas rodeadas por parcelas de tierra y, de vez en cuando, de algún baobab o de alguna ponciana.

El conductor, un joven mozambiqueño llamado Carlo, empleado del centro de investigación, movió la enclenque palanca del cambio de marchas para reducir la velocidad y me preguntó si todo iba bien.

—¿Se marea? ¿Quiere que pare?

—No, solo necesito que me dé un poco el aire —le dije, retirándome de la ventanilla justo en el momento en que el coche saltaba un bache, lo que hizo que me diera un golpe con la cabeza en el techo.

—*Desculpa* —dijo en portugués—. Lo siento.

Un cuarto de hora más tarde, el camión viró hacia un camino de tierra donde un cartel indicador rezaba: «CENTRO DE INVESTIGACIÓN DEL OCEANO ÍNDICO». Un perro desgarrado de pelaje beis y marrón recibió nuestra llegada ladrando y meneando la cola.

—Es Bear —me explicó Carlo.

Continuamos hasta llegar a un grupo de bungalós con tejado de paja dispuestos en forma de cuarto creciente en la arena, a pocos pasos de la playa. Con un gesto, me indicó una de las cabañas.

—Su casita es la nueve. Esa de allí.

Como las demás casitas, la mía estaba construida con juncos en su totalidad. Las paredes, los suelos y el pequeño porche. El techo de paja se

mantenía en su lugar mediante un recubrimiento de tela metálica, por debajo del cual sobresalían varios penachos. Era como si la casita se estuviera sacudiendo el pelo.

Bear se acercó sin prisas a saludarme, seguido por un africano vestido con un bañador rosa y sandalias de travesía.

—Y este es el doctor Abel Mutola, nuestro director —dijo Carlo, que empezó a descargar mi equipaje de la parte trasera del camión.

Acaricié la cabeza del perro.

—Hola, Bear —dije en tono cantarín, lo que lo llevó de inmediato a tumbarse en el suelo patas arriba con la esperanza de que le rascara su bien alimentada barriga.

El doctor Mutola me saludó con una gran sonrisa.

—Nos alegramos mucho de tenerla aquí. A primera hora de la mañana le mostraré las instalaciones: la cafetería, los laboratorios y todo lo demás. Ahora imagino que querrá descansar.

—En realidad, lo que me gustaría ahora sería meterme en el agua, si no hay ningún problema. Es lo mejor para el *jet lag*.

—¿Ahora? —replicó él—. De acuerdo, faltaría más. Ha salido un equipo hace apenas unos minutos. Le enviaré un mensaje por radio a Gloria y le diré que se apunta con ellos.

—Venga —dijo Carlo—. Vístase y la acompañaré hasta donde están.

Las barcas que se utilizaban para la investigación estaban atracadas en una cala situada detrás de las casitas. Navegando a toda velocidad por aguas abiertas, me sentí embargada por una sensación de dicha y libertad que ni siquiera había experimentado en Bimini, que no sentía desde mis tiempos en la universidad, cuando nos adentrábamos en el Atlántico para realizar excursiones de observación. Mi cuerpo vibraba con la euforia que se siente cuando te abandonas al amor. El agua me humedecía la cara y se pegaba a mis labios. El océano Índico. Su azul era intenso. Un azul cegador que estaba por todas partes.

—¿Es la primera vez que lo ve? —me gritó Carlo, para hacerse oír por encima del ruido del viento—. ¿El océano Índico?

Asentí, aturdida por la belleza, buscando las palabras perfectas para transmitir mi sobrecogimiento y sin lograr encontrarlas.

—¡Es muy azul!

Carlo rio.

Visualizamos el otro barco de investigación al cabo de pocos minutos. Era pequeño, con una consola central en la parte delantera y una franja verde donde podía leerse: «INVESTIGACIÓN OCEÁNICA». Carlo se situó a su lado y una mujer pelirroja con pelo corto y de mediana edad me saludó agitando la mano.

—Doctora Donnelly, soy Gloria Walker —dijo, con un fuerte acento australiano—. Bienvenida a bordo.

Me fijé en que cuando hablaba se le movía todo el cuerpo, no tanto por el balanceo de la embarcación sobre la superficie agitada, sino por la energía almacenada en su pequeña complexión.

Cuando subí a la barca, me pasó un arpón corto de color amarillo.

—¿Qué tal llevas lo del marcaje?

—Bastante bien, aunque nunca he marcado nada tan grande como un tiburón ballena.

—Enseguida le pillarás el tranquilo.

Mientras nos poníamos el equipo de buceo y el oxígeno, me dio más detalles sobre los tiburones ballena y me mostró, en su ordenador portátil, varias imágenes de su base de datos.

—Hoy podríamos encontrarnos con algunas crías —dijo—. Curiosamente, dos tercios de los tiburones que he catalogado son machos. Algunos tienen ya instalados dispositivos de seguimiento. —Con entusiasmo, me dio un golpecito en el brazo—. ¿Lista? ¿Todo a punto? Tenemos ya dos miembros del equipo ahí abajo.

Nos sentamos en la borda de la barca y nos zambullimos en el agua saltando hacia atrás. Después de dos segundos de locura y desorientación, agité las aletas y seguí a Gloria, que descendía a paso firme con el arpón de marcaje. Abajo, el azul era tan intenso como arriba, aunque más oscuro, más denso. Por nuestro lado nadaban peces de arrecife que me hicieron pensar en confeti multicolor. El aleteo de un banco de rayas levantó minúsculos remolinos. Entonces, de repente, dos buzos se materializaron delante de nosotras, una aparición en aquel fondo rocoso.

Encontré un punto de apoyo junto a una piedra y observé a los demás a la espera de indicaciones. En el fondo del mar era como si el tiempo desapareciese, como si las horas y los minutos ordinarios no existieran. No sé si llevábamos allí quince minutos o una hora cuando llegó: una masa enorme y oscura que se aproximaba desde lejos. Un tiburón ballena.

Hay tiburones ballena que alcanzan los doce metros de longitud y más de veinte toneladas de peso —es decir, el tamaño de un autobús—, y, a pesar de que aquel no llegaba ni a la mitad de esas dimensiones, su tamaño me sorprendió. Se aproximó con su colosal boca abierta, los ojos fijos hacia delante, y pasó lentamente por encima de nuestras cabezas. No mostraba pterigopodio; era, por lo tanto, una hembra.

Gloria disparó la cámara repetidas veces, enfocando el objetivo hacia las manchas de la parte posterior de las branquias del tiburón, la huella única que utilizaríamos a modo de identificación, y me hizo un gesto para darme a entender que me ocupara yo del marcaje. Me acerqué nadando al gigante, lo más cerca que mi valentía me permitió. La respiración me retumbaba en los oídos. «Ahora o nunca». Pataleé con fuerza con las aletas para avanzar con rapidez y atravesé aquella piel tan dura con la identificación. El tiburón aceleró levemente su ritmo y se alejó mar adentro.

Gloria cerró el puño y uno de los buceadores levantó los pulgares hacia arriba. Le respondí con otro gesto, colocando el pulgar y los demás dedos para formar el signo universal de «OK». El intercambio tuvo una familiaridad curiosa. ¿Cuántas veces nos habíamos comunicado Nicholas y yo de aquella manera? Estudié la mandíbula del buzo, su pelo. Me acerqué nadando para observar los ojos que se escondían detrás de la máscara. Nicholas.

Me miró y su boca esbozó una sonrisa detrás del regulador. «Subimos», indicó, y ascendí detrás de él. Noté que el corazón me retumbaba en el pecho, lo que me obligó a controlar la respiración.

Cuando subí a la barca, él ya se había quitado las correas de las botellas. Su nariz estaba aún goteando agua. Esperó a que me quitara yo la máscara para hablar.

—Llevo dos días aquí —dijo con ojos brillantes—. Pensé que no ibas a llegar nunca.

Me desabroché el cuello del traje y me eché a reír. Podría haber dicho una docena de cosas distintas, todas ellas adecuadas para la ocasión. Palabras educadas, normales y corrientes que nada tenían que ver con lo que sentía en aquellos momentos. Me abarrotaron la cabeza por un instante y se esfumaron rápidamente. De repente, la vida me pareció breve y escurridiza, pequeña y luminosa como un pez de arrecife que solo puedes capturar con las manos, y, al mismo tiempo, grande y predestinada, un tiburón ballena que nadaba hacia mí.

«Ahora o nunca».

Por la noche, en la casita número nueve, los hilillos de luz se filtraban entre el tejado de paja. Completamente despierta, con el cuerpo todavía en la franja horaria del Este de Estados Unidos, me levanté con cuidado de la cama para no despertar a Nicholas, me vestí y salí descalza a la playa.

La luna llena iluminaba el cielo y creaba un cono perfecto de luz sobre el mar. Las olas me golpearon con suavidad los muslos cuando empecé a adentrarme en el agua. La cicatriz de mi pierna brillaba como una esquirra blanca de cristal.

Rara vez pensaba en el tiburón de puntas negras que me mordió sin experimentar aquellos viejos recuerdos de misterio y urgencia. El tiburón me había dejado marchar. Me había dejado marchar, simplemente, y me había dado la oportunidad de seguir viva. No quería desperdiciar aquello. Quería seguir intentando salvar una parte diminuta del mundo, salvar tiburones, igual que aquel tiburón, al final, había decidido salvarme a mí.

Eché la cabeza hacia atrás para asimilar aquella extensión de mar cegadora. Me sentía otra vez yo, pero aquel yo que estaba en aquel momento en el agua era un yo distinto. Antes de cumplir treinta años, vivía torturada por el dolor de lo que no tenía: Daniel, un hijo, una vida perdida y no vivida. Pero en aquel momento, sentía que mi vida era completa y plena. Los tiburones, Nicholas, incluso el hecho de ser tía Maeve, con aquello había suficiente. Había más que suficiente.

Di media vuelta y caminé entre las olas para regresar al mundo que existía sobre el agua, dejándome guiar por una luna que brillaba como una perla irregular y resplandeciente.

## Agradecimientos

Me gustaría expresar mi profundo agradecimiento a las siguientes personas: a Jennifer Rudolph Walsh, por sus palabras de ánimo, su gran corazón y por haber impulsado mi primera novela. A mi agente, Margaret Riley King, por sus soberbios consejos, su experiencia y su abundante apoyo. A mi editora, Laura Tisdell, cuya brillante labor de edición y opiniones han servido para fortalecer el libro y cuyo eterno apoyo ha marcado totalmente la diferencia. Mi agradecimiento a todo el personal de Viking que ha trabajado por y para el libro, y muy en especial a Andrea Schulz y Brian Tart. Gracias también a Amy Sun, por su lectura del manuscrito.

Quisiera asimismo dar las gracias a las valiosísimas fuentes de información de Florida por el tiempo que dedicaron a responder a mis preguntas: al sargento Dave Bruening, supervisor del despacho de asuntos marítimos de la oficina del sheriff de Collier County, por todo lo relacionado con las leyes marítimas. A Patrick O'Donnell, biólogo especializado en pesquerías de la Rookery Bay National Estuarine Research Reserve de Naples, Florida, que muy amablemente accedió a recibirme y me permitió acompañarlo en sus salidas de investigación por las Diez Mil Islas. A Theresa y Stuart Unsworth, de Sunshine Booksellers, y al chef Dennis Friedhoff, del Island Café, ambos en Marco Island, Florida. Y gracias también a Charles Farmer, por la visita al Departamento de Recursos Naturales de Carolina del Sur.

Un agradecimiento muy especial a todos los lugares que visité y que colaboraron en la investigación para este libro: el Mote Marine Laboratory and Aquarium de Sarasota, que albergó la investigación pionera sobre tiburones liderada por la difunta Eugenie Clark, la Dama de los Tiburones, que me sirvió de inspiración para el ficticio Southwest Florida Aquarium; la Rookery Bay Reserve, de Naples; el Biltmore Hotel, de Coral Gables; y la

bellísima Marco Island.

Un reconocimiento también para la Bimini Biological Field Station, de South Bimini, dedicada al estudio y la preservación de los tiburones, un lugar que me inspiró para iniciar la novela con Maeve estudiando el tiburón limón en Bimini.

Me gustaría asimismo reconocer a las mujeres intrépidas que han hecho grandes contribuciones a la preservación de los océanos y cuyo trabajo ha sido tanto una inspiración como una herramienta tremendamente útil para escribir este libro. Sylvia Earle, «Reina de las Profundidades», cuyos libros *The World Is Blue* y *Sea Change*, y cuya dedicación a la investigación y a la preservación me han inspirado tanto a mí como a mi personaje, Maeve. Se convirtió no solo en una heroína para mí, sino también en una presencia en la novela. Julia Whitty, autora y corresponsal especialista en medioambiente de Mother Jones, cuyo exquisito libro, *The Fragile Edge*, me llevó a ver mi relación con el mar y sus criaturas de un modo completamente distinto e inspiró la idea de la conversación que Maeve y Hazel mantienen sobre el dios tiburón, Taputapua en las Tuamotu. Andrea Marshall, «Reina de las Mantas», fundadora de la Marine Megafauna Foundation en Mozambique, cuyas acciones a nivel mundial como guardiana de las rayas me inspiraron para crear el centro de investigación con sede en Mozambique que aparece al final de la novela.

Y finalmente, me gustaría dar las gracias a mi familia. Mi más profundo agradecimiento para mi madre, Sue Monk Kidd, que leyó el manuscrito mientras estaba escribiéndolo. No podría pedir ni una mejor lectora ni una mejor madre. Gracias a mi maravilloso padre, Sanford Kidd, cuyo amor y apoyo siempre han sido inquebrantables. A mi hermano, Bob Kidd, que buscaba dientes de tiburón conmigo cuando éramos pequeños. A mis abuelos, Ridley, Leah y LaVerne, por la constancia de su amor y de su fe en mí. A mi marido, Scott Taylor, por su apoyo, su colaboración y por haber creado un hogar en un lugar que no es precisamente genial para el surf. A Luke y Lily, Hazel y Ty, por ser los mejores compañeros del mundo. Y a mi hijo, Ben Taylor, por ser la inspiración para el personaje de Hazel y el sol de mi vida, y a quien quiero más que a nada en el mundo.

## Notas de la traductora

[1] En inglés, *holly* significa «acebo» y *hazel*, «avellana».

[2] Famoso presentador británico especializado en documentales sobre la naturaleza.

**Entre palmeras y puestas de sol de postal, una maravillosa y fresca novela sobre un encantador hotel, amor, pérdida y segundas oportunidades en la vida y en el mar.**



Durante un día de playa en Florida en 1988 Maeve Donnelly vive dos momentos extraordinarios: primero, Daniel, el chico de sus sueños, la besa; segundo, un tiburón de puntas negras la muerde. Dieciocho años más tarde, y convertida en una reconocida bióloga marina, Maeve regresa al excéntrico hotel regentado por su abuela en la idílica isla en la que creció.

Y allí descubre algo más que los atardeceres de ensueño y las tartas de lima que tanto ha echado de menos. Un encuentro fortuito la devuelve a una inesperada encrucijada: ¿será capaz de perdonar a Daniel, el primer amor que dejó atrás, sus errores de juventud y retomar su historia? ¿O debe tomar en serio lo que comienza a sentir por Nicholas, el guapo colega que comparte su pasión por el océano?

**«Una cautivadora novela sobre los amores que definen nuestras vidas.»**  
*Kirkus Reviews*

**Sobre la novela han dicho:**

«Una novela para soñar con palmeras y aguas cristalinas.»

*Marie Claire*

«Una fascinante reflexión sobre el pasado no resuelto... Una lectura imprescindible para todos aquellos que aún andan enredados en el complicado proyecto de madurar.»

*Refinery29*

«Una maravillosa novela para cuando estás en la playa o simplemente desearías estarlo.»

*Charleston Gazette-Mail*

«Con humor y sorpresas esta novela se mueve con agilidad al ritmo de los intentos de Maeve por olvidar, superar su primer amor y abrazar la felicidad en sus propios términos.»

*Booklist*

«Ambientada en un embriagador escenario de palmeras y tartas de lima, esta es una lectura deliciosa.»

*Redbook*

«Taylor ha escrito una primera novela ganadora... Cálida, auténtica y fascinante.»

*BookPage*

## Sobre la autora

**Ann Kidd Taylor** es coautora del libro de memorias *Travelling with Pomegranates*, que fue un *best seller* en Estados Unidos. Esta es su primera novela. Vive en Florida con su marido y su hijo.

Título original: *The Shark Club*

© 2017, Ann Kidd Taylor

Todos los derechos reservados

© 2018, Isabel Murillo, por la traducción

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-181-7

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



megustaleerEbooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

[Hotel de las Musas](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas de la traductora](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)